El ser guerrero del Libertador

General Álvaro Valencia Tovar



Una edición especial para uso de los guerrilleros de las FARC

El Ser Guerrero del Libertador

Álvaro Valencia Tovar

El Ser Guerrero del Libertador

Alvaro Valencia Tovar

Primera edición especial Montañas de Colombia 1990, FARC-EP

Segunda edición especial en Homenaje al Comandante Jacobo Arenas, 2010, FARC-EP

Diseño y diagramación: FARC-EP
Portada e ilustración de portada: I. M.

Impreso en los talleres gráficos del Bloque Martín Caballero de las FARC-EP
Documento de estudio de las Guerilleras y Guerrilleros de las FARC– EP

INDICE GENERAL

Índice 3
Índice de mapas..... 6
Prólogo 7
Introducción 21

I. PARTE AÑOS INCIERTOS

I. El Militar y el Guerrero 29
Si se opone la naturaleza 43

II. Vislumbre del Genio 52
Primer Resurgimiento 52
De la Insubordinación a la Grandeza 60
De Nuevo a la Ofensiva 67
Hacia Caracas 75
La Guerra a Muerte 77
La Etapa Decisiva 81
Perspectiva de la Hazaña Guerrera 92
Combinaciones Operativas 96
Los Factores Imponderables 98
Los Dos Caudillos 100

III. Victorias Efímeras 102
La Guerra Defensiva 108

La Hora del Guerrero 111
Balance Militar desde la Toma de Caracas 115

IV. El Reto del Fracaso 119
Se Cierra el Cerco 119
El Ejército de Oriente entra en Acción 124
Los Dos Libertadores 126
El Derrumbamiento 131
Derroteros Inciertos 136
Peregrino y Visionario 141
Somos uno Solo 143

V. Cumbres y Abismos 147
Oleajes y Escollos 147
Sobre el Caribe, hacia la Incertidumbre 150
Otra vez el Guerrero 152
Epílogo Sangriento 155
Bolívar y Morillo 158
La Obsesión de Caracas 161
Duelo de Gigantes 166
El Guerrero del año 18 173

II PARTE ERA DE VICTORIAS

VI. El Viraje Decisivo 178
¿Otra vez Caracas? 182
Casanare 184
Barreiro Invade a Casanare 188
Del Apure al Teatinos 193
Del Llano Inundado al Hielo de la Alturas 199
Estrategias Opuestas 206
El Tremendo error de Vargas 209
Un Golpe Mortal 216
La Batalla (Boyacá) 220
Epílogo de la Campaña 229

VII. ¡Caracas por fin! 231
El Abrazo de los Generales 237
El Episodio de Maracaibo 244
La Segunda Campaña Decisiva 247



Momentos Preliminares 251
Reacción de La Torre 252
La Batalla de Carabobo 255
Se Cierra un Capítulo Inmenso 261

VIII. La Ruta Sombría 271
Franja Sangrienta 272
Guayaquil, Nuevo Eje de Esfuerzos 275
El Libertador Sobre la Ruta Sombría 277
Para eludir a Pasto se cae en Bomboná 286
Fuerzas en Presencia 291
La Batalla de Bomboná 292
Qué fue Bomboná 298

IX. Sobre los Hombros Gigantescos del Ande 305
Diálogo de Cumbres 307
El Imperio del Sol 312
Al Borde de la Anarquía 318
¡Triunfar! 322
El Ciclópeo Escenario 334
El Ejército Libertador en Movimiento..... 338
Junín, Lanzas y Aceros 342

X. Así fue el Guerrero 357
Vórtice de angustia y desafío 357
Esencia del Guerrero 360
La Imagen Napoleónica 367
El Guerrero a la luz del Arte Militar 370
El Gran Ámbito de la Estrategia 372
La Táctica. Luces y Penumbras 374
Lo Prosaico de la Logística 375
Proyección Histórica del Guerrero 376

INDICE DE MAPAS

Mapa	Título	Página
1.	*Teatro de la Campaña admirable y Ruta de Bolívar*	63
2.	*Maniobra de Revés Sobre Barinas*	84
3.	*Campaña de 1918 Sobre Caracas*	162
4.	*Campaña Libertadora de la Nueva Granada*	200
5.	*Maniobras anteriores a la Batalla de Boyacá*	205
6.	*Batalla del Pantano de Vargas*	210
7.	*Batalla de Boyacá*	221
8.	*Campaña de Carabobo*	247
9.	*Batalla de Carabobo Dispositivo realista y Maniobra envolvente Patriota*	250
10.	*Batalla de Carabobo Ataque Patriota y Reacción Realista*	261
11.	*Batalla de Bomboná Dispositivo de los dos ejércitos y Ataque Patriota*	293
12.	*Campaña Libertadora del Perú I Fase. Fuerzas en Presencia*	336
13.	*Campaña Libertadora del Perú I Fase. Fuerzas Patriotas*	339
14.	*Batalla de Junín*	344
15.	*Batalla de Ayacucho Dispositivo Inicial de los Dos Ejércitos*	354



Prólogo al SER GUERRERO DEL LIBERTADOR

El héroe insurgente de la COLOMBIA de Bolívar, el inolvidable comandante Manuel Marulanda Vélez, nos inculcó, como principio de gallardía, el respeto hacia el adversario. Nadie duda que en esta categoría se encuentra el general Álvaro Valencia Tovar, autor del Ser guerrero del Libertador, recio enemigo de la guerrilla bolivariana de las FARC, a la que combatió en múltiples escenarios de la arriscada geografía colombiana, y contra la que hoy sigue disparando su artillería ideológica con la misma inalterable pasión de defensor de un régimen de ultra derecha que nada tiene que ver con la visión de Simón Bolívar, el Gran Héroe.

Nos quitamos el sombrero en profunda y prolongada reverencia al general en cuanto analista militar de las batallas conducidas por el genio de Bolívar, pero no comulgamos con su praxis que sigue la ruta de los que traicionaron a Colombia como categoría hermanadora de pueblos, asesinaron a Bolívar y a Sucre, desmovilizaron al ejército libertador, y aferrados al poder político ilimitado, vendieron nuestra independencia y doblegaron la dignidad de la patria ante el monstruo del norte.

Jacobo Arenas, de quien podemos decir que se guiaba por la

máxima de a todo señor, todo honor, seducido por la deslumbrante prosa del general y vivamente impactado por su relato extraordinario y acertado enfoque de las hazañas guerreras de Bolívar, tomó la decisión que todavía nos llena de orgullo, de imprimir en la montaña una edición mimeografiada del Ser guerrero del Libertador, obra para entonces, como hoy, imposible de conseguir en las liberarías bogotanas, para dotarla, según manuscrito anexo, como texto de obligado estudio a los guerrilleros.

Los combatientes de las FARC creemos que **El ser guerrero del Libertador** es un buen comienzo para la aproximación al pensamiento de Simón Bolívar porque incita y obliga a pensar en la inspiración política de su estelar gesta guerrera. Decía el Libertador: *"Siempre es grande, siempre es noble, siempre es justo conspirar contra la tiranía, contra la usurpación y contra una guerra desoladora e inicua (…) Sin duda la espada de los libertadores no debe emplearse sino en hacer resaltar los derechos del pueblo (…) La insurrección se anuncia con el espíritu de paz. Se resiste al despotismo porque éste destruye la paz, y no toma las armas sino para obligar a sus enemigos a la paz"*.

El general Valencia Tovar es un profundo conocedor de la obra guerrera de Bolívar, sabe también de su propósito político continental, de sus esfuerzos por la humanidad y de su pasión arrolladora por la libertad, pero estos ideales altruistas y justicieros del padre Libertador chocan contra esa roca fría e insensible de su visión de Estado y de poder. Un abismo insondable separa su sabia cátedra con el anhelo de los pueblos y la esperanza de los débiles. Entre Jesús y Barrabás, la historiografía oficial salva a Barrabás, porque es instrumento de los vencedores contra los vencidos, y látigo del triunfo de los poderosos chasqueando contra los débiles. "Para ellos los rebeldes son los criminales". No explican el por qué fue derrotado transitoriamente el proyecto del Gran Héroe, quiénes y porqué se opusieron con la violencia, la intriga y la traición, a la redención de los humildes. Para ellos, pregoneros de glorias criminales, los Estados Unidos y el santanderismo continental, artífices de las miserias de Nuestra América, son intocables e innombrables, porque ellos mismos son cortesanos de la injusticia y cómplices estipendiados de la destrucción del gran sueño de independencia y libertad, de democracia y soberanía

del pueblo, y de la Gran Nación de Repúblicas, que todavía debemos ser. Esa historiografía de serviles que esclaviza con la mentira debe ser lapidada. Estudiar el pensamiento de Bolívar es como encender el sol en la conciencia.

En su obra *Bolívar, el ejército y la democracia* el historiador militante Juvenal Herrera Torres nos dice con argumentación incontestable –exceptuando nosotros a Valencia Tovar, y entre otros, a distinguidos oficiales como Bermúdez Rossi y Londoño Paredes- que "los altos mandos de las Fuerzas Militares de Colombia no conocen hoy a Simón Bolívar, ni lo estudian ni mucho menos lo hacen conocer de las tropas: el Pentágono lo prohíbe en su documento Santa Fe IV; lo declara su enemigo. No es casual que el general Carlos Alberto Ospina, comandante de las Fuerzas Militares de Colombia, en entrevista que concedió a El Espectador…, declare que no es "un especialista en Bolívar", pues "no tengo un conocimiento profundo de él"...; reconociendo, en cambio, que "me gustan las películas de guerra. Por ejemplo, Los boinas verdes con John Wayne. Es una película que muestra la nobleza de la profesión, el riesgo que se corre..." El entrevistador, Libardo Cardona Martínez, le pregunta al general Ospina: "¿Cuál es su ídolo?", y éste le responde: "El mariscal Rommel, un hombre noble, un buen soldado, valiente. Es un hombre muy parecido a nosotros: sin recursos, enfrentaba a un adversario que tenía muchos más. Y tenía otra ventaja: mandaba con el ejemplo". Recordemos que el mariscal Erwin Rommel, el ídolo del general Ospina –nos dice Juvenal- fue el cuadro que la Alemania nazi de Hitler envió al frente de las fuerzas acorazadas, con la orden de dominar el norte de África. Conocido como el "Zorro del Desierto", Rommel fue altamente apreciado por Adolf Hitler, quien hizo un emotivo elogio por sus acciones contra Libia y Túnez"…

En cambio, al comandante Jacobo Arenas –a quien dedicamos, a 20 años de su desaparición física, esta nueva edición rebelde-, lo seducía irredimiblemente la pasión de Bolívar por la libertad, y como ocurría con el del Gran Héroe, su corazón insurgente también ardía en llamas por ella, fuego que llevan por dentro, en el alma, los guerrilleros de las FARC en forma de insurrección, Nueva Colombia, Patria Grande y Socialismo, este último, nombre sonoro de la emancipación definitiva.

Cuando las FARC entregaron a los pueblos de Nuestra América, como símbolo del triunfo de la justicia y la libertad, la espada de batalla del Libertador Simón Bolívar, rescatada en una catacumba colonial cerca a Santa Marta, el general Padilla de León pretendió minimizar el hecho histórico diciendo que el acero parecía más un machete que una espada. A ese oficial le decimos: el símbolo de la espada de batalla de Bolívar en manos del pueblo, es indestructible. Hasta allá no alcanza el cañoneo de sus palabras necias.

Pero volviendo al Ser guerrero del Libertador: no le vemos mucho sentido a la división o fragmentación de Bolívar, que es un ser integral, un todo revolucionario, en guerrero unos momentos, y en otros, militar. Da la impresión que el autor del libro diviniza demasiado la academia militar, el método, el sistema, la ortodoxia de las escuelas. La academia militar no es solamente ese espacio donde eruditos y científicos del arte militar enseñan estrategia y táctica sobre un tablero o en el teatro de los simulacros. La academia militar de Bolívar, de Manuel, y de todos los héroes, sin desconocer aquella, fue la misma contienda, la experiencia en medio de la pólvora, el análisis en el terreno de la maniobra enemiga y las formas de neutralizarla y derrotarla, el balance de las acciones, la sagacidad, la imaginación, la inteligencia, el cálculo, la persistencia, la pasión... Así vencieron a muchos encopetados y soberbios generales de academia militar, porque para ellos -los héroes del pueblo-, las academias de los opresores estaban cerradas.

La Campaña Admirable fue el destello del genio que precedió al relámpago político del Manifiesto de Cartagena. En Barranca no hubo una progresión de la insubordinación a la grandeza, sino una subordinación, con todos sus acentos, a la grandeza, a un sueño de patria libre, a una fijación por Caracas pensando en Colombia, a una contumacia que al fin triunfa a orillas del Orinoco cuando resuelve dirigir sus huestes amalgamadas con pueblo hacia los llanos y hacia el ande, que al plantar el estandarte de la victoria en Boyacá, desencadena los triunfos sucesivos de las armas libertarias, de la independencia, en Carabobo, Pichincha y Ayacucho. Con permiso de los reglamentos y del régimen castrense, no pudo haber insubordinación cuando Labatud, celoso con el poderío del alma rebelde del coronel del manifiesto, sólo pensaba en someter a

Santa Marta, mientras Bolívar, liberar un continente. Simplemente Bolívar obedecía a la grandeza, como el más subordinado a ella.

En Barranca despunta la mañana radiosa, la aurora del guerrero, que por donde pasa deja siempre tremolando una proclama, como aquella de Mompox: *"vamos a aprender juntos el arte de la guerra y de vencer"*. En el avance hacia Caracas se desata la asombrosa sinfonía del secreto, la movilidad y la sorpresa. Todavía resuena en los callejones de Mérida el manifiesto del entonces brigadier y el paso raudo hacia todos los puntos cardinales de la División de Vanguardia de Girardot, persiguiendo realistas enemigos, y alucinan las fintas tácticas, la sagacidad, la audacia y la inteligencia del incontenible estratega, que luego de afincar en nuestro ser el sentimiento de patria y pertenecía en el decreto de Trujillo y la duda sicológica en el adversario, produce con su genio la sorprendente maniobra de revés sobre Barinas, para abrir más tarde, con la victoria de Taguanes, el camino hacia Caracas y la capitulación de Monteverde que transformó el sentimiento de derrota de Puerto Cabello que lo mortificaba, en el éxtasis de la victoria. Como uno de los monumentos a la gesta admirable, Bolívar dejó esculpidas para la posteridad las siguientes palabras: *"Siempre conservé en mi memoria la gratitud que debo al gobierno de la Unión, y jamás olvidaré que los granadinos me abrieron el camino de la gloria (…) Los granadinos tuvieron la fortuna de ser los primeros invasores de la tiranía"*.

La falta de pueblo, de banderas populares, siempre signó las derrotas de las primeras repúblicas. Por eso en más de una ocasión, como peregrino desastrado, casi sin rumbo, navega Bolívar por las procelosas aguas del Caribe mar. Pero allí encontró a Petión, de quien siempre recibió apoyo, aunque regresara derrotado en sus empeños, y fue quien le entregó la clave de la libertad, al colocar en sus manos la bandera social que reclamaba a gritos la revolución; la derrota de la esclavitud, que el Gran Héroe consolidó con la entrega de tierra a los soldados y posteriormente con su extraordinaria legislación a favor de los de abajo.

Y Morillo fue testigo angustiado de la bravura del pueblo en armas cuando él mismo fue herido, traspasado, por la airosa lanza llanera.

Es verdad: Bolívar emergía del abismo de la derrota, de sus cavilaciones sobre los reveses en el campo de batalla, con más energía y más poder convocante. En Casacoima, donde estuvo a punto de caer bajo el fuego enemigo, se opera la transfiguración de la subjetividad en la concreción de un proyecto. Allí se escucha la voz del profeta anunciando en 1817 el triunfo de la libertad: *"No sé qué tiene dispuesto para mí la providencia, pero ella me inspira una confianza sin límite. Salí de los Cayos, sólo, en medio de algunos oficiales sin más recursos que la esperanza, prometiéndome atravesar un país enemigo y conquistarlo. Se han realizado la mitad de mis planes; nos hemos sobrepuesto a todos los obstáculos hasta llegar a Guayana; dentro de pocos días rendiremos a Angostura y entonces iremos a liberar a la Nueva Granada, y arrojando a los enemigos de Venezuela, continuaremos a Colombia. Enarbolaremos después el pabellón tricolor sobre el Chimborazo, e iremos a completar nuestra obra de libertad a la América del Sur, llevando nuestros pendones victoriosos al Potosí"*. Y así ocurrió.

A los pocos días, efectivamente, todavía espantando el fantasma de la derrota que no le permitía la toma de Caracas, lo vemos, en el alargado pueblo de Angostura sobre un barranco del Orinoco, rodeado de pueblo armado con fusiles nuevos y legionarios ingleses en uniformes de grana, presidiendo el congreso, creando a Colombia antes de que fuera liberada por su espada, dándole arquitectura jurídica institucional, proclamando con los libérrimos vientos del río que la soberanía reside en el pueblo, disparando la artillería de su verbo contra la esclavitud, construyendo conciencia de patria americana...

No es congruente con la realidad rodear a Santander con prestigios militares y humanos que no tuvo. Otra cosa es que se diga que siempre fue el caudillo de la intriga y la traición, porque cuando fue despachado por Bolívar en febrero de 1819 con una División de infantería desde el cuartel general hacia Casanare, con el rango de general de Brigada por el sólo mérito de ser granadino, dotado de fusiles recién desempacados, iba sembrando la discordia entre granadinos y venezolanos. Por eso lo retuvo Páez, aunque éste fue un insubordinado todo el tiempo. El catire lo dejó seguir, vencido

por los halagos y regalos del soldado de pluma, como llamaban a Santander los llaneros. No luce enmascarar en la obra de Valencia Tovar un repliegue o huida vergonzosa ante la incursión realista en Casanare con la eufemística denominación de "movimiento retrógrado en profundidad". Bolívar no toma la decisión de seguir hacia Boyacá en aquella reunión que convocó para comprometer a sus oficiales en la empresa, por encima de los escollos del invierno y las alturas gélidas, por la supuesta vehemencia de Santander. Esos son cuentos de hadas. Santander no fue un buen soldado sino un fiel cipayo del gobierno de los Estados Unidos. Intrigó contra Nariño para impedirle participar en el Congreso de Cúcuta y fusiló más tarde al coronel Leonardo Infante por haberse atrevido a sacarlo del cuello cuando se escondía debajo del puente de Boyacá, instándolo a que se ganara las charreteras, como lo estaba haciendo el general Anzoátegui, batiéndose en el campo de batalla.

Cómo cautiva en la narrativa del general Valencia Tovar, el paradigma portentoso de Bolívar explotando la victoria de Boyacá, persiguiendo al enemigo que huía en desbanda por el río Magdalena y los riscos andinos, por los desiertos de Neiva y las montañas de Antioquia, sentando las bases del nuevo gobierno, construyendo la reserva estratégica del ejército libertador, la despensa logística y política para el golpe definitivo al régimen colonial en América.

Bolívar logra, después de un despliegue de talento diplomático frente a Morillo, la presea dorada del reconocimiento de Colombia y la beligerancia del ejército libertador, en la rúbrica de los conductores militares, estampadas en los tratados de armisticio y regularización de la guerra. Paso a paso iba tejiendo la victoria.

Nos muestra luego el general la estrella del astro como estratega militar, configurando y diseñando la victoria de Carabobo con sus ardides para ganar tiempo buscando concentrar sus fuerzas que se aproximan en varias direcciones, enfiladas a la gran batalla.

Pero Bolívar no descansa, no se detiene a saborear el triunfo. Sabe que la victoria no es un espejismo. Es la pasión de la libertad en permanente campaña por la gloria de servir y ser útil. Por eso vuela a liberar la América del sur. Instruye a su más prestigioso

general, Antonio José de Sucre, y lo lanza en pos de la victoria en las laderas del Pichincha. Luego hace prevalecer la República sobre las ideas monárquicas en su encuentro con San Martín en Guayaquil. Una vez más, Sucre es la avanzada de las tropas colombianas en su plan de liberación del Perú. Ni Pativilca le apaga el fuego del triunfo que arrebata su alma. Persigue a Canterac en la laguna de Junín, que huye apremiado por las lanzas y el valor de la caballería patriota. Funge, él mismo, "el hombre de las dificultades", como jefe de logística y cerebro estratégico de la victoria, del "hombre de la guerra" y conductor de sus soldados, el gran mariscal de Ayacucho.

La obra desde luego no es un panegírico a Bolívar. Y no tenía por qué serlo. Bolívar era un ser humano y sigue siéndolo. No era un dios. Ostentaba fortalezas que lo elevaban al cenit, y flaquezas y errores que lo arrojaban a las fauces del abismo y del infortunio. Era un Perseus que perseguía el triunfo, tercamente como hombre, sin las ventajas de las deidades del Olimpo. Todos sufrimos con el Bolívar de "la ruta sombría", el de las dudas y dificultades de la cruentísima batalla de Bomboná enfrentado al astuto Basilio García, que se acelera con la destitución de Torres para luego de una breve reflexión restituirle el mando de tropas con todos sus honores y charreteras y que luego sufre lo indecible con la caída en combate del heroico oficial. Cómo nos enseña el Bolívar de los errores tácticos del Pantano de Vargas, su desesperación explicable ante la inminencia de la derrota, y cómo nos emociona la carga bizarra de la caballería llanera capitaneada por Rondón disipando a lanzazos la niebla de la derrota. O ese Bolívar que al enterarse en Lima del triunfo arrollador de Sucre en Ayacucho estando reunido con algunos amigos, disponiendo los asuntos políticos más urgentes, deja estallar su emoción hasta transportarse al éxtasis, y cuentan los testigos que saltó y bailó por todo el salón gritando "¡Victoria! ¡Victoria! ¡Victoria!".

Pero Bolívar deja su "alma pintada en el papel" cuando escribe al poeta Olmedo que canta sus hazañas: *"…Usted, pues, nos ha sublimado tanto, que nos ha precipitado al abismo de la nada, cubriendo con una inmensidad de luces el pálido resplandor de nuestras opacas virtudes. Así, amigo mío, usted nos ha pulverizado*

con los rayos de su Júpiter, con la espada de su Marte, con el cetro de su Agamenón, con la lanza de su Aquiles y con la sabiduría de su Ulises. Si yo no fuese tan bueno y usted no fuese tan poeta, me avanzaría a creer que usted había querido hacer una parodia de la Iliada con los héroes de nuestra pobre farsa".

A propósito general, la guerra del Perú contra Colombia no la produjo la ambición de La Mar, sino la conspiración de Washington a través de su ministro Tudor en Lima, y Santander, contra el proyecto bolivariano. En abril de 1829 Bolívar escribe desde Quito a Mariano Montilla: *"Yo principiaré por darle una buena noticia, en copiándole un rasgo de la carta escrita desde Lopa por el general Heres al general Urdaneta. Dice así: ´voy descubriendo aquí cosas muy buenas. En una mesa pública brindando La Mar por Santander añadió que venían llamados por él, que había sugerido los planes de invasión. La intención era ir hasta el Juanambú, convocar un congreso en Quito, y separar el Sur con el título de república del Ecuador. La Mar debía ser el presidente como hijo del Azuay y Gamarra del Perú, reuniéndole a Bolivia´. ¡Qué tal!"*. Otra cosa, general: no llame más a los Estados Unidos con ese calificativo condescendiente de "coloso en crecimiento de desarrollo alarmante". Ese imperio es la causa de nuestras desgracias. Lo decía el Libertador: *"jamás política ha sido más infame que la de los (norte) americanos con nosotros"*.

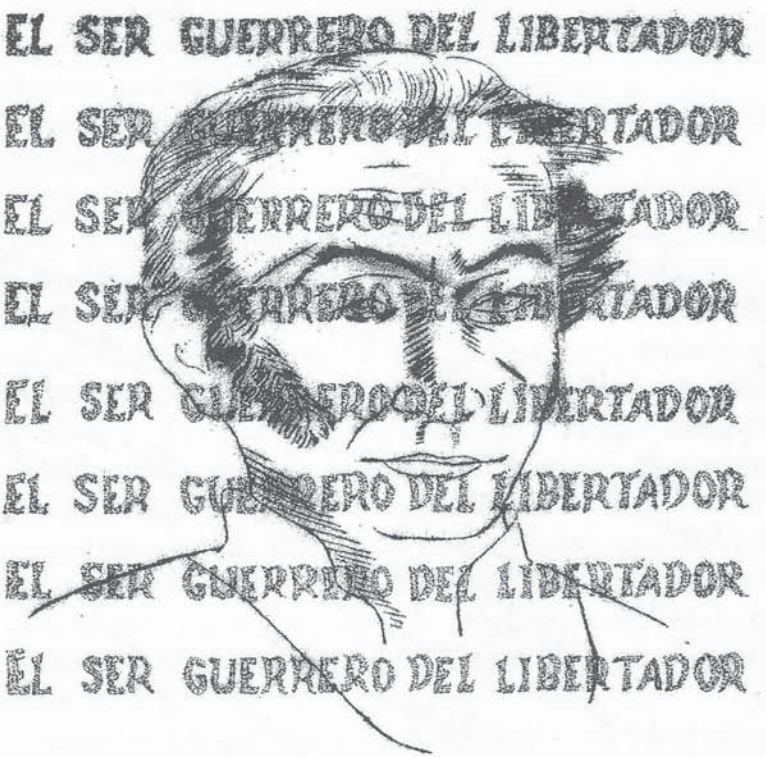
Finalmente, es raro encontrar, tal vez no se tenga noticia en la historia de la humanidad, que un presidente de la república, dirija personalmente la victoria de sus ejércitos en el campo de batalla. Así era nuestro Bolívar, el Presidente Libertador. El mismo que pregonaba: *"¡…Soy invulnerable…! Yo siento que la energía de mi alma se eleva, se ensancha y se iguala siempre a la magnitud de los peligros"*. Bolívar es un fantasma todavía librando batallas. Aún después de muerto hace temblar a los enemigos de la causa justiciera del continente. La muerte y la traición no lo derrotaron definitivamente. Como bien lo dice el general, a Bolívar se le podía derrotar no una sino mil veces, pero vencer, ¡jamás! Su pensamiento y su pasión por la libertad triunfarán de todas maneras. No queremos ese Bolívar que nos pinta Valencia Tovar, abriéndose camino hacia los mármoles y

el bronce a tajos de espada, que es el que quieren petrificado en las estatuas los usurpadores de la libertad. Queremos al Bolívar aureolado de humanidad, vivo en la lucha de los pueblos, batiéndose con su espada de batalla, rompiendo cadenas. Bolívar casi no respiraba el presente sino el futuro. Su divisa sigue siendo ¡TRIUNFAR! ¡Victoria absoluta o nada! Bolívar vive en el pueblo colombiano y en los fusiles y en la estrategia política de las FARC.

Iván Márquez

Integrante del Secretariado de las FARC





ALVARO VALENCIA TOVAR

EDICION ESPECIAL

MONTAÑAS DE COLOMBIA 1990

☆ FARC - EP

General Alvaro Valencia Tovar.

"Nadie sabe para quien trabaja" en un mundo cada dia más pequeño—
Resulta que EL SER GUERRERO DEL LIBERTADOR es en las FARC texto obligado de estudio para todo el mundo—
Como el libro que no se encuentra en las librerías, hicimos para nosotros esta edición.

Atentamente

Lo que dijo el general Valencia Tovar

El personaje de aspecto campesino, rasgos fuertes, arrugas prematuras, piel tostada por el sol, golpeo rabiosamente en la puerta de mi residencia un día cualquiera. Le abrí. Traía un paquete mal envuelto en papel corriente atado con cabuya. "¿Busté es el general?, -preguntó con voz seca y acento claramente huilense-. Pus es que le traigo este encargo del monte". Sin más, se alejó con premura, dejando sin respuesta la pregunta: "¿Quién lo envía?".

Lo abrí con las precauciones de quien ha sufrido diversos atentados terroristas, uno de los cuales le alojó dos proyectiles entre pecho y espalda y lo dejó al borde de la muerte.(sic)

Era un libro impreso en papel blanco tamaño oficio, cubierta plastificada, con la efigie de Bolívar dibujada a pluma que copaba la parte superior de la misma y el título superpuesto ocho veces en forma consecutiva, El ser guerrero del Libertador. Más abajo, Álvaro Valencia Tovar y luego: Edición especial Montañas de Colombia 1990, FARC-EP.

La Primera página no impresa ofrecía la siguiente dedicatoria en letra clara, manuscrita, de rasgos definidos:

General Álvaro Valencia Tovar: "Nadie sabe para quién trabaja" en un mundo cada vez más pequeño. Resulta que EL SER GUERRERO DEL LIBERTADOR es en las FARC texto obligado de estudio para todo el mundo. Como el libro ya no se encuentra en librerías hicimos para nosotros esta edición.

Atentamente,

Jacobo Arenas

Obviamente, lo guardé y conservo entre mis preciadas curiosidades bibliográficas.

Algún tiempo después recibí una llamada telefónica. Una periodista amiga me informaba que un ciudadano italiano que se aprestaba para regresar a su país, no quería hacerlo sin

hablar antes conmigo. Los recibí en mi estudio. El personaje había sido secuestrado por las FARC, a las cuales se les pagó un jugoso rescate. Le llamaba la atención que sus vigilantes, tanto en las marchas interminables como en los fugaces campamentos, sacaban de las mochilas un libracón que leían asiduamente. Cuando entró en cierta confianza con los captores, le preguntó a alguno de qué se trataba. Era El ser guerrero del Libertador, sobre cuyo texto les tomaban lección.

Le mostré el que me había enviado Jacobo Arenas. Era el mismo. Intrigado, les preguntó qué pensaban sobre el libro. Les gustaba mucho. Era mejor que una novela, decían. ¿Y el autor? Ese general es un verraco. Por algo lo echaron del ejército oligárquico, vendido al imperialismo yanqui.

El caso, bien curioso, amerita ocuparse así sea ligeramente, del adversario que me enviaba mi propio libro, sin hablar siquiera de derechos de autor… ¿Por qué este insólito obsequio?

INTRODUCCION

Contemplar la trayectoria humana de Simón Bolívar y sumirse en las profundidades de su vida, densa como ninguna en oscilaciones que van pendularmente del éxito al fracaso, es advertir cómo el hombre traza su biografía a tajos de espada que le abren el camino hacia los mármoles y el bronce.

Su espíritu hoguera crepitante en inextinguible combustión se muestra como poliedro de espejos al ser herido por la luz. Cada faceta es un destello. Difícil hallar la de mayor luminosidad. Hay allí el forjador de naciones, el estadista, el militar, el revolucionario, el conductor de ejércitos, el jurista, el gobernante, el constitucionalista, el vidente que se anticipa a su época en colosal delirio que abarca un continente.

Sin embargo Bolívar es, antes que nada, producto y consecuencia de la guerra. Quince de sus cuarenta y siete años transcurren en medio de las armas, estremecidos por su estruendo y sus destructores efectos. Guiando ejércitos por las soledades de páramos y llanuras, de extensiones selváticas o desérticas. Luchando siempre. Enfrentando a la adversidad que parece sino invencible, hasta que su empecinamiento acaba por imponerse al infortunio.

Bolívar construye su historia a lomo de un caballo de guerra,

que cubre a paso nervioso la dimensión de medio continente. Todo en esa historia es combate intenso, tenaz, insomne, por arrancar de los poderes dominantes a una patria y asentarla sobre la tierra hostil. El áspero camino es violento batallar. Hay instantes en que el tropel de fuerzas desatadas contra las cuales libra duelo de gigantes, dibuja pasmoso contraste entre la fragilidad de su ser enjuto y la potencia del huracán que descuaja hombres y destruye ejércitos.

Es entonces cuando Bolívar es llevado a empellones, deshechos los sueños y rota la espada, al fondo tenebroso de la derrota. Los desastres se suceden en su existencia de luchador, con pertinacia que sería capaz de aniquilar cualquier empeño y someter la más arriscada voluntad. No así la suya. No se entrega. No se somete. No sucumbe. Había jurado sobre las ruinas eternas de la Roma Imperial algo que desde entonces, más que propósito, fue decisión suprema. Sobre el Monte Sacro pronuncia un voto que compromete la existencia del jovenzuelo inmaduro y andariego, vástago afortunado y displicente del poder hereditario, con la más gigantesca empresa que podría presentarse a un hombre de su tiempo.

Ese reto formidable es producto de un instante iluminado. Apenas inicia su peregrinación por la vida y ya ha de acompasarla con la cadencia de la guerra. Crueles desgarraduras irán endureciendo su ánimo y templando su voluntad. Cada derrota se traducirá en renovado empeño. Cada victoria en nuevo impulso para avanzar por la ruta trazada con inquebrantable determinación. Así hasta coronar la victoria y construir un mundo, efímero en su configuración política, pero durable en las edades como concepción integral, muchos de cuyos perfiles van hallando osatura con el desfile del tiempo.

No dar reposo al espíritu ni quietud al brazo que empuña el acero desnudo de su propia voluntad, implica lanzarse sin vacilación al torbellino de una guerra cruenta y brutal. Quien decide hacer de la batalla un destino ya no puede detenerse. Es la decisión suprema. Se adopta en el delirio como lo hizo el futuro Libertador, pero ha de adelantarse con realismo, al paso de las horas sombrías o luminosas, según la fortuna o el desastre coronen transitoria o definitivamente el denuedo de quien opta por ella.

En la trayectoria guerrera de Simón Bolívar hubo tantas horas de derrota como de triunfo. Allí, y en lograr que éste fuese definitivo y aquélla efímera, reside la verdadera dimensión de su grandeza. En la lucha infatigable contra todo lo que se oponga en el camino de la victoria, esculpe su verdadera talla humana. Y porque el revés continuamente repetido arroja al náufrago semidesnudo sobre el Caribe de piratas y aventureros o lo envuelve una y otra vez en las tinieblas del desastre, es por lo que su gloria es más diáfana. Parece como si en el fondo del abismo encontrase fuerzas extrañas que le permiten rehacer el terrible destrozo y salir de sus profundidades, erguido, duro, invencible, para reiniciar el camino.

Es el guerrero nato para quien la derrota es acicate y la lucha ámbito ideal en la realización de un gran propósito. Todo lo que Bolívar ha de ser en el fragoso camino que lo conduce como un iluminado por las abruptas sendas del Ande, surge de la humareda del combate. Es resultado de la guerra. Sin ésta nada de lo demás hubiese cobrado expresión. Cuando el hombre de armas se persuade de que no puede ser más un nómada de la soledades, nace el político. Un ejército errabundo no basta para hacer una nación. En el cuerpo armado tiene que alentar un pueblo como contenido y del todo emerger como continente de esa nación.

Esta verdad permite al general subir al anca de su caballo de guerra al jefe de Estado. De allí en adelante por donde él camine irá el gobierno, la autoridad civil, el mando supremo, la presencia visible del país que es aún trozo de selva y de llanura, sobre las márgenes de un río, el Orinoco, cuyas aguas son torrente enrojecido por la lucha que allí se libra para plasmar la libertad.

Por ello es el guerrero la figura primaria. De él alumbran los demás contornos de la personalidad que se agiganta a la par con la contienda en progresión, para dar a luz el general y con éste al grande hombre de proporciones geniales. Constituido el organismo político de la nación en ciernes, Bolívar será la cabeza insustituible. No faltarán quienes intenten cercenarla en la pugna de caudillos, amo cada uno de su propia hueste con la cual conduce la guerra a su manera, pero huérfano de las dimensiones requeridas para delinear, simultáneamente con la conducción de los ejércitos, las formas estatales de la patria cuya gestación no ha terminado.

Del político capaz de pergeñar un gobierno en sucesivos ensayos que culminan con la convocatoria de un congreso magno, el de Angostura en febrero de 1819, se engendra el estadista. Es un proceso metamórfico dominado por la guerra y originado en ésta. Ante el Estado que inicia su andar vacilante, el general declina el mando e invita a hacer lo propio a los caudillos díscolos, ingobernables, investidos por sí y ante sí mismos de jefaturas militares que aspiran a ejercer con carácter absoluto. Bien sabe quien ya ostenta el título de Libertador, que de esa renuncia se le retornará a él la comandancia en jefe de la guerra, no como acto individual y solitario de autoridad, sino como investidura suprema del cuerpo jurídico, que así le confía la responsabilidad de conducir la nación a la victoria.

Esta pasmosa evolución que multiplica las facetas de quien las posee y pone en evidencia, con alcance universal, desborda bien pronto las fronteras difusas de aquel primer retazo de patria, cubre el continente y cruza el océano para proyectarse sobre el Viejo Mundo entre signos de admiración. Es el eslabonamiento de la grandeza que surge del andar recio y nervioso de Simón Bolívar. Todo, sin embargo, tiene origen en el campo de batalla y emana de él. Cuadro impresionante donde el horror y la gloria se confunden en humareda, choque de aceros, violencia de explosiones y alaridos de muerte, de cuya borrasca cruzada de relámpagos insurge el revolucionario, para esculpir bajo semejante inspiración su obra gigantesca.

Simón Bolívar, libertador de pueblos y arquitecto de naciones, viene a ser así efecto de tres poderosas circunstancias: la guerra como único camino de engendrar una patria, el ocaso de un imperio que crea la coyuntura excepcional para que el volcán de su alma hiciese erupción a través de la lucha armada y su propio genio cuya dimensión se hace posible sobre una condición dominante: la voluntad de acero que ha de encontrar aliento en los desastres repetidos, hasta escalar las cumbres solitarias de la grandeza.

De ahí la inspiración de este libro: El ser Guerrero del Libertador. Para hallar ese ser, describirlo, tratar de descubrir el proceso todo de surgimiento y evolución que lo lleva a fraguar empecinadamente la victoria, es preciso seguir el itinerario fascinante de luchas,

campañas, episodios de armas, triunfos y derrotas, que acompañan su estremecida existencia. No de otra manera podría demostrarse cómo esa faceta, el guerrero, predomina sobre todas las demás y sirve de origen a lo que en años dramáticos habrá de configurar la inmensidad de su gloria.





PRIMERA PARTE

Años Inciertos



I. EL MILITAR Y EL GUERRERO

La entrada de Simón Bolívar en los escenarios turbulentos de la revolución americana, tiene lugar directamente a los estratos superiores de la autoridad y del mando militar, por fuerza de las circunstancias. Es aquella una irrupción fuerte, dominante, como lo fueron su carácter y su alma, resultado tanto de lo que él es en sí mismo, como de lo que representa la sociedad caraqueña de su tiempo.

Por significativa paradoja, los vástagos de encumbradas familias españolas, radicadas en América por períodos fluctuantes de tiempo, son los que encarnan en la causa revolucionaria los más altos valores, al menos mientras surgen de los niveles populares algunos caudillos de montonera que terminan conquistando fama, renombre y poder político a través de la lucha. Corresponde en esta forma a los privilegiados de la fortuna por sangre y por ancestro, enarbolar pendones de rebeldía, tomar las armas, sacrificar fortunas, morir o triunfar en campos de batalla y patíbulos, erigidos por sus adversarios en fugaces momentos de victoria, hasta arrancar los dominios americanos de la Corona española.

Cuando el padre de Simón resolvió hacer testamento en el lecho de su agonía, encabezó esa última voluntad con la enumeración de sus títulos, fruto de la preeminencia que las familias de linaje

aristocrático tuvieron en la Capitanía General de Venezuela, como en todas la capitales de ultramar.

"Yo, Don Juan Vicente de Bolívar y Ponte, Coronel del Batallón de Milicias de Blancos Voluntarios de los Valles de Aragua, Comandante por su Majestad de la Compañía de Volantes del río Yaracuy...".

Era la voluntad real la que hacía coroneles de sus súbditos más connotados. No había que recorrer camino alguno de disciplinas castrenses o aprendizaje marcial. Se era comandante de un batallón de milicias como conde o marqués. Así el título se heredaba junto con haciendas, casas y esclavos, sin que para ello fuese indispensable reunir las calidades propias de quien se consagra al ejercicio de las armas.

Al desaparecer en la casa de los Bolívar el primogénito Juan Vicente, correspondieron tales títulos y prebendas al segundo de los hijos varones, Simón de la Santísima Trinidad. Se prolonga así en el joven vástago una tradición que halla al abuelo, don Juan de Bolívar Villegas, como teniente general de los ejércitos españoles. De este ancestro marcial no pudo recibir influencias directas el futuro Libertador. Su temprana orfandad no dio lugar a que se ejerciera en él la fuerza penetrante que, en las mentalidades infantiles con vocación heroica, consigue la brillantez de aceros y uniformes en cuyo fulgor se presiente el reflejo de la gloria.

Fue el Regimiento, también llamado batallón, de Milicias de Aragua, una formación más figurada que real de tropas coloniales. El carácter de voluntarios blancos que tuvieron sus integrantes, no le daba status permanente sino posibilidad de activación ante eventualidades bélicas, difusas en momentos en que piratas y bucaneros pasaban al ámbito de la leyenda y el fantasma de la guerra contra Inglaterra se ahuyentaba a otros mares, a raíz del descalabro sufrido por el almirante Vernon ante las murallas de Cartagena.

Así, entre los muchos privilegios que la fortuna entrega a Simón Bolívar, este de nacer oficial de las armas españolas no es de los menos significativos. Su antepasado inmediato, fundador del Regimiento, tuvo como razón primaria asegurar un grado militar transmisible por herencia, con el cual se accedía a ciertas prebendas

codiciadas en su época. Fue notorio el empeño que los Bolívar y los Palacios dedicaron a la adquisición de títulos nobiliarios y, aunque el escalafón militar no era el equivalente a éstos, sí podía constituir sustituto importante, dada la dificultad de obtenerlos.

La investidura castrense por cuna abría así al vástago de los Bolívar y de los Palacios las puertas de un gran destino. Poco hizo él para encuadrar en las difusas responsabilidades del grado ancestral, a fin de que no resultase simple aderezo sonoro de sus apellidos vascuences, gallegos y castellanos. Hubiese podido ingresar a la Academia Militar de Zaragoza como otros americanos de su generación, pero prefirió dar salida a las ansias de su juventud borrascosa, cuando la corte madrileña le abrió sus puertas exclusivas, merced a la envidiable posición que su tío Esteban ocupaba al lado del payanés Mayo, en la corte liviana de María Luisa de Parma y el Príncipe de la Paz.

Entre los costosos trajes que un famoso sastre hubo de confeccionar, para que el recién llegado indiano estuviese a la altura de los compromisos que demandaría la ubicación de su tío en la camarilla real, no figura el uniforme militar que su condición de teniente hubiese requerido. Hay sí un costoso traje de alférez, pero este título era de carácter civil dentro del cabildo de Caracas. La superficialidad de la Corte en los albores de la intervención napoleónica, impulsa más al disfrute alocado de lo que el poder del dinero y las influencias podía proporcionar allí, que a disciplinas castrenses. No hay constancia alguna de que el joven caraqueño, bien pronto envuelto en la vida galante que gozó a plenitud, hubiese podido adelantar estudios militares que lo situaran a la altura de eventuales demandas, de ese su grado honorífico como jefe del Regimiento de Milicias de Aragua, en el futuro siempre incierto.

En Venezuela había tenido su único y a buen seguro superficial contacto con las armas. Fue un año como cadete del batallón que había comandado su padre, comprendido entre el 14 de enero de 1797 y el 31 de diciembre del mismo año, en que un escueto certificado de servicios se le extiende en los siguientes términos:

"Valor se supone. Aplicación, la demuestra. Capacidad, buena.

Conducta, id. Estado, Soltero". Un año después, sin constancia de nuevos servicios militares, recibe el grado de subteniente, el 26 de noviembre de 1798, a los quince años. Había sido cadete a los trece años y medio[1].

¿Qué podrían significar aquellas prácticas a tan temprana edad? Quizás algo del orden cerrado propio de la época, cuando aún el reino de la táctica en formaciones cerradas de lenta maniobra no había sido desquiciado por su base con la vigorosa transformación napoleónica. La misma naturaleza del certificado de servicios deja un limbo en torno al posible currículum seguido por el aprendiz de combatiente. Se le supone valor. Y lo único que se califica en términos vagos es su aplicación, capacidad (¿para qué?) y conducta, lo cual deja la sensación de que el niño jugó a los soldados para justificar el grado de subteniente que habría de llegarle por simple gravedad, en gracia al poder heredado.

La primera carta que se conoce del joven Bolívar, escrita en Veracruz el 20 de marzo de 1799 para su tío Esteban en Madrid, acusa en sus trazos vacilantes caligrafía dibujada sin fluidez, atroces errores gramaticales y ortográficos la inmadurez de esos dieciséis años donde no se evidencia sombras de las disciplinas militares supuestamente cursadas. Luego lo envolvería, en los bordes inciertos entre la adolescencia y la juventud tempestuosa, el vértigo de la corte madrileña con su lujo artificial y derrochadora opulencia.

En mayo de 1802, a los diecinueve años, Simón Bolívar contrae matrimonio con María Teresa Josefa Antonia Rodríguez de Toro y Alaysa. Con ella se desprende de España el mismo mes para instalarse en Caracas, donde transcurre entre la ciudad y las haciendas familiares el breve lapso de un idilio súbitamente tronchado por la muerte de la frágil niña española, que desapareció de la vida y del ámbito sentimental en enero del año siguiente. Choque terrible para el huérfano que había visto esfumarse a edad temprana las figuras amadas que apenas alcanzó a conocer. La influencia de este episodio doloroso seguirá gravitando a lo largo de toda la existencia, que aún se confundía entonces con la de una generación a la cual habría de corresponder tan duro como egregio papel en la historia.

1 Boletín de la Academia de Historia de Venezuela, núm.52, pág. 474.

De allí en adelante, entre la desesperación de la única mujer que amó con profundidad entremezclada de espíritu y pasión, y la hora crucial del Monte Sacro, desfilan los años tempestuosos de una juventud que ha perdido el rumbo. Ninguna influencia militar se produce entonces en una mente que, guiada desordenadamente por el filósofo andariego don Simón Carreño o Simón Rodríguez, discurre con avidez pero sin método por las teorías de los enciclopedistas. Su alma se modela así, sobre el camino errante, en rasgos volterianos e intensa influencia de Rousseau, cuyo Emilio es en cierta forma el modelo que su antiguo preceptor, ahora camarada y maestro, dibuja confusamente para su discípulo, en quien ejerce con ardiente vigor el papel de arquitecto mental.

Cuando, ya rubricada su obra guerrera, escribe Bolívar a Santander desde Arequipa el 20 de mayo de 1825, en torno a su educación que un tal Mr. Mollien había puesto en tela de juicio, dice textualmente:

"Mi madre y mis tutores hicieron todo lo posible porque yo aprendiese: me buscaron maestro de primeras letras y gramática; de bellas letras y geografía nuestro famoso Bello; se puso una academia de matemáticas tan sólo para mí por el padre Andújar, que estimó mucho el Barón de Humboldt. Después me mandaron a Europa a continuar mis matemáticas en la academia de San Fernando; y aprendía los idiomas extranjeros con profesores selectos de Madrid; todo bajo la dirección del sabio Marqués de Ustáriz en cuya casa vivía. Todavía muy niño, quizá sin poder aprender, se me dieron lecciones de esgrima, de baile y de equitación. Ciertamente que no aprendí la filosofía de Aristóteles, ni los códigos del crimen y del error; pero puede ser que Mr. Mollien no haya estudiado tanto como yo a Locke, Condillac, Buffon, D'Alembert, Helvetius, Montesquieu. Mably, Filangieri, Lalande, Rousseau, Voltaire, Rollin, Berthot y todos los clásicos de la antigüedad, así filósofos, historiadores, oradores y poetas; y todos los clásicos modernos de España, Francia, Italia y gran parte de los ingleses..."[2].

Ni una referencia a posibles estudios militares, en este autoanálisis de formación intelectual. El hombre que acaba de definir por medio de las armas una campaña de nueve años, el comandante victorioso de los ejércitos de cinco naciones, unidas casi a la fuerza bajo

2 Bolívar, Obras completas, Tomo I, Pág. 1096.

su espada de general, hace un lúcido recuento de una formación filosófica y humanística en la que no haya cabida el orden militar, que le permitió realizar su obra colosal.

Más tarde aparecerán, entre los libros de su equipaje viajero, algunos de índole castrense, más de acento histórico que didáctico sobre el arte de la guerra. Bolívar fue autodidacto en lo fundamental de sus conocimientos. También hubo de serlo, presionado por el conflicto que envolvió su vida en el estruendo de la batalla, en la más devoradora y apasionada de todas sus actividades humanas: la guerra.

"A diferencia del militar en su llana acepción, que implica conceptos de profesionalismo, formación concienzuda de la mente, reflexión, aprendizaje largo y profundo de la ciencia arte hasta dominar sus principios y manejar con acierto procedimientos y sistemas, el guerrero es producto del campo de batalla, pragmático, hombre de acción y de improvisación, intuitivo más que científico, audaz, luchador por instinto. La guerra es para él necesidad y desafío. La abraza apasionadamente. Se sumerge en ella con deleite atormentado, se fusiona con su dureza, se identifica con la violencia que lleva aparejada, la hace suya en forma que los trabajos, las dificultades, las privaciones, el riesgo, la derrota misma, pasan a ser esencia de la vida, meta y desafío"[3].

La referencia anterior establece ciertos matices que sitúan al hombre de armas en campos distintos, según que el ejercicio de la actividad castrense revista perfiles académicos o sea producto de la experiencia, gradualmente obtenida en la guerra o fruto de inspiración genial.

A la luz del criterio expresado, el militar se forma en un proceso de enseñanza y disciplina intelectual continuadas. El vocablo se aplica a quien toma las armas con sentido profesional. La milicia como tal envuelve principios científicos, normas, preceptos. La guerra se convierte así en algo más que el choque brutal de fuerzas antagónicas de simple sentido destructivo, para convertirse en hecho intelectual que es preciso dominar a través del estudio profundo de sus raíces, formas y ejecución.

3 Alvaro Valencia Tovar, Revista Bolivariana, décima época, enero de 1976, Número 84, Pág. 79.

Sin duda la guerra es un fenómeno esencialmente destructivo. Empero, por mucho que repugne su bestialidad desatada, es vivencia que ha acompañado el paso azaroso del hombre a través de las edades. La lucha es parte de la naturaleza. Todos los seres creados la practican por instinto. A ella se liga indisolublemente su propia supervivencia, así sea cruel y amargo reconocerlo. El hombre luchó contra los demás seres y contra el hombre mismo desde que refugiaba su indefensión en la caverna. Esta lucha sino de la humanidad engendró la guerra, a medida que la familia primitiva dio origen al clan y éste a la tribu.

La masificación de la contienda hizo necesario un ordenamiento. No bastaba que dos montoneras se lanzaran una contra otra en empeño aniquilador, cuyo resultado en triunfos precarios correspondiese a quien impusiera la mayor contundencia de medios, fuerzas físicas o número de combatientes. Tal ordenamiento produjo métodos, estableció formas, planteó principios y desarrolló procedimientos. Se descubría que la guerra no era simple choque muscular o duelo de orden material, sino que cuanto tenía de mesurable dependía de algo más sutil: la inteligencia que daba al hombre formidable ventaja sobre los demás seres creados con quienes debía competir.

Es decir, la guerra se hizo ciencia. Destructora y mortal pero ciencia al fin, puesto que requería aprendizaje, investigación, metodología. El militar profesionalizó su oficio que, al alcanzar niveles superiores y requerir de sus conductores talentos, imaginación, capacidad intuitiva, dominio de factores sicológicos en influencia cerebral y anímica sobre otros hombres, se convirtió en arte. El Arte de la Guerra, así los dos términos planteen a primera vista una antinomia espiritual.

El guerrero, en cambio, es el hombre envuelto en la contienda, devorado por ella, inmerso en su tremenda confrontación, de la cual quedan como saldo la vida o la muerte, la victoria o la derrota. Aplicada al simple combatiente, la palabra denota el esfuerzo físico, la hazaña individual, el choque de un ser contra otros. En el conductor superior, capitán de ejércitos, el guerrero toma cuerpo en el hombre abocado a pelear bajo la investidura de un mando que implica guiar a otros bajo una responsabilidad. No es profesional de la lucha sino caudillo de circunstancias. No ha tenido tiempo ni

oportunidad de prepararse científicamente para manejar el complejo campo de la defensa y la destrucción.

El guerrero es producto de la batalla misma. Soldado o jefe, pisa el campo mortal impulsado por ese misterioso conjunto de fuerzas interiores que ha determinado el comportamiento del hombre a través de los siglos. Pero si es jefe, llega allí por condiciones naturales que nacen del poder de la mente, de la fuerza de la voluntad o del imperio de una cualidad innata, el don de mando, que lo hace superior a los demás y lo lleva a erguirse ante ellos, para conducirlos en la hora suprema de la supervivencia o la desaparición.

No es tan sólo un orden semántico el que separa los vocablos e identifica los conceptos en uno y otro campo. Es un fondo sutil, pero bien diferenciado, que cobra mayor claridad cuando la guerra sobreviene como consecuencia del desenvolvimiento de ciertos hechos históricos, que acaban por lanzar al hombre al conflicto armado, dentro de una corriente invencible de acontecimientos.

Es este el caso de nuestra Guerra de Independencia. Allí no hay preparación sistemática ni proceso gradual que permita formar ejércitos dentro de ordenamiento clásico alguno. Mucho menos se dispone de moldes para fundir una oficialidad preparada metódicamente con la finalidad de conducir una guerra que habría de ser cruenta, dura y prolongada.

Los albores de la lucha y la poca claridad de sus primeros episodios hace posible una marcada influencia extranjera. En Caracas, es Francisco Miranda, el general girondino de la Revolución Francesa, quien ve de disciplinar las primera tropas, exasperado por el desgreño, el desorden, la improvisación, el tropicalismo de huestes amorfas en las que prima el caudillaje elemental sobre la disciplinada contextura de los ejércitos europeos, sus maestros en el arte militar.

En Santa Fe, es el brigadier español José Ramón de Leyva, junto con algunos compatriotas suyos de las antiguas milicias reales, quienes, convencidos de que se trataba de afianzar la autoridad monárquica de Fernando Séptimo, se dan con entusiasmo a la tarea, hasta terminar fundidos en el republicanismo de los criollos

encumbrados, fuerza nutriente de la revolución. Luego vendrían otros europeos, principalmente británicos y en menor número franceses.

Esos primeros cuerpos, nacidos del entusiasmo y sostenidos por el incipiente patriotismo de quienes se embriagan con la libertad, fueron arrasados por la lucha. Miranda se acercaba ya a las sombras crepusculares de su vida fabulosa. Quiso conducir una guerra que no entendió, como no la entendieron quienes debían seguirlo. En la Nueva Granada fue el alud de la reconquista española lo que derrumbó aquellos cuerpos de cartón, que no habían conocido otra lucha que las rudimentarias contiendas fratricidas o las campañas iniciales de la libertad, conducidas dentro de esquemas pre- napoleónicos, desoladoramente ineptos ante los aprovechados discípulos del Gran Corso en el campo opuesto de las guerras europeas.

Las filas de la revolución están nutridas por una juventud ardorosa, idealista, impregnada de conceptos homéricos sobre la guerra y la gloria. Entusiasmo, ardentía, honor caballeresco, halo aventurero propio de toda empresa militar, disposición belicosa de los años mozos, todo impulsa aquella brillante juventud a la batalla. En ese marco dorado, confundido un tanto dentro del conjunto que sigue la figura imponente e invernal de Miranda, se halla Simón Bolívar.

Bien pronto el triunfalismo inicial de las huestes que confusamente comienzan a edificar la República, halla los primeros escollos. Del llano y de los enclaves adictos al rey comienzan a surgir montoneras adversarias. Una cosa es erguirse para defender al monarca apresado en inicua trapisonda por el emperador de los franceses. Otra convertir el empeño en traición para arrancar la corona de la testa que la porta, así le falte cerebro para merecerla.

En medio de la confusión reinante empieza Bolívar su trayectoria bélica. No tiene en realidad otro título para comandar huestes de la revolución naciente, que el grado de coronel, al cual asciende de un salto. Todo en las milicias de aquel imperio colonial, distante de la metrópoli por el abismo líquido del atlántico, es hereditario. Don Feliciano Palacios, tío de Bolívar, fue el alférez que, también con título heredado, encabezó los caraqueños enardecidos contra Francia y sus emisarios, cuando recorrieron en julio de 1808 las calles en pos del pendón real, elevado por encima de la oleada de

cabezas criollas en medio de enorme gritería que corea rítmicamente: "Castilla y Caracas, por el señor Don Fernando Séptimo y toda la descendencia de la Casa de Borbón"[4].

Así surge Simón Bolívar sobre el campo iluminado y trepidante de una guerra en comienzo. Coronel de Milicias de un Regimiento que dista mucho de serlo. Nada ha aprendido en el arte de librar batallas y conducir ejércitos. Al grado sonoro no corresponde formación alguna para mandar. Ignora la esencia de las disciplinas castrenses. Su juventud galante, trascurrida en andanzas palaciegas de mocedad, el disoluto ambiente de la Corte y los salones rutilantes del París napoleónico, no amoldaron su petulancia de rico heredero a ninguna subordinación.

El joven coronel ignora lo que es la guerra. No ha sufrido sus tremendas tenciones, ni sobre sus carnes ha hundido la garra el viento helado del páramo. Jamás ha hecho una jornada de campaña ni sumido sus reflexiones en la hondura de un tratadista militar. Paseó, al lado de un maestro bohemio, por la filosofía de Rousseau y se extasió en el desfile de las formaciones napoleónicas en brillantes paradas que poco dicen de la crueldad sangrienta del combate.

Es la iniciación del guerrero en su duro camino, aliento romántico con la gloria por miraje. Tal como fue prestado el primer sable que empuñó en su vida, prestado es el título de coronel con que entra a militar a órdenes de Francisco Miranda, espejo en que se miran sus pupilas bisoñas en busca de un modelo militar[5].

Bolívar inicia, pues, su carrera de conductor como guerrero improvisado. Es allí un hombre que se apresta a luchar con el solo bagaje de su inmensa ambición, de su amor por la gloria, de su vocación hacia la grandeza y ansia infinita de libertad. Que Napoleón ejerció en su alma influencia decisiva, es indudable. En el delirante

4 Salvador de Madariaga, Bolívar, Tomo I, México, edit. Hermes, 1953, pág. 244.

5 Jorge Ricardo Bejarano, en su magistral e inconclusa biografía (Bolívar, Tomo I, pág. 207, edit. Santa Fe, 1947) narra una reyerta entre terratenientes, en la que Bolívar y Antonio Nicolás Briceño están a punto de trensarse en lucha mortal a la cabeza de su negrería esclava, de lo cual resulta tiempo después una denuncia penal del primero contra el segundo. En nuevo encuentro entre los dos adversarios, Bolívar encabeza su huested cortando un sable que, según Briceño, "pertenecía a Lovera, que nunca antes lo había esgrimido por no tenerlo de su propiedad". Significante: este diseño será quien primero proclame la guerra a muerte, iniciándola cobn la ejecución de dos españoles cuyas cabezas envía a Bolívar y Castillo, en los albores de la campaña de 1813, para perecer luego decapitado en retaliación y su cabeza alzada en una picota por los penínsulares, "hasta que la devorasen los cuervos".

peregrinar con su maestro Rodríguez, llega a Milán en 1805. Es el año de la coronación de Bonaparte como emperador y, en la histórica catedral, contempla el acto en que aquel hombre de pequeña estatura toma del papa la corona milenaria de los lombardos, que el pontífice se apresta a ceñirle, y la coloca por sí mismo sobre sus sienes en acto de histriónica arrogancia. *Je suis l'Empereur*, parece decir sin que una palabra atraviese sus labios. El acto orgulloso lo dice todo.

También, allí, cerca al campo de Castiglione donde tuvo lugar una de las fulminantes victorias de la Primera Campaña de Italia, presencia Bolívar en la llanura de Monte Chiaro el soberbio desfile de sesenta mil hombres ante su recién ungido emperador. El espectáculo formidable debió dejar huella profunda en el espíritu de aquel otro como Bonaparte hombre de pequeña estatura, todo lumbre y fuego. Casi 20 años más tarde, sobre la histórica pampa de Sacramento, el americano anónimo que contempló el soberbio espectáculo del Chiaro vería desfilar ante sí los ocho mil hombres del Ejército Unido, con la masa adusta del Cerro de Pasco como mudo testigo. La guerra por la libertad se acercaba a su cenit. Pocas semanas más tarde tendría lugar la victoria esplendente de Junín.

No es posible saber la hondura que ciertos hechos pueden labrar en el alma de un hombre. Bolívar se acercaba ya a la hora estelar del Monte Sacro. Algo debía estar ocurriendo en su interior desde que dejara a París después de terrible decaimiento ocasionado por el desastre financiero y el desengaño de una gran pasión, de las que tantas veces encendieron luminarias exasperadas en su vida. Sintió él por Bonaparte admiración encendida. Si hemos de creer a Perú de Lacroix en su controvertido Diario de Bucaramanga, tan sólo consideraciones políticas le impidieron exteriorizar la medida de su culto[6].

Estudiar el arte de la guerra... Quizás en esta frase de Bolívar hay algo de lo que venimos considerando. ¿Cómo y dónde la estudió él? ¿Leyendo el Diario de Santa Helena? No sería suficiente. La guerra

6 "Más aún habrían dicho mis enemigos: Me hubieran acusado de querer crear una nobleza y un estado militar igual al de Napoleón en poder, perrogativas y honores. No dude usted de que esto hubiera sucedido si yo me hubiera mostrado, como lo soy, grande admirador del héroe francés si me habían oído hablar con entusiasmo de sus victorias militares, preconizarlo como el primer capitán del mundo… El Diario de Santa Elena las campañas de Napoleón y todo lo que es suyo, es para mí la lectura más agradable y la más provechosa, en donde debe estudiarse el arte de la guerra, el de la política y el de gobernar…". Perú de Lacroix, Diario de Bucaramanga, Medellín, edit. Bedout, 1967, pág. 113.

es algo demasiado complejo para aprenderlo en las memorias de un grande hombre, que tienen más de relato que de tratado analítico sobre las razones de la victoria. Para el conductor afortunado de esa victoria puede hallarse en el estudio sistemático de la estrategia o surgir de la inspiración de un solo instante luminoso. El gran general suele ser producto de uno y de otro en bien lograda simbiosis. El guerrero ha de hallar en la lucha esa chispa que ilumina de pronto su cerebro con el relámpago del triunfo.

Bolívar fue de los segundos. Guerrero porque hubo de llenar el título prestado de coronel con determinación y no con aprendizaje. Con voluntad y no con método. Con capacidad intuitiva y no con profundos conocimientos militares.

Sus primeras andanzas son necesariamente erráticas. Miranda no se halla en aquel medio primitivo. Los años pesan demasiado en su organismo. La fatiga comienza a caer pesadamente sobre su cerebro. No actúa. El trasplante de una Europa con la cual se ha compenetrado profundamente a esta América tropical que ya había olvidado, sufre un rechazo decisivo y su letargo se trasmite a quienes sirven a sus órdenes. Nadie sabe qué hacer, en tanto Monteverde avanza de ciudad en ciudad, dejando escombros a su paso y despertando acendradas lealtades monárquicas. El derrumbamiento es inevitable y el joven coronel, hecho para la guerra móvil, recibe la gran responsabilidad de defender a Puerto Cabello, llave estratégica de los valles de Aragua y de la propia capital venezolana, a la vez que puerto de arribo de refuerzos y abastecimientos.

De todo aquello el guerrero va atesorando experiencias. No son de orden militar. Nada hay que aprender de aquella guerra instintiva en la que acaba por imponerse el que despliegue mayor imaginación y sepa sacar partido de las fuerzas morales. Es allí, en la zona intangible del alma humana, donde está el secreto de la victoria. Y es ésta quizá, de todo ese período desordenado y caótico que acompaña la caída de la Primera República, la lección más duradera para el hombre que comienza a definir su destino.

El revolucionario y el guerrero comienzan a fusionarse en el joven espíritu. Son dos conceptos afines. Uno y otro implican lucha, sacrificio, decisión, pertinacia, lumbre interior. El

primero es luchador de la idea. El segundo de las armas. Cada uno precisa del otro para alcanzar su meta. Ambos acarician un sueño, desean realizar un propósito. Son luchadores en distinto campo, iluminado por una misma luz. Pero también pueden ser diferentes. El revolucionario desea derribar, el guerrero destruir. En estas motivaciones primarias pueden llegar a enfrentarse, como lo hicieron en Venezuela monarquistas y republicanos. Boves, el llanero realista, feroz y sanguinario, era guerrero pero quiso ensartar la revolución en la punta de su lanza y aplastarla bajo el enloquecido tropel de sus caballos.

Bolívar, revolucionario contra un orden agónico pero aún formidable, hizo de la guerra el camino. No tuvo tiempo para prepararse. Obedeció impulsos grandiosos del fuego que alentó en el subfondo de sí mismo hasta hacer de su alma un volcán. Impetuoso por naturaleza, no dispuso de la frialdad propia del militar de escuela, acostumbrado a manejar los factores inasibles de la batalla y a calcular los cuantificables. Tampoco tuvo ocasión de construir con su propia arcilla un modelo de general al estilo clásico. La violencia de la contienda lo arrastró consigo, alineado con la revolución que se acomodaba a su radicalismo rousseauniano, aprendido éste sí de su maestro excepcional: aquel Simón Rodríguez desorbitado y andariego, que lo llevó de la mano bajo los abiertos cielos de Europa, labrando en él, desordenadamente, su propia imagen de Emilio que lo había deslumbrado.

Es interesante seguir esta fusión del revolucionario y el guerrero, para comprender mejor lo que en Simón Bolívar generó las fuerzas formidables que trazaron una dirección a su vida. Estas dos actitudes, no necesariamente superpuestas en un mismo ser, hicieron de él un luchador infatigable que supo resurgir engrandecido de todos los desastres. La indomable energía de que dio muestras en el decurso de un itinerario tantas veces signado por el fracaso, salen de allí. El revolucionario prende el fuego de la lucha. El guerrero lo transporta a los senderos ásperos y fragosos que conducen a la batalla. Es una aleación excepcional de fuerzas desatadas.

De un lado está la mística que han llevado consigo todos los revolucionarios de la historia. Enfrentarse a órdenes establecidos

puede tener dos propósitos: hacerlo para encumbrar la propia figura a las cimas del poder, lo que es ambición. O sustituir lo existente por formas distintas, lo que es fuerza ideológica y voluntad creadora. En Simón Bolívar concurrieron ambas circunstancias. Fue un apasionado de la gloria. La buscó casi desesperadamente. Gozó lo indecible con los vítores de multitudes entusiasmadas hasta el delirio, en las calles coloniales de las ciudades que iban cayendo al filo de su espada, dentro de la órbita de su propia ruta sideral. Alcanzado el poder gozó de él y padeció con él los sinsabores, las frustraciones y el desencanto que suele acompañarlo. Pero también fue un filósofo de la libertad y por ella se sumió en el hervidero terrible de la guerra. Se empeñó en derribar el poder español en América y a ese empeñó dedicó su vida, entregó su salud, sacrificó su riqueza y terminó por ofrendar su vida, tempranamente consumida por el hielo de los páramos, las privaciones de la campaña, la propia pasión devoradora de un espíritu que no conoció la quietud ni el reposo.

El revolucionario aparece en su gigantesca dimensión cuando el guerrero aún aguardaba su hora. No hay que extrañarse de que ello ocurriese en medio de una gran tragedia. Allí, batido por el huracán y la borrasca, Simón Bolívar se irguió como gigante y tuvo sus mejores momentos. Fue el Jueves Santo de 1812. La revolución era apenas una entelequia incomprendida. Desaparecidos los primeros arrebatos libertarios, tres siglos de lealtad al monarca comenzaron a gravitar pesadamente sobre las multitudes, enseñadas desde la cuna a fundir en un solo concepto la divinidad religiosa y la figura corpórea del monarca, llamado a representarla en la tierra.

Súbitamente, como latigazo del Cielo, se desencadenan las fuerzas subyacentes de la naturaleza. Un formidable terremoto reduce a escombros las ciudades del centro de Venezuela y golpea a Caracas más que a ninguna otra. En medio de la duda que afligía a los espíritus respecto a la bondad de la insurgencia contra la majestad real, aquella catástrofe no podría ser interpretada de manera distinta que como castigo sobrenatural a la impiedad de la revuelta. El terror galopó sobre las almas creyentes haciéndoles ver en todo aquello el fruto de su delito.

Dos fenómenos que la imaginación empavorecida de las gentes atribuyó a designios sobrenaturales, contribuyeron a dar al sacudimiento sísmico contornos de castigo divino. Al derribarse la

iglesia de la Trinidad edificada sobre macizos pilares, lo que había sido el mayor templo de Caracas se hundió dentro de su propio ámbito. Tan sólo una piedra inmensa saltó a la plaza y rodó como guiada por una mano invisible, hasta dar con el patíbulo erigido al extremo opuesto, donde habían sido ajusticiados por traidores los dos primeros realistas en pagar el tributo sangriento a la lucha que apenas comenzaba. En cambio, en el recinto sagrado, donde todo se derribó en fragmentos, quedó en pie el pilar que, en la capilla castrense, ostentaba las armas del rey.

Aquel doble signo prodigioso se interpretó como voluntad punitiva de Dios contra la revolución. Aun en medio del estupor causado por el desastre, las gentes humildes o encumbradas entendieron que en todo aquello se había hecho presente la voluntad divina. El sector realista del clero no perdió tiempo en proclamarlo así, como lo hizo el prior de los dominicos al lanzar furibundo anatema desde las propias ruinas, mientras don Nicolás Anzola, regidor del vibrante 19 de abril, se hincaba de rodillas para clamar perdón al propio Fernando VII, restablecido por fuerza del miedo en el trono que Dios le señaló en la Tierra.

Ese 26 de Marzo Bolívar emerge de las ruinas como el revolucionario auténtico, para quien nada ni nadie podría oponerse a sus designios. En medio de la confusión y el pavor es la figura descollante. Se niega a aceptar el castigo que el Cielo o la Tierra puedan estar imponiendo a la lucha que ha contribuido a desatar. Frente a la catedral reducida a polvo, tropieza con su enemigo ideológico, doctor Díaz y, clavándole la mirada llameante, se anticipa a cualquier palabra de quien luego calificaría las suyas como "impías y extravagantes":

Si se opone la naturaleza, lucharemos contra ella y haremos que nos obedezca.

Blasfema o no, la frase es formidable. Allí refulge como el fugaz destello de una espada herida de sol el hombre de las dificultades, como habrá de autodenominarse más tarde. Su frase es un latigazo de ira descargado, no sobre su adversario de un instante, sino sobre cuanto lo rodea y se atreva a cruzarse en su camino. En aquel atrio resquebrajado de uno de los templos que el dominio español

había erigido sobre un trozo de su América cautiva, se yergue el futuro derrotado de mil desastres tan demoledores como éste. En mangas de camisa, en su semblante pintado el sumo terror o la suma desesperación, como afirmase el doctor Díaz, Bolívar habla "la lengua del porvenir", en afirmación de Salvador de Madariaga: "... en su magnífico desafío a la naturaleza y a España, Bolívar se yergue sobre las ruinas de Caracas como la figura a la vez más grande y más española de aquel día histórico"[7].

Lo cierto es que el terremoto marca la iniciación del colapso republicano. Quizá no tan sólo en razón del complejo de culpa que se cierne sobre el pueblo venezolano ante la certidumbre de haber ofendido a su Dios y a su rey, que para las almas simples se constituían en alianza indisoluble de majestades, sino porque el desorden, la falta de autoridad y el desgreño de la naciente República contrastan con el pausado ordenamiento de las épocas monárquicas, cuando nada alteraba la paz secular de las posesiones coloniales.

Monteverde continúa su avance a saltos por las ciudades destruidas. La deserción comienza a plagar el campo independentista. La conscripción forzosa para servir una causa que se había tornado impopular, no da soldados sino cifras en las que poco se puede confiar. Así, cuando Monteverde emprende la jornada final sobre Caracas y presiona a Miranda para retirarse hacia La Victoria, abandonando sus depósitos de aprovisionamiento militar, llega un momento decisivo que se pierde por esa carencia de confiabilidad del comandante republicano en sus tropas colecticias. En efecto, el intento de Monteverde para apoderarse del nuevo reducto rebelde es contenido por Miranda. El realista se ha adelantado más de la cuenta y la zambullida en profundidad lo deja solo, aislado de la lejana retaguardia, donde su superior jerárquico pocos deseos tiene, ante las constantes muestras de indisciplina de su subordinado, de acudir a socorrerlo. Pero Miranda no se atreve a lanzarse en persecución, porque ignora si sus hombres habrán de seguirlo.

En medio de aquella situación depresiva, el coronel Bolívar encierra su impaciencia tras las murallas de Puerto Cabello. La plaza fuerte, a espaldas de Monteverde, constituía carta decisiva en

7 Salvador de Madariaga, ob. Cit. Pág. 341.

la estrategia republicana y en la propia armazón de su dispositivo. Comandar el poderoso bastión no era, ni con mucho, el cargo subalterno y carente de importancia que más tarde se ha aducido como razón de un distanciamiento entre Bolívar y Miranda, que posiblemente no existió a juzgar por la correspondencia entre los dos, cruzada para la misma época. Muy por el contrario, podría considerarse como señalado honor.

Sin embargo, la actividad de Bolívar, su ánimo emprendedor, su formidable energía, hubiesen sido quizá más útiles al Generalísimo en la guerra de movimiento planteada por la ofensiva de Monteverde. Una inmensa incógnita queda abierta: ¿qué hubiese ocurrido si Bolívar se coloca al frente del ejército de campaña en aquella hora decisiva? ¿Hubiese podido el bisoño pero inspirado coronel de milicias, sin conocimiento alguno en la conducción de una campaña, batir a Monteverde, general con un pasado de veteranía militar? ¿Hubiese podido su singular reciedumbre de espíritu imponerse al derrotismo que comenzó a plagar las tropas de la revolución y aprovechar el momento decisivo que siguió al combate de La Victoria, para lanzarse sobre su adversario vacilante y asestarle golpe mortal?

Tales preguntas no pueden contestarse sino con base en elementos adivinatorios. Hechos subsiguientes en la trayectoria guerrera de Bolívar podrían argumentar tanto en favor como en contra de las posibilidades que hubiese tenido para la causa republicana su presencia en el campo de operaciones. A Monteverde habría de batirlo frente a frente un año más tarde, bajo diferentes circunstancias. Pero no siempre el Libertador fue afortunado en la adivinación de ese momento decisivo en que la suerte pende de un hilo invisible, para acabar inclinándose a uno u otro lado de la balanza donde se define el curso de la historia. Nada nos dice que allí, en circunstancias agobiantes, hubiese podido intuirlo.

De todas maneras, subsiste la duda de por qué Miranda no colocó a Bolívar en un mando operativo y no en la inercia de una plaza fuerte, que en aquel momento nadie se preocupaba en asediar. Parece que el militar desconfiaba del guerrero. La impetuosidad de Bolívar, su fogosidad, su extroversión que llegaba a bordear la impertinencia, su misma juventud, poca confianza debían inspirar

al hombre pausado y reflexivo que tenía sobre sus hombros la dirección superior de la guerra y veía de conducirla de acuerdo con los patrones profesionales de sus experiencias europeas, sin darse cabal cuenta de que Europa había quedado muy lejos. Ahora América era la nueva, la palpitante realidad. Y el general que dejara su nombre estampado en el Arco del Triunfo de París no llegó a entenderlo.

Acaba de producirse el éxito fugaz de La Victoria. Monteverde vacila. Miranda permanece estático, poseído de una lasitud que sólo se explica por su desconfianza hacia la combatividad de sus tropas y quizás, en su ser íntimo, por aquella causa desordenada, inconsistente, de la República. En su fuero interno, aquel hombre que había conocido la intimidad de alcobas reales y la encumbrada vida de los palacios donde se le recibía con calor, debió de preguntarse muchas veces si valía la pena todo esto que ahora se había convertido en su último quehacer.

En momentos en que el Generalísimo, animado por el éxito reciente, departe con sus oficiales en celebración castrense del 5 de julio, aniversario de la independencia venezolana, un correo de Bolívar trae la noticia que cayó sobre el alma de Miranda como un rayo. El Castillo de San Felipe, clave de la fortaleza, había vuelto sus cañones contra Puerto Cabello, traicionando la causa de la libertad que así pasaba de la penumbra a la tiniebla, de la vacilación al colapso. Bolívar le pide atacar "inmediatamente al enemigo por la retaguardia o esta plaza es perdida". La nota angustiada está escrita cuatro días atrás. Puerto Cabello ya ha caído. La Primera República sufre con el golpe definitivo que arranca de la voz apagada de Miranda la desgarradora frase: "Venezuela está herida en el corazón".

Para Simón Bolívar es el primero de una serie interminable de fracasos que en adelante salpicarían su camino. De proporciones demoledoras para un jefe que apenas inicia su recorrido vital y para un hombre en los albores de la ruta que se ha trazado.

El borrón que aquel revés estampa en su incipiente hoja de servicios militares es horrible. La traición tejida en las sombras pasó inadvertida para el comandante responsable. Su presencia humana,

su reconocido vigor, su fe inquebrantable en la causa que abrazó con toda la pasión de que era capaz, no bastaron para impedirla. La conjura había tomado forma cuando Ramón Aymerich, comandante del Castillo de San Felipe, se ausentó transitoriamente y quedó al mando el teniente Francisco Fernández Vinoni, figura sombría si las hay en la historia de traiciones y perfidias.

Producida la definición, Bolívar luchó bravamente por sostener lo que aún permanecía bajo su mando. Pero San Felipe era la clave de todo el sistema de defensa de la fortaleza. Situado en lugar prominente y dotado de formidable artillería, podía golpear en todo el interior del recinto. A ello hay que sumar la actitud popular, desafecta a la República. La guarnición se deshacía ante sus ojos. Recurrió a cuanto recurso puede hallar un comandante para mantener la moral. Inventó victorias que celebró ruidosamente por las calles. Todo fue inútil. Cuatro días después de la pérdida de San Felipe, abandonaba melancólicamente el reducto que no pudo defender, junto con sus últimos siete camaradas miembros de su inmediato estado mayor. Era el naufragio militar y político que lo arrojaba inmisericordemente a la orilla desértica que el mundo ofrece al fracasado. Allí, en la arena, en la soledad, en el abandono, meditará el hombre en su propia desgracia, que se hace definitiva para quien no nació con vocación de luchador. El otro, el ser superior, halla en el desastre la inspiración de un nuevo empeño. Se levanta en actitud desafiante. Y como en las ruinas del templo derruido por fuerzas incontrolables, lanza a los vientos su voz y levanta al firmamento su puño amenazante.

No es que deje de sentir hondamente el peso del desastre. Aun la tremenda fortaleza de su espíritu se agobia por un percance cuya magnitud reflejan palabras suyas dirigidas a Miranda. Su conciencia, su fuerte condición humana, el sentido del honor, abren surcos de angustia. Está moralmente conturbado y deshecho.

"Ojalá no hubiera salvado mi vida y la hubiera dejado bajo los escombros de una ciudad que debió ser el último asilo de la libertad y la gloria de Venezuela (...) Mi corazón se halla destrozado (...) mi espíritu se halla de tal modo abatido que no me siento con ánimo de mandar un sólo soldado; mi presunción me hacía creer que mi deseo de acertar y mi ardiente celo por la patria, suplirían en mí los

talentos de que carezco para mandar (...) a esto se añade el estado físico de mi salud que después de trece noches de insomnio y de cuidados gravísimos me hallo en una especie de enajenamiento mortal (...) mi cabeza, mi corazón no están por nada (...) después de haber perdido la última y mejor plaza del Estado, ¿cómo no he de estar apocado, mi General?"

Son frases desgarradoras de un ser anonadado. Están tomadas de las diversas comunicaciones que dirigió a su jefe rogándole "De gracia no me obligue usted a verle la cara. Yo no soy culpable, pero soy desgraciado, y basta". Ha medido toda la magnitud del desastre que no solamente lo hunde a él sino a Miranda, al ejército, a Venezuela. No es que la fibra de hierro de su alma no le deje sentir, sino que, aun percibiendo los tremendos alcances del revés de que es responsable como comandante militar, acabará por sobreponerse y reemprender la jornada que otros muchos inferiormente dotados habrían abandonado para siempre.

En este descenso a las tinieblas, Bolívar ha perdido transitoriamente su equilibrio sicológico. Su alma está en ruinas. Su moral en pedazos. Y para ahondar aun más su ser en el piélago de la desintegración, acaba por entregar a Miranda. Es aquel un capítulo sombrío, que sólo se explica por el deterioro nervioso de quien contribuye decisivamente a escribirlo, o porque menos probable llegase a creer traidor al Generalísimo.

Miranda había capitulado con Monteverde, convencido de que nada había que hacer. Prolongar la lucha después de la pérdida del bastión marino, con un ejército que se desvanecía en la desmoralización, no significaba a su juicio sino acentuar los sufrimientos de las provincias aún leales a la República. En España se había implantado la Constitución de 1812 que hacía prever un nuevo trato para las colonias. En fin, acertada o equivocadamente, Miranda creyó ver en la rendición un final honroso para el empeño frustrado, antes que fuese la derrota definitiva lo que consiguiese el mismo fin.

Dentro de los términos de la capitulación, Miranda se trasladó a La Guaira para embarcarse en un navío de guerra inglés que allí lo esperaba. Era la corbeta Sapphire, sobre cuya cubierta él y Bolívar

habían viajado juntos hacia América, en 1810, al viento sus sueños de libertad. Ironías del destino.

El 30 de julio de 1812 Miranda alcanzó el puerto. Su equipaje y su dinero fueron llevados a bordo. ¿Por qué no embarcó él habiendo podido hacerlo? El capitán Haynes, comandante del navío británico, lo invitó, casi lo urgió a ello. Manuel María de las Casas, comandante militar de La Guaira designado por Miranda y Miguel Peña, gobernador de la provincia, lo disuadieron en la cena que los cuatro tuvieron esa noche en casa del gobernador. La conjura contra el grande hombre estaba en marcha y él, confiado en la lealtad de sus amigos, no llegó a imaginarlo.

El apresamiento del Generalísimo, realizado por los dos traidores que habían cenado con él, tuvo a Simón Bolívar como tercer actor principal. No había estado en la cena aquella, donde se decidió la suerte del Precursor, instado por sus subordinados a permanecer en tierra y por el capitán del Sapphire a subir al navío.

Los dos hechos no guardan en sus comienzos conexidad entre sí, pese a que la participación del futuro Libertador en el apresamiento de Miranda ha servido para que se pretenda establecer un acuerdo de propósitos. La realidad es que, mientras el doctor Miguel Peña como gobernador y el coronel Manuel de las Casas en su carácter de jefe militar de La Guaira, maquinan la traición contra quien había sido su jefe y los había honrado con sus respectivos nombramientos, el coronel Bolívar, impetuoso, temperamental, revolucionario hasta la médula, después de andar a la deriva a raíz de la pérdida de Puerto Cabello, recobra gradualmente el vigor de su entraña volcánica y, en medio del desastre que se evidencia en aquel puerto de fugitivos y derrotados, vierte su desesperación y su amargura hacia quien aparece a sus ojos como responsable de la catástrofe.

Su actividad febril lo impulsa a convocar, a reunir, a suscitar en la oficialidad republicana poseída ya del más absoluto vencimiento, un hálito de voluntad que permita algún asomo de resistencia. Por todas partes palpa la desesperanza, mezclada con ira y rencor ante las capitulaciones que Miranda había firmado a espaldas del ejército, cuando aún no se había jugado la última carta militar. Y de esos sentimientos que exteriorizan la frustración de la derrota, echa mano

el rebelde para buscar una justicia irreflexiva, en medio de los crujidos del navío en que todos naufragan bajo el revuelto oleaje.

De un lado la traición, turbia e infame, que Peña y Las Casas fraguan contra el infortunado Generalísimo, acogido a su hospitalidad en la ignorancia del proceder con el cual se aferran los dos a una última tabla de salvación: entregar a Miranda para ganar méritos con Monteverde, y salir así del comprometimiento en que los ubica su carácter de funcionarios de alta jerarquía en la revolución. Del otro, la fogosidad de los militares enfurecidos por lo que, a su vez, juzgan traición de su máximo jefe. Las dos acciones marchan paralelamente, sin tocarse ni coincidir, hasta las horas finales, cuando la ira vengativa de unos confluye sobre la maniobra oculta de otros, para definir el destino amargo del Precursor que así llega a la hora de la desgracia suprema.

Conocido es el acto de tragedia griega en el cual Bolívar, a la cabeza de los conspiradores, pone preso a Miranda en la casa del comandante militar de La Guaira. Soublette, edecán del general y más tarde fiel subalterno del Libertador consigna el episodio en rasgos sombríos para la posteridad. Las cuatro de la mañana suenan en algún viejo reloj que las desgrana en el silencio... entran los conjurados bajo el embozo de la oscuridad ... el edecán saca a su jefe de las honduras de un sueño denso y fatigado ... la voz inconfundible del coronel Bolívar corta las sombras con su tono metálico y duro... no tiembla la mano del general al levantar el brazo de Soublette que sostiene la linterna, hasta iluminar los rostros exaltados de sus captores... las frases despectivas del hombre a quien el episodio no alcanza a inmutar en su pasmosa serenidad fustiga la intemperancia de aquella juventud en plena rebeldía... .

Bolívar desea fusilar a Miranda allí mismo, en juicio sumario que recoja su airada frustración. Peña y de Las Casas tienen otra idea que se abstienen de expresar, y el primer republicano que tuvo el continente ibérico termina arrojado en las mazmorras de la fortaleza de San Carlos. Manuel de Las Casas vuela donde Monteverde para informarle que el sempiterno revolucionario está a su disposición, tras éste caen Roscio, Cortés Madarriaga, José Mires, Juan Pablo Ayala, Francisco Isuardi, José Barona, Juan Paz del Castillo. Monteverde desconoce infamemente las capitulaciones. La revolución se hunde.

El girondino, para quien todo aquello no pasa de ser un bochinche de inmadurez revoltosa, no sabe aún que inicia aquella noche su último peregrinaje por la vida. Quizás espera aún que el general español respete su palabra... No ocurre así. La presa es demasiado valiosa y colma la ambición del oscuro caudillo, a quien la victoria intempestiva ha sacado de la nada. Aquella captura, cimentada en la traición, rubrica su éxito y eleva ante la Corona su minúscula estatura. La Carraca de Cádiz habrá de recoger cuatro años más tarde el último aliento de aquella noble existencia orlada por el sufrimiento. Final de tremenda amargura para el hombre que paseó por el mundo sus insondables sueños de libertad y ve extinguirse la llama de su espíritu entre los pétreos muros del presidio, atados sus tobillos con grilletes de oprobio.

Una carta que por más de un siglo permaneció inédita, libra a Simón Bolívar del cargo que algunos de sus biógrafos, entre ellos el pugnaz Madarriaga, le han formulado por una presunta entrega de Miranda, a fin de negociar su propia libertad y eludir el peso de la venganza española. Dice así el documento en lo atinente a la prisión del Generalísimo:

"... Miranda salió de Caracas para La Guaira persuadido de tener allí el mejor partido, máxime con aquel Gobernador por ser éste íntimo de toda su confianza; mas sabiendo el señor Monteverde el abandono de la capital; y se ofició con el Gobernador de La Guaira *ofreciéndole a nombre del Rey el indulto con tal que entregase a Miranda, el abogado Roscio, Canónigo Cortés, Coronel Bolívar, Fortález* (sic), etc., lo que inmediatamente se verificó poniéndole al tal Miranda un par de grillos...[8]"

Del anterior documento, así como de los hechos que conforman el sombrío episodio de la prisión del Precursor, queda en claro que Bolívar encabeza el grupo de captores y, con su carácter resuelto y radical, no solamente se enfrenta a su antiguo jefe, sino que propugna su ajusticiamiento inmediato. Otra cosa es la entrega al adversario,

8 Rafael Abello Salcedo, "origen de la prisiónd e Miranda", en revista Bolívar núm. 19 (1953)págs. 745 – 767. La carta citada, transcrita en su totalidad en el mencionado estudio fue enviada con fecha 30 de agosto de 1812 por el señor José Alvarez, gobernador interino de Portobelo al "Exmo. Sr. Benito Pérez, virrey del Nuevo Reyno de Granada". Se publicío por primera vez en el artículo aquí citado, a raíz del hallazgo en el archivo histórico de Colombia, sección de guerra y marina, por el historiador Abello Salcedo. (el subrayado es nuestro).

que luego su amigo Iturbe habrá de sugerir, sin afirmarla, al mediar ante Monteverde para obtener el salvoconducto que permita al aún ignorado coronel de Milicias la salida del país sojuzgado. Aquí emergen marcadas indeleblemente con el sello de la traición y de la infamia, las manipulaciones de Peña y de Las Casas por una parte, y por otra, la defraudación del caudillo realista a su propia palabra, sobre la cual se acordó la capitulación.

De todas maneras, el episodio penumbroso acompaña el descenso de Bolívar a la sima profunda de su primer hundimiento.

A la derrota militar viene a sumarse esta cerrazón de sombras sobre su vida. Es el desastre físico y moral en toda su espantosa pesadumbre. Al abandonar a Venezuela, lleva sobre sí el pesado fardo del fracaso. Atrás queda la patria en ruinas. Adelante el mar abierto, con sus tempestuosos horizontes, mar de exilio y de miseria.

Lo importante es no volver la mirada, para evitar convertirse, como la figura bíblica, en estatua de sal. Sino levantarla fieramente al infinito. Reanudar el camino bruscamente interrumpido. Escalar el borde del abismo, ascendiendo desde sus profundidades y, de nuevo a la luz del sol, rehacerlo todo en la determinación inflexible de continuar la lucha.

Se cierra así un doloroso capítulo. En la hondura del infortunio, Bolívar aprenderá a hallar la fuente invisible de nuevas energías, hasta compenetrarse con algo que escapa al hombre corriente: el fracaso constituye apenas episodio fugaz, alto en el camino, pérdida parcial que sólo consume a los débiles, en tanto los fuertes hallan formas de superación, reagrupando los restos de lo que ha podido salvarse y recurriendo al misterioso poder de la voluntad. Aquella hora de tinieblas es tan sólo espolazo que lo impulsa hacia la meta. A su indomable energía se suman ahora las invaluables experiencias de la derrota y allá, en la profundidad del precipicio, Simón Bolívar, el guerrero, reencuentra su destino.

II. VISLUMBRE DEL GENIO

Primer resurgimiento

Varias veces Simón Bolívar había cruzado el Caribe. En sus mocedades, para un primer contacto fascinante con la Europa legendaria que los americanos soñaban en luminoso espejismo. De regreso, en pleno idilio enamorado. Otra vez, silencioso y oprimido por la melancolía que lo destrozó internamente al arrancarle su único, inmenso y verdadero amor. Luego con el juramento de Roma transitando por su alma como fuego e inquietud. Más tarde, convertido en revolucionario, a fin de negociar en Inglaterra el futuro de su patria y, nuevo regreso, en abierta desobediencia a instrucciones específicas, trayendo consigo a Francisco Miranda, el Precursor grande pero infortunado, a cuya sombra decide emprender el camino de la guerra.

Ahora, a bordo de la *Jesús, María y José*, las olas del mismo mar que tantas veces devoraron sus hondas meditaciones, se encrespan en siete días turbulentos que demora la navegación a Curazao. El Bolívar que flota en la goleta española es otro hombre. Los sueños se hundieron en tremendas realidades. La revolución se la llevó el viento. No se viaja ya hacia la aventura galante sino al futuro ensombrecido por el destierro.

El inmenso abismo acuático resulta a veces pequeño como un

lago, cuyas orillas alcanzan a divisarse por encima de la superficie agitada. Y juega tretas pesadas al viajero que transita sus senderos invisibles. Frente a Curazao fondea nada menos que el bergantín Celoso, cuya presencia es como bofetada en el rostro del tránsfuga. Es el mismo navío que lo evacuó de Puerto Cabello, cuando la plaza fuerte se perdió en sus manos. Para empeorar las cosas, los broncos tripulantes le recuerdan a Bolívar servicios prestados entonces y, para resarcirse, arrancan de su exhausto bolsillo los últimos recursos.

Es la desesperanza agobiante. La soledad, la miseria, más insufrible para el rico heredero de bienes y linaje, perdidos unos, desvalido el otro ante la crudeza de la necesidad. ¿Qué hacer? ¿Para donde enrumbar la existencia deshecha? Es entonces cuando la Nueva Granada, que habría de ser su segunda patria y recibir su cuerpo exánime unos lustros más tarde, surge en silueta de postrer refugio. Cómo cruza una vez más el Caribe proceloso, no ha podido aclararse. Lo cierto es que aparece en Cartagena de Indias al final de ese año penumbroso. Lo hace con firmes acentos, en los que no se trasluce el viacrucis que acaba de recorrer, transido de congoja y sufrimiento.

Su pluma expresa un vigor en el que nada queda de las cartas claudicantes que informan a Miranda de su primera derrota. No es desterrado que implora sino comandante militar que clama, alecciona y previene. Todo se ha reconstruido en su ánimo. La voluntad de acero ha obrado el milagro de rehacer el desastrado organismo y el alma en pedazos. No han transcurrido cinco meses desde aquel 31 de julio en que se cumplió la conjura contra el Generalísimo, a quien juzgó culpable del naufragio en Venezuela, cuando él, Bolívar, sobreviviente en ruinas del mismo desastre, insurge en la ciudad amurallada, libre de la honda miseria de su hundimiento.

Aparece de nuevo el revolucionario de fibra guerrera. El fracaso lo consolida tercamente en su posición rebelde. Los meses de inacción y abandono han galvanizado su espíritu, de donde emana el pensamiento como en descargas eléctricas. Albergado en una casa cualquiera de la Calle de San Agustín Chiquita, en el anonimato del exiliado, su mente en perpetua ebullición pule documentos para la posteridad concebidos en el destierro de Curazao.

El primero es una arenga bajo el mote ¡A los americanos!, destinada a servir de llamado para congregar la atención de los cartageneros, más que en la letra del escrito, en el hombre que es capaz de lanzarlo para predicar una guerra sin cuartel, que suena extrañamente en el medio aletargado de la Nueva Granada, en el que nadie avizora el peligro. Quizá de los tres que lanza a la publicidad en Cartagena, éste es el que mejor expresa la entraña del guerrero. Tiene sonoridad de clarín. Es el preludio de la guerra a muerte que más adelante habrá de declarar contra los "tigres sedientos de sangre y de oro, que invaden nuestras pacíficas y felices regiones, talándolas, incendiándolas, pillando el país indefenso, asesinando al defensor de la patria y usurpando todos los derechos de la naturaleza y de los hombres".

Es voz airada que trasciende un clamor de venganza a través de la invitación sonora a "La guerra, la guerra sólo podrá salvarnos por la senda del honor"[1].

El efecto calculado es exacto y prepara la aparición de su *Memoria a los ciudadanos de la Nueva Granada por un caraqueño*, que sale de la imprenta del gobierno (el primero hubo de costearlo de su más que exiguo peculio, ya en saldo rojo de deudas agobiantes) el 15 de diciembre de 1812. Allí se dibuja el hombre de América que ha de ser en adelante. La desaparición de la Primera República lo ha convencido de que cada fragmento del imperio no podrá consolidar por sí solo obra durable. Por ello entra a considerar la gran empresa de la libertad como esfuerzo solidario de las colonias, para las que ha llegado la hora de construir su suerte fuera de toda dependencia o avasallamiento.

Comparando la madurez que caracteriza este extraordinario documento con el diletantismo flotante de años anteriores, es preciso admitir que un cambio trascendental se ha operado en la mente y en el alma de Simón Bolívar. El soñador vagabundo, el jovenzuelo superficial y cortesano, cede por primera vez el paso al hombre que comienza a vislumbrar la grandeza.

Lo que Bolívar propone a los granadinos es poco menos que fundir la suerte de los dos pueblos en un destino común. Su

1 Vicente Lecuna, Proclamas y discursos del Libertador, págs.4 a 7. Citado por Jorge Ricardo Bejarano, ob. Cit., tomo I, pág. 26.

mente lúcida señala los peligros de la debilidad, del aislacionismo comarcano, de la guerra conducida fragmentariamente contra un formidable enemigo, capaz de batir por separado a cada una de las díscolas colonias que se han atrevido a levantarse en armas contra su rey.

"Libertar a la Nueva Granada de la suerte de Venezuela y redimir a ésta de la que padece, son los objetivos que me he propuesto en esta Memoria. Dignaos, oh mis ciudadanos, aceptarla con indulgencia en obsequio de miras tan laudables".

Los granadinos pasan a ser así conciudadanos del caraqueño aquel, cuyo precario bagaje de inmigrante poco puede exhibir para ganar la confianza de quienes lo escuchan. El mensaje de unión sigue deslizándose frase por frase, abiertamente algunas veces, insinuado otras con habilidad extrema.

"Yo soy, granadinos, un hijo de la infeliz Caracas, escapado milagrosamente de sus ruinas física y política, que siempre fiel al sistema liberal y justo que proclamó mi patria, he venido a seguir los estandartes de la independencia que tan gloriosamente tremolan en estos Estados".

En el documento se entrelazan la política y la guerra. Aunque interesaría sumirse en su vasta y sólida conceptualización, lo primero desborda el propósito de estas páginas. De todas maneras, no puede pasarse por alto la fuerza argumental que alienta en sus líneas, así como su penetración en las circunstancias propias de pueblos que comenzaban a embriagarse en democracia, pero en los que la teoría resultaba superada por la praxis, en realidades avasallantes. Su crítica penetra como ariete de acero. Así, uno de los párrafos más destacados fustiga la inocencia de quienes han delineado repúblicas aéreas sobre la base de la perfección del linaje humano:

"Por manera que tuvimos filósofos por jefes, filantropía por legislación, dialéctica por táctica y sofistas por soldados. Con semejante subversión de principios y de cosas, el orden social se sintió extremadamente conmovido y desde luego corrió el Estado a pasos agigantados a una disolución universal, que bien pronto se vio realizada".

Al llegar al campo militar reaparece el guerrero práctico, identificado con el hombre de acción. Describe la falta de espíritu de lucha del soldado llevado bajo banderas por levas forzosas, para enfrentarlo luego al riesgo de la lucha y al temible espectro de la muerte, sin que en su ánimo se hayan inculcado los fundamentos del combatiente integral. Así deja entrever que, para países donde la idea de patria es aún concepción indefinida y brumosa, el mercenario profesional no puede descartarse. Su conducta ulterior será fiel a esta idea como habrá de demostrarlo la Legión Británica años más tarde.

"Con estos antipolíticos e inexactos raciocinios fascinaban a los simples; pero no convencían a los prudentes que conocían bien la inmensa diferencia que hay entre los pueblos, los tiempos y las costumbres de aquellas repúblicas y las nuestras. Ellas, es verdad, no pagaban ejércitos permanentes; mas era porque en la antigüedad no los había y sólo confiaban la salvación y la gloria de los Estados, a costumbres severas y carácter militar. Y en cuanto a las modernas que han sacudido el yugo de los tiranos, es notorio que han mantenido el competente número de veteranos que exige su seguridad".

Además de madurar, Simón Bolívar, que jamás fue blando, se ha endurecido. Su alma parece ahora de pedernal. Golpeada en el abismo produce palabras como chispas, capaces de incendiar cuanto se halle a su alrededor. Ha caído en un medio quizá más débil que el de la República venezolana, desmoronada ante sus ojos. El revolucionario resuelve alzar en llamas toda aquella desesperante frialdad, en cuyo espejo de hielo ve reflejarse la catástrofe. No tiene aún espada para dirigir ni ejército qué comandar. Pero sí posee su pluma vibrante, capaz de despertar y estremecer. Con su acerado temple vengativo desgarra el papel airadamente. Nada de debilidades. Nada de concesiones a una justicia suave y clemente. Todo el rigor de una ley arrancada de la fibra revolucionaria que ha recobrado su tremenda tensión, salta de aquella página encendida como pregón de lo que ha de venir.

"La doctrina que apoyaba esta conducta tenía origen en las máximas filantrópicas de algunos escritores *que defienden la no residencia de facultad en nadie para privar de la vida, aun en el caso de haber delinquido éste en el delito de lesa patria*. Al abrigo de esta doctrina, a cada conspiración sucedía el perdón y a cada

perdón otra conspiración que se volvía a perdonar; porque los gobiernos liberales deben distinguirse por su clemencia. ¡Clemencia criminal que contribuyó más que nada a derribar la máquina que no habíamos enteramente concluido!"[2] .

De nuevo el presagio de la guerra a muerte, en afirmaciones que adquieren singular importancia a la luz de hechos posteriores, cuando Bolívar, al frente de los ejércitos republicanos, recurra a expedientes de drasticidad implacable para juzgar delitos de *lesa patria.*

¿Y él...? ¿Qué era sino un sedicioso que, visto desde el campo contrario, no podría diferenciarse de estos delincuentes contra los cuales dirigía el rayo justiciero del revolucionario? De haber tenido Monteverde hacia él la misma implacable actitud que Bolívar exhibe ahora hacia los enemigos de su causa, el nombre mismo del futuro Libertador se habría confundido entre las incontables existencias anónimas que América ofreció a la libertad. Pero había nacido con el signo de los predestinados y, al recomenzar la brega interrumpida de su primer fracaso, asume la actitud vehemente de quien comprende que la contienda emancipadora no podrá librarse victoriosamente sino bajo el poder transmisible de un alma guerrera, dura, inclemente.

Su concepción del poder militar es parte fundamental del documento, lo vertebra y da contextura a lo que más tarde habrá de animar las fuerzas bajo su mando en los diversos escenarios de la guerra: disciplina, obediencia, entrenamiento. Así, al enjuiciar las derrotas sufridas dice:

"Es una verdad militar que sólo los ejércitos aguerridos son capaces de sobreponerse a los infaustos sucesos de una campaña. El soldado bisoño lo cree todo perdido desde que es derrotado una vez; porque la experiencia no le ha demostrado que el valor, la habilidad y la constancia, corrigen la mala fortuna".

¿Hay aquí un auto- retrato subconsciente? ¿No están trasluciendo sus palabras algo de lo que acaba de aprender en terrible lección ante su primer fracaso, del cual resurge en tremendo esfuerzo de voluntad?

2 José Rodríguez Iturbe, génesis y desarrollo de la idea bolivariana, Caracas, imprenta del Congreso, 1973, págs. 239 y siguientes. Se agrega el subrayado.

En torno a la idea focal de disponer de un ejército aguerrido, prosigue su argumentación. Habla de los milicianos que salían al encuentro del enemigo sin hábito alguno de disciplina u obediencia, ignorando el manejo del arma, propensos al pánico y a la fuga, cuandoquiera que un revés o la inminencia del mismo los lleve a creer que todo se ha perdido.

La experiencia habla por su pluma. Y no tan sólo la puramente personal que era reducida para entonces, sino la que de oídas pudo captar sobre el derrumbamiento militar en Venezuela. La noción de la guerra como método de ganar la independencia, tan sólo la llevaban dentro de sí los exponentes de las clases cultas o adineradas. El pueblo raso, para el que la idea de patria era demasiado etérea, se vio aprisionado entre los términos de un dilema: seguir las banderas de una república que no entendía, o aferrarse a la lealtad al rey, por el cual sentía respeto ancestral.

En este conflicto del pueblo llano, se debatió la Primera República y habría de debatirse la Segunda. Sucumbió avasallada por el más fuerte de los dos términos, formado en el alma popular por la omnipresencia del monarca que, a pesar del océano interpuesto entre su augusta persona y los ignorados súbditos de ultramar, constituía algo más que constante histórica en la vida de los hispanoamericanos. De la confrontación no podría salir cosa distinta a la caída de la República. Bolívar la había presenciado, impotente, sintiendo en las propias carnes la mordedura de la derrota y aprendiendo una lección que no habría de olvidar.

El *manifiesto* termina con un dramático llamado a la Nueva Granada para acudir en auxilio de Venezuela. Señala con vibrante insistencia que la suerte de los dos países es inseparable y, al afirmar que Coro es a Caracas lo que ésta a América, esboza por primera vez la idea fuerza de su pensamiento continental. Allí hay una medida geográfica del espacio, la visión de un poder que habrá de cristalizar años más tarde en su proyecto anfictiónico, pero que volará por su mente a lo largo de las jornadas guerreras, acentuándose en horas de tragedia.

El tercer documento, cronológicamente anterior al llamado *Manifiesto de Cartagena*, comentado atrás, aparece el 27 de noviembre. Su razón medular es requerir del Congreso de la Nueva Granada, para entonces instalado en la ciudad de Tunja, apoyo franco e inmediato para

una campaña destinada a la reconquista de Venezuela. Audazmente firma su convocatoria vibrante como coronel y comandante de la plaza de Puerto Cabello. Se necesita ser Simón Bolívar para recurrir a un grado recibido de la fortuna y a un título que para cualquier otro sería razón de oprobio, merecedor de quedar arrinconado donde nadie pudiese recordarlo. Él lo exhibe orgullosamente. La fortaleza perdida, su propia vergüenza doloridamente expresada a Miranda, la terrible depresión subsiguiente, son el pasado sobre cuyos fragmentos se yergue el guerrero en trance de existir de nuevo.

De la insubordinación a la grandeza

La pluma de Simón Bolívar, al rasgar la niebla en que yacía envuelta la Patria Boba de 1812, traza frases combativas que los granadinos ansían oír en medio del desconcierto, la desunión, la carencia de metas fijas y directrices claras para alcanzarlas. Por fin aparece alguien que habla de luchar y delinea en perfiles dramáticos la caída de otra patria, tan boba como la propia, igualmente imprevisiva, lo mismo de cegatona ante realidades inocultables.

Aunque la Constitución española de 1812 aparece en América como un decisivo esfuerzo liberalizante, no se oculta a nadie la posibilidad de que, al otro lado del mar, el adversario contra el cual se ha proclamado la emancipación absoluta, afile las garras y se disponga a rehacer el imperio en disolución. Forzoso resulta, pues, oír aquella voz vibrante que previene, anima e invita a la guerra mancomunada, sin pausa ni letargo.

"La Nueva Granada ha visto sucumbir a Venezuela; por consiguiente, debe evitar los escollos que han destrozado a aquélla. A este efecto presento como una medida indispensable... la reconquista de Caracas...".

¡Reconquistar a Caracas! La frase suena a delirio. ¿No acaba de perderse? ¿No está allí Monteverde, aureolado por el enorme prestigio de su victoria? ¿No se derrumbó la República hace apenas cinco meses? ¿No es este caraqueño de ojos hundidos el símbolo presente y palpable de la derrota, el perdedor de Puerto Cabello?

No. El hombre no sueña. No delira. Habla con certeza victoriosa.

El temple excepcional de su alma hace aparecer la fantasía como realidad alcanzable. Con todo, el gobierno cartagenero no vuela tan a prisa. Está acuciado por problemas. Santa Marta realista la combate desde el otro lado del Magdalena, envalentonada por la cercanía de los triunfadores de Venezuela que aseguran su retaguardia y se preparan a invadir la Nueva Granada. Apenas si cuenta con fuerzas para intentar una campaña sobre la ciudad rival, que está primero en la línea de preocupaciones que aquella Caracas situada a distancias siderales, mensurables en espacio y en ejércitos hostiles.

El joven presidente Manuel Rodríguez Torices, generosamente, brinda su confianza a los venezolanos que se ofrecen a luchar en las filas granadinas. Los envía a servir en el ejército del francés Labatut que maniobra sobre Santa Marta. Tan sólo Bolívar no va allá. ¿Por qué? ¿Fue desconfianza hacia aquella reverberación febril que alienta en su ánimo? ¿Fue rechazo del propio Labatut a sufrir a su lado la espuela de impaciencia de aquel fogoso adalid de la guerra ofensiva? ¿Vio alguien en él la reciedumbre del comandante independiente, capaz de hacer por su cuenta grandes cosas?

Por una u otra razón, el coronel Bolívar recibe una destinación minúscula, apenas como para un capitán. Con menos de 200 hombres debe guarnecer la localidad de Barrancas (hoy Calamar) sobre la ribera del río grande de la Magdalena, formando parte de las fuerzas bajo el comando superior de Labatut. Este señala límites precisos a la progresión del subalterno, a buen seguro por haber oído de labios del inquieto coronel aquellos desatentos propósitos ofensivos, que señalan nada menos que a Caracas como objetivo, cuando él, Pedro Labatut, que se dice profesional de las armas y quizá lo sea a su manera tiene ya suficientes preocupaciones con la captura de Santa Marta, apenas a dos cortas jornadas del río.

"Bolívar no rayó quizá nunca más alto que al decidirse a reconquistar su país perdido desde las orillas del Magdalena". Son palabras éstas de Salvador de Madarriaga, biógrafo acerbo del Libertador"[3].

Tiene razón. Jamás el inexperto coronel de milicias había dirigido una operación ofensiva. Era, apenas, el gran derrotado de una plaza fuerte. Doscientos soldados semireclutas era todo su haber. Bien

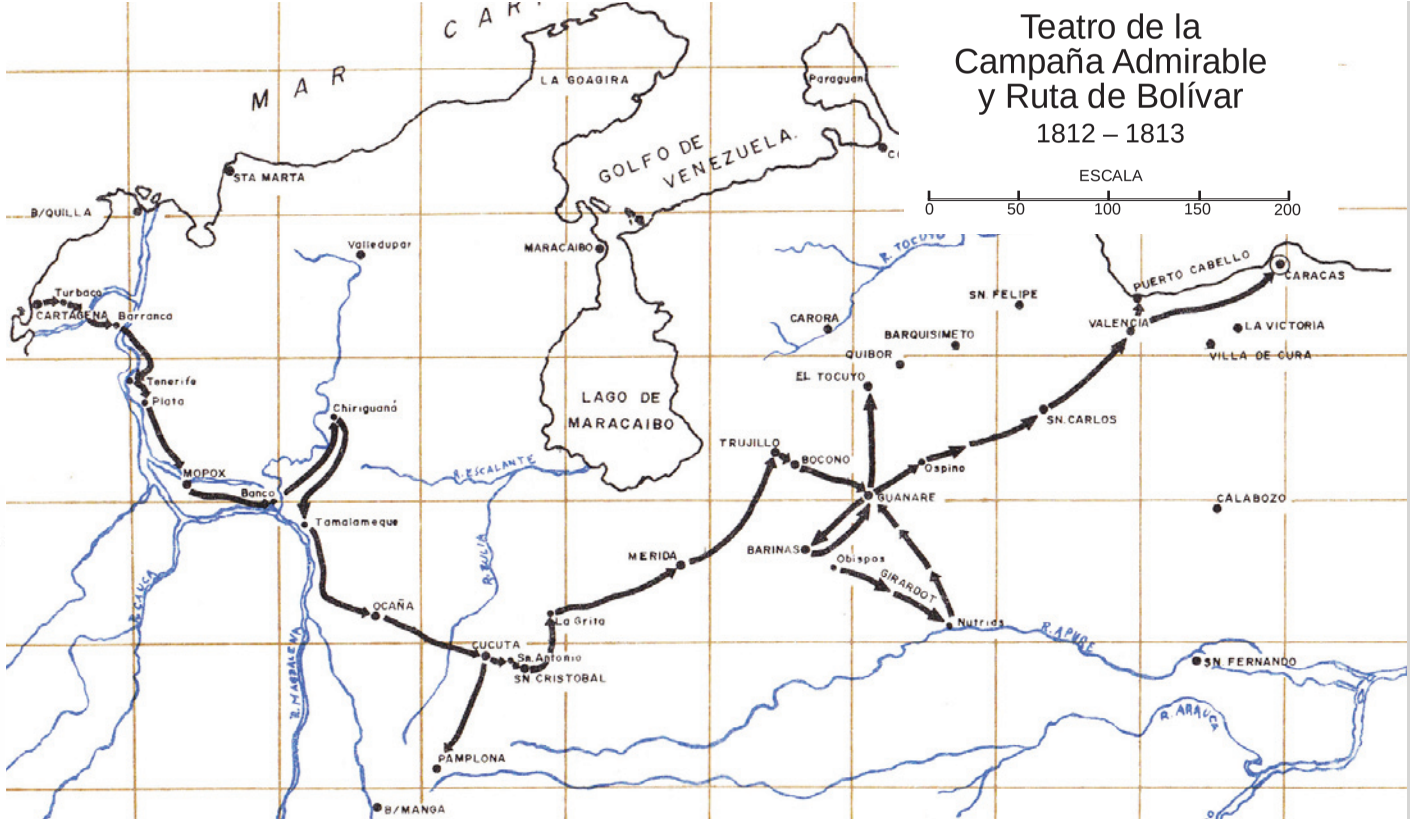
3 Madarriaga, ob. Cit., pág.686.

miradas las cosas, razón tenía Labatut en mantenerlo atado al caserío de chozas pajizas, aquietando su ser volcánico en la laxitud de aquel horno tropical. Por otra parte, el galo, oficial de fortuna, se preparaba a tomar a Santa Marta para desquitarse de sus reveses en Venezuela de donde provenía, como el insoportable caraqueño que hablaba de volver a su ciudad natal con aquel manojo de mal compuestos infantes.

Pero quien había sido capaz de lanzar sobre las gentes adormecidas el *Manifiesto de Cartagena*, y con él "Sobre la conducta de Monteverde" y la "Exposición dirigida al Congreso de la Nueva Granada", no era hombre para permanecer estático, viendo el despacioso correr de las aguas, en inútil marasmo. Al diablo don Pedro Labatut con sus órdenes y su prudencia pusilánime. Bolívar no nació para obedecer. Sólo una vez en su vida fue segundo y acabó entregando a su jefe por parlamentar con el enemigo. Está hecho para el mando, para las grandes decisiones, para dirigir el curso total de una guerra que está confundida con su sangre.

Sin decir una palabra, sin informar a nadie, obrando como lo hará siempre en adelante por sí y ante sí, arma una pequeña flotilla con lo que encuentra: canoas de pescadores, piraguas de combada cubierta pajiza, esquifes, balandros, no importa qué. Embarca su hueste que apenas ha comandado breves días y, al anochecer del 22 de diciembre, se presenta con su heterogénea armada frente a Tenerife. Audaz y soberbio envía un ultimátum a la guarnición realista de 500 hombres, que su jefe rechaza con desdén. El asalto por sorpresa no se hace esperar y la fuerza enemiga queda deshecha. Cuatro días después cae Mompox, la más importante ciudad de toda la provincia después de los puertos marítimos. El 28 salta sobre El Banco, de donde el realista Capdevilla se apresura a escapar hacia Chiriguaná. Bolívar simula detenerse pero, a cubierto de la noche, en movimiento fulminante, cae sobre el desprevenido adversario al amanecer del año nuevo de 1813. Sin descansar apenas vuelve al río, ocupa a Tamalameque donde sorprende y derrota al capitán Capmani, para caer el 6 sobre Puerto Real, hoy Gamarra.

En quince días ha barrido de enemigos el río. La rápida sucesión de victorias tiene ribetes estratégicos, al abrir las comunicaciones de Cartagena con el interior de la Nueva Granada y romper el


Teatro de la
Campaña Admirable
y Ruta de Bolívar
1812 – 1813
ESCALA
0 50 100 150 200
MAR CARIBE
LA GOAGIRA
Paraguaná
STA MARTA
GOLFO DE VENEZUELA
B/QUILLA
Valledupar
MARACAIBO
Turbaco
CARTAGENA
Barranca
Tenerife
Plato
Chiriguaná
LAGO DE MARACAIBO
MOPOX
Banco
R. ESCALANTE
Tamalameque
R. CESAR
R. MAGDALENA
OCAÑA
CUCUTA
San Antonio
SN CRISTOBAL
PAMPLONA
B/MANGA
R. TOCUYO
CARORA
SN FELIPE
PUERTO CABELLO
CARACAS
VALENCIA
LA VICTORIA
VILLA DE CURA
BARQUISIMETO
QUIBOR
EL TOCUYO
SN CARLOS
TRUJILLO
BOCONO
Ospino
GUANARE
CALABOZO
MERIDA
BARINAS
Obispos
GIRARDOT
Nutrias
La Grita
R. APURE
SN FERNANDO
R. ARAUCA

Mapa N°1

bloqueo virtual que los puntos fuertes enemigos habían establecido para controlar la navegación. Cinco victorias sucesivas, la limpieza de la retaguardia y flanco sur de Labatut, el impacto que todo aquello aseguraba en favor de la decaída moral pública y contra la erguida del enemigo, constituyen estupenda proeza. Pero Bolívar no se detiene. Caracas sigue gravitando en su pensamiento y, riéndose para su interior de las órdenes restrictivas de su jefe, abre la ruta hacia Cúcuta con la captura de Ocaña, donde se le recibe en triunfo.

Desde Mompox le seguían a la distancia las voces estridentes de Labatut, indignado por la insubordinación de su subalterno. Pero más a prisa anda Bolívar, nombrado comandante del Distrito Militar de Mompox tras la captura de la ciudad. El francés pide airadamente un consejo de guerra para el rebelde coronel, pero el gobierno de Cartagena, más requerido de victorias que de formalidades cuartelarias, desoye las peticiones y deja obrar a quien manifiesta tamaña disposición para el triunfo.

Aquí aparece el guerrero en toda su formidable dimensión. Un militar ortodoxo jamás hubiese desobedecido órdenes superiores y, así se consumiera en mortal impaciencia, hubiese permanecido en el rancherío que se le fijó por guarnición, entre nubes de mosquitos, calor pegajoso y naturaleza durmiente. El medio lo hubiese devorado, como parecían querer hacerlo las fauces abiertas de los caimanes en el lodo de los pantanos.

Hay quienes bregan por argüir toda suerte de razones en defensa del proceder de Bolívar. Inútil empeño. El coronel de milicias se insubordinó, a la luz del más benévolo análisis castrense. Se dice que, cansado de argüir con Labatut, se dirigió al propio presidente Rodríguez Torices, quien le autorizó atacar. No hay prueba que lo testifique. Y si lo hizo, habría pecado contra la subordinación al violar el conducto regular y, de todas maneras, desobedecer una orden militar en materia grave.

"Lo cierto es que Labatut, con sus estrechas concepciones, no pasó de ser un oscuro soldado de fortuna, quizá más conocido por su pleito castrense con el futuro Libertador, que por la toma de Santa Marta, hecho de armas éste que el acto de insubordinación

de Bolívar hizo, en buena parte, posible. Bolívar, indisciplinado y genial, conquistó la fama y libertó medio continente. Para Cartagena valía más en aquel año crítico un subalterno insubordinado pero victorioso, que un jefe con razón pero sin gloria. Bolívar es felicitado por el cartagenero ilustre que hizo posibles sus triunfos iniciales, en tanto el ofendido conducto regular quedó en la severa penumbra de enmohecidas ordenanzas castrenses. ¡Cosas de la Historia!"[4] .

Por si algo faltase para calificar la indisciplina del coronel Bolívar en aquella oportunidad, O'Leary, su apasionado admirador y biógrafo escribe, al referirse al mismo hecho:

"Raro es el militar que se haya levantado a puestos distinguidos de la milicia a quien no haya cabido en suerte verse a las órdenes de un jefe inferior a él en talento y muy raro también el que no haya tenido la desgracia de hallarse en el predicamento en que la envidia o el mal carácter de Labatut pusieron a Bolívar... No faltará entre esos militares quien disculpe la conducta de Bolívar, pero ninguno intentará presentarla como ejemplo, porque la desobediencia, aunque el triunfo la acompañe, destruye la disciplina"[5].

Para cerrar este episodio que oscila entre la insubordinación desafiante y la indisciplina culpable, cometido por un rebelde temperamental, parecen adecuadas las siguientes palabras:

"No podemos, ciertamente, citar este acto como ejemplo de ortodoxia castrense. Pero es que la ortodoxia pura llega a hacerse fastidiosa. Permite vegetar al amparo de la inviolabilidad de cánones severos y exasperantes. Pero su rigidez, su inflexibilidad rocosa y dura, a veces no permiten hacer grandes cosas. Para el genio no hay moldes preestablecidos, así aparezca irreverente. Situado entre el conducto regular y la gloria, Simón Bolívar no podía vacilar. La América libre se lo agradece"[6].

No puede establecerse con precisión el día en que Bolívar capturó a Ocaña, poniendo en anticipada fuga las fuerzas españolas que la guarnecían y no tuvieron el coraje de aguardar el impetuoso avance

4 Alvaro Valencia Tovar, armas e historia, Bucaramanga, imprenta del departamento, 1970.
5 Daniel F. O´Leary, Memorias, Biblioteca de autores colombianos, Bogotá, edit. Santa Fe, 1952, págs. 124-125.
6 Valencia Tovas, ob. Cit., pág.69.

que venía salpicando victorias con las aguas densas del Magdalena. Puede, sin embargo, ubicarse entre el 9 y el 11 de enero de 1813. Este término puede inferirse de dos hechos:

El 9 de enero escribió Bolívar al Congreso de Tunja: "Bien pronto tomaré posesión de Ocaña. Todas estas operaciones se han ejecutado en el termino de quince días". Y cumplió. El 12 lanzaba su "Proclama a los ocañeros", posiblemente la primera de aquellas arengas encendidas que han de jalonar el paso de sus ejércitos por la vastedad del continente. Es allí, en esas líneas vibrantes donde mejor se retrata el alma guerrera de Bolívar. Siguiendo sus rasgos enérgicos, febriles fiebre de lucha y de triunfo se puede hacer la radiografía profunda de esa alma que no conoció el reposo.

"... el cielo que siempre protege lo justo, ha coronado los esfuerzos de nuestros soldados con los más completos sucesos contra nuestros odiosos enemigos. Nuestras banderas tremolan en todas las riberas del Magdalena sin que un solo español las holle con su planta ni uno sólo de sus buques navegue por sus aguas..."[7].

En Ocaña despliega Bolívar su acostumbrada actividad. Su nombre no es ya tan sólo conocido por el gobierno de Rodríguez Torices en Cartagena. El Congreso de Tunja, al que el casi ignorado coronel de unas semanas atrás se dirigiera en vibrante documento, escucha la voz distante del comandante victorioso. Desde Venezuela avanzan las fuerzas del temible Monteverde, que ya ha tomado posiciones adelantadas en desarrollo de ambiciosos planes de invasión. En Barinas se había organizado una fuerza considerable compuesta por 3.000 infantes y 1.700 jinetes a órdenes del capitán de fragata Antonio Tíscar[8].

Las avanzadas del ejército realista, estimadas en no menos de 1.300 hombres más, ya habían penetrado en territorio granadino, con un dispositivo abierto en abanico entre San Cayetano, Salazar y Alto de La Aguada, teniendo como centro de gravedad a Cúcuta y sus valles adyacentes. Este importante estribo adelantado sobre los contrafuertes montañosos del Ande, preludiaba una ofensiva

7 Rubén Sánchez N y Carlos Molina López, en revista Lecturas de Bucaramanga, 1911.
8 Urquinanona, Relación documentada del trastorno de las provincias ded Venezuela hasta la exoneración del capitán Domingo Monteverde, Madrid, 1820, pág.142

general con la que Monteverde pensó prolongar sus espectaculares victorias del año anterior.

El Congreso de Tunja apenas contaba en la zona amenazada con 850 hombres al mando del coronel Manuel del Castillo, algunos de éstos en proceso de entrenamiento. Justamente preocupado se dirigió a Bolívar pidiéndole su concurso para salvar a Pamplona, llave de entrada al interior de la Nueva Granada.

Bolívar no se adormeció sobre sus laureles victoriosos. Con la petición del Congreso Granadino en su casaca se dirige a Mompox donde su presencia es ya la de héroe legendario. Consigue algunos refuerzos y, más importante que todo, la autorización de Rodríguez Torices para proseguir sobre Cúcuta. Así lo informa en respuesta a la petición del Congreso y, después de incorporar a su minúsculo contingente de cartageneros, momposinos y ribereños del Magdalena la compañía Libres de Ocaña, a órdenes de Juan de Francisco García, ve acrecerse sus fuerzas a 500 hombres. Apenas una tercera parte del destacamento realista frente a él. Así, en tan desventajosa condición numérica, parte de Ocaña por los arriscados caminos que se desenvuelven como inmensas serpientes por la cordillera pamplonesa.

De nuevo a la ofensiva

Entre la polvareda que se disuelve en la distancia aquel 16 de febrero, se delinea en fuertes rasgos la dimensión del guerrero. Toda operación ofensiva supone medios superiores a los del adversario con el cual ha de batirse quien la propone. Simón Bolívar no se detiene a cotejar fuerzas. Las suyas no residen en lo mensurable de un ejército, sino en el formidable aliento que emerge de su propia alma y se comunica al reducido manojo de hombres que se habitúa al triunfo bajo su inspirada dirección.

Es cierto que la columna granadina del coronel Castillo cubre su flanco sur. Pero no está bajo su mando. No son fuerzas con las cuales pueda contar en el inmediato futuro táctico. Tampoco tiene con ellas la comunidad anímica que ya se ha establecido con los hombres que lo siguen desde Barrancas en impresionante cadena de

victorias. Realmente, con o sin Castillo, Bolívar hubiese atacado, poseído de la misma audacia, de idéntica certidumbre en el triunfo que lo acompaña desde que inició su increíble ofensiva del Bajo Magdalena.

La embestida lleva el sello del riesgo que ha de quedar impreso en todos los movimientos de Bolívar a lo largo de la campaña en comienzo. El 20 ha sobrepasado a San Pedro, hacia el punto fuerte de La Aguada. En el desfiladero de La Cumbre se apoya el enemigo al mando del capitán Capdevila, con quien ya una vez midió fuerzas. Bolívar se las arregla para hacerle creer que desde Pamplona avanza otra fuerza y el español, temeroso de quedar aprisionado entre dos fuegos, abandona sin combate su baluarte montañoso, donde hubiese podido demorar indefinidamente el paso de su adversario y esperar refuerzos de la profundidad del dispositivo realista.

Bolívar no se detiene. No persigue a Capdevila ni a Delgado con quien la huidiza columna de éste se le reúne en Salazar. Tan sólo amaga un ataque que basta para empujar los dos comandantes enemigos hacia Arboledas, mientras él embiste velozmente en dirección a San Cayetano. Desaloja las avanzadas enemigas en el Alto del Jagual. Toma a San Cayetano. Prosigue sin respirar hacia su objetivo inmediato y, sobre las riberas del río Zulia, traba violento combate con el adversario, resuelto a recuperar el poblado, obligándolo a retirarse maltrecho.

Decidido a tomar a Cúcuta y batir al coronel Ramón Correa antes que el destacamento de Arboledas alcance a reunírsele, Bolívar avanza a marchas forzadas. El 27 cruza el río Zulia. El 28 al amanecer se presenta ante la ciudad de Cúcuta y domina la altura principal del valle. Correa, con fuerzas superiores, ataca con violencia tratando de golpear la retaguardia enemiga y, tomada la altura donde se afianzaba su dispositivo, impulsarlo hacia la llanada baja para destruirlo en acción envolvente. Tres horas dura la acción, que se decide cuando Bolívar lanza carga impetuosa por el centro del despliegue enemigo. El golpe resulta decisivo. Correa no puede resistir el embate que parte en dos su línea y abandona el campo, replegando su fuerza principal y los destacamentos no comprometidos en el combate, hacia territorio venezolano.

El suceso de Cúcuta, más que una gran victoria militar, constituye en sus proyecciones un hecho sicológico trascendente. Las fuerzas envueltas en el episodio bélico no fueron más de 800 por el lado realista y 500 por el patriota. Ninguno de los bandos enfrentados comprometió allí el grueso de las fuerzas disponibles en el área. Cúcuta en sí misma no constituía objetivo de influencia estratégica, ni aun política. Para Bolívar, es cierto, ganar la acción era asunto vital, en el que comprometió sin vacilaciones su porvenir militar y el prestigio alcanzado en las jornadas fulgurantes que le antecedieron. Pero una posible derrota no hubiese tenido influencia decisoria en la guerra. Era su posición y sus posibilidades lo que estaba en juego, y el guerrero no vaciló en jugársela íntegra, como tantas otras veces habría de hacerlo en su cambiante itinerario.

Así Cúcuta pasó a ser una nueva carta a su haber en el dislocado juego de la política granadina. Hasta la frontera del antiguo virreinato había podido llegar investido de claras autorizaciones. De una parte el gobierno de Cartagena, de otra la petición casi angustiada del Congreso de Tunja. Pero desbordar la línea limítrofe era otra cosa, para cuya realización Bolívar habría de maniobrar aun con mayor habilidad y audacia de la que había signado sus movimientos desde Barrancas hasta Cúcuta.

Dos son los frentes sobre los cuales Bolívar debe actuar para sacar adelante su empeño. El político, presente en la descohesión que caracteriza los días vacilantes de la Patria Boba. En realidad no hay una autoridad definida de la cual dependa él y sus fuerzas. Técnicamente están subordinados a la presidencia del gobierno de Cartagena, dueño por decirlo así del destacamento con que emprendió la lucha y del mando que se le ha otorgado. Pero al transmontar la cordillera ha salido de la jurisdicción imprecisa de aquel gobierno y pasado a otra no menos borrosa. ¿A quién deberá pedir autorización para continuar en su propósito estratégico la toma de Caracas que sigue siendo obsesión de su empeño presente y de su compromiso futuro? En Tunja está el Congreso. En Santafé el gobierno central presidido por la vigorosa personalidad de Antonio Nariño. Los dos contienden por la legitimidad del poder. Y en Cartagena, un poco como rueda suelta del mal compuesto engranaje, Manuel Rodríguez Torices.

El otro frente, no menos sensible y complicado, es el militar. La victoria de Cúcuta permite la reunión de sus fuerzas con las del coronel Castillo. Nadie ha definido la unificación del mando, providencia indispensable al fusionarse dos ejércitos. La victoria da a Bolívar el grado de Brigadier de la Unión conferido por el Congreso, exultante de júbilo y alivio al verse librado de la amenaza configurada por el avance realista de Correa. Este grado le confería autoridad de hecho sobre Castillo, comandante en jefe por su parte de las fuerzas granadinas, que se preparaban a medirse con Correa cuando la súbita aparición de Bolívar cambió el rumbo de los acontecimientos. El conflicto no podría hacerse esperar y estalló, con toda la dinámica que la rivalidad y la emulación del mando pueden generar, aumentadas por las confusas circunstancias de una autoridad no definida y, más hondamente, por la naturaleza disímil de los espíritus en pugna.

Bolívar no fue un conciliador hábil. Sabía ganar la adhesión ilímite de sus subordinados pero se enfrentó a sus rivales, desde Castillo hasta su émulo en grandezas y glorias, José de San Martín, con ánimo impositivo, en duelo arriscado y duro de personalidades.

Bolívar está animado de energías impelentes que lo lanzan por el abierto camino del Ande merideño hacia Caracas. No hay fuerza humana capaz de detenerlo. No se dilata en cavilaciones sobre el poder físico de las fuerzas que ha de batir en el camino de su obsesión. Simplemente sabe que la hazaña es posible, así en contra de esa factibilidad se alcen todos los obstáculos que el hombre y la naturaleza pueden tender en su camino.

Castillo es un militar cauteloso. Obra en función de instrucciones y está sujeto a una dependencia orgánica que llega en línea directa al Congreso de su país. Para él, la lucha que se le propone contra las fuerzas de Monteverde es la simple proporción matemática de cifras que colocan la exigua fuerza republicana en inferioridad invencible. A la luz de toda lógica castrense aquella campaña que Bolívar delinea en trazos de extrema simplicidad toca los bordes de la locura. Vencer con aquella exigua columna las avezadas fuerzas de Monteverde, estimables en ocho mil veteranos triunfantes dispuestos sobre más de seiscientos kilómetros de territorio hostil, sin abastecimientos ni líneas de comunicaciones organizadas, equivale al suicidio.

Las voces de uno y otro de los comandantes rivales llegan a los perplejos congresistas de la Nueva Granada, encastillados entre paredones tunjanos batidos por el viento frío que silba por las callejas conventuales. Preside la augusta corporación un hombre extraordinario. Don Camilo Torres y Tenorio, el filósofo de la revolución granadina, el redactor del Memorial de Agravios con que fustiga la dureza del régimen colonial y abre caminos al pensamiento separatista, columbra en aquel guerrero que sale del anonimato a mandobles de espada, al hombre capaz de escalar las esquivas cumbres de la grandeza. No lo conoce. Pero, hombre de letras y de pensamiento, ha leído con atención concentrada aquellos documentos llenos de fuerza con que el caraqueño lanza a los vientos su delirio.

El cuerpo deliberante de la Nueva Granada termina por inclinarse a la doble influencia de aquel talento sosegado y de la invocación ardorosa que el brigadier de 29 años lanza desde Cúcuta, como contagiado del calor de su clima. Se accede a medias. Bolívar podrá avanzar hasta Trujillo. Y un comité consultor, presencia civil que pueda representar la autoridad del Congreso ante aquel jefe impetuoso siempre propenso a desbordar autorizaciones y señalarse a sí mismo objetivos y metas deberá vigilar las operaciones y resolver sobre el alcance de las mismas.

Entre tanto Bolívar ha logrado conciliar temporalmente sus divergencias con Castillo, encargándole la difícil misión de conquistar el enclave de La Grita, donde el brigadier Correa se ha hecho fuerte. No se trata, empero, de dar tan sólo al insumiso comandante granadino la oportunidad de un triunfo que contribuya a persuadirlo de participar en el gran propósito que él se ha trazado, sino de ganar un peldaño, un punto de apoyo para el salto que está resuelto a dar hacia Caracas. Castillo con sus tropas granadinas realiza verdadera proeza al desalojar las fuerzas de Correa de su poderoso bastión. Fue una lucha ardua en medio de la neblina que culminó en el asalto decidido a las posiciones tajadas en la montaña, con la cual demostró Castillo su valor. No. No era temor al peligro lo que distanciaba su pensamiento del de aquel hombre de fuego con quien se enfrentó. Era el razonamiento frío del militar contra la audacia desbocada del guerrero. A la luz de la lógica, el militar tenía argumentaciones irrebatibles. Pero no siempre la lógica gobierna

las posibilidades. Allí el guerrero contaba con lo intangible que suele alentar el fondo de las grandes empresas humanas. Así, en el terreno de lo imponderable, Bolívar demostró la brillantez de su aserto y se abrió el cerrado camino de la victoria.

Aquella visión de lo imposible comenzó a concretarse con las autorizaciones del Congreso, que no llegaron solas. Un contingente generosamente brindado por los gobiernos de Tunja y Santafé llegó a dar osatura a su débil ejército. Lo más granado de las juventudes que habían tomado las armas desde la creación del ejército republicano en 23 de julio en Santafé, se hizo presente para la gran aventura. Dos divisiones con un total de 860 combatientes, alguna artillería y nombres que habrían de hacer historia, se integraron así bajo el mando supremo del brigadier Bolívar, natural de Venezuela y ahora por honrosa nominación del Congreso, Ciudadano de la Nueva Granada.

El 10 de marzo Bolívar había entrado a San Antonio. La reivindicación del humillado de Puerto Cabello comenzaba. Desde allí su voz vibrante cobra nueva fuerza en acentos que el eco lleva a las lejanías de su patria sojuzgada, cuando todavía no había recibido las soñadas autorizaciones que aún tardarían semanas en llegar.

"En menos de dos meses dice a sus soldados habéis terminado dos campañas y habéis comenzado una tercera, que empieza aquí y debe terminar en el país que me dio la vida... corred a colmaros de gloria adquiriendo el sublime título de libertadores de Venezuela".

Sus intenciones no podían ser más obvias. Sus documentos de Cartagena habíanlas proclamado a grandes voces. Ahora lo reafirmaba en su proclama al pisar de nuevo la tierra que unos meses atrás abandonara como proscrito y derrotado.

Obvia era también su intención ofensiva anunciada en su Manifiesto de Cartagena al decir:

"Es un principio del arte que toda guerra defensiva es perjudicial y ruinosa para el que la sostiene, pues lo debilita sin esperanza de indemnizarlo; y que las hostilidades en el territorio enemigo

siempre son provechosas, por el bien que resulta del mal contrario. Así no debemos por ningún motivo emplear la defensiva".

Esta mentalidad ofensiva no estaba sustentada en un volumen de fuerzas comparables a las del adversario, con quien anhelaba medirse en nueva confrontación de la cual tenía en mente arrancar la revancha al desastre del año anterior. De ahí las reticencias de Castillo y de otros jefes granadinos, entre ellos el futuro general Santander, segundo de Castillo. A grandes rasgos el dispositivo de Monteverde, anclado en profundidad entre Caracas y la frontera con la Nueva Granada, mostraba los siguientes efectivos:

Sobre las estribaciones occidentales de la Serranía de Mérida, el brigadier don Ramón Correa había conseguido reagrupar sus derrotadas fuerzas de Cúcuta y La Grita. Sin conocimiento exacto de sus efectivos, pueden estimarse en no menos de 800 plazas, o sea equivalente a la fuerza entera de la expedición al mando de Bolívar.

En Barinas, el grueso de la fuerza a órdenes del marino Antonio Tíscar, con tres batallones de infantería y siete escuadras de caballería, constituía la más poderosa concentración realista, afianzada sobre el flanco de la ruta del Ande, camino natural de aproximación hacia Caracas.

Al norte, acantonado en Maracaibo, Miyares podía contar con 1.000 hombres fácilmente reforzables con tropas colecticias. Esta fuerza, con su retaguardia asegurada por el carácter realista de la provincia de Santa Marta, quedaba en libertad de maniobrar sobre el flanco izquierdo de cualquier penetración que avanzara desde la Nueva Granada.

En Trujillo se hallaba una guarnición de 500 hombres al mando del capitán Cañas, con la provincia realista de Coro al norte, de donde Monteverde inició su espectacular avance sobre Caracas, que subyugó a Venezuela el año 12.

El comandante Oberto, con 1.000 hombres ocupaba a Barquisimeto, protegiendo a Valencia y la ruta natural de aproximación hacia Caracas.

En San Carlos, como parte del dispositivo de protección de la capital, se hallaba una fuerza regular de 1.200 hombres al mando del coronel Izquierdo.

Finalmente, Monteverde ocupaba a Caracas y Puerto Cabello. En la capital, su guardia personal de tropas selectas con 700 hombres, se apoyaba en la inexpugnable posición que Bolívar perdiera opacamente el año anterior.

Contra semejante acumulación de poder, el guerrero yergue su estatura solitaria. Cada uno de esos agrupamientos enemigos cuenta con fuerza suficiente para batirlo. Sin embargo, después de persuadir, de convencer, de implorar, de enviar como su representante personal ante el Congreso de Tunja a José Félix Ribas, su pariente y segundo en el mando, se coloca al frente de la minúscula hueste para reconquistar a Venezuela.

Y si precarios son los medios humanos, no menos son los físicos. No hay más dotación de municiones que la correspondiente a cada soldado. No hay dinero "ni aun para suministrar el socorro diario a los soldados", como expone en carta remitida el 8 de mayo, al día siguiente de recibir las autorizaciones de Santafé y Tunja para invadir a Venezuela. "Luego que lleguemos a Mérida prosigue éstos (los soldados) me pedirán los sueldos atrasados que yo no tendré como pagarles..."[9].

En esta carta patética, dirigida al "excelentísimo Señor Presidente, Encargado del Poder Ejecutivo de la Unión", contrasta la presentación de los problemas enormes que se alzan ante sí con la seguridad fría, desconcertante, en la victoria. Su afán reside en la limitación impuesta al señalar a Trujillo como meta del avance en profundidad, en cuanto pueda afectar la posibilidad de llegar a Caracas. Por ello al enumerar las dificultades que hallará a su paso por falta de recursos, señala en las misma comunicación que la distancia, alargada con la progresión del ejército, establecerá una ruptura de dos meses en el enlace con los poderes gubernamentales de la Nueva Granada: "En estos dos meses perecerá el Ejército por falta de dinero y alimentos, o porque demos a nuestros contrarios lugar para obrar con libertad...". Por ello, de manera indirecta, pide Bolívar al decir que *yo pueda obrar de acuerdo a las circunstancias*...

9 Oficio fechado en el cuartel general de Cúcuta el 8 de mayo de 1803.

simplemente que se le quite cualquier cortapisa a su secreto y a la vez ostensible propósito: maniobrar sobre Caracas.

En el mismo oficio señala tranquilamente: "La contestación de este oficio la recibiré en Trujillo..."[10].

Es la certidumbre de la victoria sobre aquel cúmulo de circunstancias adversas que acaba de relatar. No hay sentido condicional en sus palabras. Habla de llegar a Trujillo como si se tratase de un itinerario de viaje, sin enemigo al frente, sin batallas que librar, con recursos a granel.

Hacia Caracas

Aunque admirable es el prolongado movimiento que arranca desde las tórridas riberas del Magdalena con 200 hombres, la etapa de Cúcuta a Caracas es lo que la posteridad ha conocido bajo este denominativo. Observado aquel itinerario guerrero con un calendario y una escala de distancias frente a frente, la marcha impetuosa quita el aliento.

El 17 de mayo el precario ejército se concentra en La Grita. ¿Cómo está compuesto? El balance de fuerzas es desolador, pero el general republicano no se arredra y, frente al poder material del adversario, la única carta que exhibe es la estatura gigantesca de su propia alma.

Bolívar ha dispuesto sus fuerzas en una vanguardia integrada por los batallones 3º. 4º y 5º. de la Unión, comandados a su turno por el coronel antioqueño Atanasio Girardot que acaba de cumplir 22 años de edad y comanda en jefe toda la División de Vanguardia, el capitán santafereño Luciano D'Elhúyar, y el mayor venezolano Rafael Urdaneta, natural de Maracaibo. El total apenas equivaldría a un batallón de infantería de nuestro tiempo: 560 hombres.

La retaguardia está a órdenes de José Félix Ribas, caraqueño como Bolívar y tío suyo. Suma apenas 300 combatientes.

Sobre el filo de la cordillera meridense, la precaria tropa aparece dramáticamente vulnerable hacia sus dos flancos, donde las fuerzas

10 Valencia Tovar, ob. Cit. Pág. 75.

del rey poseen medios de aplastante superioridad. Bolívar no se ha detenido a contarlos. Sabe que no atacarán. Sabe que se anticipará en la ofensiva que preconizaba desde Cartagena. Sabe que no es ese desfavorable balance del poder material lo que habrá de otorgar la victoria, sino la audacia, la decisión, la rapidez de movimientos, el efecto deteriorante de la sorpresa. Es la intuición del guerrero la que dicta aquella inconmovible fe en la victoria que parece arrancar de lo profundo de sí, contagiarse, sacudir su tropilla hasta engrandecerla y hacer de la victoria, que cualquiera en su caso hubiese considerado inalcanzable, algo fácil, lista a ser cosechada del árbol de su propia suerte.

Por la Grita avanza hacia Mérida. Lo precede el clarín de sus proclamas, que tremolan al viento del Ande como bandera de guerra. En carta al presidente Nariño había dicho:

"... ver concurrir espontánea y simultáneamente a todos los pueblos de la Confederación Granadina al restablecimiento, libertad e independencia de la extinguida República de Venezuela, sin otro estímulo que la humanidad, sin más ambición que la de la gloria de romper las cadenas que arrastran sus compatriotas, y sin más esperanza que el premio de la virtud a los héroes que combaten por la razón y la justicia..."[11].

La Ciudad de los Caballeros de Mérida recibe en triunfo la exigua fuerza, el 18 de mayo, al llegar las primeras avanzadas. Bolívar la alcanza el 23. Allí se le rinde espontáneo homenaje que le otorga, por primera vez, el título de Libertador, que habrá de acompañarlo desde entonces en su camino de luces y de sombras. Allí engruesa sus fuerzas y dos bizarros oficiales españoles unen su entusiasmo y su experiencia al novel cuanto victorioso ejército: Vicente Campo Elías y Vicente Ponce de León. Capturada Mérida, se abrían al Libertador diversas posibilidades de maniobrar.

-Descender hacia Barinas para batir a Tíscar y librar su flanco sur de la amenaza que aquella fuerza de presencia entrañaba para sus planes futuros.

-Proseguir hacia Trujillo frontalmente por el difícil camino

11 Carta de Bolívar a Nariño. Cúcuta. 10 de mayo. O´Leary. Ob. Cit., tomo I, pág. 152.

montañoso de Las Piedras, conocido también bajo el nombre de Los Callejones de Mérida, la vía más directa y rápida hacia el objetivo.

-finalmente, descolgarse hacia el norte por la zona baja de los valles meridenses, mal protegidos por las fuerzas del brigadier Correa, batido sucesivamente en Cúcuta y La Grita. Allí había el riesgo de una conjunción de fuerzas hostiles que resultara superior a las suyas, o de que el general Miyares maniobrara por su flanco descubierto desde Maracaibo. (Mapa Nº 1).

Las tres opciones ofrecían riesgos considerables. Tíscar podría resultar con sus fuerzas superiores, hueso demasiado difícil de roer. Cualquier resistencia medianamente organizada podría frenar su avance frontal por Los Callejones de Mérida. Por el norte, en cambio, la sorpresa podría arrebatar al adversario las ventajas del avance desprevenido que él tendría que cumplir.

Esta línea de acción era la que mejor se adaptaba al espíritu de maniobra de Bolívar y, permaneciendo en Mérida con parte de sus fuerzas, confió al joven coronel Girardot la responsabilidad de ejecutarlo con su combativa División de Vanguardia.

La concepción es brillante. Y arriesgada. Al dividir su fuerza corre el doble riesgo de fracasar en el ataque por la línea exterior del norte y simultáneamente ser batido por un avance imprevisto de Tíscar. Ni lo uno ni lo otro se materializa. Girardot divide a su vez la pequeña fuerza que comanda, y avanza en columnas paralelas. La del norte comandada por D'Elhúyar y con el capitán Hermógenes Maza como segundo, bate a Correa por tercera vez. El 10 de junio las dos fracciones convergen sobre Trujillo, poniendo en fuga algunos destacamentos menores que encubrían la aproximación hacia Barquisimeto.

La guerra a muerte

El 14 Bolívar fija su cuartel general en Trujillo. El nombre de esta villa colonial ha de ser, a lo largo de los años, símbolo de uno de los actos más controvertidos del Libertador y se engasta en la historia con rojas desgarraduras de sangre. Girardot había proclamado, al hacer entrada en la villa, un generoso indulto. Devolvió a los republicanos

los bienes confiscados por el gobierno realista y convocó a cabildo abierto para elegir gobernantes. Apenas cuatro días después y salido el granadino a las alturas de Carache en busca de las fuerzas comandadas por el comandante Cañas, que se cernían como potencial amenaza, Bolívar proclama el terrible decreto de la guerra a muerte.

Para comprender este acto de violenta dureza no es posible abrir juicio en medio de la calma ajena a la realidad de las turbulencias que caracterizaron la lucha en Venezuela. Fue aquella una época de crueldades sin cuento, iniciadas por peninsulares y canarios que rivalizaban en el horror de una lucha sin cuartel. No era suave la Corona española al juzgar la sedición. Díganlo si no las cabezas cercenadas de los Comuneros, sus casas en cenizas y sembradas de sal, los miembros dispersos y exhibidos en picotas infamantes.

La pena de muerte era aplicada por comandantes españoles, sin fórmula de juicio, así como por criollos alistados en sus filas. Cervériz, Zuazola y Antoñanzas personificaron todo aquel desbordamiento de crueldad. Los catalanes del segundo cometieron en Cumaná toda suerte de barbaridades hasta el punto de que, como lo reconoce Madariaga, Zuazola llegó a ofrecer un peso fuerte por cada oreja de insurrecto que le presentasen, y no solamente cobraron la recompensa sino que "ostentaban estos macabros trofeos como escarapelas en el sombrero"[12].

Vuelve a aparecer en los preludios de lo que habría de ser el terrible decreto de Trujillo, aquel Antonio Nicolás Briceño, apodado "El Diablo", con quien Bolívar riñera por asuntos de límites entre propiedades en su juventud. Alzado en armas como él, Briceño llegó también a Cartagena con la idea fija de la guerra a muerte en su cerebro. Constituyente de la Primera República en el Congreso de Venezuela, este hombre de pasiones casi desequilibradas acabó reuniendo una hueste vandálica de 146 hombres en el Bajo Magdalena. Teóricamente se hallaba a órdenes de Bolívar, pero en realidad no reconocía autoridad de nadie, mucho menos de aquel su antagonista circunstancial. El 14 de mayo de 1813, cuando Bolívar se preparaba a marchar sobre Mérida, Briceño se lanzó desordenadamente desde el Valle del Táchira, cruzando la montaña de San Camilo.

12 Madariaga, Bolívar, pág. 395. Esta documantadísima obra del escritor español, implacable hacia Bolívar, basa su recuento de las atrocidades cometídas por algunos comandantes peninsulares y por el propio capitán general Monteverde, en la Relación documentada del origen y progreso del trastorno de la Provincia de Venezuela, Por don Pedro Urquinaona y Pardo, Madrid, 1820.

En San Cristóbal (véase nota 5 del capítulo I) había decapitado a dos españoles y enviado sus cabezas a Bolívar y Castillo, que reprobaron su acto de innecesaria crueldad. Pero el hombre estaba poseído de demencia sanguinaria. En Cartagena había propuesto la guerra a muerte en términos de violencia insensata, y ahora veía la oportunidad de ejercerla a su manera. Sin plan ni concepción táctica definida desembocó en Apure donde fue derrotado y, hecho prisionero con varios camaradas, se le condenó a la pena de muerte por un tribunal ordenado por el marino Tíscar.

Aquella ejecución vino a colmar la medida. Madariaga la señala como un pretexto para adoptar la dramática decisión de lanzar el decreto de la guerra a muerte, aunque en términos bien distintos de los propuestos por el infortunado Briceño, casado con Dolores de Aristeguieta, prima de Bolívar.

La verdad desnuda es que con la guerra a muerte se producía un hecho de insospechadas implicaciones en el decurso de la guerra. Hasta entonces el pueblo de Venezuela se había movido al vaivén cambiante de la suerte. Era aquella una guerra civil, desprovista de la claridad necesaria para convencer multitudes. El paso de las tropas vencedoras era aclamado por igual, cualquiera fuese la bandera que tremolara adelante. La victoria de Monteverde había demostrado, con el auxilio del terremoto de Caracas, que la voluntad tornadiza de las gentes tendía aún a favorecer la causa del rey.

Con el discutido decreto de Bolívar dio un paso de implacable dureza en la conformación de un decidido espíritu de lucha. Señala Madariaga que, con el documento de Trujillo, "Bolívar abre un abismo entre criollos y españoles; talla en la carne viva y en el espíritu de la nación... y de la herida envenenada por el odio hace un frontera política"[13].

Se abre paso aquí, nuevamente, el guerrero integral. Bolívar había elevado a los cielos de América una enseña revolucionaria que estaba resuelto a conducir a la victoria definitiva. Es cierto que con el decreto de Trujillo oficializaba el ajusticiamiento del adversario. Pero no lo es menos que éste se venía realizando del lado realista, por herencia de la ley que sancionaba con la pérdida de la vida el delito de traición al soberano y que, en manos de

13 Madariaga, op. Cit., pág. 410.

caudillos primarios y desorbitados, conoció las formas más repulsivas de ejecución.

En este propósito Bolívar da, con la proclamación de la guerra de exterminio como lo denomina Madariaga un paso decisivo. El acto no es jurídico, sino de esencia política y efectos sicológicos, cuyo impacto en los pueblos indecisos habría de ser definitivo en el proceso de formación de una causa. La indecisión tendría que definirse y tomar partido. En momentos en que el avance victorioso de los independientes deslumbraba el Ande venezolano, la impresión del triunfo, unida a la del terror, consiguieron galvanizar las gentes en torno a la causa patriota.

El guerrero, el caudillo nato que había en Simón Bolívar, recurrió allí a un tremendo expediente. Su dominio del alma humana y del voluble espíritu de las multitudes se hizo presente en un acto de caracteres excepcionales, que no puede juzgarse en la frialdad que el análisis a posteriori permite a quienes no se hallaron inmersos en la violencia de la lucha ni en las condiciones en que ésta hubo de librarse.

"No puede considerarse tan sólo, con Madariaga, que el decreto de Trujillo fue en el campo político un documento de terror. Lo fue también, y con más vastos alcances, de aglutinamiento humano, de polarización de fuerzas combativas en torno a las banderas de la Unión, que él llevaba a los vientos y no podía permitir que prosiguieran solas, vacías de muchedumbres, hacia su destino. Había que darles expresión multitudinaria, pues las revoluciones, más que con armas, se han formado siempre con latidos humanos, con alaridos generacionales, con turbamultas que es preciso encauzar, organizar y dirigir, pero que se han solidarizado inicialmente con actos de hondo contenido pasional"[14].

Por consiguiente, el decreto es, más que nada, el acto de un guerrero, brutal y terrible como la guerra misma. El militar en la acepción exacta de la palabra no lo hubiese producido, dejando a las armas la definición de la lucha. No se trata aquí de abrir juicio sobre el fondo moral del hecho, sino analizarlo en sus repercusiones sobre una lucha que los acontecimientos habían revestido ya de características elementales. Lo cierto es que de ese acto de frío

14 Valencia Tovar, ob. Cit., pág.77.

radicalismo surgieron consecuencias decisivas y que, ahora, el general rebelde uniría el terror a la rapidez para la prosecución de la campaña.

La etapa decisiva

En Trujillo, Bolívar debería guardar nuevas autorizaciones, de acuerdo con la determinación del Congreso de Tunja. Sin embargo, los hechos se precipitan abriendo posibilidades que un jefe de sus talentos no podría desperdiciar. Ya había anunciado al mismo presidente Camilo Torres la dificultad de aguardar lentos correos mientras el golpe de los hechos obligaba a decisiones rápidas. Conociendo la profundidad de la mente del Libertador, aquella argumentación no era sino el anuncio de lo que haría una vez lograra el objetivo limitante que se le había fijado.

Al despachar a Girardot en búsqueda del comandante Cañas, sobre las heladas estribaciones de la Sierra Nevada de Mérida, Bolívar no buscaba tan sólo librar de enemigos las proximidades de la capital de provincia recién conquistada, sino, como ya lo hiciera en Cúcuta, despejar el camino hacia la meta subsiguiente.

La comisión senatorial despachada en seguimiento de Bolívar no había partido aún de Cúcuta, por lo cual tomó, una vez más por cuenta de su arriscada e impositiva voluntad, la decisión de proseguir operaciones.

“ Mi resolución, pues, es obrar con la máxima celeridad y vigor; volar sobre Barinas y destrozar las fuerzas que lo guarnecen, para dejar de este modo a la Nueva Granada libre de los enemigos que puedan subyugarla”.

Así decía al Congreso de la Unión desde su cuartel general de Trujillo el 25 de junio. Y así hizo. Girardot, con su triunfo de Carache, fuertemente defendida por Cañas y tradicionalmente adicta a la causa monárquica, le había abierto la ruta en profundidad el 19 del mismo junio. Comenzaba el segundo y decisivo duelo de Bolívar con Monteverde, ahora de igual a igual, de comandante

supremo de un pequeño pero bravo ejército a capitán general, en un teatro donde las enseñas del rey habían vuelto a campear desde las triunfales acciones del año anterior, fuente de gran prestigio para el caudillo realista.

¿Quién era el rival de Bolívar en términos militares? No simplemente el rudo soldado salido del montón, imagen que se ha tejido por fuerza de su conducta y hechos sanguinarios en la campaña de 1812. Era militar de carrera. Combatió en las batallas navales de Tolón, San Vicente y Trafalgar. En esta última, herido, cayó prisionero de los ingleses, pero la alianza de éstos con los españoles le permitió regresar a su patria y proseguir la lucha. Participó con distinción en las batallas terrestres de Talavera y Ocaña, donde fue herido por segunda vez. Por otra parte, la brillante campaña desde Coro, que terminó en veloz avance con la captura de Caracas y la capitulación de Miranda, lo acreditaban como militar hábil y le permitían incorporar a su hoja de servicios la experiencia de guerra en suelo americano.

En el duelo que iba a comenzar, se medían dos figuras que, al momento de iniciarlo, tenían en apariencia desigual estatura. El raudo avance de Bolívar por el Ande y las fases precedentes de la campaña en el Bajo Magdalena y Cúcuta, obraban a su haber, pero no en la medida que su opositor podía presentar. Aún no se había enfrentado a un enemigo de consideración, y los combates contra fuerzas y comandantes poco experimentados no constituían índice muy elocuente de su verdadera capacidad militar.

Domingo de Monteverde y Rivas era oriundo de las Islas Canarias, donde nació en La Laguna el 2 de abril de 1772. Era, pues, once años mayor que Bolívar. Su origen canario posiblemente lo hizo tolerante con los desmanes y abusos de sus coterráneos, que terminaron por hacerlos abominables. El Rivas de su lado materno se encontraba tres generaciones atrás con los antecesores de José Félix Ribas oficial de Bolívar y tío suyo y de Monteverde a la vez, por cuanto éste y Ribas llegaban al capitán Valentín Ribas, de origen inglés, casado con la isleña Francisca Rodríguez de Talavera, tatarabuelos de Monteverde y bisabuelos de José Félix. Tal era el hombre con quien Bolívar debería enfrentarse, ansioso de vengar su vergüenza de Puerto Cabello.

La posesión de Trujillo garantizaba al Libertador una base de avanzada de operaciones frontales hacia el oriente, pero al mismo tiempo, con Barinas sobre su flanco, el riesgo de verse copado no dejaba de ser considerable, aun más cuando el avance hacia Caracas dejase descubierta su retaguardia.

La captura de los baluartes de Carache por Girardot le abría el camino hacia las planicies de Barquisimeto al Norte y San Carlos al Sur en ruta directa hacia Caracas.

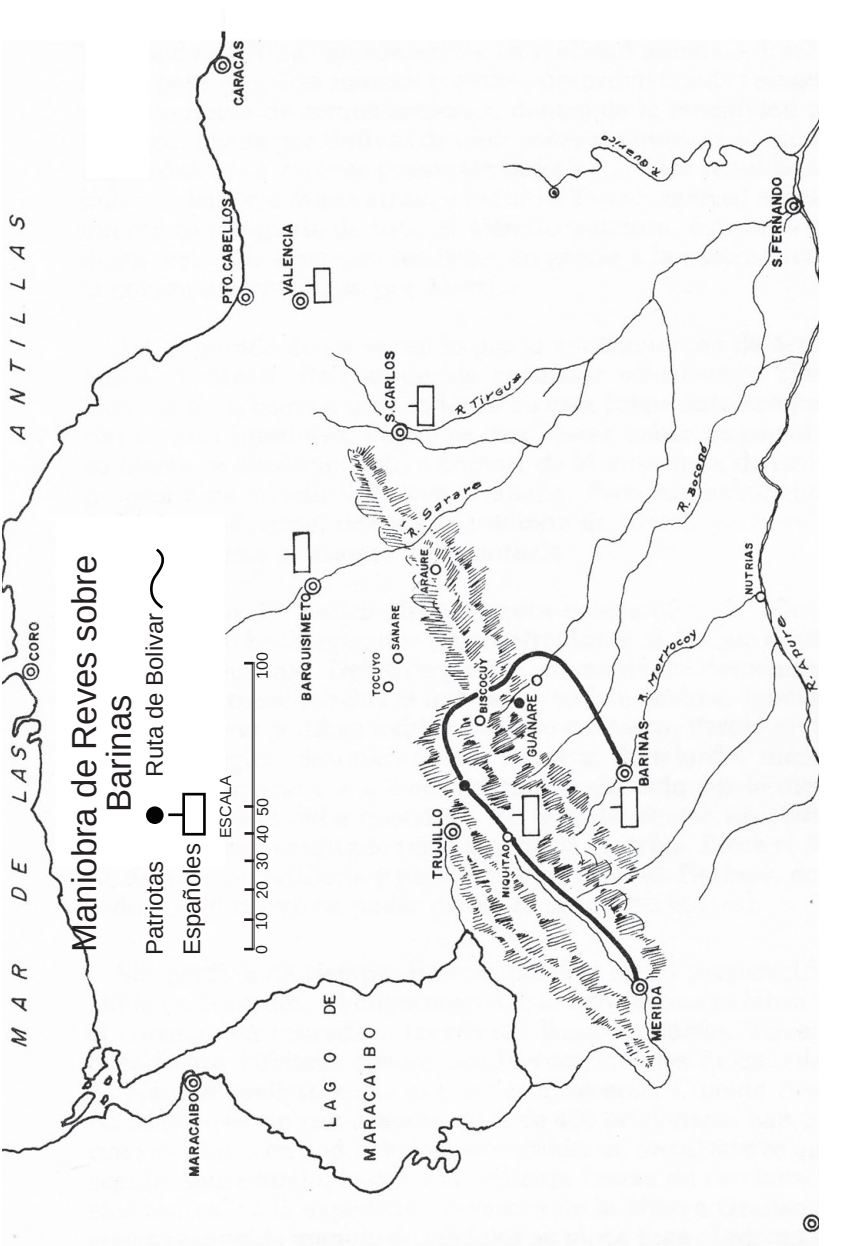
Una tercera opción consistía en descender por Boconó hacia Guanare, dejando a Tíscar aislado en Barinas.

Dada la celeridad que Bolívar imprimió desde un comienzo a sus operaciones, más urgentes ahora que entraba a disputarse el privilegio de llegar primero a Caracas que las fuerzas de oriente al mando de Mariño, la tentación de utilizar la victoria de Girardot para avanzar directamente hacia la capital tuvo que ser muy fuerte en la mente del Libertador. Su impetuosidad natural debió ser otro factor impelente. El riesgo era, sin embargo, demasiado grande al dejar la retaguardia abierta, y latente la amenaza de tropas más fuertes que las suyas. La decisión fue descender por Boconó hacia Guanare, quizá con el propósito ulterior de atacar de revés hacia Barinas. (Mapas 1 y 2).

En desarrollo de su plan ordena a Ribas desplazarse desde Mérida para reunir fuerzas. Su segundo marcha con rapidez, desfilando por los Callejones frente a Barinas y, sobrepasando a Niquitao y a Boconó, alcanza la propia Boca del Monte hacia Guanare, donde se reúne con Urdaneta, procedente de Trujillo. Bolívar, sin contacto con su subalterno, calcula su desplazamiento en forma de reunirse con aquél sobre la marcha. Ribas había partido el 26. Él lo hace tres días más tarde, el 29, y en su primera jornada se sitúa a espaldas de su segundo, unos 90 kilómetros al Norte.

En tales posiciones, una columna realista procedente de Barinas se interpone entre las dos fracciones patriotas, perdidas de todo contacto, ocupando a Niquitao con 800 hombres, el doble de la fuerza al mando de Ribas. Este, sin vacilar, da contramarcha el 1o. de julio y, a pesar de que sus fuerzas reunidas con las de

Mapa N°2


Maniobra de Reves sobre Barinas
Patriotas
Ruta de Bolivar
Españoles
ESCALA
0 10 20 30 40 50 100
MAR DE LAS ANTILLAS
LAGO DE MARACAIBO
MARACAIBO
CORO
PTO. CABELLOS
CARACAS
VALENCIA
BARQUISIMETO
S.CARLOS
TOCUYO
SANARE
ARAURE
BISCUCUY
GUANARE
TRUJILLO
BOCONO
MERIDA
BARINAS
NUTRIAS
S.FERNANDO
R. Tirgua
R. Sarare
R. Boconó
R. Masparro
R. Apure
R. Guanarito

Urdaneta apenas alcanzan 350 hombres, acomete sin vacilar las posiciones ocupadas por el adversario al mando del español José Martí. Ribas había marchado, la víspera de la acción, las trece leguas que separaban las dos fuerzas, y al día siguiente, 2 de julio, ataca vigorosamente las posiciones realistas en Las Mesitas, con su exigua fuerza dispuesta a tres fracciones: Ribas en el centro, el capitán granadino José María Ortega por la derecha y Urdaneta por la izquierda.

El combate es empecinado y sangriento. Los realistas, a más de ocupar las alturas, se protegen por la naturaleza rocosa del terreno. Pero las fracciones independentistas del exiguo ejército libertador se han impregnado de la acometividad y espíritu de victoria que irradia del comando supremo. El ataque se compromete con tanta decisión, que los realistas se ven forzados a abandonar su primera línea. Luego la segunda, aun más fuerte. La caballería patriota, apenas un puñado de jinetes, sale a la espalda del contrario, que se desmorona prontamente. Medio centenar de prisioneros y fusiles, con 26.000 cartuchos y un cañón con sus pertrechos, quedan en poder del vencedor. Tres oficiales realistas son fusilados. La guerra a muerte comenzaba a dar sus trágicos frutos.

Aunque la victoria de Ribas tiene efectos tácticos importantes, desarticula el plan estratégico del Libertador, consistente en tomar Guanare y reunir allí las dos divisiones de su ejército para maniobrar sobre Tíscar. En efecto, la aparición de Martí en la espalda de Ribas no constituía en realidad amenaza trascendente para aquellas fuerzas móviles, desprovistas de retaguardia y de líneas de comunicaciones, dentro de la modalidad tantas veces usada por Bolívar de vivir sobre el terreno a la manera napoleónica. La rapidez puesta en práctica por los republicanos hubiese dejado a Martí atrás, y batido a Tíscar, merced al movimiento convergente de todo el ejército patriota, así como a la disminución de efectivos realistas, en gracia a la sustracción de la columna comandada por Martí.

Así, separado de su segundo por la contramarcha de éste en busca de Martí, Bolívar decide acometer sólo contra Tíscar. Una vez más, como a todo lo largo de esta fulgurante campaña, con fuerzas inferiores. Cierto es que Tíscar había fragmentado su fuerza

en obedecimiento a órdenes de Monteverde, dentro del propósito de invadir la Nueva Granada. Pero aun así, disponía de poder suficiente, restada la columna de Martí, para enfrentarse con éxito al ataque fragmentario.

No lo hizo. La noticia de la derrota catastrófica de Martí le llegó cuando hacía aprestos para enfrentarse al ataque de Bolívar desde Guanare. Debió de pensar, en medio del desconcierto, que era el grueso rebelde el que se le vendría encima, ignorante de que Bolívar y Ribas habían perdido contacto. Perdió el equilibrio sicológico, desquiciado por la racha de triunfos menores que su adversario venía consiguiendo y afectado por la movilidad de que éste daba muestras. En vez de ofrecer resistencia, emprendió mal meditado repliegue hacia Nutrias, sobre el Apure, dejando su artillería y pertrechos mayores en Barinas, donde todo aquello cayó en poder de las fuerzas libertadoras.

Sin pérdida de tiempo, Bolívar destaca en su persecución la División Girardot. El impetuoso coronel granadino se lanza tras el enemigo en retirada a través del llano inundado. Tíscar no hace frente, cubierto apenas por fuerzas móviles de caballería. El ejército realista comienza a desintegrarse. Cuando llega a Nutrias no es sino un despojo. Más de 400 prisioneros han caído con sus armas en poder de los perseguidores, de tal suerte que al seguir Apure abajo, lo que fue brillante fuerza de combate, núcleo central de la expedición invasora de la Nueva Granada, es apenas reducido manojo de oficiales en plena fuga. Todo un ejército se ha evaporado ante la rapidez y audacia espectaculares de un adversario espiritualmente superior.

Bolívar no se detiene a tomar resuello. Sabe que sus posibilidades penden de la rapidez, que hasta la culminación de esta maniobra espectacular le ha permitido batir un enemigo globalmente superior, mediante golpes veloces, distantes en el espacio pero tan próximos en el tiempo, que siempre ha llegado cuando y donde menos se le espera.

El flanco sur se ha despejado por la acción victoriosa sobre Tíscar y la toma de la línea Araure Barinas, prolongada hasta El Espino hacia el noreste, por el avance de una columna de 200 cazadores al mando del teniente Cruz Carrillo. Bolívar decide entonces valerse

de la posición adelantada, que Ribas había conseguido con el triunfo de Niquitao, para recuperar el eje ofensivo hacia Caracas.

Desde Barinas ordena a su segundo marchar sobre Araure, donde una sublevación local ponía a su disposición 200 jinetes. La ruta señalada en órdenes sucesivas los días 9 y 12 de julio era la del Tocuyo Sanare, para evitar contratiempos con fuerzas realistas que podrían interferirlo en su movimiento. Ribas, sin embargo, no era persona fácil de manejar. Quizás en lo recóndito de su orgullo, la autoridad de su sobrino le caía mal. Era hombre recio y comandante impulsivo, muchos de cuyos rasgos se aproximaban a los del Libertador, aunque sin el vuelo formidable de genio e imaginación que caracterizaban a su joven pariente. Entre tales rasgos, la inclinación a obrar por sí mismo, desdeñando órdenes superiores, lo llevó en esta oportunidad a desoír la voluntad del comandante general. Esta desobediencia ha podido resultar fatal para la maniobra proyectada por el Libertador, cuya fase de concentración debería cumplirse en Araure, a donde ya se dirigía la División Girardot después de su brillante campaña contra Tíscar.

Al norte los remanentes de las fuerzas realista batidas en etapas anteriores de la campaña se concentran con refuerzos locales y llegan a reunir una agrupación apreciable constituida por 800 infantes, poco más de un centenar de jinetes y 4 piezas de artillería. Componen este destacamento las tropas del gobernador González de Fuentes, los restos del batallón al mando del comandante Cañas batido por Girardot en su embestida sobre Carache y la fuerza del comandante Oberto, que retrocedía desde Araure a raíz de la revuelta patriota en dicha localidad.

Contra esas fuerzas reunidas se lanza Ribas al mando de sus escasos 500 hombres. Tal parece como si la audacia del comandante supremo se trasvasara a las arterias de sus jefes subalternos. Oberto es un buen oficial. Sus fuerzas, superiores. Sin embargo, en el sitio de Los Horcones, el 22 de julio, es batido por la resuelta acción ofensiva del coronel republicano que parte su centro en dos, después de fieros ataques sucesivos. Ribas, triunfante, no se detiene. Encabezando la persecución llega hasta Barquisimeto, donde rehace sus fuerzas, llena de bajas de la acción con prisioneros y fusila la

oficialidad española, siguiendo implacablemente los dictados de la guerra a muerte.

Este inesperado éxito deja San Carlos a merced de Bolívar sobre la ruta sur de aproximación a Caracas. El éxito militar es así y Bolívar, disgustado como debió de quedar con la indisciplina de Ribas, debió engullirse su molestia. Otra cosa hubiese sido si Ribas es derrotado, como a la luz de la lógica de fuerzas comparadas ha debido serlo. De todas maneras, sacando inmediata ventaja de la nueva situación, decide avanzar hacia San Carlos, localidad ésta que el avezado comandante peninsular, coronel Izquierdo, había evacuado dentro del propósito de propiciar la concentración de los efectivos de Monteverde, Oberto y los suyos propios, con el fin de cubrir la ruta hacia la capital.

En medio del desconcierto de que da prueba el mando realista desde el comienzo de las operaciones ofensivas de Bolívar, este coronel español es el único que parece ver con claridad la situación y la trascendencia de la amenaza que implica la presencia de las fuerzas insurrectas sobre el occidente venezolano. Quizá columbró tarde el verdadero alcance de la embestida enemiga, pero ello es explicable a la luz de la sorpresa que significó la ofensiva desde la Nueva Granada, cuando todo el mando español se había hecho a la idea de que el capitán general Monteverde proyectaba una invasión al antiguo virreinato e, inclusive, había adelantado los primeros pasos para cumplirla.

Izquierdo recomendó a Monteverde la reunión de sus fuerzas con las de Oberto y con las que se hallaban bajo el mando directo del propio Monteverde en el centro de la provincia de Caracas. Aquél no tomó oportunamente las determinaciones que hubiesen producido el efecto deseado por su subalterno. Oberto fue batido fatalmente. Monteverde llegó tarde, presa del desconcierto creciente que se abatía sobre él con los reveses contra Mariño al oriente, y esta nueva ofensiva, súbitamente salida de la nada, que amenazaba ahora el propio corazón de su dispositivo. Una vez más, como a todo lo largo de la fulminante campaña, Bolívar se le había anticipado.

Efectivamente. En camino hacia Valencia donde espera efectuar su reunión con Monteverde, Izquierdo recibe órdenes para volver a

San Carlos. Aquello no tenía sentido. Con Ribas en Barquisimeto y Bolívar avanzando ya desde Araure, hubiese equivalido a meterse calculadamente en la boca del lobo. Con prudencia reveladora de sus talentos militares, toma posiciones en Tinaquillo, desde donde puede vigilar la doble amenaza que se cierne sobre Caracas.

Al tener conocimiento, el día 29, de la ubicación de las fuerzas de Izquierdo, Bolívar contempla dos alternativas. Acometer de inmediato para medir fuerzas con el adversario localizado allí, o maniobrar conjuntamente con Ribas para atacar en tenaza. Lo primero equivale a comprometerse fragmentariamente en una acción decisiva. Lo segundo a perder tiempo y darlo al adversario para recibir refuerzos de la retaguardia, en magnitud que no resulta factible establecer. En la disyuntiva, el Libertador decide atacar sin pérdida de tiempo. Es lo más adecuado a su temperamento ofensivo, si bien la reunión con Ribas le ofrecía sustanciales posibilidades de victoria.

En dos jornadas se sitúa Bolívar a distancia de batalla. Izquierdo lo sabe y decide avanzar hacia la llanura de Taguanes para librar una acción decisiva. El choque es un típico combate de encuentro. Girardot, siempre a la vanguardia, es el primero en divisar la línea adversaria sobre la llanada, aún no dispuesta del todo para el combate. Ataca de inmediato. Bolívar, más atrás, empeña la caballería por la derecha y generaliza la lucha, en la primera batalla de verdaderas proporciones que se libra desde la salida de Cúcuta.

Los realistas luchan bravamente. Izquierdo, viéndose superado en el choque frontal, inicia un ordenado repliegue hacia las alturas a su espalda, pensando en reforzarse en las ventajas del terreno. Las cargas sucesivas de infantería y caballería patriota no consiguen deshacer aquella dura línea de acero.

Bolívar comprende el propósito adversario. Es entonces cuando recurre a una de las muchas improvisaciones brillantes de su genio guerrero. Montando una compañía en la grupa de un escuadrón de caballería, logra colocar la fuerza combinada a la espalda de las férreas líneas españolas. Desde allí desencadena violento y sorpresivo ataque, que logra penetrar por fin en el dispositivo enemigo. La mortandad es terrible, y el propio comandante español, herido de muerte, fallece mientras se le traslada hacia San Carlos.

Taguanes es la acción decisiva de la Campaña Admirable. Por primera vez cuenta Bolívar con fuerzas superiores a la de su adversario ocasional, que no supo o no alcanzó a concentrarse a tiempo. El empuje y vigor de una hueste que había aprendido a luchar en el propio campo de combate, superó el profesionalismo de las formaciones básicamente españolas que le hicieron frente, con la acostumbrada reciedumbre de la infantería peninsular, contra la cual tantas veces habría de chocar el Libertador.

Monteverde, que acude en socorro de su subordinado con sus últimas fuerzas disponibles, dos escuadrones de caballería y dos compañías a pie, se entera de la derrota de Izquierdo en las llanuras de Carabobo. De inmediato se dirige hacia Valencia, a donde también enrumba Bolívar a la mañana siguiente a la batalla. Monteverde piensa en resistir allí con un millar de hombres. Ya Bolívar ha reunido 1.500, sin contar con las fuerzas de Ribas, que aún se hallan en Barquisimeto. Ante su evidente inferioridad, Monteverde busca refugio en la plaza fuerte de Puerto Cabello, donde alcanza a encerrar su fuerza de combate y considerable migración civil, perseguido de cerca por la vanguardia de Girardot.

La guarnición de Caracas, con fuerte proporción de españoles peninsulares, se deshace. Lo propio ocurre con el destacamento que ocupa La Guaira. La noticia de la derrota cunde sembrando el pánico en las fuerzas realistas. Nadie pensaba en el derrumbamiento de las formaciones realmente poderosas del capitán general y, estremecidos por la voz vengadora que lanzó desde Trujillo la tremenda proclama de la guerra a muerte, españoles y canarios sólo piensan en ponerse a salvo. Caracas, sacudida por el espanto y al borde del caos, se halla en manos de un odiado mandatario, el brigadier Fierro, con quien Monteverde había remplazado al marino Juan Tíscar, hermano de Antonio, el opositor de Bolívar en Barinas. Tíscar había desarrollado una política de atracción sobre el pueblo caraqueño, que le había ganado las voluntades de los criollos. Monteverde desautorizó todo aquello y puso el gobierno en manos de Fierro, quien ejerció el mando en forma que justificó su metálico apellido.

En medio del desconcierto, las autoridades realistas acuerdan destacar parlamentarios para concertar con Bolívar algún arreglo que salvara la ciudad de la destrucción que, imaginaban, produciría la entrada de los

revolucionarios. El grupo de enviados concierta el 4 de agosto, en La Victoria, una capitulación cuyos términos contrastan a las claras con la letra del decreto de Trujillo, lo que señala el verdadero espíritu de tan drástica providencia. En realidad, no se había buscado ajusticiar a todo peninsular o canario que se hallase con las armas en la mano o hubiese prestado su concurso a la causa del rey, sino a los verdaderos culpables de hechos sanguinarios. Es decir, más que elemento de muerte, el decreto lo fue de intimidación sobre el enemigo y de efecto sicológico decisivo sobre propios y extraños.

Fierro, sin embargo, no aguarda el regreso de los comisionados. Escapa hacia la Guaira. Más de catorce navíos repletos de fugitivos se hacen a la vela en dirección a Curazao, donde se reúnen más de dos mil refugiados, según se desprende de un oficio dirigido por el gobernador Hodgson a Monteverde, con fecha 16 de agosto. En tanto la ciudad, presa del terror, es contenida difícilmente por las últimas tropas que no abandonan la guarnición, situándose en la parte alta de Caracas para contener la fuga masiva de gentes, que ven en la llegada de los rebeldes un azote más a sus infortunios. Estas últimas tropas se rinden el día 6 al licenciado Francisco Antonio Paúl, a quien Fierro delega sus poderes. Paúl, anteriormente servidor de la causa patriota, acuerda con los capitanes españoles Juan de Budía y Francisco Mármol, comandante de la Guaira, un armisticio cuyas cláusulas son desconocidas luego por Monteverde, lo que cuesta la vida de sus subordinados.

El 7 de agosto de 1813 entra Simón Bolívar a la cabeza de sus tropas en su ciudad natal. Debió de ser aquella una hora de extrema emoción. Puerto Cabello, sitiado por las fuerzas republicanas, queda vengado. El coronel de milicias que la perdiera en hora sombría regresa, brigadier de la Nueva Granada y Libertador de Venezuela, título que ahora le concede Caracas en medio del delirio que sustituye al terror.

Pasarían otros seis años, sin embargo, cargados de vicisitudes y desastres, para que el general victorioso de 1813 lograra superar el sino adverso que habría de ensañarse con su suerte y echar por tierra una y otra vez sus esperanzas y efímeras victorias. Seis largos años en que conocería innumerables veces el salobre sabor de la derrota que, lejos de derruir su fe o minar su determinación, no harían sino afirmarlos en su propósito casi obsesivo. Allí, en su voluntad indomable, en su fiereza

para levantarse del polvo, rota la espada y el alma en pedazos, es donde reside el guerrero en toda su inabarcable reciedumbre.

Seis años después, en la misma fecha que ahora señala con vítores la rúbrica vigorosa de la Campaña Admirable, la primera de las grandes victorias con que se ilumina la etapa final de su itinerario batallador, marcaría a orillas del Teatinos la verdadera consagración de su grandeza.

Perspectiva de la hazaña guerrera

Como proeza humana, el acto estratégico que se inicia a orillas del río Magdalena por el díscolo subalterno de un soldado de fortuna, adquiere proporciones descomunales. Varias veces se ha insistido a lo largo del relato que antecede sobre el vuelo del pensamiento de quien concibió tamaña empresa, sin conocimientos castrenses, experiencia bélica o historial victorioso.

En aquel propósito desmesurado que su increíble energía convirtió en acción, hay algo superior al común del hombre de armas. No es aquello concepción militar ordinaria, sino fantasía convertida en hecho real por una voluntad superior.

Cuando Simón Bolívar entra en conflicto con Manuel del Castillo en torno a la factibilidad de lanzarse por la cordillera de Mérida hacia el interior de Venezuela, no se trata simplemente de un choque de temperamentos. Es la discrepancia fundamental entre la idea inmensa, que columbra posibilidades más allá de toda ponderación y quien las mide a la luz de factores cuantificables. Castillo razona sobre realidades. Bolívar sobre lo intangible de su propio genio, que no resulta fácil de adivinar por sus contemporáneos.

Bolívar con su fogosidad, el timbre duro y metálico de su voz, su carácter impositivo, el desbordamiento pasional de la palabra y el ademán, no debía resultar interlocutor fácil para quienes hubiesen de oponerse en un momento dado al imperio de su voluntad. Cierto es que la fulgurante campaña, a la cabeza de su pequeño núcleo humano, del Magdalena a Cúcuta, señala la potencialidad del guerrero. Pero la desproporción entre lo así realizado y lo que

significa enfrentarse a las poderosas fuerzas de Monteverde, en un teatro de guerra donde aquél se había impuesto apenas unos meses atrás, señalaría como irrealizable el empeño de Bolívar para quien midiera las perspectivas militares a la simple luz del cálculo comparativo.

Cuando Bolívar intuyó la campaña desde las márgenes del Magdalena, no podía tener noción exacta del poderío del adversario con el cual iba a medirse. Desconocía su dispositivo profundo, su capacidad de concentración, el alcance del dominio sobre la población civil que pudiese haber logrado con la victoria de Monteverde. Aun la verdadera estatura militar de su antagonista le era prácticamente desconocida y, en el mejor de los casos, las victorias logradas por Monteverde en su rauda marcha desde Coro hasta Caracas, podrían acusar una capacidad militar superior.

Por ello la determinación del futuro libertador de marchar sobre Caracas, es la mejor expresión de su fibra guerrera y de su propia talla humana.

Se ha seguido con cierto detalle el decurso de la primera campaña militar de Bolívar, porque es en ésta donde mejor puede penetrarse en el carácter volcánico de su talento y en su disposición natural para la guerra. Sus acciones posteriores podrían considerarse en buena parte y lo fueron fruto de la experiencia acumulada en el continuo guerrear sobre escenarios variables y bajo condiciones diferentes. En cambio, en las tres fases que componen la Campaña de 1813, aparece el guerrero surgido de su propia voluntad de victoria y de la concepción intuitiva del movimiento.

Muchos son los ángulos desde los cuales puede enfocarse el análisis de esta fulgurante serie de acciones, que terminan por imponer su superioridad mental y sicológica sobre el adversario, en un esquema impresionante donde no hay una sola derrota, ni tan siquiera un revés táctico menor. Difícil emprender dentro de cierto sentido de síntesis de disección de la campaña. Al lanzar una primera mirada de conjunto sobre los movimientos sucesivos que llevaron a Bolívar desde Barrancas hasta Caracas, deslumbran al igual con la Campaña de Italia por Napoleón Bonaparte, tres características fundamentales: *espíritu ofensivo, rapidez y audacia,* de cuya brillante

combinación se produce una nueva resultante: la sorpresa integral, o sea el producto de la *sorpresa estratégica*, táctica y sicológica.

En efecto, Bolívar preconiza desde Cartagena la necesidad de la ofensiva, con lo cual adopta uno de los grandes principios de guerra enunciados por Clausewitz e incorporados universalmente a la ciencia arte. Una vez dueño de sus actos, en un comienzo por usurpación de funciones en plena insubordinación y luego por asignación formal de autoridad, hace de la ofensiva su lema invariable. Así como no sufre un solo revés en la campaña, tampoco libra una sola acción defensiva, a pesar de su condición casi permanente de inferioridad material. Es de creer que, sin las limitaciones fijadas por la cautela bien explicable del gobierno granadino, su ofensiva hubiese sido mucho más dinámica y veloz.

La rapidez en el movimiento es la forma de llevar a la práctica esa concepción medular. Las jornadas de marcha para cubrir las considerables distancias recorridas por las diversas columnas a su mando, denotan un sentido del tiempo como factor gobernante del dominio táctico, del cual hace el instrumento decisivo del éxito. Velocidad desconcertante que desfigura ante sus adversarios la magnitud real de sus fuerzas, al aparecer en uno y otro lugar dentro de tiempos mínimos y amenazar desde todas direcciones a la vez, con resultados paralizantes, a los cuales contribuye en forma considerable la participación de su minúscula fuerza, cuya debilidad se disfrazó tras lo espectacular de la combinación estratégica.

Por último, la *audacia*, que no es principio militar sino actitud anímica. Era audaz pensar desde el pueblecito de Barrancas en lanzarse a la ofensiva en gran escala, sobre un territorio hostil, dominado y mantenido por fuerzas incomparablemente superiores. A esta audacia en la concepción estratégica, se añade su aplicación táctica. Con una tropilla de 800 hombres o poco más, a distancia reducida de sus adversarios dispersos, se atreve a dividirla en columnas casi independientes entre sí, como si se tratase de un gran ejército. Al avanzar sobre Trujillo deja ambos flancos expuestos, sobre todo el derecho, contra el cual gravita desde Barinas la amenaza latente de Tíscar. Aún más: al situarse en la ciudad desde donde lanza el manifiesto de la guerra a muerte, Tíscar no solamente queda en posición ideal para golpear su flanco, sino su retaguardia misma.

Es apenas lógico que en la combinación estratégica no pueda determinarse con precisión exacta cuál es la causa y cuál el efecto. Sin embargo, al afirmar que la sorpresa fue resultante de los tres factores ya analizados y no el origen de éstos, se parte del desarrollo mismo de la campaña. Al tomar a Mérida, el efecto de la sorpresa, parcialmente disminuido por las acciones preparatorias sobre La Grita, su presencia quedó detectada, así como su actitud ofensiva. A partir de este momento consigue preservar, a través de la maniobra, el secreto sobre las proporciones reales de sus fuerzas que, de haber sido precisadas, es posible que hubiesen motivado conducta diferente de sus adversarios, poseídos de quietud incomprensible.

Una vez presente en el teatro de guerra de Venezuela y cumplida su zambullida en profundidad hasta Trujillo, fenece la sorpresa estratégica parcial. Sus adversarios debían esperarlo en adelante. ¿Dónde? ¿Cuándo? Aquí subsiste el factor sorpresa, pero condicionado a la medida en que rapidez, espíritu ofensivo y dirección inesperada del ataque afectasen radicalmente la guerra de movimiento planteada por el Libertador. Por ello cabe considerar que dicho factor es resultante de la acertada combinación de tales elementos, gobernados como constante guerrera por la audacia que signa cada uno de los pasos de Bolívar a lo largo de la campaña.

Lo admirable, como la campaña misma, es que aquel conjunto militar obedece más a inspiración que a dominio de la ciencia castrense. Aun si hubiese leído que no es seguro para entonces la historia de las campañas napoleónicas, particularmente la de Italia, ello no significaría en manera alguna aprendizaje militar. A lo sumo, fuente de inspiración sobre cómo conducir una campaña de movimiento.

Al trípode esencial de su victoria en 1813 es preciso añadir ciertas condiciones intrínsecas del guerrero que fue Simón Bolívar. Para comenzar, su formidable energía, generada en el misterioso interior de su entraña volcánica, por la chispa excepcional que solamente se halla de tarde en tarde en el interior de un hombre. Es una energía comunicante. No se queda encerrada en la cápsula neumática que la produce, sino que salta, se transmite, galvaniza a quienes lo rodean hasta hacerlos partícipes de su pensamiento y de su concepción mental. Basta observar lo que cada uno de sus capitanes realiza en el desarrollo de las órdenes amplias que le son impartidas.

Se ve cómo, en el decurso de los movimientos republicanos, las columnas minúsculas en que se fragmentó el pequeño ejército actuaron muchas veces en completa desconexión entre sí. Ribas en Niquitao y Los Horcones, Girardot en Carache y Barinas, D'Elhuyar y el propio Girardot en su movimiento paralelo desde Mérida sobre Trujillo, donde el primero bate a Correa. Audacia y seguridad en la victoria van así aparejadas en esa transmisión de voluntad y energía que emana del joven brigadier para electrizar su fuerza y magnificarla hasta darle la dimensión de un gran ejército.

El guerrero se evidencia en esta modalidad de mando y su propia confianza entra a ser compartida por sus jóvenes comandantes en medida impresionante. Lo que podría llamarse *acuerdo intelectual*, base de la verdadera disciplina entre jefes, caracteriza el mando de Bolívar en aquellas acciones descentralizadas, donde cada comandante subalterno actúa como movido a distancia por el efluvio invisible de esa poderosa voluntad, que acciona todo el ejército como si no hubiese kilómetros de montaña y jornadas de viaje entre los fragmentos abiertos de la reducida expedición.

La coherencia mental así evidenciada se traduce en pasmosa eficacia de la acción. La amplitud de las órdenes emitidas por Bolívar deja campo para la iniciativa del subordinado y aumenta su confianza en sí mismo. De esta manera la fragmentación que bajo otras circunstancias podría implicar debilidad paraliza la acción adversaria al sentirse superado en el tiempo y el espacio, bajo la sensación de que se enfrenta a un enemigo diez veces mayor de su fuerza real, presente en todas partes. Esta facilidad de apertura y concentración no es otra cosa que *movilidad* en su mejor expresión.

Combinaciones operativas

Entre el ámbito de la estrategia que es el de la gran concepción de una campaña y de la guerra misma y el de la táctica que es su producto en el campo más reducido de la batalla, fase de choque del movimiento se halla un sector intermedio que en la escuela alemana se denomina operativo. Oscila éste entre la estrategia y la táctica, sin alcanzar a confundirse con uno u otro.

En la campaña de 1813 la concepción estratégica fue una maniobra que en términos castrenses se denomina por líneas interiores, por cuanto consistió en una penetración frontal por el centro del teatro de operaciones. Su objetivo militar y político era Caracas, corazón de Venezuela y punto indispensable para conseguir el control del poder en el país. Dentro de tal estrategia, la maniobra operativa alcanza especial brillantez, en particular la de introducir una variante en la dirección del eje de penetración. Es lo que podría denominarse la maniobra de Barinas.

Este movimiento de ganchos se produce al descender de Trujillo hacia Guanare y maniobrar de revés contra Barinas, sobrepasada en la marcha anterior sobre Trujillo. La audacia es su sello distintivo por cuanto, al ejecutarla, se exponía una vez más el flanco izquierdo, para colmo hacia donde el adversario poseía su más fuerte concentración de tropas: el eje Trujillo Barquisimeto Caracas.

La indisciplina de Ribas quiso que esta arriesgada exposición del flanco libre quedase protegida en parte y disminuida la posibilidad de un golpe por la destrucción de la fracción Oberto. Sin embargo, la ruta Valencia San Carlos, más peligrosa aún, quedaba abierta para descargar un ataque enemigo que nunca se produjo.

Y si arriesgado era presentar al adversario tan tentadora oportunidad, más lo fue proseguir hacia Barinas con la espalda descubierta. Si en el mando realista hubiese existido la misma compenetración que mostraron los comandantes patriotas e igual sentido de la ofensiva, Tíscar hubiese podido actuar como yunque para que Izquierdo golpease como martillo la espalda republicana desde San Carlos Guanare. Ribas, fuera de alcance en Barquisimeto, nada hubiese podido hacer en este caso. Y Bolívar, tomado entre una poderosa mandíbula, sin ruta posible de escape, habría quedado en posibilidad de ser destruido.

Nada de esto ocurrió. Primero, porque el mando realista no tuvo en el capitán general Monteverde el conductor afortunado que las circunstancias requerían. La falla monumental del comandante español estribó en no haber entendido la magnitud de la amenaza que provenía de Cúcuta. Engañado por la detención de Bolívar en dicha ciudad y por la misma acción de avanzadas en La Grita, dedicó mayor preocupación

a la amenaza configurada por Mariño desde oriente, donde tampoco fue afortunado a pesar de algunos éxitos parciales. Y, al no entender las proporciones del peligro, no tomó la providencia decisiva en tales circunstancias: concentrar sus efectivos dispersos, asumir personalmente el mando y, apoyado en la superioridad material de su ejército, librar en lugar favorable una batalla decisiva.

Esta nubosidad en la dirección superior de la guerra perdió al realista. No era posible enfrentar un adversario móvil, resuelto, poseído de voluntad ofensiva que llevó a la práctica con audacia y rapidez desconcertantes, sino con una determinación equivalente, órdenes claras, directrices exactas, propósito definido. Domingo de Monteverde y Rivas no llegó a manifestar ninguna de aquellas cualidades esenciales del comandante en jefe. Fue superado intelectualmente por su contendor. No entendió la situación, que se le escapó de las manos. Y cuando reaccionó bajo las fuerzas aplastantes del peligro, lo hizo a medias, tardíamente, desbordado en el tiempo por la anticipación del adversario y, en el choque de fuerzas mentales que es la guerra, por una inteligencia superior a la suya. Monteverde fue un buen jefe cuando al mando de una agrupación densa y coherente, supo sacar partido de la indecisión y falta de fe revolucionaria de Francisco Miranda, ya en el ocaso de su vida. Pero al medirse con un guerrero de condiciones excepcionales, sucumbió lastimosamente, perdido el control sobre un ejército que se fue derrumbando a pedazos, sin que nadie se hubiese ocupado de reunirlo para luchar en condiciones de neta superioridad.

La inercia de un jefe contagia a sus subordinados, así como su dinámica resulta transmisible. Tíscar inmovilizado en Barinas, Correa perdido en la cordillera, Oberto batido en los Horcones, Martí en Niquitao, Cañas tardo y cauteloso en golpear por el norte cuando la situación republicana era más expuesta, no son sino el efecto del vacío de mando en circunstancias críticas y de instrucciones claras como las que Bolívar sí supo impartir a las fuerzas móviles de sus comandantes subalternos, hasta imprimirles indirectamente su propia voluntad.

Los factores imponderables

Todo choque de fuerzas enfrentadas supone una conjunción de

factores que pueden calcularse, así sea sobre bases aproximadas, y otros que no admiten valoración posible. Los primeros, de orden material, se hacen presentes en términos contables; efectivos de tropas, número y calidad de armamento, distancias, tiempos, accidentes geográficos, posibilidades de refuerzos, actitud global de la población civil con capacidad de apoyar operaciones de combate.

Los segundos invaden el campo de lo intangible y obedecen por lo general a fuerzas propias de la naturaleza humana. Es allí donde Bolívar emerge de la Campaña Admirable como un coloso. Algo se ha dicho sobre el poder de su voluntad, la inspiración intuitiva de sus actos, la adivinación del comportamiento enemigo, la audacia escalofriante de sus acciones, el uso improvisado de cada ventaja circunstancial. Pero hay mucho más.

El conocimiento del hombre, esa condición inherente al gran comandante, fue quizá uno de los elementos sustanciales de su éxito espectacular. A lo largo de su vida guerrera, la elección de hombres para grandes destinos lo llevaría a sacar de cada uno de quienes lo acompañaron en la marcha sobre el lomo andino, lo mejor que cada cual podía dar de sí. Al llegar a este punto, cabe de nuevo una similitud con Napoleón Bonaparte. Los mariscales del Gran Corso fueron su hechura personal. Cada uno de ellos se convertía en la sombra proyectada por el gran conductor. Solos, no pasaron de ser militares corrientes.

La diferencia, sin embargo, estriba en que mientras Napoleón fue el sol en cuya órbita giraron por simple gravedad sus mariscales, Bolívar supo formar hombres de guerra en sus subordinados e infundirles capacidad de obrar por sí mismos, en esa extraña comunicación mental que tantas veces habría de evidenciarse en los tres lustros que abarca la Guerra de Independencia. Ya habrá ocasión de profundizar más en este campo esencialmente sicológico del manejo de hombres, que en el Libertador alcanzó proyecciones de excepción.

El dominio del campo sicológico se pone en evidencia, no tan sólo en el ámbito castrense en el que ciertas fuerzas irresistibles compactan los espíritus, identificados en una causa y unidos en un inmenso esfuerzo, que lleva aparejadas

las fuerzas tremendas de supervivencia y destrucción, sino en el de la sicología de multitudes, electrizadas unas veces por sus proclamas sonoras como clarines, o paralizadas por actos guerreros, entre los que el decreto de Trujillo constituye hecho de repercusiones formidables.

Simón Bolívar cumplió los treinta años de edad en momentos en que preparaba el golpe definitivo contra Monteverde. Es la edad en que los ejércitos modernos hacen capitanes a sus tenientes, aun en la jerarquía subalterna. Si bien es cierto que la juventud es el sello distintivo de los militares de la Independencia, no hubo ninguno que a esa edad hubiese realizado una campaña victoriosa de la envergadura que alcanza la de 1813. Ni el propio Sucre en la magistral hazaña que culmina en Ayacucho a los 29 años de su vida, fue enteramente dueño de sus actos militares, sometido a distancia por la omnipresencia del Libertador.

Este dominio de la naturaleza humana, que no procede de estudios ni tan siquiera de experiencia acumulada, es el sello inconfundible del guerrero, que sabe echar mano de recursos gigantescos para extraer de un ejército el aliento de la victoria, de un hombre la voluntad de sacrificio supremo, de una formación cualquiera un puñado de héroes. Bolívar lo poseyó en grado superlativo y, si después de nueve años de continuo guerrear fue capaz de intuir en Sucre al continuador militar de su campaña libertadora del Perú, asombra que en ese alborear de su vida guerrera que fue la Campaña del año 13, primera experiencia de batalla en gran escala, hubiese evidenciado ya semejante poder de penetración, de análisis, de conocimiento y manejo del hombre.

Los dos caudillos

Toda campaña militar supone el enfrentamiento de dos conductores empeñados en destruirse recíprocamente. Es el duelo entre dos voluntades, dos caracteres, dos personalidades, dos inteligencias. En la Campaña Admirable el choque es en cierta forma prolongación de un reto insoluto, iniciado cuando Monteverde destruyó por medio de las armas el desordenado sueño de la Primera República en Venezuela.

Cuando Bolívar conoció al español victorioso del año 12, él formaba parte de la gran derrota republicana. Presente en el despacho del vencedor orgulloso y despectivo, que aceptaba expedir salvoconductos al oscuro coronel rebelde en gracia a las influencias desplegadas a su alrededor y al dudoso mérito de haber entregado a Miranda, es seguro que en el vencido alentó una fiera determinación de revancha. A él se le podía derrotar. No una sino mil veces. Vencer, ¡Jamás! Lo que allí se abría era una pausa en el desafío. Sufrió el primer golpe en incipiente pelea, pero no el definitivo y, allí mismo, frente a la arrogancia vencedora, comenzó a acumular en su interior las fuerzas que luego desataría en el campo de combate. Seguramente midió mentalmente a su adversario. Lo admiró en su arriscada actitud triunfante y se juró a sí mismo vérselas de nuevo con él. El vencido no era él. Era Miranda, el Generalísimo de la rebelión inmadura. ¿Puerto Cabello? Un espolazo más en su alma combativa, que los golpes endurecieron en vez de doblegar.

Así, movido por un juego de factores que en su idiosincrasia tuvieron poderes extraños, se lanzó al combate. En Curazao, sintiendo sobre sí todo el peso del fracaso, rumiando su desgracia, incubó en su espíritu las fuerzas que luego desató a orillas del Magdalena, hasta obtener los precarios recursos con que se lanzó a la increíble empresa de reconquistar a Venezuela. Si Monteverde recordó cómo olvidarlo aquel insignificante coronel a quien arrojó despectivamente el pasaporte que lo libraba del cadalso o la prisión, cómo debió lamentar desde el fondo de su alma cruel haberle abierto el camino de la libertad. Enfrentado de nuevo, ya no como comandante de una plaza sitiada, sino de un ejército, la prolongación de aquel duelo iniciado seis meses atrás le demostró cuán profundamente se había equivocado. El vencido de entonces cobró una estatura inimaginada. Arremetió contra él en hazaña sin precedentes y lo hizo añicos. Era más, mucho más alta su posición en la escala de la grandeza. Lo sobrepasó en acometividad, en energía, en ímpetu guerrero, en anticipación, en sentido de maniobra, en fuerza imaginativa.

Con la Campaña Admirable nació un gran conductor para la historia. Y un caudillo de mediana estatura, favorecido por un relámpago de fortuna, se unió en las penumbras de la derrota con muchos otros que no consiguieron superar el nivel de su propia mediocridad.

III. VICTORIAS EFIMERAS

La ocupación de Caracas, coincidente con la liberación de Barcelona y Cumaná por uno de sus más destacado émulos, Santiago Mariño, no fue otra cosa que la culminación de un espectacular suceso guerrero, recogido por la historia con el bien ganado título de Campaña Admirable. Este encadenamiento, en realidad, impresionante, de maniobras operativas y triunfos tácticos, si bien disolvió los ejércitos que se le enfrentaban hasta arrinconar a Monteverde con sus últimas fuerzas en el reducto de Puerto Cabello, no trajo aparejada una victoria política de alcances comparables.

El hecho real es que no podría producirla dentro de las circunstancias propias de la época. Venezuela seguía siendo realista en el corazón de sus masas. En una de las grandes como frecuentes paradojas históricas, fueron los pardos y mestizos quienes mejor guardaron en sus almas elementales la lealtad a la Corona, de la cual no eran más que vasallos sin esperanzas. Nada de lo que la República podía ofrecerles en sus teorizaciones idealistas llegaba a seres dispersos sobre la llanura o aislados en los riscos del Ande. Trescientos años de coloniaje no podían desaparecer bajo el embate de un ejército victorioso pero intrínsecamente débil, ni la lealtad atávica a la imagen divinizada del rey dejaba de ser para sus súbditos la idealización del mito, a la que tan inclinado se muestra el mestizaje indo ibérico y afro español de América.

Los verdaderos problemas del guerrero triunfante comenzaban ahora. Los baluartes realistas, inertes a lo largo de la fulminante ofensiva, comenzaron a reaccionar recuperados del atontamiento que produjo en todo el mando español aquella veloz embestida en profundidad, serie de saltos de excepcional brillantez, que puso a Bolívar y sus reducidas fuerzas de Cúcuta a Caracas en escasos cinco meses. Que habrían sido menos si desde el comienzo de la ofensiva hubiese contado con la libertad de acción necesaria, arrebatada prácticamente a las justificadas dudas del gobierno granadino.

Monteverde, encerrado en las pétreas murallas de Puerto Cabello, rechazó el ultimátum que se le envió. Sin el dominio del mar, el cerco planteado por fuerzas insuficientes y desprovistas de artillería de sitio no podría tener éxito. El derrotado general español, dueño de una fortaleza cuyos habitantes eran leales a su causa, no podía añadir a su deplorable derrota militar la vergüenza de entregar la plaza.

Bolívar amenaza con el fusilamiento de los prisioneros a su disposición, sí la fortaleza no se rinde:

"entregando cuanto en ella existe perteneciente al Estado, armamentos, artillería, pertrechos, buques, caudales y archivos públicos. Es este el único medio de salvar a los españoles e isleños, que están en mi poder y le he hecho entender que a la menor dilación serán exterminados todos"[1].

A Monteverde, cuya naturaleza sanguinaria habíase exteriorizado en el ejercicio del gobierno, poco o nada podrían influirlo las terribles amenazas que le llevaron, a nombre del Libertador, sus comisionados especiales. Rechazó fríamente el ultimátum y aun en canje personal que se le propuso del odiado Zuazola, capturado en Oriente, por el republicano Jalón. Si se ajusticia a los españoles informó a los emisarios , él hará fusilar a dos americanos por cada uno.

Hubo ejecuciones de parte y parte, pero no la matanza que dejaba presagiar el intercambio de mensajes. Zuazola fue llevado

1 Informe al presidente de la Nueva Granada. Juan Vicente González, biografía de José Félix Ribas, París, 1913.

a la horca. Cuatro oficiales rebeldes fueron fusilados en retorno. Puerto Cabello, inexpugnable como fortaleza, solamente podría ser rendido por un sitio prolongado. Pero el mar abierto a sus comunicaciones permitía abastecerlo. Por ese mar sin quillas ni velámenes republicanos, llegaron 1.200 veteranos del Regimiento de Granada y bastimentos de todo orden, con lo cual la fuerza sitiada superó en poder a sus adversarios. Bolívar no tenía otro recurso que levantar el cerco, y lo hizo replegándose hacia Valencia a mediados de septiembre.

Aquello era apenas el comienzo de un agravamiento progresivo de la situación general. En el Apure había quedado Yañez, comandante de la caballería de Tíscar que no participó en las acciones de Barinas donde su comandante fue barrido. Y al centro, desde la llanura realista, se irguió la silueta siniestra y formidable de Tomás Emilio Boves, el asturiano resentido y feroz, que lanza sobre las almas monárquicas el llamado elemental de la raza, convocando pardos de todos los matices a la lucha sin cuartel contra blancos y mantuanos caraqueños.

Al viento se elevan las "lanzas coloradas" que Uslar Pietri ha de inmortalizar, y siguen emocionalmente al improvisado caudillo de montoneras que le habla en palabras de sangre y fuego. El llano se enciende al paso de los jinetes, precedidos por la bandera negra de los bucaneros, que en las zarpas de Boves es la reencarnación telúrica del salvajismo flotante sobre los siete mares.

Es la "Legión de la Muerte". En su entraña inculca Boves todo el odio que incubó en la suya, dentro de la cárcel donde se redujo, con más precipitación que justicia y acierto, en los confusos días de la Primera República. En la villa de Calabozo, Boves había señalado a grandes voces los peligros que se cernían sobre el vacilante gobierno. Sus francas denuncias y su origen español lo hicieron sospechoso. El encierro y maltratos consecuentes, habrían de resultar abismalmente caros a la causa de la Independencia.

Marino en sus mocedades, con estudios y grado de piloto mercante en el Real Instituto Asturiano, siguió la senda de la aventura que se abría en dirección al Nuevo Mundo. Fue contrabandista entre Curazao y Puerto Cabello cuando apenas salía de la adolescencia,

lo que le significó drástica condena a presidio, conmutada luego por confinamiento en los llanos de Calabozo. Resentido contra la autoridad española, la precipitud de quienes malinterpretaron sus críticas a la naciente república hizo de él un vengativo soldado del rey. El más temible y fiero de cuantos surgieron de uno y otro lado, en los borrascosos días que acompañaron en Venezuela el primer alumbramiento de la libertad.

"En esta ocasión, Boves se revela como uno de los más formidables demagogos que han hablado a los pueblos americanos. Su mortal odio contra los patriotas y su naturaleza exaltada y violenta, obraron como prodigiosa caja de resonancias que expresó en ese histórico momento terribles resentimientos de clase. Sus palabras fueron escuchadas por los llaneros casi con devoción y alrededor suyo, en poco tiempo, se congregaron miles de hombres que le llamaban el 'taita' y sólo esperaban la orden suya que desencadenaría una época de represalias y venganzas"[2] .

Hasta el coronel Montilla, destacado por Bolívar para vigilar los accesos del llano realista a la cordillera, llegan los rumores inciertos del levantamiento encabezado por el asturiano. Envía un destacamento al mando del teniente coronel Carlos Padrón a ver qué pasa. Lo que pasa es que Boves viene ya por Calabozo. Los cascos de sus caballos hacen trepidar la llanura. La fuerza patriota, batida en breve y feroz combate, es acuchillada sin misericordia y los pobladores de la aldea, donde Boves hubo de pagar cárcel por su inicial y mal comprendida adhesión a la República, hombres, mujeres, criaturas, son pasados a cuchillo en sangrienta revancha del sólido, robusto, inclemente hijo de Oviedo, para quien los blancos criollos que encarnan el republicanismo naciente han pasado a ser el foco de su odio primitivo.

La situación de Bolívar comienza a verse comprometida. Desde Puerto Cabello torna a avanzar Monteverde, amenazando su espalda. Desde el sur prosigue Boves su depredación colosal. Yañez lo hace desde Barinas. Coro y Maracaibo, tradicionalmente monarquistas, abren operaciones desde occidente, donde el mariscal de campo don Juan de Cajigal, recientemente desembarcado en Coro, asume el mando.

2 Indalecio Liévano Aguirre, Bolívar, Caracas, Imprenta del Ministeriod e Educación, 1974, págs. 128 y ss.

Asediado desde todas direcciones realiza prodigios para organizar un ejército, en torno a la hueste guerrera que lo acompañó desde la Nueva Granada. Su formidable energía se comunica aun en medio de la duda y la incertidumbre, que siguen a las victorias cuya resonancia comienza a desvanecerse en el peligro creciente. Escribe a Mariño, convocándolo a unir fuerzas para enfrentar la situación tornadiza que ensombrece los horizontes de la libertad. Pero Mariño espera. Perdió la carrera hacia Caracas, pero aún divisa brillante provenir como libertador del oriente, y ni la presencia que Bolívar le ofrece basta para atraerlo al lado de aquel otro libertador, avasallante y dominador.

Con su repliegue de Puerto Cabello, Bolívar consigue atraer a Monteverde hacia una batalla campal. Este, precavido, se afianza en las alturas, pero comete el error de dividir su fuerza para lograr mayor apoyo en la topografía. Una agrupación se ubica en Las Trincheras. Otra en Bárbula. Ambas posiciones son fuertes, pero al afianzar en ellas su dispositivo, Monteverde queda expuesto a ser batido separadamente. Su adversario presiente en aquel despliegue, un tanto extraño, alguna jugada del español, por lo cual demora su acometida hasta reconocer el dispositivo realista y darse cuenta de que se trata, simplemente, de un error.

Tres columnas patriotas acometen sobre las posiciones del Bárbula en la mañana del 30 de septiembre, comandadas por Girardot, D'Elhuyar y Urdaneta. El combate termina en violenta carga encabezada por Girardot, quien con sus propias manos planta la bandera de la libertad sobre la cumbre del cerro, y cae con ella, segundos después. Ganada la acción, la pérdida del brillante coronel granadino afecta hondamente las fuerzas combinadas. D'Elhuyar, el bizarro granadino que lo acompañara en diversas jornadas de la Campaña Admirable, reclama al Libertador el honor de vengarlo. Al frente de los granadinos cae sobre las posiciones realistas en Las Trincheras. Del breve y sangriento combate quedan tan solo 300 soldados realistas, con los cuales Monterverde, herido de un balazo en el rostro, se repliega de nuevo tras las murallas de Puerto Cabello.

Bolívar deploró profundamente la desaparición del joven coronel, en quien admiró valor y talento excepcional para la guerra. El decreto de honores que promulgó a su muerte fue quizás el más encendido

tributo que brindó a héroe alguno, de los muchos que vio caer en el largo y escabroso camino de la batalla. Con Girardot perdían, él y su siempre insuficiente ejército, un conductor intrépido, un militar de honor, una promesa de brillante futuro, en suma, un gran capitán.

"El día 30 de septiembre será un día aciago para la República, a pesar de la gloria con que se han cubierto sus armas en este mismo día; y se hará siempre un aniversario fúnebre, que será un día de luto para los venezolanos...".

Decía el artículo 1º de la "Ley de la República de Venezuela para honrar la memoria del Coronel Atanasio Girardot".

Allí mismo se disponía que su corazón fuese llevado en triunfo a Caracas y depositado en un mausoleo que sería erigido en la Catedral Metropolitana, en tanto sus restos serían enviados a Antioquia. "El 4º Batallón de Línea, instrumento de sus glorias, se titulará en lo futuro el Batallón Girardot"[3].

No solamente había en aquella disposición única la exaltación sincera al camarada de armas y comandante de dotes singulares. Se sublimaba el heroísmo en instantes cruciales para la causa republicana y se sentaba un ejemplo destinado a vigorizar los nacientes sentimientos patrios de un pueblo que Bolívar luchaba con todos los medios de convicción a su alcance por integrar a la causa de la libertad, aún insuficientemente arraigada en el alma de las gentes.

Dentro del análisis del hombre de guerra que fue Simón Bolívar, merece campo especial el del dominio intelectivo sobre factores sicológicos, cuya influencia en el decurso de cualquier conflicto humano tienen tan vasta preponderancia. Fue conocedor intuitivo y profundo de las fuerzas invisibles que alientan en el fondo del comportamiento individual y colectivo. Y supo accionarlas con el vigor transmisible de su propio aliento. En la lucha, dura y terrible, que hubo de librar por cinco lustros para fraguar su gran propósito político, hizo de sus comandantes subordinados piezas armoniosamente integradas, dentro de un conjunto movido por

3 O´Leary. Ob. Cit. Págs.. 207 a 210.

el poder singular de su propia voluntad. Galvanizó sus tropas, avasallándolas en el impulso al sacrificio y a la muerte, que fueron horizonte de todas sus andanzas. E hizo de los pueblos al alcance de su mano y de su voz, muchedumbres contagiadas de su propio espíritu, de su ansia invencible de libertad y de victoria.

Al dejar los frentes de lucha requeridos de su presencia para presidir personalmente los actos fúnebres que honraron la bizarra silueta del héroe desaparecido, Bolívar demuestra la trascendencia que tienen para el verdadero conductor de hombres el gesto humano, el ritual castrense, el acto solidario en momentos de dolor y de tragedia. No en vano afirmó que la pérdida de Girardot no podría ser compensada con muchas victorias. Hay individualidades cuyo complejo de condiciones vitales señalan la aparición del predestinado. Quizá Bolívar vio en el joven coronel de 23 años el brillo de una de esas luminarias excepcionales que fulgía en sí mismo. Sintió hondamente su muerte, pero aun de su íntima desgarradura hizo un motivo, una razón para generar allí energías capaces de inducir a los débiles y vacilantes a seguir el trazo frontal de su espada, siempre dirigida hacia alguna cerrazón de tormentas.

La guerra defensiva

Vuelto a la realidad de la lucha ante fuerzas que crecían desmesuradamente en torno suyo, Bolívar fue forzado por su manifiesta inferioridad a conducir las operaciones dentro de lineamientos defensivos, actitud estratégica excepcional en él. Per aún así, hizo de cada componente táctico un episodio ofensivo limitado.

Para atender las diferentes amenazas que se cernían sobre su angustiado dispositivo escogió los mejores entre sus subalternos y a cada cual confió una misión acorde con sus características militares.

D'Elhuyar partió en seguimiento de las maltrechas fuerzas de Monteverde, en intento casi desesperado de tomar a Puerto Cabello y arrancar aquella espina dolorosa que el solo nombre de la plaza entrañaba para Bolívar.

A Rafael Urdaneta, cuya natural disposición para el mando se había perfilado mejor batallando a sus órdenes desde Cúcuta, lo

destinó a comandar el recién creado Ejército de Occidente, donde debería enfrentarse a jefes de lineamientos profesionales como el mariscal de campo don Juan Manuel de Cajigal y su segundo, coronel don José Cevallos.

Y, finalmente, para enfrentar a Boves y su horda de llaneros engrandecidos por la victoria de Santa Catalina, destinó otra fiera de similares características al asturiano, español como él y dueño de comparable dosis de odio primario hacia sus coterráneos, menos explicable que en su antagonista: Vicente Campo Elías.

La suerte es alterna y esquiva. Andan pesadamente los meses finales de 1813. El año que alumbra la gloria del Libertador le concede éste que será siempre el más preciado de sus títulos y le entrega su ciudad natal, poderosamente ansiada por el tránsfuga de Puerto Cabello, y lo obliga también a sacar de su alma infatigable de luchador las más recónditas energías. Es preciso enfrentarse al desencadenamiento del potencial realista que sigue alentando en las profundidades del pueblo venezolano y que voces primarias, como llamada del cuerno que los vaqueros del llano emplean a guisa de clarín, atizan hasta prender sobre todos los horizontes la llama de la guerra.

Campo Elías avanza hacia Calabozo con mil hombres y sobre la marcha recluta cerca de mil quinientos, jinetes en su mayoría, guerreros instintivos como los de su antagonista que ya asciende en su busca. El choque es bestial, primitivo como los hombres que alinean en las fuerzas opuestas. En un principio, la carga impetuosa de Boves que resuena como redoble de tambor sobre la llanada de Mosquiteros, penetra el ala izquierda insurgente y amenaza con romper su línea. Pero Campo Elías aguanta y hace aguantar a sus hombres. Deja que la densa montonera enemiga se fragmente en una serie de esfuerzos dislocados, cada uno lleno de salvaje potencia, y desencadena a su vez el bloque central de su reserva que acaba por definir la batalla.

Mosquiteros es un choque de odios tempestuosos, hispánicos. La victoria de cualquiera de los dos caudillos equivaldría a degollina general. Campo Elías la desata sin contemplaciones. La fiera de la lucha ha encendido la sangre mestiza. Los jinetes del español son

tan feroces como los de su adversario. Del resultado sangriento se salva el asturiano herido y algunos de sus bizarros escuadrones con los que reiniciará la pelea.

Cajigal había tratado de sujetar bajo su mando a Boves dentro de un amplio concepto de maniobra envolvente. Consiguió hacerlo comparecer a su cuartel general, trasladado de Coro a la Guayana. Al relatar en sus *Memorias*, la odisea a que se vio sometido en los inhóspitos parajes del Orinoco, afirma el connotado jefe peninsular: "... sufrí a caballo, teniendo las piernas erisipeladas, que para bajarme del caballo no pocas veces tenía el Mayor General y otros de los oficiales que cargarme y a su arbitrio colocarme en el paraje menos húmedo. Todo me era llevadero, menos el carácter de don José Tomás Boves y la indisciplina de su División..."[4].

El libertador, entre tanto, impulsado por la acometividad consustancial a su ser guerrero, decidió conducir personalmente las operaciones encaminadas a cortar la amenaza que desde Barquisimeto se cernía sobre la línea natural de aproximación hacia Caracas. Con fuerzas ligeramente superiores a las de Cevallos, no esperó la llegada de Caracas de dos unidades que, unidas a las de su mando inmediato, hubiesen inclinado definitivamente la balanza a su favor. En tres columnas atacó la sólida línea realista, apoyada en 9 piezas de artillería y fuerte en 750 infantes y 300 jinetes. La agresividad del mando patriota le otorgó ventajas iniciales que obligaron al repliegue adversario, cuando una indisciplina del jefe francés Duycalá produjo desconcierto en la infantería independiente. La reacción realista no se hizo esperar. Los infantes patriotas perdieron los nervios bajo la carga contraria, y, cuando todo había hecho presagiar la victoria patriota, un golpe de adversidad definió en su contra la acción.

Así prosigue la lucha. Éxitos, percances, esperanzas, desaliento, se entremezclan en la agonía del año 13, cuyas postrimerías señalan ominosamente que el peso del poder se inclina definitivamente del lado español. Bolívar se haya reducido al estrecho círculo de Valencia, San Carlos, Calabozo, con la punta de lanza de Puerto Cabello a su espalda, apoyada en un mar ajeno. Al oriente, Santiago

4 Juan Manuel de Cajigal, Memorias sobre la revolución de Venezuela, publicación sobre la junta superior de archivos de Venezuela, Caracas, 1960, pág. 102. Este libro recoje el horror de este jefe cuya conducta honra las armas españolas ante la barbarie desatada por Boves y su segundo Tomás morales, a la que atribuye la pérdida final de opinión hacia la causa del reyen Venezuela.

Mariño observa fríamente el drama, convencido de que el colapso de Bolívar le proporcionará su ansiada aura de gloria.

La hora del guerrero

Un nuevo intento de avance desde Puerto Cabello obliga al repliegue de D'Elhuyar, con quien militan los últimos restos de tropas granadinas. Bolívar no espera. El contragolpe es inmediato y en Virgirima obtiene dramático triunfo, en el que los estudiantes de Caracas, incorporados a las fuerzas de la libertad como reserva de desesperación, reciben duro bautismo de fuego.

Con el respiro de esta victoria Bolívar puede ocuparse del sur, donde se cumple peligrosa concentración enemiga. José Yáñez se ha movido desde Barinas. Cevallos desciende de Barquisimeto. Así, bajo el mando del primero, alinean los escuadrones llaneros en fuerza de 1.000 jinetes, los batallones de Sagunto y de Numancia y las fuerzas triunfantes en Barquisimeto, para un gran total de 3.700 combatientes y 10 piezas de artillería.

Bolívar reúne cuanto tiene. D'Elhuyar, con sus granadinos sobrevivientes que siguen mereciendo la más alta confianza del comandante supremo. Urdaneta, con lo que quedó de la derrota ante Cevallos. Campo Elías, con sus fuerzas combinadas de Calabozo. La guarnición de Caracas, con las últimas tropas colecticias, arrancadas por Félix Ribas de los claustros universitarios, de los valles vecinos, de las mansiones y de las cabañas. Todo aquel heterodoxo conjunto que difícilmente merecía el nombre de ejército, se concentra en San Carlos. A la reunión adversaria el Libertador opone la propia en arranque casi desesperado. En su ánimo, sucesivamente quebrantado por la derrota ante Cevallos y revivido por el triunfo de Virgirima, con el cual asesta a Monteverde el último y definitivo golpe, se apresta a luchar. Nueva ansia de desquite. Cevallos, militar de carrera, comanda en jefe el lado opuesto. Hay que medirse de nuevo con él, probar fuerzas, fijar una vez más el duelo entre el profesional y el guerrero.

Entre el 1º y el 4 de diciembre la abigarrada hueste libertadora marcha de San Carlos a Araure. Acampa al oeste de la población.

Al amanecer del 5 se mueve sobre el adversario encubierto por el batallón de Valientes Cazadores. El comienzo del choque es adverso. Los Cazadores son literalmente barridos y Cevallos toma la iniciativa en un esfuerzo por aniquilar a su oponente. El Libertador mantiene su sangre fría. El curso del encuentro comienza a aclarar la situación de su enemigo. Es entonces cuando Bolívar empuja su infantería sobre la del adversario. Las dos masas centrales se aproximan sin disparar un tiro hasta producir el choque directo, pugilato ardiente y tenaz. Los fuegos se incorporan al esfuerzo de los aceros. La línea entera es una trepidación formidable en la que el aliento del lado patriota, inspirado aún por la encendida arenga del Libertador momentos antes de entrar en batalla, comienza a imponerse.

Cevallos lanza entonces la caballería de Yáñez sobre el flanco insurgente. El ataque llanero es terrible y amenaza arrollar la infantería. Bolívar compromete la caballería de Barinas. Llaneros contra llaneros. Jinetes formidables unos y otros. Fuerzas equilibradas en empuje combativo, pero donde Yáñez lleva ventaja numérica. Cuando el Libertador ve ceder sus jinetes, recurre a la tercera y última de sus líneas de batalla. La precaria reserva donde alinean los Dragones de Caracas y los Lanceros de Ospino. Arenga a gritos que sobrepasan el estruendo del combate. Se coloca a la cabeza de las formaciones, como tantas veces en situaciones desesperadas, y los lanza a la carga.

La brega termina siete horas después. Es la acción más duramente disputada del año 13, con la cual se cierran victoriosamente los densos capítulos guerreros de la Campaña Admirable y su prolongación en la gran defensiva que ve crecer el enemigo, mientras se arrancan del reducido espacio patriota los últimos recursos. Las características del choque se reflejan en las cifras de víctimas, agigantadas por el carácter de exterminio que ha cobrado la guerra: 1.000 muertos realistas, toda su artillería perdida, 19 cargas de pertrechos, 30.000 cartuchos, 6 sacos de plata con 9.000 pesos, 40 cajas de guerra, de 800 a 1.000 fusiles. Los patriotas perdieron 800 hombres[5].

Bolívar, consciente de la magnitud del triunfo, insensible a la fatiga de la batalla extenuante, organiza la persecución y la impulsa

5 Vicente Lecuna, Bolívar y el arte militar, New York, The Colonial Press, 1950, pág. 34.

personalmente. Villapol con los batallones Caracas y Barlovento hacia Barquisimeto, en seguimiento de los restos de las tropas de Yáñez. Urdaneta hacia Barinas. El, personalmente, con las fuerzas del español Campo Elías, en dirección sur, siguiendo el principal grupo de fugitivos, al cual desborda hasta alcanzar la población de La Virgen de Aspiración de la Corteza a 30 kilómetros de Araure. Allí sorprende lo que resta de la fuerza adversaria que se rinde sin combate.

Araure es la victoria personal por excelencia. Desde la reunión de los medios bajo la presión del tiempo, forzada por la presencia de considerable fuerza adversaria a distancia inmediata, el guerrero aparece en su exacta dimensión. Su ánimo descarga energías asombrosas y extrae recursos de la nada. Lo que José Félix Ribas hace en Caracas y sus alrededores, es el obedecimiento a aquella fuerza irradiante que llega a todas partes, hasta construir un ejército en el que unidades enteras carecen de fusil. Son sus *astarios,* como habrá de bautizarlos en carta genial a Mariño, escrita después de la batalla.

En inferioridad de circunstancias materiales, no espera a su adversario. Sale en su busca. Marcha cuatro días para hallarlo. Cuatro jornadas que con un mando cualquiera desmoralizan y fatigan, bajo el imperio de su voluntad magnética, agrupan y preparan para la prueba final del choque, en la que el comportamiento de la masa heterogénea, amorfa aún, obedece al desborde sobrehumano el caudillo para imponerse a un ejército cualitativamente superior, pero sobrepasado en pujanza, decisión, voluntad de victoria.

Al día siguiente de la batalla, mal repuestos sus hombres de aquella prueba maratónica de esfuerzos destructores, forma el Libertador lo que aún se halla bajo su mando directo de ese remedo de ejército, que hubiese hecho repetir a Miranda su exclamación cuando por primera vez revistó las desarrapadas tropas de la libertad, cerca a Caracas, superados con éxito los primeros y rudimentarios combates: “Si estos son los vencedores, quisiera conocer a los vencidos”.

Allí, encendida aún la sangre por el combate, tensas las fibras de

todo su ser por el esfuerzo prolongado que lo tuvo 21 horas sobre el lomo de su caballo, el caudillo nato, el luchador nacido para absorber en la lucha las nutrientes invisibles de su poder espiritual, vibra como hoja de acero bien templada.

Entre las desastradas formaciones victoriosas se halla el Batallón sin Nombre. Fue lo que quedó de la infantería batida por Cevallos frente a Barquisimeto y castigada por el Libertador a causa de su deslucido comportamiento con la pérdida del nombre, los fusiles y la bandera. Desde entonces venía combatiendo con lanzas improvisadas. Eran los astarios, reflejo de ese caudillo de imaginación inagotable. En lo más recio del choque entre las dos masas de infantería, el Batallón sin Nombre, encabezado por su comandante, coronel Florencio Palacios, cargó con sus lanzas sobre todo el centro realista, contribuyendo decisivamente al rompimiento de la sólida línea del rey.

A caballo, en la pupilas el fuego crepitante de su alma gigantesca, Bolívar pasa revista a su hueste que lo contempla en silencio, como sobrecogida ante aquel hombre que engrandecía su pequeña figura al contraluz de la victoria.

"¡Soldados!: Vuestro valor ha ganado ayer en el campo de batalla un nombre para vuestro cuerpo, y aún en medio del fuego cuando os vi triunfar, le proclamé el batallón *Vencedor de Araure*. Habéis quitado al enemigo banderas que un momento fueron victoriosas; se ha ganado la famosa llamada Invencible de Numancia. Llevad soldados esa bandera de la República. Yo estoy seguro que la seguiréis siempre con gloria"[6].

En ese instante refundido en la Historia, sobre un retazo cualquiera de llano, a la vista la aldea de místico nombre español de La Virgen de la Aparición de la Corteza, el guerrero se exterioriza en su entera fisonomía humana. Una vez más había arrancado el triunfo de la desesperanza. Su voz de bronce, remplazando cornetas y tambores inexistentes, penetra como sones de una banda triunfal para golpear en el propio corazón de sus soldados y hacerles sentir el redoble de la gloria.

6 Boletín del ejército libertador, num. 26, del 6 de diciembre de 1813, publicado en el boletín de la academia de Historia de Venezuela, num. 18, pág. 628. (cita de Lecuna, op. Cit. Pág. 28)La bandera de Numancia fue tomada la víspera en la victoria de Araure

Bizarro epílogo para ese 1813 de fulgores extraños, período crucial en el surgimiento del guerrero. Circundado por enemigo en crecimiento ininterrumpido, con el mar hostil a sus espaldas, rota toda comunicación con la Nueva Granada, abandonado por el receloso Mariño, Simón Bolívar se agiganta frente a la catástrofe inminente y en Araure aplaza a golpes el desencadenamiento de una nueva tragedia.

Balance militar desde la toma de Caracas

La realidad del año 13 es que existió dramática asimetría entre los logros militares y políticos de Bolívar. Mientras la fulgurante campaña culminó con la toma de Caracas, corazón geopolítico de Venezuela, no pudo consolidar la conquista del espacio por falta de tropas de ocupación que siguiesen el avance en profundidad, ni la del hombre disperso en ese mismo territorio, realista por convicción y atavismo.

Así, el avance espectacular y la derrota sucesiva de cuantos oponentes le salieron al paso, no vino a significar a la postre sino el distanciamiento de la Nueva Granada, que había alimentado su esfuerzo inicial y significaba su única esperanza de apoyo y retirada. En esta forma su embestida produjo el efecto de un cuchillo que se hundiera profundamente en la arena, más allá de la empuñadura. La masa deleznable ce cierra tras de sí y acaba sepultándolo.

A ambos flancos de la audaz penetración quedaron intactas fuerzas considerables. José Yáñez al sur del Apure "tenía reunidos en San Fernando como mil y pico de hombres, con los que estaba organizando una División", según registra en sus memorias el mariscal de Cajigal. Al norte quedaba Miyares en Maracaibo y el potencial humano de esa provincia y la de Coro, reconocidamente realistas. Los golpes fulminantes de la ofensiva no alcanzaron, por otra parte, a conseguir la destrucción total de las fuerzas oponentes, cuyos restos quedaron flotando hasta incorporarse a cualquiera de los cuerpos que fueron surgiendo por todas partes, en la vasta retaguardia constituida por la vastedad del territorio que Bolívar no pudo ocupar.

El mar siguió siendo dominio español y con él las rutas hacia las posesiones del Caribe, de donde llegó una corriente contínua de refuerzos humanos y bastimentos de guerra. Puerto Cabello no pudo doblegarse, lo que aseguraba un punto ideal de desembarque entre la espalda desprotegida y el flanco libre al occidente del perímetro, cada vez más estrecho, donde Bolívar hincaba desesperadamente su posesión territorial.

El llano, cuyo potencial guerrero no alcanzó a presentir ni a utilizar el Libertador, proveyó una fuente inagotable de combatientes y caballos, hordas rudimentarias a cuya cabeza surgieron, primitivos y feroces, guerreros de la talla de José Tomás Boves y Tomás Morales, apoyados en su retaguardia por la vastedad de la Guayana, que el talento militar de Cajigal precisó, desde su arribo a Venezuela, como teatro de operaciones ideal para el esfuerzo de guerra encaminado a reconquistar a Venezuela para el rey.

Dentro de este cúmulo nada despreciable de factores adversos, Simón Bolívar supo prolongar la capacidad de lucha demostrada en la guerra de movimiento. Lejos de amilanarse ante la creciente capacidad ofensiva del adversario, asfixiado por momentos dentro de un reducido espacio de maniobra que se encogía sin cesar, mantuvo su movilidad característica, jugando al contragolpe con increíble rapidez.

En esta forma, la defensiva estratégica impuesta por la superioridad incontrastable del adversario fue compensada con la ofensiva limitada local, revestida de la misma celeridad en los desplazamientos y violencia en los golpes tácticos que caracterizó la campaña móvil en la primera parte del año.

Sobresale en aquel difícil juego de habilidad en la respuesta operativa y anticipación en el tiempo y el espacio, la indomable energía del guerrero. Esta cualidad superior en la amplia gama de condiciones gigantescas que singularizan al Libertador, le permitió accionar simultáneamente las fuerzas de combate, la búsqueda de recursos, los sutiles factores sicológicos, el gobierno incipiente.

Tan sólo una vez la impetuosidad propia de su temperamento, que en el decurso de operaciones posteriores habría de

producirle dificultades y descalabros, lo indujo a error grave. Fue ante el coronel Cevallos frente a Barquisimeto cuando, habiendo podido esperar el arribo de los Dragones de Caracas y la Compañía de San Carlos ya en camino, comprometió precipitadamente la acción, confiado en el arrojo y la audacia que venían proporcionándole victorias desde su arranque vigoroso en el río Magdalena.

Por lo demás, la distribución de los medios escasos para desafiar y batirse sobre las diversas líneas de avance enemigo, la rapidez de movimientos y reunión de los medios, el espíritu ofensivo y la voluntad de victoria, matizan decisivamente las jornadas de este período crítico revelando, apenas en sus comienzos, la trayectoria de uno de los grandes capitanes de la historia.

Pero, por sobre todo, brilla en el hombre enfrentado a tantas dificultades, la versatilidad de un talento intuitivo que sabe acomodarse a los acontecimientos y galopar sobre ellos. De su misterioso interior surge ese caudal inagotable de energías que le permite abarcarlo todo, batirse, desafiar, extraer recursos de la nada, escribir documentos durables con la huella de su paso.

Salvador de Madariaga, al detenerse por breves instantes en el acerbo itinerario de su crítica demoledora, ante el acto de concentración de fuerzas en San Carlos previo a la Batalla de Araure, no puede menos de confesar su admiración:

"Ni uno ni otro de estos 'ejércitos' hubiese pasado por tal en Europa en aquellos días. Su equipo era elemental, sus municiones escasas, su disciplina floja, su información rudimentaria, su 'Estado Mayor' casi inexistente; y sobre todo su apego a la causa variaba desde la abnegación absoluta hasta la indiferencia completa (dos de los cuatro lugartenientes de Bolívar eran españoles europeos) *pero casi todos estos factores hacen todavía más notable la hazaña de Bolívar*. Recién salido de una derrota amarga (la de Barquisimeto) había conseguido reunir y organizar la fuerza mayor que jamás general republicano había llegado a mandar (si se exceptúa la de Miranda en la última época) y a pesar de las largas marchas en tierra difícil y a veces hostil"[7].

7 Madariaga, ob. Cit. Pág. 442.

La batalla de Araure prende un broche magistral sobre este año tan pródigo en acontecimientos guerreros. En ella Bolívar luce en su mayor brillantez táctica. Siguiendo el pensamiento napoleónico, compromete la batalla para conformar a su desenvolvimiento la conducta posterior. Batida su vanguardia de cazadores, el precario equilibrio del momento inicial se altera y su infantería queda en inferioridad. La caballería ya lo era con respecto a la del oponente. Artillería, tan sólo dos pedreros frente a las diez piezas regulares en la línea realista.

Con todo, Bolívar se lanza de lleno a disputar el campo. Entendió que allí se definía su suerte. Su tropa abigarrada era el único fragmento armado de que podía disponer. Si perdía, él, Caracas, la República, el compromiso del Monte Sacro, en fin, el todo de su gran empeño humano se vendría abajo. En el choque estremecedor de las dos infanterías, en el compromiso de su caballería para contener la carga mortal del adversario sobre su flanco derecho, en el lanzamiento de la reserva sin vacilaciones cuando sus jinetes comenzaron a fallar, hay la decisión suprema de quien se juega la vida a un último golpe de fortuna.

Arrastrado luego por el frenesí de la victoria, no lo detiene el agotamiento de siete horas de brega, precedidas por cuatro jornadas de marcha bajo el sol de la llanura. Persigue con saña, en todas direcciones, encabezando personalmente la fuerza que se precipita por el eje principal. Se ha propuesto destruir y lo hace, encarnando en su propia mano airada la esencia de la guerra a muerte. Es como el paroxismo de su parábola guerrera que arranca de la inerte torridez de un río que ha quedado lejos, con las memorias amargas del derrotado, presto a iniciar el gran salto a la inmortalidad.

Y como epílogo, el acto teatral de tremenda fuerza carismática, al entregar a la unidad humillada de Barquisimeto la bandera con las glorias del Numancia presentes en las vencidas armas del rey y reivindicarlo del ostracismo punitivo con el bravo nombre de Vencedores de Araure. Sobre su trajinada silla de montar, jinete en un caballejo cualquiera, el guerrero adquiere en ese instante las justas proporciones de su grandeza.

IV. EL RETO DEL FRACASO

Se cierra el cerco

Después de la gran asamblea celebrada en Caracas el 2 de enero de 1814 breve alivio político en el continuo guerrear del año precedente , en la cual Simón Bolívar lanza a través de su joven ministro de Estado y Relaciones Exteriores, Antonio Muñoz Tebar, la idea grandiosa del Equilibrio del Universo, vuelve a ocuparse de la lucha armada que se avecina con perspectivas ominosas.

La victoria de Araure fue un golpe duro, pero nada más que eso. Detuvo una embestida, conjuró un riesgo inmediato, dio un respiro a la amenaza asfixiante configurada por el cerco en trance triturado. Ahora precisa con angustia la unión de las fuerzas independentistas en Venezuela, para lo cual lanza desde la asamblea de "empleados públicos y padres de familia" con la que quiso buscar soluciones políticas al incierto destino de la revolución, nuevo llamado al resbaladizo general Mariño. Lo hace en forma indirecta, proponiendo su nombre para la presidencia de Venezuela, en ese original cónclave de la iglesia de San Francisco. Nada consigue. A los sumo, que su rival no retire la flotilla de la rada de Puerto Cabello, último recurso para forzar la rendición del recalcitrante baluarte del rey.

Ha de seguir peleando solo. Erguido en su formidable estatura guerrera frente a todas las fuerzas coligadas para destruirlo. Resuelto a seguir hasta el fin la gran empresa, así haya de luchar contra la naturaleza misma, cual lo anunciara en la airada imprecación del terremoto de Caracas, de pies sobre los escombros como último sobreviviente de una derrota gigantesca.

En dos meses construye en el centro de Caracas un fortín que rodea veinticinco manzanas. De todo se utiliza en aquella ciudadela, llamada a ser núcleo de la resistencia, como si allí se refugiase toda la desesperación del hombre, comunicada a su pueblo escéptico a través del efluvio irresistible que emana de su fibra de caudillo en vibraciones extrañas. De todo se utiliza para levantar parapetos. Se cavan fosos, a fin de detener presuntos asaltantes. Para realizar los trabajos se incorpora a todo aquel que pueda alzar una herramienta, acarrear una piedra, contribuir en algo a la empresa común de hacer del vetusto remedo de una fortaleza, el propio corazón de la libertad.

Pocos símbolos palpables como aquel para señalar la calidad del guerrero. ¿Qué sabía él de fortificación militar? ¿Cómo disponer de puntos de anclaje en la topografía plana del valle donde se asentaba la pequeña ciudad? Puerto Cabello o Cartagena de Indias, logros prodigiosos de la ingeniería española, no podían servir ni siquiera de modelo, en su gigantismo soberbio. Sin embargo, de las manzanas simétricas a la plaza mayor se levantan 16 fortines, que habrán de facilitar la reducción de las fuerzas defensivas, en los momentos supremos en que sea preciso recurrir hasta el último recurso humano para luchar en campo abierto. Lo que importa, en el fondo, no es tanto el poder defensivo de aquel rústico enclave. Es la sensación de seguridad que podrá esparcir sobre un conjunto de gentes, cuya determinación de lucha se hace imperioso mantener y solidificar.

Con la inmediata retaguardia apoyada por su improvisada plaza fuerte, Bolívar reemprende vigorosamente las operaciones sobre Puerto Cabello, cuya captura sigue obsesionándolo. Hay que aprovechar el respiro que concede el atacante desbaratado en Araure. No hay mucho tiempo. Cualquier día Santiago Mariño resuelve llevarse la flotilla y la fortaleza reabrirá al mar su esperanza. Al

sur, en el Guárico, el cuerno llanero de Boves vuelve a resonar y de todas direcciones emergen jinetes, para nutrir de nuevo las filas escuálidas por la derrota del año anterior. El mestizaje se congrega otra vez bajo el llamado de aquel asturiano feroz, que ha resuelto exterminar todos los criollos de Venezuela. Es la contrarréplica de Campo Elías, que había dicho:

"La raza maldita de los españoles debe desaparecer; después de matarlos a todos me degollaría yo mismo, para no dejar vestigio de esa raza en Venezuela".

Lo propio piensa su coterráneo Boves sobre los criollos, españoles también, pero nacidos en América sin mezcla aborigen. Son las tremendas paradojas de aquella guerra civil, enfurecida y sangrienta como toda contienda intestina. Boves por su parte hace coro a quienes, al decir del regente Heredia, clamaban por "Destruir la población criolla y traer nuevos colonos de España, y especialmente de Galicia donde sobraba gente".

Los dos energúmenos se encuentran de nuevo. Patente en Campo Elías la soberbia de su victoria anterior. Sombríos la ira y el odio en el caudillo de los pardos, adalid de la guerra de exterminio al blanco tirano y opresor.

El 3 de febrero de 1814 miden fuerzas por segunda vez. Es la primera batalla de La Puerta, choque salvaje y enrojecido de dos hordas vandálicas, tan primitivas y fanatizadas como sus jefes. Boves realiza la revancha que había venido mascullando entre dientes mientras sanaba de sus heridas. Ataca. Finge un revés. Se repliega. Campo Elías lo sigue impetuosamente a campo abierto. Allí lo quería el asturiano. Vuelve sobre sí, enristradas las lanzas de sus tres mil fieras que caen como marejada sobre la hueste republicana. La carnicería es horrenda y la fuerza de Campo Elías queda deshecha.

Al vivac del caudillo victorioso convergen grupos dispersos de todas partes. Guerrillas del Guárico. Desbandados de Araure. Nuevos reclutas del llano y de la sierra. Son ya seis mil los jinetes que elevan al viento sus lanzas coloradas. El asturiano aquel posee una fuerza instintiva que subyuga. Su grito elemental lo corean todas

las gargantas de una raza esclava, que saborea la libertad en la forma más grata al desenfreno de esa nueva embriaguez teñida de sangre.

Bolívar deja una vez más el cerco de Puerto Cabello, se alista a toda prisa para hacer frente a la nueva amenaza que asciende desde el Guárico y avanza sobre Caracas cerrando el horizonte, nube multicolor a cuyo paso queda un hedor de muerte en la tierra y negros nubarrones de incendio en la sequedad del estío.

La guerra ha descendido al más bajo nivel de crueldad y destrucción. Lo quiere así la negra enseña de Boves, ondeante sobre su origen marino. Lo acepta desde hace un año Bolívar con su proclamación sobrecogedora de la guerra a muerte. Ante la crueldad desatada del realista, el rebelde contesta en términos de exacta dureza: 800 prisioneros españoles y canarios son ajusticiados por orden del dictador presidente, investido de todos los poderes por la asamblea del 2 de enero, y se liberan por este acto implacable las fuerzas atadas a su custodia en Caracas y La Guaira[1].

Boves, herido una vez más, se ve obligado a declinar el mando en su segundo, rudo y violento como él, el rival de crueldades e instintos sanguinarios pero menos jefe, inferior en carisma y atracción guerrera. Bolívar envía para medir fuerzas con Tomás Morales a José Félix Ribas. El choque bestial ocurre en La Victoria, donde Ribas aguanta con todo lo que tiene, hasta recibir el refuerzo de una última reserva arrancada por el Libertador de su improvisado fortín en el centro de Caracas. Allí no queda nadie. Pero ese nadie es suficiente mientras pueda pararse la estocada enemiga fuera de la ciudad.

El choque en La Victoria queda indeciso. Bolívar recoge todo lo que aún queda por ahí en disposición de portar un arma y se hace fuerte en torno a la vieja casona familiar de San Mateo, donde flotan sus recuerdos de infancia y juventud. Allí, en la tierra ancestral, parece agigantar aún más su inagotable reserva de energía.

Boves, recuperado, reasume el mando. El 20 de febrero se inicia un forcejeo sangriento que ha de durar ocho días completos. Es como un crescendo en la lucha. La línea patriota, afianzada en alturas

1 Lecuna, ob. Cit. Pág. 36.

y construcciones, aguanta la carga formidable que desencadena el asturiano al encabezar el empuje decisivo, que el día 28 busca definir en la impetuosidad de su conductor, la batalla y la guerra. El Calvario es una colina donde se asientan algunas construcciones prolongación oriental del poblado de San Mateo. Allí se ensaña el asalto de Boves, empeñado en romper el anclaje del flanco adversario para luego desbordarse hacia el centro dirigido por el propio Libertador.

El duelo es terrible. Muere Manuel Villapol, el heróico peninsular republicano, defendiendo ardorosamente el punto crucial cuyo sugestivo nombre resume el episodio de armas allí librado. Lo sucede su hijo Pedro, que abandona herido el hospital de sangre al enterarse de la muerte de su padre. Bolívar envía el Batallón Barlovento y El Calvario se sostiene ante las lanzas llaneras, despedazadas contra el empecinamiento del defensor.

Boves cambia el centro de gravedad de su ataque. Presiona Morales sobre el flanco izquierdo, y él arremete contra el centro. La artillería patriota, el fuego de fusilería, las trincheras, los muros de las casas, los pedruscos y zanjas, se unen para contener el asalto. Boves cae herido una vez más, a la cabeza de sus hombres, empeñado en doblegar la resistencia. Faltando la silueta baja y robusta del asturiano, el ataque pierde empuje, se desalienta, finaliza en repliegue fatigado que el defensor exhausto no puede explotar. Y mientras Boves muerde su propia ira bañado en sangre, Campo Elías hace lo propio en el campo precariamente sostenido con el último aliento de la defensa patriota.

Prosigue la lucha bajo la forma de acciones limitadas, fintas, despliegues. Bolívar carece de fuerzas para emprender una acción ofensiva. Boves, herido, deja hacer a Morales. Este, escarmentado por las crecidas pérdidas de San Mateo, no se resuelve a atacar en fuerza.

Súbitamente la situación sufre un vuelco. Rosete, el terrible guerrillero realista, avanza por el oriente sobre Caracas, con fuerzas considerables del Guárico y Barlovento. Vence a Arismendi. La amenaza sobre la capital es tan grave que Bolívar se desprende de una fuerza de 400 hombres al mando del coronel Montilla y,

aparatosamente, la envía a socorrer la capital, donde la presencia cercana de Rosete, otra fiera de esas en que tan pródiga resulta la guerra en Venezuela, causa oleadas de terror.

Ribas, enfermo en la ciudad, asume el mando de su guarnición y del refuerzo comandado por Montilla. Se hace conducir en litera hasta hallar a Rosete y batirlo en sangriento combate que lo arroja al otro lado de la cordillera, con el último aliento del ejército que, a la par con su reducción física, se engrandece a través de aquella serie de combates cuyo conjunto forma una gran batalla.

El Ejército de Oriente entra en acción

Es entonces cuando Mariño cree llagada su hora y se decide a intervenir con el Ejército de Oriente. Montilla, que perseguía a Rosete, se abraza con Bermúdez, comandante de la vanguardia de Mariño, cerca al Tuy[2].

El 24 de marzo, Boves vuelve a montar. Los ataques frontales del mes anterior le han dejado amarga experiencia. Ha tenido tiempo de meditar y su astucia instintiva produce una acción magistral de doble envolvimiento, preparada en la oscuridad. Dos columnas de 800 hombres rebasan los flancos patriotas y se sitúan al amanecer a la espalda de El Calvario por el occidente y del El Trapiche por el oriente. Boves, con el centro constituido en sobrecogedora masa de caballería, conduce el centro.

La situación no podía ser más crítica, cuando Bolívar advierte a las primeras luces del amanecer la maniobra adversaria. No hay otro recurso que aguantar. Como se pueda. Hincándose en las trincheras, parapetándose tras los muros, batiendo con la artillería los cerrados escuadrones que cargan, indiferentes al fuego, tras su caudillo de hierro.

Hacia el mediodía la batalla alcanza su punto culminante. El asalto frontal compromete el grueso patriota. La columna de la derecha desciende sobre El Trapiche, donde se halla el polvorín patriota, a órdenes del capitán granadino Antonio Ricaurte, herido

2 Lecuna, Ob. Cit. Pág. 40

el 17 de marzo cerca a La Victoria. Allí su coterráneo Hermógenes Maza, comandante de la guarnición, desencadenó ese día golpe sorpresivo sobre la retaguardia de Boves, que cercaba a San Mateo, causándole graves pérdidas.

El contingente granadino de la Campaña Admirable ya casi no existe. Combatió bravamente a lo largo del avance que dio a Bolívar sus primeras glorias. No hubo casi una acción donde no luchara. Sus hombres fueron cayendo en el sangriento camino. Cuando el Libertador devolvió al Batallón sin Nombre su bandera y le dio un nuevo apelativo de guerra, dijo en la arenga a sus integrantes: " Ahora sí soldados: Sois dignos de batiros al lado de los granadinos"[3].

Ya esos granadinos de Santafé, de Tunja, de las riberas magdalenenses, de los riscos pamploneses y ocañeros, les había llegado una hora más entre tantas de sacrificio y de prueba que poco a poco adelgazaron sus filas, hasta dejar tan sólo un puñado heroico. Hora de holocausto y de gloria. Ricaurte no podía abandonar el polvorín. Tampoco estaba en sus manos salvarlo. En el momento en que el asalto adversario se lo arrebataba, formidable explosión, llamas y fragmentos de hombres y de piedras se elevaron en medio de disparos y alaridos. El polvorín había dejado de ser, paralizando por breves segundos el intenso forcejeo de la batalla, y consumiendo la oleada asaltante en el pavoroso estallido.

Al atardecer, las exhaustas fuerzas realistas entienden que la victoria no es posible contra el empecinamiento que podía producir acciones semejantes y poco a poco rompen el contacto, replegándose mientras las sombras de sus lanzas sangrientas se alargan sobre el valle aún cubierto por el humo.

Ante la imposibilidad de rendir a San Mateo, Boves cambia velozmente de objetivo. Enterado de la progresión de Mariño que amenaza su espalda, se dirige en busca del Ejército de Oriente. Este, en marcha vistosa hacia el valle, había sobrepasado la capital. Mariño llega a adueñarse con sus fuerzas enteras de aquel campo de sombras donde el Libertador viene luchando en dramática inferioridad, y solamente puede presentar unos centenares de hombres extenuados.

3 Rafael María Carrasquilla, Biografía del General J. Ortega.

En Bocachico, después de un día entero de combate, Mariño derrota a Boves. Hubiera podido perseguirlo para dar contornos decisivos al éxito. No lo hizo. Bolívar, en cambio, dejando sus sólidas posiciones de San Mateo, apenas repuesto de casi dos meses de incesantes combates, se pone en marcha con su impetuosidad acostumbrada. Al frente de su escaso millar de soldados conduce una impecable acción de hostigamiento. Boves abatido, desconcertado por aquellas embestidas que lo golpean una y otra vez en Magdaleno, Yuma y Güigüe, no quiere comprometerse en acciones de fondo. En plena retirada alcanza el campo del coronel Cevallos, que sitia la ciudad de Valencia, bravamente defendida por Rafael Urdaneta.

Los dos libertadores

Lo que hubiese debido cumplirse meses atrás se verifica tardíamente. Mariño esperó demasiado para integrar su esfuerzo militar al de Bolívar, a buen seguro, dejando que su rival se desgastase y consumiera proporcionalmente al enemigo común. Sólo entonces entraría él en escena para capitalizar la hora decisiva. Sería el salvador de la República y en tal virtud asumiría el mando supremo, convertido en máxima figura de la victoria. Su título de Libertador de Oriente se extendería a toda Venezuela, sin duda uniendo en su ambiciosa figura la doble condición de general en jefe y cabeza del Estado.

Después de su victoria sobre Boves, el delirio de grandeza cobra fuerza en su interior. Atribuye a errores de Bolívar la apremiante situación del ejército cuando acudió a su rescate. La marcha desde oriente lo ensoberbece y el éxito en Bocachico se le sube a la cabeza, en forma que lo impulsa a lograr su propósito independientemente.

Tan pronto Bolívar, después de hostigar a Boves, consigue levantar el sitio de Valencia donde Urdaneta había resistido exitosamente el asedio de 4.000 realistas a órdenes de Cevallos, con un millar de combatientes patriotas se dirige a La Victoria en busca de Mariño, con la obvia intención de unificar el mando. El era la suprema y legítima autoridad política, luego podía emitir directrices

para la conducción integrada de las operaciones militares, requisito indispensable para el éxito.

Es un choque de ambiciones el que se hace presente. Cada uno de los dos caudillos exhibe notables éxitos en su haber guerrero. Más espectaculares los de Bolívar en un año entero de incansable luchar. Pero Mariño, infatuado por los suyos, los equipara mentalmente y, sobre todo, cuenta en el momento con una ventaja decisiva: su ejército es más fuerte porque desde la liberación de oriente no ha luchado ni sufrido, como el de Bolívar, el cerco de acero que amenazó triturarlo hasta que él, Santiago Mariño, hace su aparición victoriosa en el ensangrentado teatro de operaciones del centro.

Lo más que logra el Libertador es que Mariño acepte al general Rafael Urdaneta como jefe de su estado mayor. Con lo cual Mariño se hace a una nueva carta de triunfo. Urdaneta es un jefe capaz, activo, leal, infatigable. Reúne en sí la experiencia acumulada de las operaciones a órdenes de Bolívar desde la Nueva Granada. Conoce geográficamente el territorio donde se iría a operar. Recibirlo, por otra parte, no implicaba compromiso alguno de reconocimiento de autoridad militar hacia Bolívar, aunque sí en cierta forma la presencia de éste en su propio campo, a través de uno de sus más fieles subordinados.

Bolívar, indudablemente, había hecho toda clase de esfuerzos por atraer a su rival. Pero a éste no le podía pasar inadvertido el hecho de que la fusión de esfuerzos traería consigo la inevitable obediencia, a quien reunía en sí la autoridad política y la jefatura militar. Por ello se mantuvo renuente a toda sujeción y aun a recibir de Bolívar la autoridad política que aquél le ofreció generosamente en una de sus cartas, " por premio de los sacrificios de V.E. y de las victorias con que han sido coronados, desearía que fuese el Presidente de Venezuela". Pero Mariño, desconfiado, sabe que en una elección Bolívar lo arrollaría y prefiere mantenerse silencioso y distante.

Fracasada la fusión militar del mando y la acción unificada que de ello resultaría, Mariño prosigue operaciones por su propia cuenta, sin esperar siquiera que los cuerpos de su émulo concurran en su apoyo. Algo de trascendencia ha ocurrido en el entretanto en el campo realista. El mariscal de campo don Juan Manuel de

Cajigal ha asumido, por órdenes llegadas de España, el mando de todas las fuerzas realistas de Venezuela. Es éste un militar de carrera y de merecimientos, si bien su edad un tanto avanzada lo coloca en circunstancias difíciles, para hacer frente al clima y a las durezas de una campaña al estilo guerrero de las que salpican de sangre el territorio venezolano.

Poseído del triunfalismo que se ha ido apoderando de su ánimo con el éxito fácil en oriente y los recientes éxitos en su marcha "salvadora", Mariño ansía batir a Cajigal. Con sus 3.500 hombres avanza sobre San Carlos. Cajigal destaca a Cevallos sobre posiciones ventajosas y el 16 de abril se libra la batalla de El Arao, en la cual Mariño compromete imprudentemente su ejército, contra las advertencias de Urdaneta, que instaba por un mejor reconocimiento del enemigo y el terreno, antes de envolverse en una acción decisiva. Cevallos maniobra brillantemente e inflige a su antagonista una derrota trascendental. Afirma Cajigal que el impetuoso rebelde dejó en el campo un tercio de su fuerza[4].

Si el mando patriota no es en las circunstancias un modelo de unidad, algo más grave ocurre en el realista. Cajigal, respetado y obedecido por los comandantes profesionales, no logra meter en cintura a quien tenía en su poder la carta decisiva del triunfo: el indómito José Tomás Boves. Reunido éste a Cevallos frente a Valencia y obligados ambos a levantar el sitio, el coronel quiere retener la caballería llanera y enviar a su jefe hacia Calabozo para reclutar más combatientes. Obedece el asturiano, riendo para sus adentros. Tan pronto parte comienzan las deserciones que alcanzan proporciones suficientes para que el buen comandante español enviase todo el cuerpo a Calabozo en pos de su jefe. Aquellos combatientes formidables no servían una causa sino un hombre.

Cajigal, con un plan sensato de maniobra hacia Caracas por los Valles de Aragua, se desespera con la tenaz desobediencia del feroz Boves. No logra incorporarlo a su ofensiva, la cual dilata repetidas veces en espera de la caballería llanera. Boves comprende que se trata de subordinarlo al plan general. El no tiene ninguno, ni le importa un bledo la ortodoxia militar. En cambio, conoce lo que es su tropel de bárbaros cuando lo arroja como un torbellino de lanzas

4 Cajigal, ob. Cit. Pág. 457

por la llanura, estremecida por el redoble de los cascos batiendo la tierra como toque de tambor.

El mariscal inicia el movimiento, confiado en un último plazo fijado por el guerrillero para reunírsele con su caballería: el 27 de mayo. Amaga sobre Valencia en ánimo de inducir a los rebeldes a abandonar sus posiciones y salir a campo abierto, donde piensa batirlos con la superioridad cualitativa de sus fuerzas, ya que en número se halla en inferioridad por la ausencia de Boves. Finalmente ocupa la meseta de Carabobo.

Mariño, luego de su revés en El Arao, ha acabado por reunirse a Bolívar, quien decide atacar, anticipándose así a una posible reunión de fuerzas de Boves y Cajigal. En la mañana del 28 el ejército republicano toma su línea de batalla sobre la meseta, frente a los realistas anclados en las alturas de Carabobo y Tinaquillo. Ante aquel avance impresionante, Cajigal no puede reprimir su admiración:

"Por la disposición de la línea dice conocerá todo militar que no eran tropas de indios y que sus jefes sabían determinar posiciones y dar a sus fuerzas el orden necesario"[5] .

La batalla, conducida por Bolívar con habilidad, explota a conciencia su ventaja numérica, y sabe neutralizar la superioridad realista en caballería. Cajigal recurre a un doble envolvimiento de esta arma por las alas, donde su antagonista ha colocado su reducida artillería. Entre ésta y la infantería logran rechazar el ataque, cuyo centro de gravedad se aplica sobre el ala derecha. Es entonces cuando la caballería patriota, ubicada al centro, se lanza con violencia sobre la infantería del rey, y contribuye a la dispersión de la caballería del Apure. Cajigal comprende que la acción se ha perdido y, antes de comprometer su reserva, inicia el repliegue que le permite poner a salvo el grueso de sus tropas, merced "a la proximidad del monte... así es que perdimos apenas 120 hombres".

Contrasta en este sentido la información de Cajigal en sus *Memorias* con el parte republicano sobre la batalla, según el cual el ejército realista habría sido virtualmente destruido. En efecto,

5 Cajigal. Ob. Cit. Pág. 122

se habla allí de 1.200 prisioneros, 1.200 entre muertos y heridos, incluyendo la persecución subsiguiente, muchos fusiles y artillería. En cambio, las pérdidas propias se revelan tan bajas, en proporción con semejante desastre adversario, que Lecuna, al recoger estos datos, atribuye a error del mando independentista y hace ascender sus pérdidas a "por lo menos 400 entre muertos y heridos"[6].

Es bien probable que ambos registros estén equivocados. El Libertador brega desesperadamente por robustecer la moral pública disminuida, lo que muestra tendencia a magnificar los resultados de cualquier éxito en proporciones muy altas. Es posible que Cajigal tampoco se hallase particularmente interesado en presentar sus reveses como derrotas aplastantes. ¿Qué queda en firme de aquella acentuada contradicción? Los hechos subsiguientes presentan el ejército del rey en condiciones de reasumir la ofensiva estratégica y producir el derrumbamiento final de Bolívar y Mariño. Buena parte del éxito lo ganó Boves con su tremenda caballería, pero es bien probable que él solo no hubiese conseguido un suceso de semejante alcance, lo que tiende a probar que la primera batalla de Carabobo no alcanzó el éxito reflejado por el *boletín* del ejército libertador.

La exageración aparece reflejada en ésta y muchas otras actuaciones de Bolívar, como si fuese expresión visible de su propio desmesuramiento interior. Aquí se advierte una vez más el predominio del guerrero sobre el militar. Fogoso, dinámico hasta la temeridad, descuidado en el detalle secundario pero fundido con la batalla como acto tremendo de la existencia. La falta de moderación y términos medios es el reflejo fiel de un espíritu hecho para la grandeza. La tierra le resulta pequeña, y aun aquella inmensa geografía continental se disminuye ante el vuelo de su imaginación.

Lo que no consiguió la autoridad presidencial ni la superioridad del grado militar, lo logra el genio en la competencia de Bolívar y Mariño. No había posibilidad alguna para el hombre corriente en el enfrentamiento con el Libertador. Este fue un genio. Quienes lo rodearon, personalidades fuertes, caudillos natos, hombres esforzados, poco comunes en el promedio de los patrones humanos.

6 Lecuna, ob. Cit., pág. 47. Boletín núm. 53 del Ejército Libertador.

Pero entre Santiago Mariño y Simón Bolívar había un abismo. El de la medianía destacada y exitosa frente a la genialidad.

El derrumbamiento

Después de Carabobo, ambos ejércitos se consagran a la difícil tarea de reagrupar sus efectivos y prepararse para la confrontación decisiva. Los esfuerzos de Cajigal en este sentido, denotan que el revés del 28 de mayo en el campo sagrado de la libertad fue de proporciones mayores que las reflejadas en la pérdida de 120 hombres. Semejante dispersión, como la que ahora trata de neutralizar con el reagrupamiento, no resulta de una acción simplemente infortunada.

Boves, desde sus refugios llaneros, no puede menos que sonreír ante el fracaso de su jefe. Para el hombre de la llanura la guerra no es arte, ni ciencia, ni profesionalismo. Es, simplemente, colocarse al frente de una caballería gigantesca, silenciarla con su presencia al lomo de soberbio caballo, lanza en ristre, hasta que sobre la mesnada hambrienta de lucha y de gloria se establezca el efluvio impalpable del mando pasional. Estremecer luego el aire con una arenga elemental, en la que se invite a la muerte, la destrucción, el pillaje, la reivindicación de una raza humillada. Después, la carga incontenible, a la cabeza de la hueste electrizada de odio y ansia destructora. Desafiando el peligro y las balas. Traspasando el pechpo del jinete o del infante adversario, con saña contagiosa. Después vendrá el acuchillamiento despiadado, la sangría brutal del vencido, el atropello de toda ley humana de piedad o clemencia, la destrucción, el vandalaje desatado, las ejecuciones masivas de hombres, mujeres y niños. Es el *Azote de Dios*, ante quien el propio Atila empalidece.

Bolívar levanta el sitio a Puerto Cabello, extrae de Caracas hasta el último hombre capaz de alzar un arma, vuelve por el reducido perímetro donde aún es caudillo y congrega el saldo final de fuerzas para reunirlas al ejército comandado por Mariño. Este, a su vez, recoge algunas guarniciones dispersas y las propias avanzadas sobre las aproximaciones del Llano y de occidente. Así se consigue concentrar cuantos efectivos tiene el mando revolucionario para librar la batalla decisiva.

Desde el Guárico, su cubil favorito, emerge el caudillo llanero. No es posible determinar el número exacto de lanzas que siguen la suya. Se habla de seis mil. De siete mil. No se sabe. Pero se confunden con los horizontes plomizos de junio, en bosque ondulante que se angosta sobre los caminos de la sierra y se explaya en los espacios abiertos, donde se detiene a acampar, entre fogatas que asan la carne de res aún sangrante por feroces cuchilladas. Aquello no es ejército sino horda abigarrada que sólo reconoce una voz, un grito, un jefe.

Mariño, al frente del Ejército Unido, desciende hacia las entradas del Guárico, pero, con buen juicio, se mantiene aferrado a los contrafuertes de la sierra donde su infantería puede neutralizar en parte la móvil caballería de su oponente. Boves lo incita una y otra vez a bajar a la llanura, sin resultado. En tanto, el Libertador se dirige con premura en busca de Mariño y en la mañana del 15 de junio alcanza las fuerzas independentistas, dispuestas sobre la garganta de La Puerta. El fantasma de la derrota de Campo Elías por Boves ronda el campo donde se ha de definir la Campaña del año 14. La batalla ha sido planteada por Mariño. A Bolívar le corresponde conducirla y asumir las consecuencias de sus resultados.

Apenas alcanza a recorrer las posiciones. Quizás a lanzar aquí y allá voces de aliento. Abajo, desde las oquedades del Guárico surgen las formaciones llaneras. Tres columnas de infantería avanzan en bloques cerrados: Batallón Cazadores por la izquierda, al mando de Nicolás López. Tomás Morales por el centro con el Batallón del Rey y Juan Viso por la derecha con el Batallón de La Corona. Encubierta por aquella cortina de infantes, la caballería toma una amplia formación en línea que le permita maniobrar sobre cualquier ala o sobre ambas alas tan pronto la infantería fije el centro adversario.

Posiblemente la inferioridad patriota es de dos a uno. En tales circunstancias, y dada la superior capacidad de maniobra adversaria, no hay otra posibilidad que librar una batalla defensiva, buscando en los "cerrajones y quebradas" que, según habrá de comentar Boves en su parte al Ministerio de Indias, "cubrían suficientemente" la posición. No es el tipo de acción favorito del Libertador, así en San Mateo hubiese sacado de esta manera tan brillante partido.

Tan pronto como chocan las infanterías en el centro, Boves ataca por las alas con la caballería, cargando todo su esfuerzo al flanco derecho patriota que se presenta más vulnerable. Aquella borrasca de cascos y lanzas rebasa la posición y cae como alud incontenible sobre la retaguardia. "A las dos de la tarde de ese día escribe luego Bolívar a Ribas ha huido cobardemente nuestra caballería... la infantería se ha batido, como acostumbra, divinamente...".

Es el desastre. La matanza cobra dimensiones monstruosas. "En el Llano no deberá quedar un solo blanco había dicho Boves , pues la tierra es de los pardos". Y blancos, o pardos al servicio de aquellos en las filas patriotas, caen a montones bajo la cuchilla inclemente o la lanza asesina. El ejército de la libertad es aniquilado para todo propósito militar en aquella hecatombe, que Bolívar trata de disminuir en sus proporciones militares, pero que reconoce en su inmensa magnitud política al decir en la misma comunicación a Ribas: "De cuantos golpes ha recibido la patria ninguno es más pequeño que éste, pero ninguno es más fatal".

¿Por qué pequeño? Bolívar tenía que ser consciente de que allí, en La Puerta, nombre adverso para la causa que defendía con todas las fuerzas de su alma, se derrumbaba la República. ¿De dónde iba a sacar nuevos recursos en hombres y elementos? Las provincias donde difícilmente se sostenía su ejército no podían dar más. Boves, triunfante, se vendría como una tromba, sin resistencias que ofrecerle. Y Cajigal, con su ejército reagrupado, constituía por sí solo amenaza suficiente. Quizá la aseveración del Libertador se refería al simple episodio de armas. Pero es que éstos adquieren trascendencia estratégica, no por la magnitud en cifras de los efectivos envueltos, sino por el alcance del compromiso en relación con el todo de las fuerzas opuestas. Y allí se empeñó cuanto conformaba ese todo de la revolución.

Al desastre militar sin atenuantes se ofrece en aquel momento una circunstancia política externa, con peso suficiente para alterar el balance de la guerra. Es la capitulación de París, que señala el final de la guerra en Europa. Los reyes han sido restablecidos en el trono español. Con lo cual, no solamente recobran la capacidad total de ocuparse de sus dominios ultramarinos, con las fuerzas victoriosas sobre Napoleón, sino que la causa inicial de la revuelta en América

deja de existir. Lealtades monárquicas renacen por todas partes y, en medio del hundimiento de la República, aceptada a medias o rechazada en el subfondo del sentir colectivo, la sinrazón de la guerra cobra proporciones catastróficas para la causa independentista.

En medio de la derrota, Bolívar surge una vez más como un gigante. Huyendo del campo maldito con un grupo reducido de oficiales, en tanto Mariño y los suyos lo hacen por el camino del Pao, alcanza La Victoria. Reúne dispersos, rezagados, hombres cogidos al paso y llega a completar poco más de un millar de combatientes organizados en tres precarios batallones y otros escuadrones a caballo. No se trata ya de luchar con aquel minúsculo muestrario bélico contra el poder abrumador de quienes acaban de derrotarlo, sino de mantener el orden en medio de la desintegración.

En Caracas ha cundido la desesperanza. A medida que la horda de Boves se aproxima, el desfallecimiento se torna en terror. El caudillo victorioso obtiene la capitulación de Valencia con promesas de clemencia dadas " A nombre del Ser Supremo". Y a nombre del mismo Ser, Boves, cuya crueldad cobra tintes de demencia, saca en la alta noche las personalidades citadinas, reunidas en dos casas para "protegerlas mejor" de cualquier incontrolable desmán de sus tropas, y las acuchilla, mintiendo a Cajigal, que ya se le ha reunido, más que para conducir operaciones conjuntas, para poner un límite a tanta monstruosidad. Después se desvanece para no tener que dar explicaciones a su humanitario comandante[7].

Nueva asamblea en la Iglesia de San Francisco, donde el 2 de enero había recibido el Libertador la dictadura suprema de la República. Ideas desmesuradas saltan allí, como chispas delirantes en medio de las tinieblas. Nada hay que hacer. La misma ciudadela no alberga ya el corazón de Caracas, sino el derrotismo que cunde por todas partes. Tan sólo la presencia de Bolívar reanima e impulsa a levantar la frente. Pero sigue el decaimiento tan pronto como el "hombre de las dificultades" sale de escena para acudir a otro punto de aquella terrible desintegración colectiva.

Viene por último la migración a oriente. No la produce tanto la adhesión a la perdida causa de la República, como el terror a

7 Cajigal, ob. Cit., pág. 128.

la oleada de barbarie que acompasa el trágico movimiento de las hordas bóvicas. Es un espectáculo sobrecogedor el de aquel pueblo poseído del pánico que trata de llevar consigo lo que puede, en la angustia de reorganizar la vida de algún modo, lejos de aquellas lanzas teñidas en sangre que se adivinan ya por los caminos del crepúsculo, en dirección a la maltrecha capital.

En La Majada, José Félix Ribas contiene precariamente las avanzadas de Boves, pero es forzado a replegarse y aquel es el toque de sálvese quien pueda para la aterrada población civil. Bolívar, en medio del naufragio, no pierde la cabeza. Con su último vestigio de ejército organiza en la medida de lo posible aquel éxodo dominado por el pánico y la confusión. Veintitrés días dura el movimiento de hambre, angustia, privaciones, cobijado por la sombra opresiva de la derrota que cada quien lleva dentro de sí. En el río Aragua, Bolívar decide cubrir la retirada civil con una acción de armas que detenga a Morales, enviado por Boves en acción persecutoria, que es más bien de exterminio.

El difícil ensamblaje del mando patriota ha vuelto a tocarse de anarquía. Así, mientras Bolívar desea una batalla móvil afianzada en el curso fluvial, Bermúdez persiste en encerrarse en la ciudad de Aragua, con lo cual no se logra ni uno ni otro propósito, hasta el extremo de que los defensores están a punto de perecer en el acuchillamiento general que sigue a la toma de la localidad.

Así se llega a Barcelona, que nada puede ofrecer a los emigrados. Quizá Cumaná... El terror se agarra de la última esperanza y la migración prosigue bajo las inclemencias de la naturaleza y el hombre convertido en fiera, por la insania de una lucha que ha perdido toda mesura para tornarse en carnicería bestial. Morales pica los talones a los fugitivos. De los mil hombres de Bolívar queda la mitad. Y esa mitad comienza a disolverse en rezagados, fugitivos, desertores, desaparecidos.

Un puñado entra a Cumaná. Bolívar y Mariño se abren camino, pistola en mano, hacia el puerto. El segundo ha puesto, a bordo de una de las naves de minúscula flotilla pirata, el tesoro de la catedral de Caracas, difícilmente transportado a lomo de mula en el éxodo. Bianchi, italiano aventurero que comanda el puñado de marinos sin otra ley que la codicia, se hace a la mar con los ojos puestos

en el tesoro. Cuando los dos libertadores en derrota pretenden desembarcar, sus propios camaradas, bajo las desflecadas banderas de la revolución, los cañonean en Porlamar. No hay esperanza. Nuevamente a la mar incierta. Bianchi les exige la mitad del tesoro de Caracas.

Así, con Piar y Ribas sublevados en tierra contra su autoridad que ha dejado de serlo, a merced del pirata y de las olas, Bolívar es de nuevo el tránsfuga que dos años atrás flota sin rumbo, derrotado, proscrito, vagabundo de su destino tornadizo y cambiante. Queda Carúpano, y a este nombre se aferran los dos fugitivos empeñados en no dejarse destruir por la adversidad. Han cambiado de naves. Flotan ahora en un buque comandado por el capitán Estévez, lo que alivia su situación; pero, al descender en Carúpano, Ribas y Piar los ponen presos. Su hundimiento es total. Nadie quiere creer en generales derrotados y los subalternos de ayer encarcelan a sus jefes, para cobrarles cuentas de un fracaso que no ha sido suyo sino de la causa toda de la República, que se desintegra ente los embates de la insurgente lealtad al rey.

Es un español, Pedro Villapol, quien sucediera a su padre caído heroicamente sobre el centro de El Calvario, en la sangrienta batalla de San Mateo, quien salva a Bolívar de la prisión. Nuevamente éste y Mariño se abren camino hacia las naves del capitán Estévez y se hacen a la mar. *El arrogante maturinés* es quien ahora lleva a bordo los sueños frustrados, el delirio trunco, los quebrados anhelos de Simón Bolívar. Atrás se desvanece la costa venezolana plagada de enemigos, que han pasado a serlo en idéntica medida realistas y republicanos. Cómo debe pesar en aquel instante el malogrado título de Libertador en los pensamientos del hombre que todo lo ha perdido. Sus ojos profundos deben mirar el litoral de selva y arena con la pesadumbre inmensa de la derrota y, en medio del mar movedizo, cada vez que el navío desciende, ha de pensar que sobreviene el hundimiento definitivo.

Derroteros inciertos

¿A dónde ir ahora? Este debió ser el interrogante de angustia que golpeó el alma del Libertador en aquella nueva hora de tinieblas.

¿Curazao? ¡Imposible! La imagen de su primer desastre y las terribles horas de soledad ligadas al solo nombre de aquel sitio, donde conoció todas las humillaciones, basta para descartarlo. ¿Alguna de aquellas islas de bucaneros y corsarios que salpican el Caribe y donde siempre es posible buscar fortuna? Tampoco. Nadie lo conoce. Serán una repetición de aquella Curazao donde conoció la miseria de no ser nadie en medio de un mundo entre diferente y hostil. ¿La Nueva Granada? Acaso... ¿pero regresar derrotado por segunda vez? ¿Cómo lo recibirán los gobiernos que generosamente le extendieron su ayuda, confiaron en él y en su estrella guerrera, entonces rutilante con las primeras victorias?

De todas formas, es hacia la Nueva Granada a donde decide enrumbar su brújula trashumante. Llega a Cartagena, atalaya de la libertad. De allí arrancó el soñador impenitente y allí llega ahora, víctima de nuevo de su suerte enemiga. Se le recibe con calor, pero la desarticulada política de la ciudad Estado no le ofrece mayores horizontes. Sus palabras de unión aún se recuerdan, pero, en momentos en que la altiva fortaleza rehúsa incorporarse al mando brumoso que emana desde Tunja, incitan a sospecha. Comprende que allí nada hay que hacer y, río Magdalena arriba, reedita recuerdos en los nombres que había convertido en victorias. Barrancas, de donde arrancó hacia la gloria con un acto de insubordinación... Mompox, que lo absolvió con el éxito... Ocaña, escala obligada hacia Cúcuta... ¡Tunja!

Conoce allí a Camilo Torres, el hombre que había tenido fe en su delirio. Ante el Congreso presidido por él da cuenta de su fracaso. Lo hace altivamente, sin inclinar la orgullosa cerviz. Su voz de tonos agudos parece un clarín en medio de la pelea. Ya en Carúpano, cuando todo se derrumbaba a su alrededor, había escrito, quizá tras de las rejas donde sus propios subordinados encarcelaban su infortunio, un manifiesto donde el guerrero se hace presente en vigorosas frases, que constituyen su defensa anticipada contra lo que más tarde habrá de lanzarse en acusaciones desde Venezuela.

"Muy distante de tener la loca presunción de considerarme inculpable de la catástrofe de mi patria, sufro al contrario el profundo pesar de creerme el instrumento infausto de sus espantosas miserias; pero soy inocente porque mi conciencia no ha participado nunca del error voluntario o de la malicia, aunque por otra parte

haya obrado mal y sin acierto... Aun cuando la desolación y la muerte sean el premio de tan glorioso intento, no hay razón para condenarlo porque no es lo ascequible lo que se debe hacer, sino aquello a que el derecho nos autoriza".

En aquel poco conocido documento que Salvador de Madariaga concede en calificar como "*Espléndida página, y habida cuenta de las circunstancias en que se escribió, casi inhumanamente espléndida*"[8], aparece un Bolívar fraguado por la lucha continua que han sido los casi dos años precedentes y engrandecido por la derrota misma. Para abarcar toda la magnitud del cambio ocurrido habría que desmenuzar frase por frase su llamado "Manifiesto de Carúpano", en el cual no tan sólo deja un legado espléndido al pueblo que se ve precisado a abandonar, sino que asume ante la tragedia una posición vertical, en la que se trasparenta la decisión inquebrantable de proseguir la guerra, incansablemente, con un valor que nada puede abatir.

Cómo obra la derrota en este guerrero sin par, se patentiza en la transformación que experimenta su ser al sufrirla. No hay ya aquel doblegamiento que acompañó su actitud a la caída de Puerto Cabello. No hay disculpas. No hay nada que indique el reconocimiento del percance como fracaso decisivo. Es un revés. Terrible sin duda, pero un revés apenas, del cual resurgirá de alguna manera en medio de las sombras que rodean esa hora de desgracia. Tampoco elude la responsabilidad. Está consciente de que, como general en jefe, ejercía a la vez la autoridad política que le fue confiada con poderes dictatoriales. Por ello no intenta ni por asomo descargar en nadie la culpa, ni esconderse de la realidad en excusas que a nadie van a convencer, mucho menos a sí mismo. Deja en cambio la nítida sensación de que las circunstancias se han confabulado ominosamente contra él, hasta producir el derrumbamiento que lo arrastra consigo. Es así como señala en el ya citado *Manifiesto de Carúpan*o:

"Pretender que la política y la guerra marchen al grado de nuestros proyectos, obrando a tientas con sola la fuerza de nuestras intenciones, y auxiliados por los limitados medios que están a nuestro arbitrio, es querer lograr los efectos de un poder divino por resortes humanos".

8 Madariaga, ob. Cit., Tomo I, pág. 478. También de aquí las transcripciones del Manifiesto.

Al mismo tiempo señala con la rota hoja de su espada la dirección del futuro, que es la de su indoblegable determinación, al decir:

"Libertador o muerto, mereceré siempre el honor que me habéis hecho; sin que haya potestad humana sobre la tierra que detenga el curso que me he propuesto seguir hasta volver seguramente a libertaros, por la senda del occidente, regada con tanta sangre y adornada con tantos laureles".

Por ello, si ha de regresar de occidente, escoge a la Nueva Granada. Allí debe rendir cuentas, antes que nada, de lo ocurrido con el pequeño cuanto brillante ejército que se le entregó.

En Cartagena supo que Urdaneta había salvado su división del inmenso desastre y, por la ruta andina, había alcanzado la Nueva Granada, situándose en Cúcuta. El Congreso le dio instrucciones para trasladarse a Tunja, con el propósito de contar con una fuerza militar en qué apoyar su desvaída autoridad. Bolívar marchó a su vez. Las tropas de Urdaneta lo supieron y exigieron a su jefe que se le aguardara. Virtualmente lo dejaron solo, para correr en busca de su antiguo general que sigue dueño de sus almas. Al hallarlo prorrumpen en ardientes gritos de *¡Viva el Libertador!*. Era el líder indiscutible. Cualquier pensamiento que pudiese cruzar por la mente de Urdaneta en cuanto a disputarle el mando hubo de callarse ante la vocinglería de sus propias tropas.

Aquel episodio aumenta la confianza en sí mismo que lo acompaña al presentarse al Congreso, en el que Camilo Torres, le ha extendido la más cordial bienvenida, enviándole soberbio caballo enjaezado. Allí, en medio de letrados y *Hombres de Garnacha*, como los titula Madariaga, el Libertador se agiganta. Más aplomado por los acontecimientos que han robustecido su personalidad, dueño de sí mismo como nunca, victorioso ante la misma desgracia, parece reconstruir su tragedia en palabras vibrantes, que parten a tajos el silencio de la augusta asamblea:

"... La rigurosa escuela de los trágicos sucesos han afirmado nuestra marcha, habiendo aprendido con la caída dónde están los abismos y con los naufragios dónde están los escollos. Nuestra empresa ha sido a tientas porque estábamos ciegos; los golpes nos han abierto los ojos

y con la experiencia que hemos adquirido, ¿por qué no hemos de salvar los peligros de la guerra y de la política y alcanzar la libertad y la gloria que nos esperan por galardón de nuestros sacrificios?".

El aliento de la grandeza parece flotar en el Congreso y resuena en las históricas palabras con que Camilo Torres interrumpió el vibrante discurso de Bolívar:

"General, vuestra patria no ha muerto mientras exista vuestra espada; con ella volveréis a rescatarla del dominio de los opresores. El Congreso granadino os dará su protección porque está satisfecho de vuestro proceder. Habéis sido un militar desgraciado, pero sois un grande hombre"[9].

La predicción se proyecta en la historia. Bolívar recibe el mando del ejército del Congreso y con él la misión de conseguir con la fuerza lo que las buenas razones no habían logrado en la prolongada contienda con el gobierno de Cundinamarca: incorporarlo a la Unión. Ya Nariño no preside los destinos del gobierno centralista. Su sonada expedición al sur se ha hundido cuando columbra la victoria sobre los irreductibles guerrilleros pastusos. Manuel de Bernardo Álvarez, su tío, resiste porfiadamente al Congreso y Bolívar, el más centralista de los próceres, lo reduce en violento asalto a Santafé, cumplido a nombre del Congreso Federal. Así son las paradojas de aquella historia granadina, escrita con candorosa miopía por los grandes hombres que fundaron la Patria, pero no supieron entender la magnitud de la amenaza que se cernía desde el otro lado del mar.

Sujeta Cundinamarca al Congreso, queda Santa Marta por reducir en su fiero realismo y Cartagena en su arriscada autonomía. Sobre la primera marcha Bolívar, como comandante supremo del ejército de la Unión, ascendido por esta a capitán general. Sobre la segunda continuaría obrando la persuasión, en este caso acentuada por el poder de las armas que se habían confiado al Libertador.

Ni lo uno ni lo otro cristaliza. Las facciones política en que Cartagena se ha dividido irreconciliablemente, la presencia allí del brigadier Manuel del Castillo, cuya animadversión por Bolívar no se extingue con el tiempo trascurrido desde su enfrentamiento en

9 Liévano, ob. Cit.,págs. 144 y 145

Cúcuta, el relevo impuesto de Manuel Rodríguez Torices, amigo de Bolívar, todo confluye para que las armas requeridas por el gobierno central para la toma de Santa Marta y prosecución de la campaña proyectada hacia Coro, se estanque definitivamente.

¿Por qué Bolívar, con un fuerte ejército a su mando, no prosiguió sobre Santa Marta a despecho de la hostilidad de Cartagena? Hay aquí un contraste difícil de explicar entre la fuerte personalidad del hombre enseñado a imponerse sobre todos los obstáculos, y su conducta de aquel momento. Reunió su oficialidad, explicó la situación y declinó el mando en su segundo, el coronel Palacios. Acto seguido escribió al Congreso notificándolo de su decisión.

Ya Morillo había desembarcado en Santa Marta. Fallaron los últimos intentos de conciliación entre Bolívar y Castillo, presionados por la llegada del Pacificador a territorio granadino. El 9 de mayo de 1815, Bolívar partía de tierra firme, rumbo a Jamaica a bordo del navío Découverte de la marina inglesa. Un nuevo capítulo de asombro se abría en su vida de luchador infatigable.

Peregrino y visionario

Los siete meses que Simón Bolívar vivió en la posesión británica, constituyen período aciago, saturado de privaciones, duro debate con una pobreza que no está acostumbrado a sobrellevar y con la inacción de una vida que, lejos de ser reposo en sus fatigas, es dilema espiritual, amarga ausencia de la historia que se escribe sin él, en las llanuras donde la libertad ha buscado refugio, o en las armas insurgentes del Orinoco y la Guayana.

Allí, como en tantos otros lugares donde Bolívar ha llevado a cuestas su infortunio, alguien lo socorre generosamente. Maxwell Hyslop, comerciante inglés, le tiende la mano. El guerrero vive una existencia imposible, mendigando hasta con qué pagar su precario hospedaje. Una noche, la hamaca en que solía dormir es apuñalada por su propio criado, en oscuro intento de asesinato que hiere a un tal Amestoy, a quien Bolívar ha confiado algún encargo para Los Cayos. El hecho providencial ha recibido diversas explicaciones, desde la que el propio Bolívar da años después en Bucaramanga a Perú de

La Croix, según la cual su situación desesperada lo había obligado a buscar una posada desconocida para sus mismos ayudantes y amigos inmediatos, hasta la de visos galantes que lo ligan a una joven y ardiente dominicana, Luisa Crober, con quien el héroe en desventura comparte horas que en otra forma hubiesen sido de terrible soledad.

De aquel exilio ensombrecido por el desamparo y la miseria, surge como en otras horas de naufragio, uno de los documentos más extraordinarios de cuantos fluyeron de su pluma nerviosa en rasgos de proyección universal. En él, Bolívar se adelanta a su tiempo y manifiesta lo que ha de ser constante histórica de su pensamiento político. No hay allí, en cambio, ideas militares sobre la conducción de la contienda armada, lo que en cierta forma sitúa la página inmortal de Jamaica fuera de la órbita guerrera del Libertador. Lo que sí cabe señalar es que la idea de unión sigue gravitando en su mente. No tan sólo para Venezuela y la Nueva Granada, las cuales menciona específicamente con Maracaibo y con Las Casas, ciudad imaginaria que se fundaría en Bahía Honda, como capitales posibles, sino en la reminiscencia griega del istmo de Corinto como corazón de las nuevas naciones, integradas en una confederación. Es la idea que luego ha de plasmar en el Congreso Anfictiónico de Panamá, sobre la base de un poder que equlibre influencias adversas.

Por años no habrá de saberse quién fue el destinatario de la famosa "Carta a un caballero de esta Isla". Se pensó que sería el propio Hyslop, su benefactor. Sin embargo, no era de pensarse que un documento de semejante vuelo se dirigiese a persona de riqueza, pero ausente de toda significación política. Entonces, ¿el duque de Manchester? Nada pudo corroborarlo. El enigma, aclarado finalmente[10], señala a sir Henry Cullen, ciudadano británico residenciado en Falmouth, Jamaica.

Curiosamente, el *Jamaica Quaterly Journal and Literary Gazette,* núm.1, correspondiente a julio de 1818, donde aparece en su totalidad el texto en inglés de la Carta, tiene en su portada un hermoso verso de autor anónimo, que cuadra admirablemente con el espíritu de la carta del Libertador. Y no sólo con este documento

10 El historiador Guillermo Hernández de Alba es quien descubre el verdadero destinatario en afortunada pesquisa. Para mayores detalles véase Carta de Jamaica, por Cistóbal Mendoza, en ediciones de la presidencia de la República, Caracas, 1972, y Nicolás E. Navarro, el destinatario de la Carta de Jamaica, Caracas, segunda edición, imprenta nacional, 1956.

extraordinario, sino con la vida toda del hombre que hizo de la guerra instrumento para tallar su obra imperecedera:

While the manners, while the Arts,
Which mould a Nation's soul
Still cling around our hearts,
Between let Oceans roll:
Yet still from either beach
The voice of blood shall reach
More audible than speech
" WE ARE ONE"

Mientras las artes, mientras las costumbres,
Que funden el alma de una Nación,
Se adhieren todavía a nuestros corazones
Que importa si nos separan los océanos:
Fuerte aún desde cualquier orilla,
La voz de la sangre clamará
Más audible que la de las palabras:
"SOMOS UNO SOLO"[11]

Así parece clamar el Libertador desde la playa solitaria, frente al rumor del océano que lo separa, con el estruendo de sus olas, de la tierra que lo ha arrojado como náufrago de la vida. Somos uno solo. La voz de la sangre habla por su garganta. Sangre que corre de las venas rotas de un continente. Sangre española con la cual él escribe la epopeya de la libertad.

"Yo deseo más que otro alguno ver formar en América la más grande nación del mundo, menos por su libertad y riquezas que por su libertad y gloria".

Pensamiento dilatado como los confines del Continente, para el cual señala un futuro de unión y confraternidad que el paso del tiempo habrá de sacar trabajosamente de los ámbitos de la quimera, como otros muchos de sus pensamientos.

"La Nueva Granada se unirá con Venezuela, si llegan a convenir

11 Cristóbal L. Mendoza, La Carta de Jamaica, en reproducción facsimilar de la publicación hecha en Kingston, 1818. Traducción nuestra, conceptuada por el profesor Howard Rochester.

en formar una república central cuya capital sea Maracaibo o una nueva ciudad que con el nombre de Las Casas (en honor a este héroe de la filantropía) se funde en el confín de ambos países en el soberbio puerto de Bahía Honda... esta nación se llamaría Colombia, como un tributo de justicia y gratitud al criador de nuestro hemisferio".

Es este el fragmento del sueño de un guerrero. Ha surgido de la lucha que se ha visto forzado a conducir sobre una y otra de sus dos patrias y de la que habrá de librar en el futuro hasta persuadirse a sí mismo, y convencer a los incrédulos compañeros de la brega formidable, que en el destino aparentemente dual de las dos comarcas hay un mandato de integración más nítido e indisoluble con el transcurso del tiempo. La victoria solamente será posible cuando esos dos fragmentos de su gloria unifiquen esfuerzos en la prosecución de una causa común y sus hombres se aúnen bajo el filo de su espada en un gran propósito compartido.

En medio de la desesperanza y la penuria de sus días en Jamaica, es la Nueva Granada la que hace renacer en el fondo del abismo a donde ha descendido, una pequeña luz que pone en movimiento una vez más al maltrecho guerrero. Es una petición dramática de los defensores de Cartagena para que acuda a asumir el mando de la plaza sitiada. Han pasado varias semanas desde que fuera escrita, de tal suerte que, cuando el 18 de diciembre, arranca de la isla anglo africana, en dirección a la fortaleza donde, hace tres años ya, remontó el vuelo, ésta se ha rendido con el último aliento de sus defensores. Quizás el retardo de esa misiva marca, como tantos otros episodios providenciales en la trajinada vida de Bolívar, la ínfima distancia entre la destrucción y la posibilidad de proseguir la lucha. De haber llegado a tiempo, quizá la balanza de su destino se hubiese inclinado hacia el lado opuesto, poniendo al rebelde impenitente en manos de sus enemigos.

En alta mar cambia el rumbo del bajel corsario La Popa. Se dirige ahora hacia los Cayos de San Luis, en el primer retazo de América que conoció la libertad. Alejandro Petión es el gobernante negro de la minúscula Haití, que rompió los eslabones de esclavitud

que la encadenaban a Francia y proclamó la independencia. Entre los dos campeones de la libertad surgen de inmediato vínculos de profunda simpatía. El mandatario negro cree en aquel hombre enjuto y vibrante, cuyos ojos profundos parecen exteriorizar todo el intenso fuego de un alma.

De lugares cercanos van llegando a Los Cayos, convocados por Petión, todos los tránsfugas de los desastres de Venezuela y Nueva Granada. Allí, cualquier día, se celebra una dramática asamblea en la que Bolívar expone la idea de una expedición sobre Venezuela bajo su mando. Hay de todo en aquella reunión de luchadores broncos y ambiciosos. El mando de Bolívar se pone de inmediato en tela de juicio. Bermúdez y Montilla son los más empecinados contra él. Pero, además, esta allí Santiago Mariño, su camarada y adversario del año anterior. Cada quien se siente llamado en aquel renacer de la esperanza, a dar nuevo aliento a una guerra que ha pasado a ser elemento sustancial de sus vidas.

Hay en Bolívar algo, sin embargo, que falta en sus émulos: el aliento de la grandeza. En la elección cumplida finalmente para zanjar discusiones que amenazan con degenerar en violenta reyerta, gana arrolladoramente. Con Bolívar esta Luis Brion, aventurero natural de Curazao que "no tiene conocimiento alguno de náutica ni ha servido jamás en el mar", como dice de él un marino inglés. Contra él está Aury, francés, otro aventurero que sí sabe de oscuros y claros episodios sobre las olas y ha servido la revolución, almirante o bucanero en aquella descompuesta situación revolucionaria, que brinda oportunidades sin cuento a todo extranjero con ambición, belicosidad y audacia, para exhibir título de algo que puede ser útil a la guerra.

Aquel Brión es todo un personaje que hará carrera a la sombra del Libertador. Es él quien se aparece en Cartagena, infiltrándose Dios sabe cómo a través de la escuadra sitiadora de don Pascual Enrile y de las fuerzas del general Pablo Morillo, para hablar a otro francés, Ducudray, a la sazón comandante de la plaza asediada, y susurrarle el nombre de Bolívar. De allí el llamamiento al Libertador para acudir en socorro de la fortaleza. El mismo marino británico agrega en su descripción sobre el hombre que desaloja a Aury de la escuadra republicana:

"El señuelo que lo atrajo fue quizás el de la fama y notoriedad, y así se encargó de equipar una flota a su costa, con tal que se le permitiera el mando de ella con el grado de primer almirante del Estado"[12].

Así se arma la expedición que partirá de Los Cayos en dramático intento de recuperar a Venezuela. Han transcurrido tres meses diez días desde aquel 31 de diciembre en que la goleta La Popa anclara ante el segmento negro de la isla haitiana y este 10 de abril de 1816, cuando diez goletas y un bergantín se hacen a la mar en Los Cayos. De todo hay a bordo de los once navíos que tienen más de confusión babilónica de lenguas y de razas, que de ejército formado para la guerra. No importa. En el puente de uno de aquellos bajeles, oteando el horizonte sobre la mar encrespada, viaja un peregrino de la libertad, un guerrero para quien toda hazaña se advierte pequeña y todo desafío aceptable.

En el mar de los corsarios, sobre aquella móvil superficie por donde ha corrido la historia en carabelas, bergantines y goletas historia de sangre y de oro, de abordajes y naufragios se abre un nuevo capítulo en la vida de Simón Bolívar.

12 G. Hippisley, A Narrative of the expedition to the Rivers Orinoco and Apure in South América, Londres, Esquire, 1819.

V. CUMBRES Y ABISMOS

Oleajes y escollos

Navega la minúscula flotilla en dirección a la isla Margarita. Su derrotero debe eludir la escuadra española y arribar desde el oriente para despistarla, como si viniese de Europa. Semeja móvil archipiélago de esperanzas y ambiciones, de sueños y presentimientos, de expectativas y temores.

Manda la escuadra Luis Brion, empeñado en hacer valer un grado brumoso de capitán general, que ha de tributársele, so pena de suscitar su ira vengativa. El marino británico que narra las incidencias de esta descomunal aventura lo describe en trazos pintorescos:

"Solía vérsele en el puente del navío con una guerrera de húsar inglés, pantalones escarlata de lo mismo, ancho galón de oro a ambos lados, un sombrero de capitán general con una pluma prusiana muy grande y una botas enormes de dragón con espuelas pesadas de oro de un largo incomodísimo...".

Con todo, aquel conjunto de húsar y marino posee la intuición del mar como su general de la guerra. El 2 de mayo se avistan un bergantín y una goleta españolas fuertemente artilladas. La extraña flotilla embiste contra ellas y una visión de piratas, a cuya cabeza salta el capitán general con su pluma prusiana en el sombrero, se advierte sobre los puentes en

feroz abordaje. Las dos naves se incorporan, con lo que no muere de sus tripulaciones, a la armada de la Libertad y Luis Brión, herido en la refriega, es nombrado Almirante de la República por el Libertador.

En la isla, Arismendi lucha bravamente contra la guarnición española dejada por Morillo. Los velámenes de la Escuadra surgen del mar para alentarlo en su brega y el adversario se refugia en el reducto fortificado de Pampatar. El tigre margariteño y el Libertador se reconcilian, como ya lo habían hecho los otros díscolos caudillos en Los Cayos, suavizando el formidable choque de personalidades que surge cada vez que los jefes venezolanos dirimen entre sí la competencia del poder.

Se ha iniciado un nuevo intento de reconquistar a Venezuela. Bolívar es, una vez más, el hombre de las dificultades, el infatigable gladiador de la libertad y de su propia gloria. El 1o. de junio desembarca en Carúpano. La ciudad casi solitaria nada quiere saber de independencia ni de nuevas tragedias como las que la han inundado en sangre. Al sur luchan las guerrillas de Monagas, Cedeño, Zaraza, pero no hay forma de establecer contacto. Mariño y Piar solicitan armamento y recursos a Bolívar para marchar a oriente y levantar un ejército. Sabe el Libertador que no han de regresar, empeñados en hacer su propia revolución caudillista, pero se los procura de todos modos. Y no regresan, atraídos por la imagen de una gloria que ansían para sí mismos.

Poco puede hacerse en Carúpano. La expedición leva anclas. Caracas torna a ser el objetivo magnético para Bolívar, ansioso de poseer aquel núcleo emocional de la patria y contagiar desde allí la rebeldía que alienta dentro de sí. Con audacia sin límites, el guerrero desfila ante Puerto Cabello en desafío casi inaudito al poder adversario. Su carta a Arismendi lo dice todo:

"Las noticias que V.E. me ha comunicado de los movimientos de la escuadra española me han determinado a abandonar Carúpano para marchar rápidamente al corazón de Venezuela... El suceso justificará la empresa. Si soy desgraciado en ella no perderé más que la vida, porque siempre es grande emprender lo heroico..."[1].

Al amanecer del 6 de junio de 1816 la abigarrada expedición

1 Lecuna, cartas del Libertador.

desembarca en la costa de Ocumare. El coronel Carlos Soublette lleva el mando de la fuerza de desembarco y avanza sin resistencia hacia el Paso de la Cabrera, a fin de cortar las comunicaciones entre la capital y Valencia. Ese mismo día ocupa a Maracay. La campaña se inicia con buenos augurios, pero los corsarios a bordo de la flotilla desembarcan el parque de cualquier modo y parten hacia La Guaira, en busca de riquezas imaginarias que habrán de llevar consigo los emigrantes aterrorizados por la invasión, y del botín que no han hallado en Margarita y Carúpano.

Morales, enviado por Morillo desde la Nueva Granada, comanda el contingente más próximo al sitio del desembarco. No es gran cosa. Algunos 400 hombres. Marcha de inmediato sobre Soublette, quien se repliega, pero es impulsado por Bolívar al encuentro de su adversario. Entre las duras frases del Libertador para su subordinado restalla una que es la más vívida descripción del espíritu que alienta tras la increíble aventura: *"La audacia debe salvarnos. Lo que parezca a usted temerario es lo mejor, pues la temeridad en el día es prudencia"*.

Sin embargo, ni la temeridad puede hacer de aquel puñado de hombres, surgidos del Caribe con más carisma de aventureros que de combatientes, un ejército. Morales bate a Soublette y al propio Bolívar que acude a último momento a reanimar sus tropas, el 14 de julio. Sigue tremenda confusión. Las fuerzas de la libertad se repliegan sin que Morales aproveche su éxito para destruirlas. Bolívar se dirige a la costa para preparar la evacuación, y halla espantoso desorden que el coronel Bartolomé Salom no puede dominar. Los barcos no han regresado. Alzuru, que había sido edecán de Mariño, llega con una noticia trastrocada que acaba de empeorar las cosas, al afirmar que el ejército ha tomado camino de los Llanos en tanto Morales avanza sobre Maracay. No hay otro recurso que abandonar el parque, embarcar lo que se pueda y hacerse a la vela en un buque que arriba providencialmente al mando del corsario Villaret.

El mismo Alzuru vuelve donde Soublette y le informa que en la playa ha ocurrido un verdadero desastre. Presionado por Morales el ejército, despojado de su caudillo, se escurre hacia Choroní, y ha de ser núcleo importante de la campaña de McGregor con la cual

se inicia la liberación de Guayana, que Piar ha de concluir. Nuevo abismo. Repetido hundimiento del hombre en quien se ensañan todos los infortunios.

Sobre el Caribe, hacia la incertidumbre

A bordo del Indio Salvaje, Bolívar deambula por el mar de Colón. Pasa por Puerto Rico. Pone luego rumbo a Bonaire. De allí opta por dirigirse a Güiria para un nuevo contacto con Santiago Mariño. No cuenta, sin embargo, con la presencia de un viejo enemigo, Francisco Bermúdez, a quien dejó en Los Cayos de Haití por considerarlo opositor peligroso. Luego, cuando Bermúdez logró por fin embarcarse para Margarita, le negó permiso de desembarcar y unirse al ejército. El arriscado caudillo exuda rencor e, ignorante del rumbo que Bolívar habría de seguir, se le anticipa en llegar a Güiria.

A Mariño no le cae mal la hostilidad de Bermúdez hacia el Libertador. Si no lo aúpa en su actitud vengativa, al menos lo deja hacer. Una turbamulta se forma a la llegada de Bolívar, suscitada por Bermúdez, abajos al recién llegado, vivas a Mariño y a Bermúdez, quien acaba por atacar, sable en mano, a su antiguo jefe convertido en blanco de su ira revanchista.

Nuevamente las aguas procelosas, el Caribe dilatado y azul, con olas como montañas empenachadas de nieve. El mar se ha vuelto para él tan hostil como la tierra. Parece que todo se ha puesto en su contra. Hacia Haití, faro de luz negra y libertaria, enrumba el desventurado guerrero. No hay adversidad que no haya conocido, ahora que una nueva frustración se añade a sus desastres. Sobre la costa de aquella tierra firme, que apenas pudo pisar por breves semanas, españoles y criollos se disputan el afán de ser sus enemigos.

Petión, como Camilo Torres, había intuido en Bolívar un destino luminoso. El fracaso, lejos de disminuir esa fe extraña que su protegido acertó a suscitar en hombres de talento y penetración, no hizo sino fortalecerse. En aquella hora abismal de un nuevo desastre, el adalid de la negritud americana fue su amigo. Y desde la lejana Venezuela enemiga, Arismendi, su recio

rival de otros tiempos, se convierte en la única voz aliada en la borrasca. Margarita se había consolidado bajo su mando. En tierra firme proseguían las guerrillas cosechando éxitos dispersos en oriente. En el Apure un nombre comenzaba a proyectarse sobre la llanura, con resonancias comparables a la que dos años antes adquirieran los vivas estentóreos de miles de hombres a José Tomás Boves. Es otro José, pero bajo las enseñas de la revolución: José Antonio Páez.

Nuevos recursos se ponen a órdenes del Libertador, con generosidad que da lustre imperecedero al nombre de Alejandro Petión. En momentos en que el guerrero alista nueva aventura, tres mensajes insólitos llegan desde Venezuela pidiéndole regresar para reasumir el mando de los dispersos ejércitos de la República. Son sus propios émulos, quienes en una u otra forma se le han enfrentado, los que ahora le suplican unificar aquella lucha fragmentaria que no habrá de llevar a parte alguna.

"Los que así apelaban a él reconocían que, a pesar de sus defectos, el gran caraqueño estaba por encima de todos sus rivales. Tenacidad, fe, poder intelectual y esa extraña fuerza magnética que emana de todo hombre nacido para mandar, eran sus dones supremos; ¡y qué virtud fascinadora debieron poseer en él, cuando obligaban a retornar a su obediencia lo que apenas hacía semanas lo habían tratado cara a cara de cobarde por su huída de Ocumare!".

Son palabras de Salvador de Madariaga, el biógrafo implacable para quien Simón Bolívar es mezcla de monstruo y genio, de cobarde y héroe, de sátrapa ambicioso y hombre de glorias y grandezas, con cuya figura contradictoria pretende construir "un ser humano más real que el solemne general siempre seguro de sí mismo que se suele pintar"[2] .

La expedición que ahora organiza Bolívar es más pequeña que la anterior. La comandará el mismo Brión, separado de él desde que los enfrentó la desgraciada acción de Ocumare. Bolívar lo había enviado a una confusa misión diplomática para obtener recursos en los Estados Unidos. El almirante naufragó, terminó en Jamaica y, al conocer del regreso del Libertador a Haití, corrió a unírsele.

2 Madariaga, ob. Cit., Tomo I, págs. 555 y 556.

Agoniza aquel año incierto de 1816 cuando, el 4 de diciembre, la minúscula flotilla leva anclas para no volver. A bordo de la goleta La Diana, la determinación que galvaniza el alma de Bolívar es más fuerte que nunca. No habrá un cuarto destierro. Ahora será la libertad o el fin. El negro cabello revuelto por la brisa, los ojos tan profundos como el propio océano, Simón Bolívar debe pasar revista a sus recuerdos que semejan una inmensa tormenta desatada. Desde que a la vista de la muerta ciudad de los Césares pronunció su voto de lucha y entrega a la libertad, no ha conocido reposo. Y no lo tendrá ahora, cuando dispone a poner pie en la tierra que ha jurado rescatar.

Otra vez el guerrero

Por Margarita, donde refuerza sus débiles efectivos, Bolívar llega hasta tierra firme y ocupa a Barcelona el último día de 1816. Desde la isla había convocado a Mariño. Lo hace de nuevo en Barcelona, enviando para el efecto al general Soublette. Su rival tan sólo acepta cuando se le garantiza que será el comandante en campaña, dado que entonces sitiaba a Cumaná con cerca de dos mil hombres. Bolívar, batido en Clarines en un nuevo y fallido intento de aproximarse a Caracas su tenaz obsesión , no tiene más recurso que inclinarse ante el antiguo subalterno y siempre rival.

De la breve asociación de los dos émulos de siempre y amigos de horas fugaces, no sale nada positivo. Mariño se resiste a obrar con la celeridad consustancial a Bolívar. No acata ni insinuaciones ni órdenes. Es él y sólo él. Bien pronto la unión se quebranta.

Otra vez el guerrero solitario se yergue en su inmensa estatura. Sin Mariño que acaba de dejarlo. Con Piar afianzando su fama en nuevas victorias sobre la Guayana y Páez haciendo lo propio en el Apure, su autoridad de comandante supremo es poco menos que nominal. Arismendi, enviado a Piar, informa a Bolívar que el hombre se crece exageradamente y que "no piensa como nosotros". En medio de los nubarrones, del occidente llegan noticias alarmantes. La Torre ha cruzado los Andes y hace frente a Páez en formidable batalla donde se miden por primera vez los aguerridos tercios de la infantería española con los huracanados jinetes llaneros, cuyas lanzas no logran penetrar las recias formaciones, debiendo recurrir

al incendio de la sabana con miras a aniquilar la división. Y en pos de La Torre llega Morillo a reasumir el mando en Venezuela.

Ante aquella situación vacilante, Bolívar decide reunirse a Piar. Ya se había ganado a Bermúdez, su rencoroso enemigo, cuando llegó éste al frente de 300 hombres enviados por Mariño para romper el cerco que los realistas tendieron a Barcelona, en momentos desesperados para el Libertador, quien salió al encuentro de Bermúdez y, dándole un abrazo ante las tropas que lo seguían, exclamó: "Vengo a abrazar al libertador del Libertador"[3].

¿Por qué Piar y no otro? Entre sus rivales del momento no había quizás uno comparable a él en talento guerrero, condiciones de comandante en campaña y creciente prestigio. Acercarse a él constituía una doble posibilidad: sujetarlo bajo la autoridad suprema que el Libertador ostentaba más en forma figurada que otra cosa, o ser devorado por el caudillo en trance de poder y de victoria.

Dos pudieron ser las razones: aparte de Mariño, vacilante e inmovilista, Piar era la guerra fluida, la ofensiva audaz y meteórica, al frente del mejor ejército revolucionario entre aquel disperso y un tanto anárquico panorama de fuerzas individualistas. Pero había algo más: Piar poseía un dominio natural de la estrategia, lo que le hizo comprender la importancia de la Guayana como base de operaciones para la liberación militar de Venezuela, el Orinoco como arteria de comunicación con el mundo exterior. Comparada con Caracas, Guayana constituía fuente inagotable de recursos, territorio abierto a la maniobra, en donde cualquier operación de cerco sobre los rebeldes requeriría fuerzas de tal magnitud, que jamás podría reunir un eventual adversario. Desde allí se podría maniobrar luego sobre Caracas por dos direcciones principales y unas cuantas secundarias. Es decir, por el Orinoco como eje, alcanzar los Llanos a fin de atacar desde el sur por Calabozo (ruta de Boves) o por Barcelona, siguiendo la línea del litoral (ruta de Mariño). En ambos casos, la posibilidad de apoyo naval facilitaría grandemente el movimiento y los suministros para cualquier operación.

Caracas, en cambio, no tenía otro valor que el político y sicológico, dadas las tendencias realistas de la población. Por

3 Liévano, ob. Cit. Pág. 177

otra parte, las campañas de los años 12 y 14 habían revelado la debilidad estratégica de un área circundable, situada de espaldas al mar, sin rutas de escape ante un posible insuceso. Piar era la Guayana. Bolívar, Caracas. En este caso, la visión intuitiva de las probabilidades favoreció al mulato, militar por instinto.

La breve permanencia al lado de Piar reveló a Bolívar la enorme importancia de la Guayana. Su mirada de águila percibió al instante las razones que guiaron a su subordinado teórico y enconado rival en la práctica, para batallar por la posesión de aquella área clave. Pero junto a Piar no era posible permanecer mucho tiempo. Como al lado de cualquier caudillo con pretensiones de general en jefe.

El Libertador atrajo, en consecuencia, a Páez dentro de su órbita, nombrándolo general de brigada. Se anticipaba así a Mariño, quien, con su celebrado congreso Cariaco, se había alzado con la autoridad de general en jefe de la República, relegando a Bolívar a simple miembro de un Consejo de Gobierno surgido de aquel acto espurio, en que el "Segundo Jefe de la Nación" se arrogó facultades que el primero no le otorgó ni pensó jamás en concederle.

Piar termina entre tanto de libertar la Guayana: quedan tan sólo las ciudades de Angostura y Guayana la Vieja, donde se refugian los disminuidos restos del poder español, sometidos a implacable asedio que determina a Morillo a acudir en su socorro a través de su segundo, el general La Torre, quien penetra el cerco de acero a la cabeza de su columna de socorro, compuesta por cerca de l.500 hombres. Las Misiones del Caroní, que el coronel y presbítero José Félix Blanco administra a órdenes de Piar, conforman el más rico centro de abastecimientos agrícolas para los republicanos. La Torre sale secretamente de Angostura en la noche para operar sobre ellas, pero Piar, oportunamente informado, adivina su objetivo y le sale al paso en San Félix, donde obtiene brillante victoria. La Torre, con los remanentes de su quebrantada columna, se ve obligado a buscar refugio en Angostura y el cerco se cierra nuevamente en torno a la ciudad.

En aquel momento Bolívar, afianzado ya en el mando por la sucesiva sujeción de los caudillos insurgentes y la neutralización de Mariño, rival inconciliable de Piar, hace acto de presencia para unificar la autoridad militar y civil de que está investido, a la vez que da remate a la

conquista de la Guayana. La flotilla de Brión aparece simultáneamente en el Orinoco para acentuar la presión sobre Angostura y la autoridad suprema del Libertador, que ya ni el mismo Piar osa desafiar.

La Torre confronta una situación desesperada cuyo final se presiente en el hambre, las enfermedades y el desaliento de la ciudad sitiada. Junto con Echeverría, el valeroso comandante de las fuerzas defensoras por más de dos meses anteriores a su arribo, monta una operación desesperada de ruptura. Todo ser viviente que desee participar en el azaroso empeño es embarcado en cuanto navío es posible reunir. Se trasladan a Guayana la Vieja. Aún subsiste la pálida esperanza de que Morillo acuda en su socorro. Pasan quince días. Se acentúan los padecimientos. El 2 de agosto, 22 naves de guerra y 12 de transporte se desprenden de la ciudad y descienden el Orinoco hacia la ensenada de Cabrián, donde aguarda la escuadra de Brión, reforzada por un fortín que Bolívar ha ordenado construir sobre la banda derecha del río.

La acción es terrible. Los barcos de guerra españoles escudan por la derecha el desfile de los transportes y se enfrentan valerosamente al fuego concentrado de los buques rebeldes, el fortín artillado y las fuerzas terrestres alineadas sobre las márgenes. A costa de terribles pérdidas se abren camino, pero allí no terminan sus tribulaciones. Bolívar envía a Brión tras las naves fugitivas. Nuevos encuentros, hundimientos, abordajes. Cuando don Miguel de La Torre alcanza el 9 de agosto de 1817 la isla de Granada, con las naves supervivientes, un destrozado racimo de militares y civiles, famélicos y enfermos, es todo cuanto queda de la Guayana, perdida para siempre. El verdadero inicio de la liberación de Venezuela alborea en los horizontes de selva y de agua del territorio reconquistado.

Epílogo sangriento

La presencia de Bolívar frente a Angostura constituye el episodio culminante de la fiera competencia caudillista por el mando militar. Allí Bolívar se levanta varios codos por encima de sus opositores y rivales, demostrando que es el mejor entre todos, no tanto como guerrero, plano en el que aún no acaban de dirimirse superioridades, sino en la fusión de condiciones cuya gama no reúne ninguno de sus émulos.

En él se funden el conductor intuitivo, el estadista capaz de abarcar como ninguno el movedizo campo de la política, el general ilustrado, el orador de encendida elocuencia, el polemista de la palabra escrita, el ser humano de formidables dimensiones. Es en ese prodigioso conjunto, que él armoniza a plenitud en su ser volcánico, donde reside su verdadera superioridad. Con ella acaba por doblegar las férreas individualidades de caudillos de montonera, entre los cuales tan sólo Santiago Mariño se destaca por su inteligencia, pero le falta la armazón total de una personalidad superior.

Con la toma de Angostura se pone punto final a las disensiones en el momento decisivo. Muchas más habrán de producirse en horas de prueba, pero los reflejos de Angostura habrán de acallarlas con la sola presencia del hombre capaz de imponerse en aquel desconcierto de personalismos, que ha venido afectando dramáticamente la conducción de la lucha armada. Y es el guerrero quien lo hace en un acto terrible de autoridad, comparable tan sólo a la proclamación de la guerra a muerte, cuatro años atrás, en el curso de la campaña fulminante sobre Caracas. Tan sólo que aquí no habrá millares de víctimas sino una sola, aureolada por la victoria y el éxito militar.

Carlos Manuel Piar, el general de El Juncal y San Félix, libertador de la Guayana, no inclinó la altiva cerviz ante el Libertador erigido, ahora sí, en Comandante Supremo. No ya de papel sino de mando y espada. Prefirió declinar el mando y obtener pasaporte para abandonar a Venezuela, tras rechazar los ardientes pedimentos de continuar en el ejército, que Bolívar le formuló. Piar, como Bolívar, no nació para ser segundo de nadie y, aunque en su enfrentamiento con Santiago Mariño respaldó la autoridad del Libertador, cuando se trató de inclinarlo ante su mando actual y presente, optó por resignar su posición privilegiada de general victorioso, que posiblemente le aseguraría la segunda posición militar en la revolución.

Hasta dónde conspiró realmente el triunfador de Guayana o simplemente dio salida verbal a sus rencores y despecho, es asunto no bien dirimido aún en la encendida polémica que ha suscitado en el tiempo la inclemente ejecución de Piar. El hecho, discutible a la luz de la justicia, enrumba la historia hacia desarrollos que quizá, sin aquel acto de tremendo impacto sicológico, hubiesen sido diferentes. Lo cierto es que el consejo de guerra, presidido por

el almirante Brión, incondicional de Bolívar, pronunció sentencia condenatoria por cargos entre los cuales figura el de deserción. ¿Deserción cuando se le había concedido retiro del servicio activo? Es cierto que Bolívar le convocó a Angostura por conducto de Bermúdez y el supuesto conspirador, desconfiado por naturaleza, se negó a comparecer. Pero ¿era esto deserción....?

El 17 de octubre de 1817, Carlos Manuel Piar, general de la república, cuya gloria militar llegó en un momento dado a eclipsar la del propio Libertador, caía ajusticiado a la edad de 35 años, en la plaza de Angostura, ante la atónita mirada de las tropas que fueron suyas. Sus compañeros de lucha lo habían abandonado. El propio Cedeño, su inmediato subordinado en la Campaña de Guayana y hombre de su más íntima confianza, fue el que lo capturó en Aragua, con un piquete de caballería. Amargo destino el del hombre que ha conocido el poder, la luz de la gloria, las alturas de la fama, la íntima satisfacción del prestigio merecido, y cae en desgracia. Todo se vuelve contra él. Hasta el gesto despectivo de quienes le rindieron pleitesía en las horas triunfales.

Así termina el duelo de los caudillos. Epílogo sangriento para un forcejeo despiadado entre hombres que se disputan la posesión exclusiva del mando, como camino forzoso hacia la gloria que cada cual desea exclusivamente para sí. En el pasado inmediato Piar había sido más afortunado en la batalla, cuya conducción magistral le aseguró los laureles de El Juncal y San Félix, para coronar la campaña de Guayana, conducida con excepcional brillantez. Bolívar demostró ser:

"...más guerrero, más caudillo, visionario político de más amplio vuelo, de mayor estatura en el balance de condiciones humanas que llevan a la grandeza. En el duelo entre el general afortunado y el genio volcánico, éste habría de ganar"[4].

Con Piar se cierra una era de rebeldía anárquica, de autoridad disputada, de caudillaje díscolo y rebelde. En el ajusticiamiento de Angostura, "paso tremendo en la consolidación de un mando que no admitía rivales ni sombras", toda Venezuela, desde las bocas del Orinoco hacia Apure, se notifica de quién manda la aún no configurada nación.

4 Alvaro Valencia Tovar, *El general de división José María Córdoba*, Bogotá, Imprenta y Litografía de las Fuerzas Armadas, 1974, págs. 51 y 52

Bolívar y Morillo

Otro gran duelo se avizora en el horizonte. Bolívar, comandante supremo de los ejércitos de la revolución, ha consolidado una gran retaguardia, lo que le abre camino para recuperar el eje mental de su concepción guerrera: la ruta hacia Caracas. Morillo, vencedor en todos los encuentros de su meteórica carrera militar, artífice magistral de la reconquista de Venezuela y Nueva Granada en 1815 y 1816, ha regresado para conducir personalmente la guerra en el accidentado teatro venezolano. Las dos trayectorias van a cruzarse inevitablemente.

A diferencia del guerrero que comienza su actividad bélica en la revolución, con el heredado título de Coronel de Milicias de los Valles de Aragua, Morillo ha debido abrirse paso desde las propias filas de combate en el alzamiento que sigue a la invasión francesa en 1808. Se inicia en las disciplinas de las armas en la Infantería de Marina, lo que enrumba sus primeros años militares por las rutas invisibles del mar. Así participa en las batallas de Tolón y Trafalgar. Herido en ambas, cae prisionero de los ingleses en la segunda. Su primera acción terrestre tiene lugar en la batalla de Bailén, con brillantez y heroísmo que atraen la mirada de su comandante, el general Castaños, sobre aquel osado teniente de infantería.

Así el joven oficial, nacido en Fuentesecas de Ciudad del Toro en mayo de 1778, cinco años antes que Bolívar, avanza brillantemente por los ásperos senderos de la guerra. Es valiente. Con ese valor típicamente español configurado por arrojo, menosprecio del peligro, sentido providencialista de la vida y de la muerte, arrojo sin medida, vanidad, desplante orgulloso, fiereza indómita, sentido medular del sacrificio, patriotismo delirante.

A los 31 años debe recibir, a órdenes del capitán de navío Crawford de la Marina Británica, la rendición de Vigo. El oficial francés que comanda la plaza, no quiere rendirse a un militar de menor graduación. Pablo Morillo se concede a sí mismo el grado de coronel para vencedor los escrúpulos del francés. Y a coronel efectivo ha de llegar bien pronto, tras la victoria de Fuente Sampayo, nada menos que contra el Mariscal Ney, el 8 de mayo de 1809, a un mes apenas de la capitulación de los franceses en Vigo.

Enviado a Extremadura para levantar un regimiento regular, cumple su misión con energía, talento organizador y fuerza creativa. El mismo le pone nombre: el Regimiento de la Unión, del cual es nombrado comandante. Ha de ser su unidad favorita, que lo acompañará a las campañas americanas.

Morillo, como Bolívar, posee facultades innatas para la guerra y para el mando. Obligado en no pocas fases de la lucha contra los franceses a conducir operaciones irregulares, lo hace con maestría. La movilidad caracteriza sus empeños, como lo refleja una carta a su amigo y superior, el general Castaños, cuando desde Zalamea le dice:" Yo seguiré culebreando por estos pueblos sin fijarme un solo día en uno de ellos". Este aprendizaje lo capacita excepcionalmente para conducir la guerra en América y entender la forma de lucha un tanto elemental que habrá de enfrentar.

El 14 de marzo de 1811 es ascendido a brigadier y situado con su Regimiento a órdenes del general inglés Hill, con quien toma parte decisiva en la batalla de Albuhera, de donde prosigue bajo mando británico toda la campaña de Extremadura. Comanda ahora una división y con ella, a órdenes del general Wellington, le corresponde iniciar la batalla de La Victoria. Herido en los primeros momentos prosigue al frente de su división hasta coronar el triunfo, decisivo en la historia de España y Francia.

Con el propio Wellington entra a Francia al mando de su división, cuya conducta con la población civil defiende ardientemente ante el mando inglés, preocupado por los desórdenes que algunos voluntarios españoles cometían en el territorio del enemigo. ¿Este cuántos había perpetrado en el suyo durante la ocupación? Luego al término de la guerra de Independencia, como los españoles dominaban la lucha contra el dominio francés, es recomendado por su amigo y protector Castaños, para comandar la formidable expedición destinada a reconquistar para la corona la parte de su imperio que el movimiento segregacionista habíale arrebatado.

Ya en el Nuevo Mundo su acción militar no puede ser más eficiente. Cierto es que a su llegada la reacción interna había derrumbado por segunda vez la república en Venezuela y que la Nueva Granada, desgarrada por contiendas intestinas, impreparada

para la guerra y con su ejército fraccionado, no podía presentar una resistencia coherente a un militar de sus capacidades. Pero no lo es menos que el mariscal de campo don Pablo Morillo, ascendido a teniente general al cabo de sus primeras acciones exitosas en Venezuela, conduce las operaciones con pericia y brillantez dignas de un gran capitán.

Otra cosa es su actuación política, particularmente en la Nueva Granada. Influenciado adversamente por la crueldad sin nombre de la lucha en Venezuela, cuya vorágine de violencia había devorado antes a hombres de la temperancia de don Manuel de Cajigal, no sabe diferenciar lo hallado allí con lo que encontraría luego en la Nueva Granada. Parece que la traición de Arismendi a su compromiso de lealtad al monarca, contraído en Margarita a la llegada victoriosa del Pacificador, hirió profundamente el ánimo de éste y lo predispuso a la drasticidad justiciera. Más aún cuando se enteró de la conducta sanguinaria del caudillo, a quien indultó contrariando el consejo de Tomás Morales, quien le recomendó ahincadamente que ajusticiara al rebelde o habría de lamentarlo. Y lo lamentó en medida que troncó por completo la actitud benevolente de sus primeros actos en Venezuela, así como las instrucciones del rey que determinaban, aunque en forma un tanto vaga y aun contradictoria, una conducta de compresión y perdón[5].

Sea como fuere, lo cierto es que el comportamiento del Pacificador en la Nueva Granada constituye muestra evidente de ese arrepentimiento que Morales le profetizó. La equivocación resultante es monstruosa. Si en Venezuela, dadas las circunstancias de la guerra a muerte, la drasticidad represiva hubiese sido explicable, aunque no procedente, en la Nueva Granada significó la pérdida definitiva del virreinato, donde la lealtad al monarca renació con entusiasmo al paso de sus ejércitos. A las damas

5 Un oficial español, El capitán Sevilla, quien con su hermano Manuel formaba parte del ejército pacificador, narra en detalle la escena en que Morillo perdona la vida a Arismendi contra las ahincadas recomendaciones de Morales, quien le describió la sangrienta trayectoria del caudillo margariteño. Cuando Morillo a pesar de todo lo acabado de escuchar, perdonó el jefe rebelde a trueque "ser leal con esa nación hidalga a quien debe su segunda vida" cuenta Sevilla que Morales exclamó: "Mi General, desde ahora le predigo que fracvasará en su expedición… se pierden estos dominios para España y usted pierde su fama de sabio político y valiente militar, si sigue usted el sistema que acaba de inaugurar en la Margarita". A lo cual Morillo respondió secamente: "señor brigadier, no le he pedido a usted consejos". El episodio anterior está recogido pormenorizadamente por Madariaga en su Bolívar (págs. 514 y 515, de donde se toma esta referencia).

santafereñas, al denegar las dolientes peticiones de clemencia que le formularon, respondió citando lo ocurrido con Arismendi. Rechazó con desprecio los homenajes que se le prepararon como héroe victorioso y en toda su conducta pesó agobiadoramente el episodio de Margarita y sus terribles consecuencias posteriores[6].

Tal era el militar y el hombre que entraba a medir fuerzas con el Libertador. Duros y crueles ambos bajo el imperio de las circunstancias, soldados y guerreros de gran proyección, empecinados y valientes hasta la temeridad más militar Morillo, guerrero de más amplia inspiración Bolívar , el duelo mortal habría de abarcar cuatro años de cruentas batallas sobre el ensangrentado panorama de Venezuela y quedaría, finalmente, indeciso. Ninguno de los dos llegó a infligir al otro una derrota decisiva. Mayores los reveses militares del Libertador, su gigantesca personalidad, su acerada alma guerrera, le permitieron sobreponerse siempre hasta hacer exclamar a su exasperado oponente: "Bolívar vencido es más temible que vencedor".

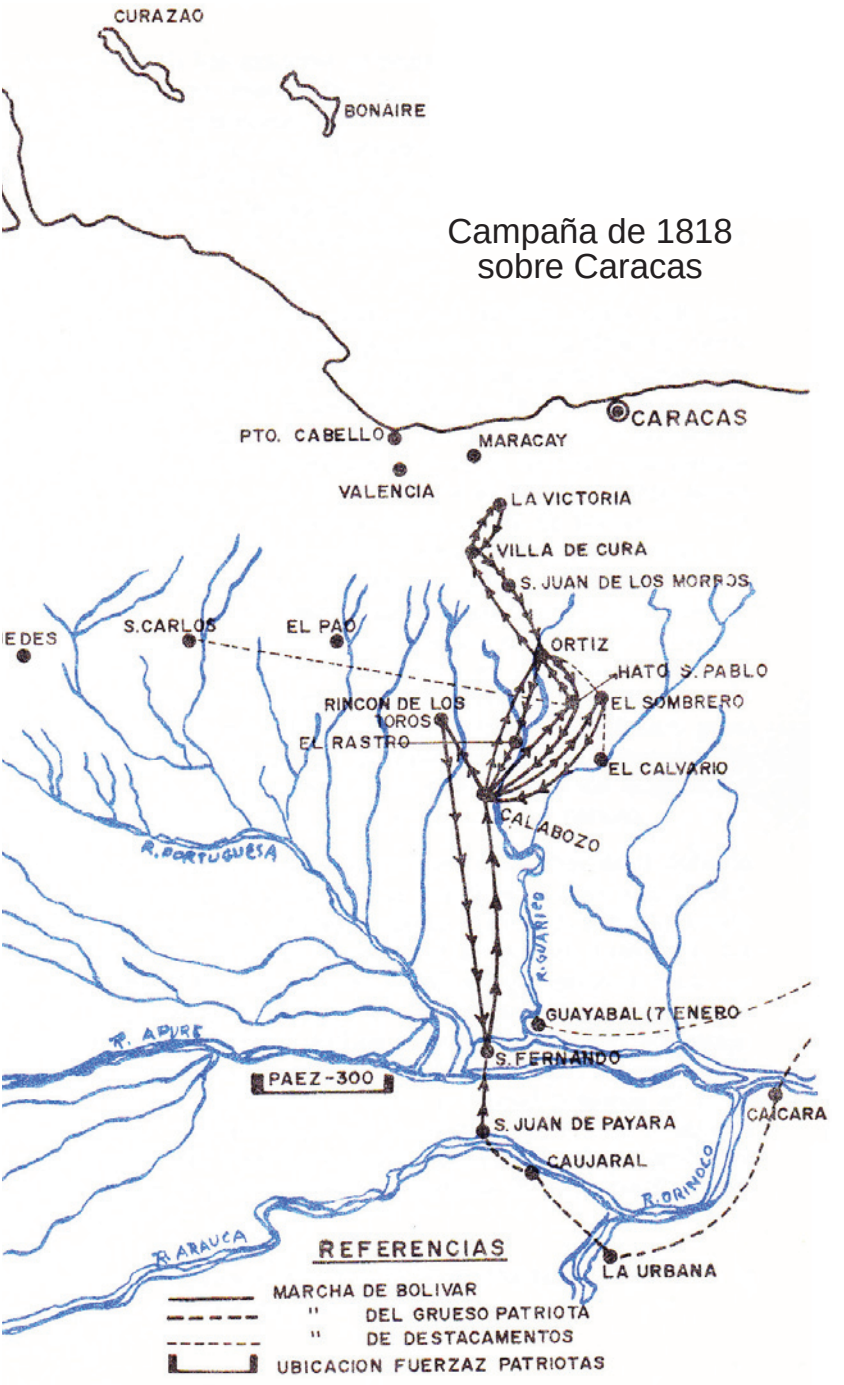
La obsesión de Caracas

Al regresar Morillo de la Nueva Granada, confronta una grande alternativa estratégica: la Guayana, donde la rebeldía juega su carga decisiva, o la reconquista de Margarita y consolidación del teatro central de operaciones, con Caracas como nódulo de fuerte gravitación política y sicológica dentro de la conducción de la guerra.

Indeciso sobre el partido más indicado, termina enviando a La Torre en socorro de la Guayana y él emprende personalmente, con su habitual energía, la reconquista de Margarita. La división de fuerzas así operada se traduce en el resultado lógico de contrariar uno de los grandes principios de guerra, enunciable como concentración, resultado a la vez de una acertada economía de medios y esfuerzos. La Torre, batido en San Félix, no puede cumplir la parte de la concepción estratégica de su jefe que le fue encomendada. Y éste, habiendo hallado en Margarita resistencia superior a la esperada, ha de abandonar el objetivo ante la amenaza que la victoria rebelde tiende sobre su gran retaguardia.

6 Los datos biográficos del general Morillo han sido tomados de Antonio Rodríguez Villa, El teniente general Don Pablo Morillo, Madrid, 1908.

Mapa N°3


CURAZAO
BONAIRE
Campaña de 1818
sobre Caracas
CARACAS
PTO. CABELLO
MARACAY
VALENCIA
LA VICTORIA
VILLA DE CURA
S. JUAN DE LOS MORROS
EDES
S.CARLOS
EL PAO
ORTIZ
HATO S. PABLO
EL SOMBRERO
RINCON DE LOS TOROS
EL RASTRO
EL CALVARIO
CALABOZO
R. PORTUGUESA
R. GUARICO
GUAYABAL (7 ENERO
R. APURE
S. FERNANDO
PAEZ-300
S. JUAN DE PAYARA
CAICARA
CAUJARAL
R. ORINOCO
R. ARAUCA
LA URBANA
REFERENCIAS
MARCHA DE BOLIVAR
" DEL GRUESO PATRIOTA
" DE DESTACAMENTOS
UBICACION FUERZAZ PATRIOTAS

¿Por qué un militar del calibre de Morillo obra allí tan desacertadamente? Quizá lo impulsaron, como a Bolívar, razones de orden sicológico más que militar. Margarita figuraba en las instrucciones del rey como objetivo de la mayor importancia, " por la proximidad a Cumaná y porque estando a Barlovento es la guarida de los corsarios y el asilo de los insurgentes arrojados del continente". Y Margarita se había perdido en su ausencia, pasando a ser base de operaciones de inmenso valor contra tierra firme. Obró quizás el desconocimiento en que el capitán general se encontraba a su regreso de la Nueva Granada, sobre la verdadera magnitud de las fuerzas rebeldes en oriente. Más acertado hubiese sido lanzar el esfuerzo principal sobre Guayana con todos los medios a su alcance, dejando la protección de Caracas al cuidado de Morales y la captura de Margarita como efecto indirecto de una victoria difícil pero posible en Guayana. No lo hizo así el brillante y capaz general español, con el efecto de haber resultado débil en ambos empeños y mermar considerablemente sus fuerzas para el futuro.

Libertada Guayana, el siguiente paso del Libertador debería ser la maniobra sobre Caracas. Así lo indica la constante histórica que acompaña sus esfuerzos desde el año 13. Morillo lo adivina y acude con presteza a preparar su propia campaña. La situación general le es desfavorable. El aniquilamiento de la columna de la Torre, la pérdida de Guayana, las sensibles bajas administrativas en el paso de Los Andes, las pérdidas por enfermedad entre las tropas peninsulares, han disminuido considerablemente sus efectivos, aparte de su personal tropiezo en Margarita. Bolívar, en cambio, acrecido con la victoria en Guayana y la unificación del mando, se halla en excelente disposición para obrar, aunque los recursos materiales de su ejército sean insuficientes.

Las fuerzas enfrentadas para el episodio subsiguiente de la guerra presentan el siguiente dispositivo: El ejército español se distribuye en cuatro divisiones de combate y diversas guarniciones de fuerza variable en Puerto Cabello, Valles de Aragua y Valencia, entre otras, a más de una columna móvil comandada por el coronel Jiménez entre Carúpano, Cumaná y Barcelona. Las divisiones en despliegue amplio cubren: la primera, a órdenes del general La Torre, el gran abanico entre El Sombrero y El Calvario, vale decir, la ruta de aproximación del sur por calabozo. La segunda,

con el brigadier Tomás Morales, entre Caracas y Valencia. La tercera, bajo el mando del brigadier José María Barrera, ocupa la Nueva Granada. La cuarta, con el brigadier Aldana, en Nutrias y la quinta, a órdenes del coronel Sebastián de la Calzada, en Camaguán.

Para la misma época, finales de l8l7, las fuerzas revolucionarias presentan disposición bastante dispersa que obedece más a necesidades locales y disponibilidad de tropas al servicio de cada uno de los caudillos semi autónomos, que a un plan concertado por el mando supremo. Es natural. El caudillismo sometido no ha desaparecido. Cada general se considera dueño virtual de sus tropas y, aunque obedece con diversos grados de voluntariedad las determinaciones del Libertador, lo hace con su ejército. Bolívar no podía olvidar que el comienzo de la insubordinación de Piar fue la partición de esa propiedad personal entre éste y Bermúdez, a fin de actuar sobre los objetivos separados de Angostura y Guayana la Vieja, respectivamente.

Dicha distribución es como sigue: el brigadier Páez en el Apure con 1.000 jinetes y 300 infantes. Arismendi ha regresado a Margarita y comanda unos 400 hombres a pie. El brigadier Francisco Bermúdez opera en Cumaná con 700 combatientes, fuerza mixta de infantería y caballería. Monagas con otra columna mixta similar, de unos 800 hombres, se halla en Barcelona. Zaraza en San Diego de Cabrutica con 600 jinetes. En Guayana los coroneles Anzoátegui, Cedeño y Pedro León Torres con efectivos de 600, 800 y 1.000, respectivamente, la mayor parte infantes, para un total de 6.200 hombres[7].

El balance de fuerzas se muestra equilibrado, si bien del lado realista hay mejor equipo y más sólida organización militar. Ambos ejércitos tienen la retaguardia relativamente protegida, en mayor grado los patriotas merced a la posesión del Llano y la Guayana. Morillo, por su parte, se apoya en la Nueva Granada al oeste y el mar a la espalda. Lo más sensible de su dispositivo se halla al oriente, en gracia a la mayor disponibilidad de fuerzas patriotas en aquella zona y a la espina de la isla Margarita, sobre su espalda.

7 Eleázar López Contreras, Bolívar cobnductor de tropas, Bogotá, sección imprenta y publicaciones estado mayor general, 1945, pág. 82

El ejército patriota virtualmente no es vulnerable en ningún punto específico, dada su movilidad, dispersión y retaguardia abierta en amplios espacios.

Dentro de tales lineamientos la iniciativa estratégica se halla en manos de los rebeldes que pueden golpear donde quieran, en la dirección y el tiempo que deseen. Es, guardadas proporciones, el reverso de la situación de 1814 cuando Bolívar, envuelto por amplio círculo hostil, se vio obligado a conducir una maniobra defensiva a la espera del golpe adversario. Por su lado, el realista dispone de mayor facilidad de concentración sobre un punto cualquiera de la zona central, dotada de buena red de caminos y sobre territorio de fácil transitabilidad.

La maniobra estratégica que se delinea es, para el mando patriota, la denominada por líneas exteriores. Para el realista la opuesta, que debe aceptar obligadamente, por líneas interiores.

El plan de Bolívar consiste en concentrar una fuerza considerable hacia el centro del teatro de operaciones, dejando Guayana y Oriente custodiados por formaciones menores y maniobrar sobre Caracas por el eje Calabozo Villa de Cura San Juan de los Morros. Morillo le adivina la intención y ordena a La Torre desplazarse a Calabozo. Bolívar, por su lado, ordena a Zaraza avanzar hacia occidente y, sin comprometerse en combate decisivo, esperarlo en Santa María de Ipire, junto con la brigada de Pedro León Torres, que se le incorpora a comienzos de noviembre.

La misión de Zaraza es típicamente de cobertura, para lo cual su caballería constituye elemento ideal. Sin embargo, cuando se entera de que La Torre avanza resueltamente en su dirección, no vacila en dar batalla. Ha debido replegarse por la llanura abierta, hostigando a su adversario con apoyo en los numerosos caños y boscajes de la región. Su arrojo y manifiesta imprudencia lo llevan a contrariar las instrucciones del Libertador. El triunfalismo de estos caudillos, acostumbrados al combate instintivo donde y como se presente, le resulta fatal. No se trata ahora de un enemigo cualquiera, de condiciones semejantes a las guerrillas que aprendieron a combatir en la lucha misma, sino de divisiones regulares de un gran ejército, bien mandadas, combativas, con elevado espíritu y valor a toda

prueba. El resultado es desastroso. La Torre destroza la división de Zaraza causándole más de mil bajas y pérdidas irreparables en material de guerra.

Aquel revés demora pero no varía la idea estratégica del Libertador. El 31 de diciembre se pone en marcha hacia el Apure para encontrarse con Páez, quien conduce acciones de distracción por occidente a fin de encubrir el movimiento de Bolívar. Páez se adelanta al hato de Cañafístula para encontrar al Libertador. La sumisión del llanero primitivo y rudo al general en jefe queda sellada allí mismo, eso sí siempre que la presencia física de éste lo haga indispensable. De otra manera, Páez se las arreglará para hacer su soberana y real gana a espaldas de la figura magnética que lo ha subyugado.

Duelo de gigantes

Al tener conocimiento de la reunión de fuerzas entre Bolívar y Páez, Morillo se adelanta personalmente a Calabozo. Apenas tiene tiempo de llegar en fatigosa marcha desde San Carlos, cuando Bolívar ataca el 2 de febrero de 1818 a las fracciones de cobertura, obligándolas a refugiarse en la población. Allí, al enterarse de que es el propio Morillo quien se encuentra cercado, le envía un ultimátum duro y vibrante que el general español no contesta. Tan irremediablemente perdido lo cree el Libertador en su encierro, que deja allí un destacamento de caballería en vigilancia, al mando de Iribarren, mientras él maniobra hacia el Orituco, siempre con la idea de Caracas fija en su cerebro.

Morillo escapa del cerco y se dirige a la sierra donde está seguro de afianzar su infantería de hierro frente a la superioridad incontrastable de la caballería llanera, de cuyo calibre acaba de tener noticia exacta con el destrozo de sus brillantes Húsares de Fernando Séptimo y compañías sueltas que guarnecían el exterior de Calabozo.

En La Uriosa primero, en El Sombrero después, los férreos cuadros de la infantería española aguantan una tras otra las feroces cargas llaneras reforzadas con las unidades de infantería. La

mortandad y el desgaste son grandes en ambas fuerzas. Mayor en las patriotas que se estrellan, caballos, jinetes, infantes, contra la línea erizada de las bayonetas del rey.

Ambos son combates indecisos. El repliegue realista continúa. Ante la superioridad de la caballería republicana Morillo se aparta hábilmente del eje natural hacia Villa del Cura, para tomar el Alto Guárico con sus ásperos caminos, donde sabe que la caballería llanera habrá de enredarse.

Sin embargo, la persecución aún es posible, pero, una vez más, explota la falta de ensamblaje espiritual en el mando patriota. Páez se niega a proseguir el empeño aduciendo mil razones, entre ellas que su deber de llanero lo llama a recapturar San Fernando de Apure, ocupado por el enemigo. Nada hay que hacer. Ni la persuasión de que sólo Bolívar es capaz, ni su autoridad suprema, hacen cambiar la determinación de Páez, respaldado por los demás jefes de caballería.

La brillante oportunidad de proseguir la campaña con acentos decisivos se pierde en la obcecación del inextinguido caudillismo. Sin el apoyo de Páez se desvanece la ventaja inicial. La Torre gana tiempo para situarse en Villa del Cura, hacia donde converge Morillo al darse cuenta de que su adversario se ha detenido inexplicablemente. Bolívar, desalentado por aquel revés que le propinan sus propios generales, se repliega a Calabozo. Ha terminado lánguidamente la primera embestida sobre Caracas.

Bolívar persiste. Militarmente hubiese sido aconsejable un giro estratégico. San Fernando de Apure ha caído en manos de Páez, lo que hace posible disponer nuevamente de su caballería. Poseyendo la ventaja de escoger ejes de ataque, una amplia maniobra en pinza con la caballería por la dirección general Guanare San Carlos Valencia, seguida coordinadamente por el ataque del grueso a sus órdenes sobre la ruta de Calabozo Villa del Cura La Victoria, hubiese abierto amplias posibilidades a una acción combinada por líneas exteriores que, de tener éxito en ambos ejes, hubiese forzado al adversario a una batalla decisiva en el gran triángulo plano de San Carlos Valencia La Victoria. Esta ambiciosa maniobra, acompasada con una ofensiva general en oriente, hubiese forzado

a Morillo a combatir simultáneamente en tres direcciones, con las consecuencias que es dable suponer.

Pero al guerrero lo consume la impaciencia. Caracas recobra una y otra vez su condición de polo magnético de atracción irresistible para Bolívar. Repuesto apenas de la fase anterior, cansado de esperar la caballería de Páez que no llega, incorpora la de Zaraza, proveniente de los Llanos Orientales. El 3 de marzo avanza una fuerte descubierta de caballería. El 7 prosigue el grueso del ejército al mando del Libertador. Morillo no espera tan pronto una reacción, lo que permite a la embestida republicana sumergirse profundamente en dirección a los Valles de Aragua, que el mando patriota ha escogido como objetivo inicial.

Hay en esta soberbia estocada una combinación de audacia y sorpresa que evoca la brillantez de la Campaña Admirable. Al fingir inicialmente un avance sobre Valencia, se engaña al adversario en cuanto a la verdadera dirección del movimiento y se disloca su dispositivo sobre el eje natural de espera estratégica. La Torre, quien guarnecía a Villa del Cura, se siente desbordado por su flanco derecho y opta por replegarse sin combate hacia el camino de Las Cocuizas, para cerrar en aquel sector la ruta de Caracas. Bolívar retorna entonces a su dirección inicial, para capturar sucesivamente a San Juan de Los Morros y Villa del Cura.

Con su habitual rapidez, prosigue el Libertador su desplazamiento en profundidad. Cae Maracay en manos de Monagas y Zaraza quien ocupa el punto fuerte de La Cabrera, con la misión de contener a Morillo por el oeste, mientras Bolívar se propone batir a La Torre y abrirse paso hacia Caracas. Un hecho fortuito viene a dar un vuelco a la situación. Sebastián de La Calzada, quien tenía órdenes de Morillo para avanzar por Barinas hacia el Apure, al conocer el movimiento de Bolívar cambia sus instrucciones ante el temor de ser copado y retorna por la vía de Guanare San Carlos. Los papeles se invierten. Ahora es el ejército patriota el que expone peligrosamente su flanco y queda en peligro de ser copado.

Morillo, para quien la desobediencia de Calzada constituye acto por demás afortunado, saca el mejor provecho de tan inesperada situación y, confiado en su proximidad, ataca a Monagas y a

Zaraza. Su ataque vigoroso desaloja a los dos jefes de sus fuertes posiciones y prosigue sobre el flanco de Bolívar, cuya zambullida hacia el norte lo sitúa en posición más que precaria. No hay otra alternativa que replegarse a Villa del Cura, y luego a San Juan de Los Morros para eludir la maniobra convergente de Calzada y Morillo, sacrificando así el pivote desde el cual podía escoger entre seguir hacia Puerto Cabello, atacar a La Torre o torcer hacia Valencia.

El capitán general, tan impetuoso como Bolívar al asumir la ofensiva, halla la cobertura republicana al mando del coronel Genaro Vásquez y la arrolla en ataque exitoso, el 14 de marzo. Bolívar ha tomado posiciones en la sabaneta del Semen, situada sobre la margen izquierda de la quebrada de ese nombre, que parte abruptamente el terreno, dejando a su derecha otra planada semejante.

El 15 se enfrentan de nuevo los dos colosos. La batalla, reñida en extremo, se desarrolla en altibajos sucesivos donde la suerte cambia de mano en ataques y contraataques de inusitada violencia. Los momentos iniciales favorecen a Morillo, cuya aguerrida infantería cruza el quebradón e irrumpe en la llanada defendida tenazmente por los republicanos. Primer contraataque. Los realistas son arrojados al quebradón y tras ellos la carga patriota logra acceder a la ribera opuesta y quebrar la sólida línea peninsular. La lucha cobra creciente ferocidad. Rafael Urdaneta, Manuel Valdés y Pedro León Torres, los tres comandantes de infantería republicana, caen heridos y el ataque pierde fogosidad. Morillo se coloca personalmente a la cabeza de sus húsares y, en arrojado gesto a la española, se lanza a la carga para definir la acción y borrar el mito de la caballería llanera, pero cae herido de profundo lanzazo que lo sitúa en imposibilidad de continuar combatiendo.

Se recobra el ataque patriota con nuevo ímpetu. Genaro Vásquez, derrotado la víspera, busca el desquite pero también cae herido. El forcejeo comienza a decidirse por el bando patriota. Sin la presencia formidable de Morillo el repliegue realista se generaliza y amenaza degenerar en desastre, cuando La Torre irrumpe en el campo de batalla con la vanguardia al mando del brigadier Correa y tras él toda su aguerrida división.

Ahora es el ejército de la República el que sufre el demoledor impacto de aquellas tropas frescas. Cambia la suerte de la acción. Se repliegan las unidades ordenadamente, después en franca retirada que la energía de Bolívar logra mantener en el borde incierto que la separa de la fuga y tan sólo consigue detenerse en Calabozo. La Torre asume el mando en reemplazo de Morillo y con sus fuerzas unificadas avanza en esforzado empeño de imponer una batalla decisiva a su golpeado adversario, pero la noticia de que Páez está próximo a reunirse con Bolívar lo mueve a replegarse a Villa del Cura, en tanto los rebeldes ocupan el Hato de San Pablo, después de un frustrado intento del Libertador para batir a La Torre en la población de Ortiz el día 26 de marzo, que termina en nuevo descalabro independentista.

Bolívar no ceja en su proyecto de ofender hacia Caracas. Es ya una obsesión insuperable, que desplaza de su mente cualquier otra idea de maniobra entre las diversas que se presentan ante él, incluyendo la de variar el eje de ataque en forma de neutralizar las ventajas que la sierra viene ofreciendo a la infantería española, con detrimento de la maniobrabilidad ofensiva de sus jinetes llaneros. Para reanudar la ofensiva, Bolívar envía desde Calabozo a sus principales lugartenientes a reabastecer sus divisiones y reclutar nuevos soldados para suplir las bajas del Semen.

En espera de su nueva concentración, Bolívar se desplaza con su guardia personal y Estado Mayor al Hato del Rincón de los Toros, donde tiene lugar una sorpresa realista que ha podido variar el curso de la historia. Es el 14 de abril de 1818, en medio de la noche. Bolívar reposa en su hamaca, en medio de una mancha boscosa de las que en terminología llanera se denominan matas de monte. El coronel realista Rafael López se entera de su ubicación y decide atacar en la oscuridad por medio de un audaz golpe de mano, para cuyo propósito recurre al escuadrón montado del capitán Renovales. Rodeada la mata de monte, un grupo de jinetes echa pie a tierra y penetra en el boscaje. El coronel granadino Francisco de Paula Santander se había incorporado tiempo atrás a las fuerzas del Libertador desde Casanare, junto con un grupo de oficiales coterráneos suyos desprendidos de las fuerzas de Páez por imposibilidad de entenderse con el terrible apureño. Ocupaba el cargo de jefe de estado mayor de Bolívar en ausencia de Soublette.

Al distinguir la patrulla de Renovales, Santander da el ¡Alto, quién vive! El capitán español responde con el santo y seña conocido de antemano, indicando que su patrulla busca al jefe supremo. Santander, sin sospechar nada se dirige al sitio donde reposa Bolívar, llamándolo en vos alta. Algo en la mente siempre alerta del Libertador le indica el peligro. Saltando de la hamaca se dirige en busca de su mula, cuando una descarga que mata dos coroneles y un capellán, acribilla la hamaca y pone en fuga la cabalgadura de Bolívar. La confusión es total. Trata Bolívar de montar en ancas del caballo conducido por el capitán Serrada y éste, sin reconocerlo, responde que su caballo no aguanta dos jinetes. Por fin un sargento que lo reconoce le da su yegua, en la que escapa a todo galope, perdido de los suyos en las tinieblas.

Herida o por fatiga, cae la cabalgadura. Bolívar tiene que despojarse de las prendas de su uniforme que indicarían su presencia desde lejos y prosigue a pie la escapada, hasta dar ocasionalmente con Infante y Rondón. Conducen ellos un hermoso equino rucio que brindan a Bolívar. La calidad del animal hace sospechar una celada al general en jefe, pero luego descubre que se trata, nada menos, que del corcel del comandante realista, coronel López, muerto al azar en la persecución que siguió al golpe de mano[8].

Fugitivo, sin guerrera ni dormán, Simón Bolívar salvó la existencia por una serie de hechos increíbles que, como en Haití, preservaron su vida para la historia.

El fracaso del Libertador en aquella segunda embestida sobre Caracas mueve a Páez a intentar otra por su cuenta. Es la que ha debido ejecutarse coordinadamente entre las dos fuerzas, idea expuesta atrás. Confiado el caudillo llanero en que la presencia de Bolívar en Calabozo fijaría fuerzas españolas considerables, se desplaza por el Pao hacia San Carlos. La ciudad defendida por La Torre resiste las acometidas de las lanzas llaneras. Es de nuevo el choque de la formidable infantería peninsular contra el turbión de lanzas y caballos. Aguantan los infantes del rey hasta quebrantar el ataque el 26 de abril. Páez se repliega hacia Cojedes, en la esperanza de atraer a su adversario, desorganizarlo en el movimiento y atacar

8 Tomás Cipriano de Mosquera, Memorias sobre la vida del Libertador Simón Bolívar, New York, 1953, págs. 283 y s.s.

de nuevo. Pero La Torre no solamente procede con habilidad cautelosa, sino que convoca a Calzada para reunir sus divisiones en esfuerzo decisivo sobre Páez.

En la sabana de Cojedes tiene lugar el 2 de mayo la nueva confrontación, ardorosa y violenta. No se llega a la decisión buscada por La Torre, pero Páez es virtualmente derrotado. Caracas está más lejos que nunca. Todo ha terminado en oscura frustración y la sorpresa en Rincón de los Toros ensombrece aún el melancólico panorama de las dos ofensivas terminadas en desastres.

Después de estos dos deplorables episodios, Bolívar desciende como nunca al abismo. La tierra se abre virtualmente a sus pies. Quienes en Guayana y Oriente aguardan el resultado de las operaciones con la secreta esperanza de ver fracasar a Bolívar, acentúan sus sordos reproches. El ejército se ha dispersado y de todos los males se culpa al derrotado.

Por si fuera poco, Páez es batido de nuevo en Nutrias por el coronel Reyes Vargas y Cedeño, a quien Bolívar confiara la tarea de reunir todos los dispersos de las infortunadas acciones anteriores, sufre tremenda derrota en el Cerrito de los Patos, al sur de Calabozo.

Sin embargo, aunque adversos a la causa patriota en general, otros insucesos en Oriente salvan quizás al Libertador del descrédito en que lo sitúan sus derrotas recientes. El 14 de marzo, Mariño es derrotado en Cariaco a manos del coronel Francisco Jiménez y su columna volante, en tanto Bermúdez es batido en la Bahía de la Madera el 30 de mayo.

Ni la actividad prodigiosa de Bolívar alcanza a montar nueva ofensiva el año 18. Los golpes han sido terribles y tan sólo la gravísima herida recibida por Morillo en el Semen (llamada también tercera Batalla de la Puerta) impide que los españoles asuman una ofensiva general hacia Oriente, que hubiese resultado de muy serias repercusiones para la causa de la libertad.

En medio de las sombras de este nuevo hundimiento, Bolívar busca desesperadamente una luz. La halla finalmente, como otras

veces en su itinerario de cambiante fortuna, en un acto político. Sabe bien que allí su verbo elocuente, su imperio personal, su encendida oratoria no encuentran rival en el cuadro de recios caudillos que andan a la espera de disputarle el mando supremo. Por ello, cuando la guerra le niega repetidamente el éxito, recurre al montaje de un escenario distinto que, en este caso, resultará trascendental: el Congreso de Angostura, que prepara cuidadosamente para el comienzo de 1819.

El guerrero del año 18

El balance de las dos campañas de 1818 resulta adverso militarmente para el Libertador. Sus dos grandes ofensivas sobre Caracas terminan en sendos reveses que, si no alcanzan proyecciones decisivas, ello obedece a que el desgaste de su adversario y la incapacitación del capitán general por el lanzazo que le atravesó de lado a lado el vientre por el costado izquierdo, no permitió el aliento necesario para desencadenar una ofensiva general.

Asombra cómo la fértil imaginación de Bolívar no le hubiese sugerido un cambio en la dirección de su esfuerzo estratégico después de la primera ofensiva. No parece que el resultado adverso hubiese suscitado análisis de fondo en el mando patriota, que así se obstina incomprensiblemente en repetir la estocada en el mismo sitio, siguiendo casi sin cambio el eje que ya había demostrado inconvenientes de fondo por la superioridad de la infantería española en los accesos de la sierra.

Se analizó en oportunidad cómo un cambio de dirección, sea en pinza estratégica o por un mismo eje ofensivo desde Barinas hacia San Carlos, hubiese dado a los republicanos considerables ventajas al poder maniobrar con mayor amplitud y utilizar la neta superioridad de su caballería. Debe recordarse que Morillo perdió virtualmente esta arma en Calabozo, lo que indicaba la máxima ventaja para su oponente en terrenos planos como los del eje Barinas–San Carlos.

Tan sólo la finta hacia Valencia, en la segunda ofensiva, produce

un destello imaginativo en la maniobra, aferrada por lo demás a lo que podría denominarse el eje natural de espera estratégica, que Morillo adivinó con precisión, si bien en la segunda ofensiva lo tomó por sorpresa la rápida reanudación del esfuerzo ofensivo, por un adversario que supuso abatido tras su insuceso anterior.

La impetuosidad de Bolívar, su impaciencia temperamental, la ansiedad por agarrar aquella presa distante que parecía atraer magnéticamente todos sus esfuerzos, lo lanzó a la segunda ofensiva sin esperar la caballería apureña de Páez. Aquel afán, si bien le garantizó cierta medida de sorpresa con su embestida en profundidad, hasta introducir cuña de alcance estratégico que lo sitúa en Maracay, separando las fuerzas de Morillo y de La Torre, le restó en cambio capacidad ofensiva en el momento decisivo. La caballería de Oriente, inferior en número y veteranía a la del Apure, no llegó a cumplir su cometido, y el esfuerzo penetrante, como ocurre cuando carece de fuerza adecuada, expuso el flanco libre a la contraofensiva que Morillo desencadenó vigorosamente, apoyado en la proximidad imprevista de Calzada.

Si el militar no resulta muy bien librado en este duelo, el guerrero en cambio brilla con luz propia. Espíritu ofensivo, reciedumbre moral en el fracaso, tenacidad indomable, energía contagiosa, relumbran en el gran todo del caudillo que no pierde la fe en sí mismo en medio de la derrota y el desastre.

La doble campaña del año 18 sale en apoyo del aserto que encabeza el presente estudio sobre la personalidad de Bolívar como luchador esforzado, infatigable, dueño de un coraje moral de proporciones gigantescas. Es el guerrero en toda su plenitud. Aún la persistencia en seguir la dirección que los hechos señalan equivocada es muestra de fortaleza moral, combatividad, resolución inquebrantable.

No de otra manera se explica que Páez, así se demuestre díscolo y resbaladizo en el acatamiento de sus órdenes, termine doblegándose ante aquella voluntad de hierro. Ambos eran guerreros, surgidos de una lucha feroz en la que la naturaleza exigía condiciones excepcionales. Páez, como Boves, hijo de la llanura y producto de sus horizontes, era el instinto. Bolívar, inteligencia poderosa y ente genial, lo era en estrato considerablemente superior.

Páez era la argucia, el acierto táctico en la forma de plantear y conducir un encuentro en el que su valor contagioso producía resultados increíbles. Bolívar, la visión global de las situaciones, la interpretación visual de posibilidades que iban más allá del campo de batalla, hacia una meta que ninguno de sus contemporáneos vislumbró jamás.

Morillo, de su parte, demostró en las dos fases de la campaña su talento dinámico y enorme capacidad militar en los que su férrea contextura de soldado halló expresión. Nervios de acero, rapidez de reacción, talento táctico superior, condujo las operaciones con acierto que es forzoso reconocer y admirar. Poseyó esa capacidad de extraer del terreno el máximo en cada situación, que caracteriza al gran general. Obligado desde el revés de Calabozo a conducir la forma más difícil de la guerra, el repliegue en condiciones de inferioridad, lo hizo con serenidad y valor que se comunicaron a sus cuadros de infantería, hasta hacerse invulnerable en su coraza de bayonetas. En la segunda fase demostró aún mejor su capacidad militar. La forma como sacó partido del cambio de propósito de Calzada, apoyándose en su simple presencia a distancia, es admirable a todas luces. El golpe de flanco a través de Zaraza y Monagas, a quienes arrolla hasta alcanzar el Semen y librar allí una batalla caracterizada por el vigor de su conducción personal y el arrojo al encabezar la carga decisiva de la caballería, que por poco le cuesta la vida, hacen del general español el más capaz entre los adversarios con quienes Simón Bolívar hubo de medir su inmensa estatura.



SEGUNDA PARTE

Era de victorias

VI. EL VIRAJE DECISIVO

Cuando Simón Bolívar decide abandonar la meta de Caracas que por siete años ha devorado su ansiedad e impulsado sus acciones, penetra, ahora sí decisivamente, en los ámbitos de la grandeza. Hasta entonces ha sido un combatiente de fortuna alterna, cuyos empeños signados por ese propósito tenaz, han desembocado en el fracaso.

Así como la necesidad de luchar produjo al guerrero, la suma de victorias y desastres van a dar a luz al militar de las grandes concepciones estratégicas. La doble campaña sobre Caracas el año anterior ha ido preparando el subconsciente del general en jefe para cambiar de rumbo. Aún no se percata del todo de que en los amplios horizontes de la guerra en que se halla profundamente inmerso, hay algo diferente de la ciudad amada que ha venido consumiendo sueños y quebrando esperanzas.

No termina el año 18 cuando ya el Libertador, parcialmente recuperado de los reveses que estuvieron a punto de liquidar su autoridad suprema, concibe una nueva maniobra sobre la capital de Venezuela. Para este fin adelanta la Guardia de Honor, al mando de Anzoátegui, a San Fernando, lugar que alcanza el 25 de noviembre. Tropas de Mariño y de Monagas lo hacen a su vez por mandato de Bolívar, con los Llanos de Apure como área general de concentración. El propio Libertador parte por río el 21

de diciembre, de tal suerte que para el 17 de enero todas las tropas disponibles han alcanzado el gran triángulo formado por Achaguas al occidente, San Juan de Payara en el vértice sur y San Fernando de Apure al norte.

Es de nuevo la idea fuerza de arremeter sobre Caracas la que domina el pensamiento del Libertador. La concentración en el Apure no tiene otro propósito. Es decir, tan sólo una vez se ha apartado de esta concepción central y es cuando traslada en octubre del 18 su cuartel general a Maturín para ofender desde Oriente. Pero siempre a Caracas, polo magnético de algo que ha pasado a convertirse en desafío deslumbrante, hasta el extremo de obnubilarlo e impedirle entrever otras posibilidades. Bien pronto abandona la idea oriental y vuelve al sur, aunque, a juzgar por la fijación de Apure como área de reunión, va a ser desde el oeste su dirección de ataque a comienzos de 1819.

Concentrado el ejército, regresa Bolívar a Angostura para cumplir el acto político más trascendental de cuantos han tenido lugar hasta ahora en la naciente república: el Congreso convocado desde el año anterior, en momentos en que, una vez más, se nublaba el sol de su itinerario guerrero.

En Angostura alumbra definitivamente la República. El día señalado es el 17 de febrero. La ciudad, asomada al Orinoco en el estrecho pasaje de las aguas de donde deriva su nombre, presencia en esa fecha el grandioso evento, cuya magnitud escapa al marco estrecho de la aldea que le sirve de pintoresco escenario. La guerra por la libertad ha logrado una nueva dimensión. Diez mil fusiles han llegado Orinoco arriba junto con pertrechos y dinero para comprar armas y vestir el desnudo ejército. Los vistosos uniformes de los primeros destacamentos de voluntarios ingleses salpican las calles y atraen las miradas llenas de asombro de los rudos combatientes, deslumbrados por el desconocido atuendo de los húsares.

Simón Bolívar se sitúa aquella tarde a la altura del momento histórico que él mismo ha preparado, consciente de la trascendencia que habrá de tener en el desenvolvimiento de la lucha. Una vez más, el hecho político es, en su origen, engendro del guerrero, necesitado de un evento así para cubrir con vistoso cortinaje el fondo sangriento

de sus fallidas compañas. Pero, una vez tomada la determinación de la convocatoria, el Congreso se convierte en jalón decisivo de su parábola histórica. Bolívar es un visionario. Y para ese columbrar del porvenir que parece emerger de su mente, la magna asamblea de Angostura es piedra sillar de la gran obra que se ha propuesto.

Su palabra inflamada cae sobre el silencio del salón como si en sus tonos agudos se fundieran los años de lucha, para dibujar en trazos de acero lo que ha de ser el porvenir de aquella patria que nace entre praderas ensangrentadas y estertores de muerte. Venezuela y la Nueva Granada unifican su destino en fusión definitiva, que los años se han encargado de consolidar después de aquel Manifiesto de Cartagena, en el cual se esbozó ligeramente lo que ahora se convierte en realidad bajo el mandato de su voz.

"...La reunión de la Nueva Granada y Venezuela en un grande Estado, ha sido el voto uniforme de los pueblos y gobiernos de estas repúblicas. La suerte de la guerra ha verificado este enlace tan anhelado por todos los colombianos; de hecho estamos incorporados. Estos pueblos hermanos ya os han confiado sus intereses, sus derechos, sus destinos. Al contemplar la reunión de esta inmensa comarca, mi alma se remonta a la eminencia que exige la perspectiva colosal, que ofrece un cuadro tan asombroso. Volando por entre las próximas edades, mi imaginación se fija en los siglos futuros, y observando desde allí con admiración y pasmo la prosperidad, el esplendor, la vida que ha recibido esta vasta región, me siento arrebatado y me parece que ya la veo en el corazón del universo..."[1].

Estas concepciones grandiosas del Libertador hacen olvidar el marco estrecho donde se produjeron. El emigrado de 1812 lanza su grito a los vientos desde una humilde morada en cualquier calleja de la Ciudad Heroica. El trásfuga de Jamaica lo hace desde la hondura misma de su inmenso fracaso. El fugitivo del año 17, cuando sufre la sorpresa que lo obliga a echarse a nado al Orinoco, eleva la voz delirante en el estero de Casacoima para anunciar la toma de Angostura, la liberación de la Nueva Granada y Venezuela, la independencia del Perú. ¿Ahora de dónde lanza su imprecación visionaria?

1 Germán Cavelier, Historia diplomática de Colombia, Tomo I, Tomado de Lecuna, proclamas y discursos del Libertador, pág. 234.

Angostura es apenas "...una hilera de casas todas de piedra, de casi una milla de largo y a unos cien pies de altura sobre el nivel máximo del agua, cuando el Orinoco va lleno... " en palabras de Hippisley, el coronel británico que ha llegado a Guayana con los primeros contingentes ingleses[2]. Allí, en la tórrida aldea, Bolívar se yergue, dominador y solitario, sobre los demás guerreros, mudos ante su voz tremolante. Sus émulos y adversarios de múltiples jornadas, en aquel instante no pueden dejar de sentir la ráfaga de grandeza que bate el recinto.

Una vez más Bolívar robustece su autoridad de guerrero a lomo de un acto político, en el que es maestro consumado. ¿Quién entre los rudos generales de la revolución, hubiese osado desafiarlo en aquella tribuna donde es el más fuerte?

Después de su discurso crucial ante el Congreso, Bolívar pone su bastón de mando en manos de Francisco Antonio Zea. En aquel granadino, primer vicepresidente de la nación creada por el guerrero, confía la autoridad de que fue investido, después de dirigirse al cuerpo militar que lo contempla con asombro:

"Señores Generales, Jefes y Oficiales, mis compañeros de armas. Nosotros no somos más que simples ciudadanos hasta que el Congreso Soberano se digne emplearnos en la clase y grado que a bien tenga..."[3].

Gesto teatral éste de considerable efecto. Al ser investido de nuevo de la más alta autoridad militar, Bolívar torna a reunir en sí mismo el poder máximo de la Nación. Su renuncia legitima aún más ese mando supremo, de tal suerte que serán uno mismo el presidente y el general en jefe de los ejércitos.

En Angostura permaneció el Congreso discutiendo la Constitución que debía dar forma al Estado. Entre tanto, Morillo se anticipa a la posibilidad de que el ejército reunido asumiese la ofensiva y resuelve emprenderla por su cuenta. Páez lo elude y se coloca sobre la margen sur del Arauca, pero Morillo busca un punto de paso favorable y sorprende a su antagonista que jamás esperó

2 Hippisley, ob. Cit., pág. 332.
3 Correo del Orinoco, mencionado por Madariaga, ob. Cit., Tomo II, pág. 16.

maniobra de tal envergadura. La infantería de Anzoátegui, minada por las deserciones, no cuenta mayor cosa para una batalla campal, que Páez no desea librar frente al grueso del ejército español, ni menos en inferioridad ante esa recia infantería cuyas bayonetas han quebrado varias veces las cucharas de sus lanceros.

Las instrucciones del Libertador guardan concordancia con lo que ocurre. Replegar, dilatar, hostigar, no comprometerse.

Morillo persigue. Cuenta con 1.300 jinetes, casi en su totalidad venezolanos, con algunos cuadros españoles, lo que equipara fuerzas. Páez, entre zorro y león, lo comprende y rehúye el compromiso, que de otra manera hubiese aceptado con o sin instrucciones de Bolívar.

¿Otra vez Caracas?

El 10 de marzo llega el Libertador. Trae consigo el primer batallón británico. Está optimista. El Congreso ha operado de acuerdo con sus deseos. Su salud resentida con los percances y la emboscada del Rincón de los Toros se ha recuperado. Ansía reasumir la ofensiva, para lo cual cuenta con un remozado ejército de 3.000 infantes y 1.500 jinetes, lo que establece adecuado balance de poder. En tales circunstancias es apenas natural en su temperamento guerrero la búsqueda afanosa de una decisión.

Para ello concibe una idea brillante que no se sabe aún por qué no llegó a tomar cuerpo. Se trata de una doble ofensiva desde direcciones opuestas. Mientras él con las fuerzas de Apure embiste por el sur, Urdaneta, nombrado comandante de Margarita, desembarcará sus 1.500 hombres entre ellos los nuevos contingentes llegados de Inglaterra asumiendo de inmediato la ofensiva hacia Caracas. Morillo, golpeado en fuerza por frente y espalda, se hubiese visto en la más comprometida situación de toda la guerra.

El ejército español retrogradó después de su inútil acometida contra Páez. En la vastedad de la llanura su fuerte infantería perdía toda efectividad. Era aquel el escenario propio de la caballería, lo que garantizaba a Páez ventaja incuestionable. Al repliegue siguió

el fraccionamiento de las fuerzas de Morillo. No era fácil abastecer una fuerza superior a los 5.000 hombres en un solo lugar, aun en el llano donde la carne era de fácil obtención.

Es el momento que aprovecha Bolívar para acometer de nuevo. El 27 de marzo ataca un destacamento de cobertura, apenas dos batallones al mando del coronel Pereira, con fuerzas abrumadoramente superiores. Los españoles no se amilanan y dando muestras de su habitual reciedumbre se repliegan disciplinadamente, cruzan el río Apure y se incorporan al grueso bajo el mando directo de Morillo, escudados por el río Apurito.

Bolívar cruza a su vez el río, demorado en la operación por falta de embarcaciones, y se dirige en busca de Morillo, atrincherado en Achaguas. Ausentes de allí las divisiones de La Torre y Calzada por fuerza del fraccionamiento que Morillo hubo de disponer, el jefe español no se altera por las provocaciones republicanas en campo abierto. Consciente de su fuerza, realzada con las fortificaciones del campo, invita silenciosamente a un ataque en vez de aceptar la que le extiende su adversario. Ni la impetuosidad consustancial a Bolívar lo mueve a comprometerse en tales circunstancias, por lo cual repasa el río comiéndose su propia impaciencia.

El 2 de abril tiene lugar la increíble proeza de las queseras del Medio, suficientemente conocida. No se trata tan sólo de una típica acción irregular de caballería, sino de la aplicación intuitiva de una táctica que habría de distinguir en adelante las acciones de esta arma patriota, cuando quiera se hallase condicionada por inferioridad manifiesta. Páez, con sólo 150 jinetes, cruza el Arauca en evidente desafío al ejército de Morillo. Este halla en semejante temeridad la ocasión de probar el nuevo aliento de su caballería y la lanza en imponente carga contra la débil línea revolucionaria, que no da frente, abriéndose al galope sobre la amplia llanura. Las formaciones realistas se abren a su vez para envolver y aniquilar la escurridiza hueste enemiga. De pronto el grito de Páez se escucha en la sabana donde no hay detonaciones, tan sólo el redoble de los cascos sobre la tierra levemente afelpada por la grama: ¡Vuelvan caras! Frenan en seco las cabalgaduras. La pierna desnuda del jinete quiebra el corcel en dirección al enemigo. Se enristran las lanzas de caña, largas y flexibles, y la quebrada línea republicana arranca de súbito, tendido

cada hombre sobre la crin al viento, móvil bosque de púas de hierro que penetra los dispersos escuadrones, hiriendo, derribando, produciendo estragos que la sorpresa convierte en pánico, en retirada, en desastre.

Los dos rivales, Bolívar y Morillo, han contemplado atónitos desde las dos márgenes del Arauca la hazaña inaudita. No es una batalla. Es un episodio homérico y primitivo que señala de pronto, bajo el firmamento quieto, nuboso, cúpula grisácea y plomiza del invierno llanero, la arrolladora potencia de la libertad.

Casanare

¿En qué momento llega Bolívar a la decisión de desprenderse de su idea obsesiva y virar su eje estratégico hacia la Nueva Granada? Quizá tan sólo él hubiese podido decirlo y jamás lo hizo, ni siquiera en sus charlas confidenciales de Bucaramanga con Perú de La Croix y el inmediato círculo de sus más adictos camaradas.

"A fines de 1817 vinieron a Angostura de comisionados de Casanare los patriotas fray Ignacio Mariño, Antonio Arredondo y Agustín Rodríguez, a solicitar de Bolívar armamentos de guerra, su separación del gobierno de Páez y el nombramiento de un jefe superior si lo tuviera por conveniente. En aquella provincia granadina mandaban guerrillas Juan Nepomuceno Moreno, Ramón Nonato Pérez y fray Ignacio Mariño, libertadores del territorio"[4].

Aquel primer contacto brumoso con la única provincia de la Nueva Granada en rebeldía contra España, no indica reacción alguna del Libertador hacia el fragmento de la Corona que dos veces había dado aliento a su decaído espíritu de luchador. Pasan los meses. Sobrevienen las frustradas operaciones del año 18 que hacen retornar la marea revolucionaria a uno de sus más bajos niveles. Bolívar, golpeado aún por los reveses, sintiendo en lo hondo de su entraña la herida del Rincón de los Toros, se halla en la Guayana empeñado en rehacer el evaporado ejército.

Es entonces cuando toma una determinación que habrá de ser decisiva: nombrar al coronel Francisco de Paula Santander

4 Lecuna, Bolívar y el arte militar. Ob. Cit., pág. 111

comandante de las fuerzas independentistas de Casanare. Para ello lo asciende a general de brigada el 12 de agosto de 1818. El 15 lanza su vibrante Proclama a los Granadinos, en la que anuncia la desaparición del ejército de Morillo, hecho que estaba bien lejos de haberse producido. Es singular esta aseveración de Bolívar, a los pocos meses de haber sufrido derrotas abrumadoras y casi perdido la existencia en el Rincón de los Toros. ¿La hace para dar aliento? ¿Lo mueve el deseo secreto de que así fuese? ¿Quiere adelantarse en el tiempo a lo que está seguro de conseguir en breve plazo?

La tendencia a la exageración, al cambio de realidades por ilusiones, a fabricar cifras de ejércitos que solamente se configuran en su cerebro y suponer circunstancias que coadyuven a sus propósitos, es conducta frecuentemente repetida durante la ascensión del guerrero a general, en el amplio sentido de esta palabra. Más tarde, cuando la victoria comience a coronar sus sienes delirantes, habrá de conciliarse con la verdad y aproximarse a sus exactas proporciones en partes de batalla y relatos de hazañas. Si nos atuviésemos a los informes de aquel incesante batallar que fue su lento y áspero ascenso, el ejército de Morillo hubiese desaparecido en cifras una decena de veces.

Pero no es su distancia de la verdad lo que interesa en este punto, sino su real cuanto oculto pensamiento que, en esa misma proclama, aflora sin precisión de tiempo, modo o circunstancia al decir:

"¡Granadinos! El día de la América ha llegado y ningún poder humano puede retardar el curso de la naturaleza, guiado por la mano de la Providencia. Reunid vuestros esfuerzos a los de vuestros hermanos: Venezuela conmigo marcha a libertaros. Ya nuestra vanguardia cubre con el brillo de sus armas algunas provincias de vuestro territorio, y esta misma vanguardia, poderosamente auxiliada, arrojará en los mares a los destructores de la Nueva Granada. El sol no completará el curso de su actual período, sin ver en todo vuestro territorio altares levantados a la libertad".

Esta proclama merece detenido análisis en el empeño de penetrar el fondo secreto de la intención del Libertador. Es un hecho que, mientras la escribe, su mente está en Caracas. Sus preparativos, sus empeños, la fijación de su cuartel general pocas semanas después

en Maturín, indican su voluntad de operar sobre aquel punto de concentración y de fuga de su inmenso propósito. Entonces ¿cuál el sentido de sus palabras?

Al referirse a las fuerzas que "cubren con el brillo de sus armas algunas provincias de vuestro territorio" las define claramente como *vanguardia*. Lo repite al decir más adelante poderosamente auxiliada. Y, por si fuera poco, afirma con sentido incuestionable: *Venezuela conmigo marcha a libertaros.*

Se configura así todo un propósito. Pero los hechos, la actividad, el esfuerzo concentrado del hombre sigue gravitando en torno a Caracas.

Ante esta palpable paradoja caben dos posibles explicaciones: o bien Bolívar abre una ruta de escape de posible utilización futura, o bien confía en que su próximo esfuerzo sobre Caracas resultará decisivo, le entregará la presa más ansiada de su vida y le permitirá abrir operaciones sobre la Nueva Granada.

Más viable aparece a la luz de la lógica la última de estas dos probables intenciones. Después del decaimiento de abril, cuando su ejército se desintegra y su propia vida está a punto de extinguirse, renace el triunfalismo de su carácter, en el que lo imposible se convierte en juego pueril para su fantasía desbordante. ¿No había hablado de la libertad del Perú cuando con la camisa rota y empapada reaparece ante sus oficiales paralizados de asombro en el Estero de Casacoima?

Ocupados sus lugartenientes en reequipar el ejército de hombres y material, para Bolívar aquella ímproba tarea no reviste dificultades mayores. Está acostumbrado a sacar ejércitos de cualquier playa Caribe, del llano despoblado, de las exhaustas provincias de Aragua, de las anémicas calles caraqueñas. Al situarse en Maturín confía en abrir pronto, hoy, mañana, en cualquier momento, operaciones sobre la capital por la ruta de oriente. ¿Qué de extraño entonces que al configurar aquella *vanguardia* en Casanare esté anticipando apenas la nueva etapa de su itinerario, que por Caracas alcanzará a Bogotá, en ruta hacia Quito y el Perú?

La primera parece menos acorde con su conducta y con su

temperamento. Bolívar nunca dejó rutas de escape. Se midió de frente con los hechos, con los desafíos, con las circunstancias favorables y adversas. Arrinconado, luchó a muerte. Sorprendido, escapó improvisadamente, sin previsiones ni anticipación. Al emprender la ruta de Caracas, lo hizo convencido de la victoria. Las derrotas en este propósito medular de su concepción guerrera fueron actos transitorios, inconvenientes superables, que jamás alcanzaron para él la dimensión del fracaso.

El hecho es que pasarían muchos meses antes que pensara o se definiera por la utilización de aquella vanguardia, confiada al mejor de los granadinos que militaban en sus fuerzas, junto con un grupo selecto de coterráneos suyos: tenientes coroneles Antonio Obando y Vicente González, sargento mayor Joaquín París y el coronel venezolano Jacinto Lara.

¿Pudo influir en el ánimo de Bolívar su contacto próximo y personal con su joven subalterno? Santander era una personalidad seria, reflexiva, de poderosa inteligencia, ideas claras, talento superior. Fue su jefe de estado mayor personal en etapas del accidentado curso de las campañas en Venezuela. Allí, bajo las presiones de la batalla y los altibajos de la suerte pudo, a buen seguro, medir la talla intelectual del hombre que habría de complementar tan admirablemente su natural volcánico y ardiente con dosis indispensables de circunspección, mesura y frío razonamiento. Es bien probable que en las conversaciones de vivac hubiese surgido la idea de operar sobre la Nueva Granada. Quizás el envío de Santander a Casanare fue gestión de éste, en el deseo de retornar a la patria abatida bajo la planta del Terror.

Habían tenido enconados diferendos en los albores de la Campaña de 1813. Santander, subalterno del coronel Manuel del Castillo, cumplía un deber imprescindible de lealtad militar hacia su comandante directo al seguir la línea de conducta que éste trazara para las fuerzas granadinas de Cúcuta, cuya subordinación a Bolívar nadie había definido suficientemente. Castillo no recibió órdenes de acompañar a Bolívar en su empresa. Era un oficial granadino con dependencia a su propio gobierno. La empresa libertadora de Venezuela aparecía, a la luz de la lógica más elemental, como aventura descabellada en la que tan sólo el guerrero dispuesto a acometerla podía convertir el delirio en victoria. Conocido es el no bien probado episodio en que Bolívar habría

dicho a Santander: "O usted me fusila o yo lo fusilo a usted". Cierto o no cierto, sí marca una diferencia fundamental de temperamentos, caracteres, personalidades. Santander fue un hombre de realidades; Bolívar, de sueños, de quimeras, de imaginación desbordada. El momento más feliz de la Guerra de Independencia fue aquel en que las cualidades superiores de los dos grandes hombres, se fusionaron para realizar la empresa gigantesca de libertad de medio subcontinente.

Para comienzos de 1819, Santander podía exhibir grandes logros a su haber, en los que se patentiza su talento creador, su férrea capacidad de mando y su organización, la habilidad para conducir con acierto hombres diferentes y ariscos, con su sentido mesurado y exacto de la autoridad.

La anárquica provincia guerrillera fue gradualmente inducida al orden. Las fuerzas dispersas conformaron un ejército. Los jefes, unos cuadros orgánicos. Los medios se encuadraron en inventarios. Moneda circulante, fábricas rudimentarias de material de guerra, recaudos fiscales, reglamentaciones para disolver el caos, todo surgió ordenadamente de aquel cerebro frío y exacto, que a los 26 años de edad revela una madurez excepcional. Sin duda alguna Simón Bolívar, profundo conocedor intuitivo del alma humana, había hallado al hombre preciso para la circunstancia que vivía una región destinada por la Providencia para engendrar la libertad.

Para el 12 de febrero de 1819, Santander podía exhibir una división de infantería perfectamente organizada en dos batallones a cinco compañías: el Primero de cazadores de la Nueva Granada y el Primero de Línea, aparte de un escuadrón de Caballería, los Guías del General, al mando del coronel Sasmajous. El arma montada se organizaba para entonces en lo que habrían de ser los Guías de Casanare. Además se crearon una compañía de zapadores y otra de infantería, denominada de *Carabineros*[5] .

Barreiro invade a Casanare

A finales de 1818 los puestos de avanzada patriota sobre las rutas al interior de la Nueva Granada percibieron indicios de una

5 Coronel Camilo Riaño, la campaña libertadora de 1819, Bogotá, edit. Andes, 1969. Pág. 37.

inminente invasión realista a Casanare. Así lo comunicó el coronel Arredondo a Santander en Guanapalo, sede entonces de su cuartel general. Nada decían las instrucciones recibidas del comandante en jefe para el caso posible de una ofensiva adversaria, por lo cual Santander delineó su propio plan, el más acertado en el proceso aún incipiente de formación y equipamiento de un ejército, con base en recursos locales, armamento y pertrechos que Bolívar había destinado a Casanare al designar comandante de la provincia al general Santander.

Consistió en eludir cualquier acción de fondo planteada por el enemigo, caso de materializarse la ofensiva en gran escala que las informaciones indicaban como probable. Arredondo, cuya misión de custodia de los pasos de la cordillera lo pondría en más pronto contacto con el enemigo, debería replegarse sin combate, llevando consigo caballería y ganados, en dirección a Santiago y Quebradaseca. Allí entraría en acción la caballería de Casanare, aún en etapa de organización. Las fuerzas así combinadas conducirían un movimiento retrógrado en profundidad, llevando al enemigo llano adentro, sin límite topográfico establecido.

Paralelamente al repliegue, se hostigaría al enemigo con guerrillas montadas, en forma tal que la fatiga del movimiento inútil, los efectos del clima sobre tropas habituadas a la montaña, y el hostigamiento, dieran al traste con la maniobra ofensiva sin necesidad de comprometer acciones importantes.

El plan de Santander fue plenamente aprobado por el Libertador, quien complementó la idea general de maniobra con algunas indicaciones, particularmente en cuanto al peligro de que el repliegue de Santander, que incluía el abandono total de Casanare si la ofensiva prevista así lo justificaba, lo colocase entre dos fuegos con respecto a las fuerzas de La Torre en vecindades de Apure. Por lo demás, concedía al general granadino la más amplia libertad de maniobra, más que indicada en las circunstancias de tiempo y distancia, al señalar:

"Nada tengo que añadir a lo que antes he dicho y recomendado a usted. Cada comunicación de usted me confirma en la confianza de que no emprenderá sino lo que sea prudente, y que lo ejecutará

todo con audacia una vez se haya emprendido. Estas son las únicas reglas de conducta que he señalado a usted."

Las previsiones de ambos jefes no tardarían en hallar acertada ejecución, cuando una primera columna invasora al mando del sargento mayor Juan Figueroa y Ladrón penetró a Casanare por Zapatosa, que había sido puesto de mando del coronel Arredondo. Nada halló el comandante español que justificara su expedición, orientada a sorprender al comandante patriota. Este, al frente del batallón Cazadores Constantes, compuesto como los demás en Casanare, de cinco compañías, pero con efectivos totales no mayores de 400 hombres, se replegó sin presentar combate[6].

Figueroa y Ladrón, haciendo honor a su segundo apellido, avanza en busca de su huidizo enemigo. Zapatosa, desierto. Luego a Aguadas. Siete campesinos decapitados por "patriotas" es el único resultado de su ofensiva. Frente a Santiago divisa en la distancia la línea inmóvil de la revolución. Envía una avanzada. Es suficiente para presionar al repliegue. Santiago cae en sus manos como un pueblo fantasma. ¿Para qué seguir llano adentro en aquel espantoso vacío? Se repliega y como fruto de su estéril incursión lleva consigo el ganado que ha podido atrapar y "veinte" y tantas mujeres aprehendidas con sus proles en el citado Zapatosa".

Es apenas un preludio de lo que ocurrirá a Barreiro. Tardo en obrar, el comandante realista demora en exceso la concentración de sus fuerzas sobre el lado oriental de la cordillera, que toma a Paya como epicentro. Sus informaciones sobre el adversario en Casanare son exageradas, por lo cual estima que:

"Esta fuerza es bastante superior a la que yo les puedo presentar, pues habiendo tenido que dejar cubiertas todas las avenidas de la cordillera, sólo me quedan para operar unos mil doscientos infantes y cuatrocientos cincuenta caballos"[7].

Cuando por fin Barreiro queda en condiciones de atacar, el invierno se ha desgajado sobre la llanura. Comienza abril. No se divisa enemigo.

6 Coronel Camilo Riaño, ob. Cit., págs. 43- 44.
7 Archivo general de Indias, Cuba, Legajo 747 cfr. Correspondencia del general Barreiro, Tomo I, pág. 195, citado por Riaño, ob. Cit., pág. 49.

Y lo peor, se ha llevado los ganados. Hay dificultades para abastecer la tropa de alimentos. Por el Hato de Tocaría se prosigue hacia Pore. El itinerario, horro de batallas, prosigue en la soledad: del Hato de Tocaría al caño Moato donde hay un contacto fugaz, luego Hato Desecho sobre el río Pauto. Se brega por vadear los caños acrecidos por las lluvias que martillan sobre el ejército en movimiento dificultando su progresión. Pore, 9 de abril. Nada. Allí una pausa mientras llega la columna que debía entrar por Chita. De Pore a La Laguna donde confluyen las dos divisiones. El vacío es tan grande como la llanura. Se reanuda el movimiento con el ejército descansado y abastecido con ganados semisalvajes. El enemigo comienza a hacer acto de presencia en ataques veloces, sorpresivos, por pequeñas partidas que golpean y se desvanecen en las matas de monte. El realista debe avanzar como un erizo, rodeada la columna principal por partidas móviles de caballería que cubren sus flancos y retaguardia.

El 14 de abril regresa Barreiro a Pore, al divisar fuerzas enemigas de algún cuidado a sus espaldas. Nada. No ha perdido su intención ofensiva, pero las deserciones comienzan a hacerse alarmantes entre los criollos granadinos y algunos venezolanos, reclutados al servicio del rey. No hay cómo ni para qué seguir aquella campaña contra el aire, bajo una lluvia torrencial que enloda los caminos, dificulta el movimiento y anima la deserción. Es entonces cuando Santander golpea desde todas direcciones, acompañando el repliegue enemigo.

No termina el mes de abril cuando Barreiro, duramente ofendido en su orgullo y en la consistencia moral y material de su ejército, transmonta de nuevo la cordillera en dos columnas: una por Paya y Pisba a La salina y otra por Marroquín a Labranzagrande. Su flamante campaña ha terminado entre pantanos, hambre, deserciones y calamidades sin cuento. Ni una victoria en compensación de tantas fatigas. El enemigo y la llanura lo han golpeado inmisericordemente, al paso que la ausencia de las tropas requeridas para tan improductiva maniobra ha alentado la insurgencia en la indómita provincia del Socorro y en otros lugares del interior del virreinato.

El parte detallado que, con fecha 29 de abril, remite Santander a Bolívar, debe producir en el Libertador un efecto trascendente. De las palabras del granadino se infieren muchas cosas que no necesitan decirse. Y Bolívar, ágil de mente y comprensión, debe avizorar detrás

de aquella expedición frustrada un adversario débil, imprevisivo, lento, desprovisto de la fuerza mental que a él le sobra.

El proceso de su pensamiento que pudo haberse iniciado dos años antes, al recibir los primeros comisionados granadinos, o uno cuando nombró comandante en jefe de Casanare al recién ascendido general Santander, debe experimentar allí un efecto acelerador, máxime cuando el coronel venezolano Jacinto Lara fue portador personal de los pliegos de Santander y corroboró verbalmente las informaciones del comandante de la vanguardia.

López Contreras señala el 18 de mayo de 1819 como fecha de recibo del parte de campaña de Santander por Bolívar en su cuartel general de Rincón Hondo[8]. Fijado por las lluvias que habían paralizado las operaciones, se halla entonces en espera forzosa para reanudar sus tres veces frustrada ofensiva sobre Caracas. Allí, de pronto, el pesado velo de su idea obsesiva parece descorrerse y la Nueva Granada, también por tercera vez en su agitada existencia, aparece como posibilidad clara y abierta.

Lo cierto es que apenas cinco días después de recibido el parte del comandante general de Casanare, convoca Bolívar a una reunión de estado mayor a sus generales, en la aldea del Setenta. La costosa ruta hacia Caracas que tantos hombres y recursos ha ocasionado a la causa de la libertad va a ser abandonada y un giro decisivo se imprimirá a la estrategia unidireccional que la ha gobernado hasta ahora.

O'Leary inmortalizó en sus *Memorias* el momento en que se toma la decisión crucial. El sitio, perdido en la inmensidad verde que se extiende entre Rincón Hondo y Mantecal, no es tan siquiera la aldea del Setenta, sino una choza cualquiera, donde a guisa de asientos se usaron calaveras de res "blanqueadas por el agua y el sol". Allí expone el Libertador el pensamiento, largamente gestado en su mente volcánica, a buen seguro en proceso subconsciente, que halla en la carta de Santander la chispa necesaria para encender la historia que allí se escribe sobre la página verde e inmensa de la sabana.

La naturaleza no podría haber diseñado mejor escenario para aquel alumbramiento. Los jefes, acostumbrados al frecuente

8 López Contreras, ob. Cit. Pág. 99.

delirio del hombre que parece remontarse a alturas bien distantes de las que ellos suelen columbrar, lo escuchan entre asombrados e incrédulos. No conocen suficientemente lo que es la geografía desmesurada que los aguarda. No miden en aquellos momentos las dimensiones gigantescas de la empresa que se les presenta en pinceladas de emoción y entusiasmo. Asienten sin saber la magnitud de su compromiso. Están acostumbrados ya al genio volátil, a la concepción colosal de aquella mente para la cual no parecen existir fronteras, ni distancias, ni límites terrenos al sueño que él y sólo él sabe convertir en realidad.

Allí, con calaveras de res por sillas elementales, el horizonte ilímite como fondo, agua, viento, soledad inmensa, puede decirse que el guerrero comienza a fundir, en lo inconsútil del espíritu, al general. Han terminado los desastres. La derrota se esfuma en recuerdos brumosos y de la inspiración de esa hora emerge la era de las grandes victorias, que llevará la vida errante de Simón Bolívar a la gloria definitiva.

Del Apure al Teatinos

En Simón Bolívar las decisiones son prontas, y fulminante la acción para realizarlas. Tres días después de la conferencia en El Setenta, vuela un mensaje al vicepresidente Zea en Angostura informándole vagamente sobre un plan en tenaza, que supone la maniobra del grueso a sus órdenes sobre los valles de Cúcuta, sincronizada con otra de distracción a cargo de Santander a través de la cordillera, hacia Soatá.

¿Se trata de una primera concepción desechada luego, o de una información inexacta encaminada a guardar el secreto? Tan posible es lo uno como lo otro, sin que la respuesta interese demasiado. Es probable que esa hubiese sido una primera idea, cambiada luego con fundamento en mayor meditación y disponibilidad de informaciones más amplias. Aquella pinza colosal adolecía de una grave falla. Las dos abras no hubiesen podido articularse entre sí y el amplio espacio interpuesto habría impedido toda posibilidad de apoyo mutuo.

Aparte de las direcciones de esfuerzo allí señaladas, la comunicación al vicepresidente Zea contiene la idea estratégica del comandante en jefe que puede resumirse en los siguientes puntos:

–El general Francisco Bermúdez operaría sobre Caracas desde Oriente después de asumir el mando del ejército situado en el área, consistente en 3.000 hombres una vez efectuada la concentración, que incluiría las tropas de Guayana. Tomás Montilla deberá ser jefe de estado mayor y Mariño cumplirá sus labores legislativas en el Congreso "Para evitar las rivalidades que necesariamente deben trastornar nuestros negocios militares, si este general tuviese que obrar de acuerdo con el señor Bermúdez con quien conserva antiguos celos..."

–Los contingentes bajo el mando de Monagas, Zaraza y Cedeño, deberán ponerse de inmediato bajo el mando de Bermúdez.

–Se señalan dos líneas de maniobra sobre Caracas: Oriente y Calabozo. Al no especificar el eje principal, es de presumir que correspondería a Bermúdez por el oriente de Caracas "donde hay víveres, caballos y enemigos" mientras los cuerpos de Monagas, Zaraza y Cedeño, o parte de ellos, deberían hacerlo por el sur, vía Calabozo.

–En caso de movimiento enemigo sobre la espalda (occidente), o sea contra el Libertador, Bermúdez deberá presionar con rapidez hacia Caracas y Valles de Aragua, poniéndose en comunicación con el Apure.

–Urdaneta deberá prepararse para marchar al Apure al recibir instrucciones, pero adelantará "inmediatamente mil fusiles, pólvora y plomo para hacer trescientos o cuatrocientos mil cartuchos, por el Meta a Casanare". Se le deja libertad para obrar en caso de dificultades insuperables o de algún revés, pero se le urge a enviar materiales de guerra "que, repito, necesitamos urgentísimamente".

–Por último, deja la dirección general de la guerra en manos del vicepresidente, recomienda el secreto, anuncia que en mucho tiempo no podrá enviar nuevas instrucciones "y que éstas sólo debe servir de regla y no de preceptos rigurosos"; alienta al subjefe del Estado al afirmar: "Quedando V.E. encargado del mando de la República en esa parte yo espero que no se sentirá la falta de mi presencia", y encarece las buenas relaciones exteriores, en particular para "proveernos de armas y municiones que será nuestra primera necesidad cuando hayamos ocupado algunas provincias de la Nueva Granada[9].

9 Véase texto completo de la comunicación al Vicepresidente Zea en Daniel Florencio O´Leary, *Memorias*, Tomo III, pág. 211, Bogotá, Edit. Santa Fe, 1952.

La concepción estratégica tan simple y llanamente expresada es inmensa. Cubre el extenso teatro de guerra en el que se han fundido Nueva Granada y Venezuela, como ya lo estaban en el campo político a partir del Congreso de Angostura. Supone el abandono del escenario donde se ha venido librando la guerra, a fin de trasladar el centro de gravedad del esfuerzo a otro desconocido, para cuyo acceso se requiere nada menos que cruzar en pleno invierno las llanuras inundadas, escalar la formidable barrera de los Andes Orientales con un ejército semidesnudo, carente de vituallas y abrigo, a través de las escarpas heladas, por el páramo desierto, con hombres de las tierras cálidas y planas.

La concepción de tan prodigiosa maniobra y la distribución de fuerzas y tareas para el ejército ubicado en Venezuela es la de un militar brillante, madurado en la guerra, con visión clara del juego de esfuerzos y posibilidades que han de producir un resultado global en apoyo del objetivo principal. La realidad de la ejecución es la de un guerrero para quien no existen obstáculos ni barreras capaces de interferir su poderosa voluntad.

En Rincón Hondo y El Setenta se reencarna seis años más tarde el comandante de la pequeña guarnición de Barrancas, que envuelto en el sopor del paisaje tropical concibe la toma de Caracas. Pocos hombres en la situación del Libertador hubiesen concebido tamaña empresa, dejando a sus espaldas una situación incierta configurada por la dudosa lealtad de los caudillos, la debilidad de un gobierno cuya columna vertebral era él, la carencia de medios para suplir las necesidades de la inmensa aventura que se proponía ejecutar.

Una vez más lo desmesurado pierde su impresionante magnitud, para situarse al alcance de la mano. Así es Bolívar. Un delirio en marcha, un sueño traído de las nubes a la corteza terrestre de agua y cordillera, un desalado vuelo de la fantasía obligado a tomar forma corpórea bajo el imperio de su voluntad.

Esa simplificación de lo descomunal aparece en la frase de entrada con la cual, en nueva comunicación a Zea, define su nueva idea de maniobra con fecha 3 de junio:

"Aunque la empresa es fácil, del modo que la anuncié a V.E. para asegurar más el resultado he variado las operaciones..."

Es decir, las ha tornado fundamentalmente más difíciles, al prescindir del esfuerzo principal hacia los valles de Cúcuta y trasladarlo a Chita, por Casanare, "que es la mejor entrada a la Nueva Granada…"[10].

En otras palabras, en esta nueva versión estratégica, entre las dos grandes opciones que ofrecía la maniobra sobre la Nueva Granada, o sea la ruta norte por Cúcuta, hacia Pamplona Girón-Socorro Tunja Santafé y la sureste por Casanare, transmontando la cordillera por alguno de los puntos de penetración marcados por la áspera geografía andina. Bolívar se decidía por la segunda con el siguiente esquema general:

–Operaciones de distracción y cobertura, que estarían a cargo de la caballería comandada por el general Páez, con su acción principal dirigida hacia Cúcuta por el propio apureño. Operaciones secundarias, que Bolívar encomienda específicamente al Escuadrón de la Muerte configurarían una distracción hacia Barinas. En esta forma se prevenía una contramaniobra enemiga por Cúcuta, buscando una anticipación en el tiempo para la ruta sur, a la vez que protección amplia de su espalda y flanco libre.

–Bolívar, uniendo sus fuerzas a las de Santander en Casanare, caería por sorpresa sobre los valles boyacenses a fin de buscar una decisión en el teatro de operaciones de la Nueva Granada.

Otras instrucciones impartidas al general Páez prevén la forma de enlazar las dos direcciones ofensivas, neutralizar actividades enemigas, maniobrar sobre Caracas en caso de que Morillo "...con un ejército de tres o cuatro mil hombres marche sobre la Nueva Granada", abastecer de parque y armamento la fuerza bajo su mando y algunos otros detalles. Además fija Bolívar el 25 de junio para la llegada de Páez a Cúcuta, previendo que él tarde 20 días en penetrar por la cordillera[11].

La concepción militar del plan reformado supera en viabilidad y perfección la idea original. El papel asignado a la poderosa caballería

10 O´Leary, ob. Cit., Tomo III, pág. 215.
11 Alvaro Valencia Tovar, *La Campaña libertadora a la luz del arte militar*, Bucaramanga, imprenta del departamento, 1970, pág. 37 y 38.

apureña es el más acorde con sus capacidades. La previsión de todo lo que el enemigo podría hacer y la forma de contrarrestarlo, magistral. Es por ello por lo que se ha venido sosteniendo en estas páginas la metamorfosis del guerrero en gran general. No hay en este plan la improvisación genial que caracteriza la Campaña Admirable ni la incoherencia de esfuerzos que afecta las anteriores campañas sobre Caracas. La previsión se introduce con caracteres nítidos en la gran idea de maniobra que, de haber sido correctamente desarrollada por los generales del Oriente, Guyana y Apure, ha debido producir resultados estratégicos de mucha más amplia proyección.

Comparada con la ruta por Cúcuta, ésta a través de la cordillera es más audaz, más corta y de proyecciones más decisorias. Penetra el flanco adversario para caer sobre el grueso de su fuerza partiendo en dos su dispositivo general, y anticipándose así a su concentración. Por Cúcuta, en cambio, debería avanzar frontalmente de norte a sur, empujando los contingentes realistas a una reunión forzosa sobre su línea de comunicaciones. En cambio, su propia espalda quedaría vulnerable desde Venezuela, como vino a demostrarlo el avance de La Torre a Cúcuta. La desobediencia de Páez al no cumplir la misión de cobertura que le fue confiada, hubiese tornado aún más precaria la posición de Bolívar, tomado por frente y retaguardia a la vez.

Los hechos subsiguientes habrían de demostrar la falta de unidad intelectual en el mando venezolano, donde cada uno de los partícipes en la vasta empresa debió de sonreír para sus adentros al recibir las instrucciones del Libertador, columbrando un fracaso más, tal vez el último, de aquel incómodo comandante en jefe, cuya fama ensombrecía la de los caudillos individualistas y díscolos que jamás se subordinaron del todo a la autoridad de Bolívar.

Páez no cumplió una sola de las órdenes recibidas. Hasta dónde era acertada la concepción estratégica del Libertador, lo demuestra el pensamiento de su formidable adversario de siempre, el capitán general Pablo Morillo, en carta al ministro de guerra de España, suscrita en Calabozo el 12 de mayo de 1819. Es notorio en este documento el dominio de la situación por parte del comandante realista y la efectividad de su servicio informativo, por cuanto el plan del Libertador, envuelto en espesa nube de secreto, llegó a su conocimiento en la parte medular.

En dicho oficio, que dibuja en trazos patéticos las circunstancias precarias de las fuerzas del rey al paso que se examinan con aprensión los progresos del adversario, robustecida ahora su situación con los contingentes británicos, señala Morillo con toda claridad la incorporación de Santander a las fuerzas de Casanare como "cabecilla", con armas, elementos y cuadros de oficiales, a la vez que valora "La prontitud con que Santander ha organizado este nuevo ejército que tanto amenaza al reino de Santafé", como indicador de la insurgencia creciente en los territorios ocupados por las fuerzas de la libertad. Lo que se refiere específicamente a la Nueva Granada y al plan de Bolívar para maniobrar contra ella, se delinea nítidamente en el siguiente aparte de la referida comunicación:

"La suerte del Nuevo Reino de Granada es la que principalmente ocupa mi atención y me llena de sobresaltos (ya al comienzo de este mismo oficio señala que Bolívar se ha situado en Guadualito "población que se halla en los confines de Venezuela, a doce jornadas de los Llanos de Casanare, en cuyo punto ha reunido toda su infantería y se dispone a seguir al Nuevo Reino de Granada a operar en combinación con el cabecilla Santander, que manda en Chire y en Pore"). Allí no hay ningún cuerpo europeo respetable en el interior y todo él se halla hasta Quito guarnecido por tropas americanas, cuya confianza en estas ocasiones no se sabe hasta qué punto pueda llegar. Por pronto que yo pueda marchar en su socorro, Bolívar y Santander habrán hecho grandes estragos, y una vez ocupada por ellos la capital serán reforzados por los mismos batallones que ahora sostienen la causa de S.M..."[12]

Este conocimiento oportuno de la posible maniobra de Bolívar contiene un penetrante sentido de adivinación. Suscrito el oficio el 2 de mayo, aún Bolívar no ha concebido su plan. Morillo, pues, conjetura, anticipándose a los acontecimientos, lo que revela su calidad militar. El viaje de Santander, la organización de un ejército a su mando, la presencia de Bolívar en "los confines de Venezuela" permiten al estratega calculador que ya hay en el comandante español, anticiparse a la propia intención de su adversario. En nueva carta al ministro, escrita el 2 de julio, informa Morillo que

12 Riaño, ob. Cit., pág. 86, Transcripción del oficio en referencia, tomado de A Rodríguez Villa, El teniente general don Pablo Morillo, primer conde de Cartagena, Marqués de La Puerta, tomo IV, Madrid, 1908, págs. 42-43.

ha destacado a La Torre con la Tercera División, para que asuma el mando de todas las tropas del virreinato y obre contra Bolívar. Para entonces éste se apresta ya a transmontar la cordillera, sin que su adversario hubiese tenido tiempo de saberlo.

Del llano inundado al hielo de las alturas

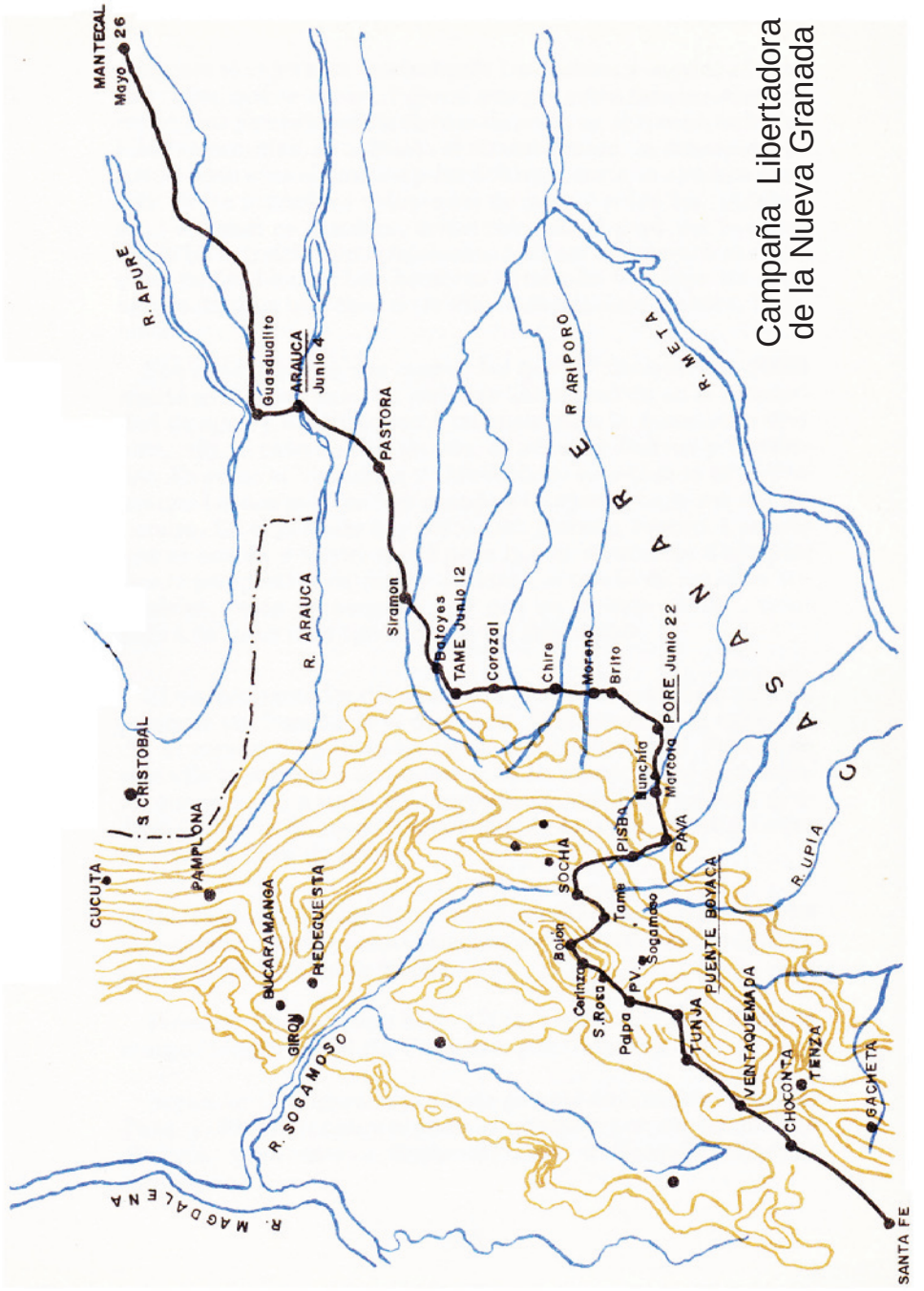
El 4 de junio toma forma el giro estratégico con el cruce del caudaloso río Arauca, henchido bajo el invierno, por Bolívar y su ejército. Se halla, pues, en Casanare, nombre sonoro de las lenguas indígenas que cobra en la historia resonancias de libertad. Allí se refugiaron los maltrechos despojos de ejércitos granadinos, destruidos por la poderosa ofensiva de Morillo el año 16. De allí parte en esfuerzo renovado la contraofensiva republicana. Es la tercera vez que Simón Bolívar pisa territorio granadino. El vivo recuerdo de sus otros dos arribos debe retornar a su memoria con desatada emoción. De ese suelo se remontó a las alturas partiendo de la nada, para caer derribado una y otra vez en sarta de infortunios que tan sólo él hubiese podido sobrevivir.

El cruce de la llanura inundada es toda una proeza, cuyos dramáticos perfiles se patentizan en los clamores que eleva la tropa, hambrienta y desnuda, al recibir a mitad de camino un cargamento de plátano y sal que Santander le envía.

El militar que ya ha nacido en la evolución del guerrero concibió el plan. Pero es éste, con su garra de luchador, con su voluntad de hierro, con su determinación inquebrantable, quien ha de ejecutarlo doblegando obstáculos y voluntades, hombres y naturaleza empeñados en erigir barreras a su paso. La víspera de iniciarse el movimiento, un escuadrón entero de caballería llanera al mando del contradictorio coronel Iribarren, abandona el campo. Triste deserción en los umbrales inciertos de la gloria. Un aire de conspiración se infiltra por las filas del ejército. Aquel Bolívar es un mala suerte. ¿Ha fracasado tantas veces...A dónde nos llevará ahora por entre estos pantanos, en esta desnudez, muertos de hambre y cansancio...?

Prosigue la marcha penosamente por la llanura que más bien parece inmenso mar. Llueve como si el cielo se hubiese roto.

Mapa N°4


Campaña Libertadora
de la Nueva Granada
MANTECAL
Mayo 26
R. APURE
Guasdualito
ARAUCA
Junio 4
PASTORA
Siramon
Betoyes
TAME Junio 12
Corozal
Chire
Moreno
Brito
PORE Junio 22
Morcote
Tunchia
PISBA
PAYA
R. CASANARE
R. ARIPORO
R. META
R. ARAUCA
S. CRISTOBAL
PAMPLONA
CUCUTA
BUCARAMANGA
GIRON
PIEDECUESTA
R. SOGAMOSO
SOCHA
Tasco
Boyacá
Cerinza
S. Rosa
Paipa
P.V.
Sogamoso
TUNJA
PUENTE BOYACA
R. UPIA
VENTAQUEMADA
CHOCONTA
TENZA
GACHETA
SANTA FE
R. MAGDALENA

Hombres y caballos acezan, doblegados por la fatiga de aquel chapoteo exasperante que aniquila las fuerzas y agobia el espíritu. ¿Por qué se sigue...? Quizá porque aquel hombre menudo cuyos ojos parecen negros dardos de acero va al frente, sufre las mismas penurias, se enfrenta al mismo drama, se sobrepone en sus 35 años a los elementos y los doblega, como se apodera también de las indómitas voluntades de jefes y soldados. ¡Adelante...! Alguien se sumerge, arrastrado por el peso del fusil, en algún bajo traicionero. ¡Adelante...! El sol no aparece por ninguna parte. Llueve. Los hombres tiritan de frío bajo las finas agujas de agua que caen de lo alto, uniendo cielo y tierra. ¡Adelante!

Son siete días con sus noches los que así transcurren. Finalmente se llega a Tame. La pequeña aldea perdida en la inmensidad de agua y hierba es como un oasis para la desastrada división. Allí, al cabo de casi un año, se abrazan Bolívar y Santander. Es como si Venezuela y Colombia se estrechasen en el drama que los dos pueblos han pasado a compartir bajo sus dos generales. En el poblado hay carne, sal, plátano, reposo. Las fatigas se borran y sirven quizá para que el retorno se haga peor que la perspectiva de seguir adelante, a través de aquellos tremedales," más un pequeño mar que un terreno sólido", como habrá de decir más tarde el general Santander.

El periplo agotador del ejército, reunido ya en un solo cuerpo, prosigue vía Pore hacia la cordillera. El 27 de junio la vanguardia al mando de Santander toma el Trincherón de Paya, que custodia la entrada a la montaña. Se ha alcanzado el piedemonte, que pone fin a aquel enloquecedor movimiento anfibio, ayudado por botes de cuero y sostenido por la reciedumbre de unas tropas con fibra de acero.

De las posibles rutas de acceso al interior granadino, nueve en su totalidad, algunas con variantes secundarias, tres se definen como de más plausible utilización:

Primera: Por la Salina hacia Chita, siguiendo desde Tame la margen izquierda del río Casanare, por Chámeza.

Segunda: Configurada por el eje general de Nunchía Morcote Paya y Pisba, transmontando el páramo por su parte más abrupta, para caer a Sochaviejo, en el llamado altiplano boyacense.

Tercera: La de Labranzagrande, bien sea por el Páramo de Toquilla en dirección a Sogamoso, bien la vía Mongua Y monguí, hacia esta misma localidad o desviando hacia Puebloviejo.

Barreiro comandante realista de operaciones bajo órdenes superiores del mariscal de campo don Juan Sámano, sucesor de don Francisco Montalvo como virrey del Nuevo reino, ha previsto la posibilidad de una invasión y piensa contenerla guarneciendo fuertemente las salidas de la cordillera, para no alargar demasiado sus comunicaciones adelantando más el dispositivo. Su actitud rebosa optimismo en cuando a la impenetrabilidad del Ande, como trasluce su oficio del 25 de junio al virrey, al decir:

"El paso de la cordillera no lo pueden ejecutar por otros puntos que por los de Salinas, Paya, Puebloviejo, Miraflores y todo el Valle de Tenza y Medina. Son de páramos y montañas muy fragosas y en la estación presente, hombres que no están acostumbrados al frío serán destruidos por sí mismos. Por consiguiente, estos puntos quedan defendidos de una invasión, por su propio temperamento"[13]

Con lo que no cuenta el ingenuo comandante peninsular es con la tremenda capacidad de brega que Bolívar y su ejército han demostrado en las jornadas a través del llano, y la que aún habrán de poner de manifiesto sobre las cumbres heladas. Al elegir entre las rutas abiertas a la invasión Santander propone la más abrupta y difícil, o sea la segunda, a través del formidable Páramo de Pisba.

La sorpresa, pues, no pudo obtenerse por el hecho mismo del movimiento, que resultó inocultable para la aguda percepción de Morillo y la menos perspicaz pero evidenciada para él por los hechos, de Barreiro. Lo que en realidad vino a producir esa sorpresa con características paralizantes, fue el tiempo en que se realizó contra todas las previsiones del mando español, sobre una ruta considerada imposible, y con fuerzas capaces de buscar y conseguir una batalla de repercusiones estratégicas.

El paso del páramo en las condiciones de desnudez del ejército libertador constituye una hazaña guerrera colosal. No solamente

13 Archivo General de Indias, *correspondencia del General José María Barreiro*, recopilada por Salamanca Aguilera, Tomo II, págs. 58 – 59 según cita de Camilo Riaño, op. Cit., pág. 119.

había que vencer la naturaleza, presente en los peñascales abruptos a través de los cuales el camino estrecho es un milagro suspendido del abismo, sino la natural reticencia del hombre de la llanura, baja y tórrida, para empinarse por los breñales densos de brumas que no traspasa el sol, donde la delgadez del aire dificulta la respiración y la marcha se convierte en tortura interminable.

Tal fue la impresión de las huestes libertadoras frente a la imponencia del Ande, desdibujado por la nubosidad, que la fatiga acumulada, la incertidumbre sobre el final de la fantástica aventura, el temor a lo desconocido, llegaron a carburar el descontento en mandos y tropas hasta el extremo de que el rumor creciente llegó a los oídos del Libertador.

Del impresionante bloque montañoso desciende el aire gélido que parte la piel y cala los huesos. No faltará quien se pregunte angustiado: ¿Si esto es en las estribaciones de la mole adusta, cómo será el ascenso por aquella garganta tallada en la roca, que aprisiona el río Payerio en su descenso a tumbos, formando con los peñascos estruendo acrecido por la estación lluviosa?

El Libertador convoca a junta de comandantes en el llamado Llano de Miguel (o de san Miguel). Es un punto intermedio entre las dos fracciones en que se ha dividido el ejército después de la captura de Paya por la vanguardia granadina, que allí acampa, y la retaguardia al mando de Anzoátegui instalada en la propia llanada de ese nombre. La cuestión se plantea francamente: ¿Conviene suspender o continuar la arriesgada empresa? Santander es el primero en hablar. Sostiene con sólidos argumentos la conveniencia de proseguir. La oportunidad de batir a Barreiro, con quien ya se han medido fuerzas, es excepcional. Regresar es perder un gigantesco esfuerzo. Si la decisión le es adversa, él podrá proseguir con su división y buscar suerte, que si favorable, abrirá el paso para el grueso del ejército, no comprometido en el azaroso empeño. Caso contrario, la división de retaguardia podrá regresar a Venezuela.

La elocuente presentación del granadino enuncia una gran verdad. Bolívar, según el historiador Restrepo al narrar este pasaje de la campaña, nunca pensó desistir, pero quiso lograr el consenso de sus generales, indispensable para solidificar la unidad de mando,

resentida por la murmuración. La junta de guerra consiguió su propósito y con renovado brío se inició el temido ascenso[14].

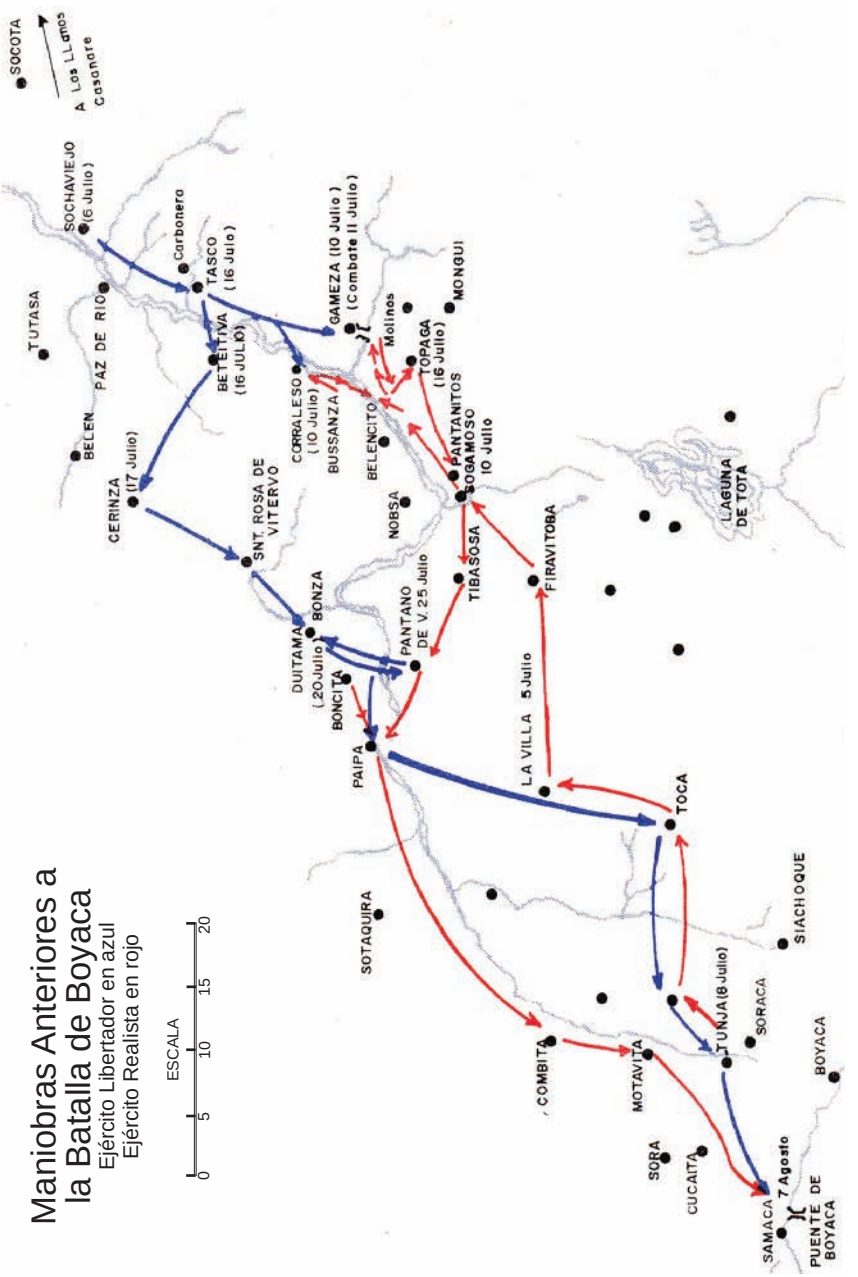
"Quienes han puesto en duda este episodio lo hacen bajo la falsa impresión de que su ocurrencia acusaría debilidad o vacilación de parte del Libertador. Nada más reñido con el concepto de la responsabilidad máxima de un comandante de tropas, que es la de *tomar decisiones*. Si en momentos de duda consulta a sus subordinados, escucha pareceres y aun estimula discusiones, la decisión y sus consecuencias seguirán siendo suyas. Dentro de la función de estado mayor, las ideas brillantes o negativas no tienen paternidad distinta a las del jefe que las hace suyas y con ellas enfrenta el destino. Discutir quien propuso esto o aquello puede ser de interés para el historiador, deseoso siempre de reconstruir la difícil verdad cuando ya la ha desdibujado la niebla del tiempo. Para el analista militar, sólo cabe fijar en quién recayó la responsabilidad de decidir, con prescindencia de persona y nombres".

"Frente al Ande se jugaba la carta decisiva de la libertad. Si Bolívar, preocupado por la moral de un ejército en andrajos que se enfrentaba a la muerte, consultó a sus comandantes de mayor graduación, hizo bien. El jefe no es ni puede ser una entidad solitaria, ajena al consejo y a la comunicación. A buen seguro Santander, con las esperanzas fijas en la patria evacuada en pleno derrumbamiento, pudo lograr con su vehemencia la decisión final. Nadie, sino el propio Bolívar, podría decirlo. Pero sea como fuere, la decisión corresponde al comandante"[15].

Así se opta por el ascenso a través de aquella barrera orográfica. Desde Pore el ejército libertador se había organizado en detalle, distribuido en dos grandes fracciones a la usanza militar de la época. La vanguardia comandada por Santander era básicamente la misma que operaba cuando la invasión de Barreiro a Casanare. El grueso o retaguardia estaba conformado por las tropas traídas por Bolívar desde Apure. Más adelante se verá cómo quedó compuesto el todo para la acción decisiva, una vez la anfractuosa cadena de montañas

14 José Manuel Restrepo, *Historia de la revolución en Colombia*, tomo IV, Medellín, edit. Bedout, pág. 76.
15 Valencia Tovar, ob. Cit., pág. 40. Relatos del coronel Antonio Obando y del propio Santander se refieren en detalle a este episodio.

Mapa N°5


Maniobras Anteriores a la Batalla de Boyaca
Ejército Libertador en azul
Ejército Realista en rojo
ESCALA
0 5 10 15 20
SOCOTA
A Los Llanos
Casanare
SOCHAVIEJO (6 Julio)
Carbonera
TASCO (16 Julio)
TUTASA
PAZ DE RIO
BETEITIVA (16 JULIO)
BELEN
CERINZA (17 Julio)
SNT. ROSA DE VITERVO
GAMEZA (10 Julio) (Combate 11 Julio)
Molinos
TOPAGA (16 Julio)
MONGUI
CORRALES (10 Julio)
BUSSANZA
BELENCITO
PANTANITOS
SOGAMOSO 10 Julio
NOBSA
LAGUNA DE TOTA
DUITAMA (20 Julio)
BONZA
PANTANO DE V. 25 Julio
TIBASOSA
FIRAVITOBA
BONCITA
PAIPA
LA VILLA 5 Julio
TOCA
SOTAQUIRA
SIACHOQUE
COMBITA
MOTAVITA
TUNJA (8 Julio)
SORACA
BOYACA
SORA
CUCAITA
SAMACA
7 Agosto
PUENTE DE BOYACA

pudo ser superada, en el acto de heroísmo que dejó muchos cuerpos inertes sobre el camino de canjilones y pedruscos donde se escribió el denso capítulo de sudor y angustia, bravura y agonía de un ejército.

El paso se hace por escalones. Medio batallón Cazadores, al mando del sargento mayor Joaquín París lo efectúa el primero de julio, llevando consigo una proclama de clásicos acentos bolivianos, bajo consigna de distribuirla entre los pobladores con miras a preparar los espíritus para la llegada del ejército. Lo sigue el resto del mismo batallón el día 3 al mando de su jefe titular, teniente coronel Antonio Arredondo. Luego el resto de la División de Vanguardia el 4, para alcanzar a Socha el 5.

Lo más duro corresponde a la retaguardia, a cuya cabeza cruza el páramo sombrío el propio Libertador. La lentitud del movimiento a causa de la fatiga originada en el contraste entre la constitución física de los hombres de la llanura y aquel empinado sendero de roca y hielo, los obliga a pernoctar allí del 5 al 6 de julio. Cuarenta hombres perecen en la trágica marcha, cementerio a la vez de ganados y cabalgaduras. Por fin el día 6 la maltratada división se desgrana medio deshecha en el pueblo de Socha, donde las gentes le prodigan atenciones que rivalizan con la solicitud del Libertador por sus soldados.

Estrategias opuestas

Faltando aún el último escalón por cruzar el páramo al mando de Soublette, compuesto por los ingleses de Albión que luego habrá de conocerse como Legión Británica-, ganado, caballos y bagajes, el derrengado ejército que llega a Sochaviejo está poco menos que a merced de su adversario. Santander despliega desde el primer momento considerable actividad con la vanguardia, para escudar la concentración y reposo del grueso. Es así como el 7 de julio una de sus patrullas sorprende en la población de Corrales la guarnición realista.

Aquel incidente y los rumores que flotan por el altiplano para señalar la llegada de una tropa importante a Socha, han debido servir de campanada de alarma al comandante español, cuya conducta indicada era adelantar un reconocimiento en fuerza, seguido sin

demora de una acción ofensiva general. No lo hace. Piensa quizás en una incursión al estilo de la que costara la vida al intrépido teniente coronel Sasmajous, cuando a raíz del desastroso regreso de la invasión realista a Casanare, penetró con su escuadrón de dragones hasta el Valle de Tenza, donde fue virtualmente destruido. Por tanto, prefiere ganar tiempo para concentrar todas sus fuerzas. Pierde así su momento ofensivo, al paso que concede al adversario un tiempo precioso para tomar aliento.

Santander adelanta su cuartel general a Tasco para conducir con agresividad su acción dilatoria. Los encuentros de patrullas sobre los ejes de Gámeza y Corrales tienen suerte alterna. Barreiro demuestra, en su primer parte al virrey, inmenso desdén por ese "enemigo tan despreciable en sí mismo por la desnudez y miseria en que se hallan y por su cobardía en sufrir los rigores del clima y las armas del Rey, nuestro señor"[16].

La pasividad de Barreiro se patentiza cuando, después de enviar reconocimientos en dirección a los ejes descritos, se despliega frente a Molinos de Tópaga en espera del ataque independentista que no llega a ocurrir. En el ya citado informe al virrey, Barreiro aprecia que tiene ante sí un ejército en el cual señala la presencia de Bolívar y de unos 300 ingleses, pero el conjunto de ese adversario le parece en sus 2.000 hombres bien inferior a los 1.000 con que en ese momento puede contar.

El día 11, sobre el río Gámeza, tiene lugar la primera confrontación de importancia, Barreiro, afianzado anticipadamente en el llamado Peñón de Tópaga, ve descender de las alturas en la margen opuesta del río cuatro columnas adversarias que estima en cerca de 2.000 hombres. Se trata en realidad de los efectivos disponibles del ejército libertador, cuya magnitud lo obliga a retrogradar el batallón Segundo de Numancia que ya había pasado la corriente. Ataca el Cazadores patriota hacia el río. Lo siguen compañías del Rifles, Barcelona y Bravos de Páez, en el deseo de fijar el Numancia y cortar su repliegue, pero la unidad realista aguanta protegida por sus Cazadores y pasa ordenadamente el río.

Impetuosamente las formaciones patriotas logran pasar la

16 Oswaldo Díaz, Díaz, "Documentos inéditos sobre la campaña de Boayacá" en Boletín de historia y antigüedades, volumen 48, número 564, y 565, Bogotá, 1961.

corriente en varios puntos pero el Numancia contraataca con vigor, apoyado luego por el Primero del Rey. Los patriotas no solamente deben volver a su margen, sino que el empuje realista los hace retroceder, pero el vaivén se repite en sentido contrario, hasta que, tras cinco horas de forcejeo a lo largo de la corriente, y en la imposibilidad de definir la acción, ésta languidece hasta extinguirse.

Fue aquella, a todas luces, una acción indecisa, como puede advertirse por el número de bajas: 74 realistas y 88 patriotas entre muertos y heridos. Cada ejército quedó dueño de su campo y, aunque Barreiro se atribuyó el triunfo, la realidad es que no hubo persecución ni aniquilamiento del supuesto vencido.

A partir de este combate, se definen con claridad dos estrategias opuestas. Barreiro, considerándose superior en medios, asume una conducta defensiva cuya esencia es cerrar las vías hacia el interior del Nuevo Reino, en espera de que su enemigo, en el afán de abrirse paso, embista contra sus siempre fuertes posiciones y sólida infantería, a fin de destruirlo. Es, virtualmente, una estrategia de provocación y desgaste, para obligar al adversario a luchar en los términos que él dicte y en el terreno elegido. Bogotá es, dentro de este planteamiento, el objetivo estratégico y a cubrirlo dedica el comandante español todos sus esfuerzos.

Bolívar, por su parte, asume desde el comienzo de las operaciones una resuelta ofensiva. Confía en sí mismo y en la calidad de su ejército, en realidad equilibrado en cifras pero en inferioridad de armas y equipo. Para él, como para su contendor, la capital de la Nueva Granada es el objetivo señalado, y, para obtener su codiciada posesión, ha de atacar.

Es indudable que allí se configura una paradoja bélica. Mientras el fuerte se defiende, el débil ataca. Más que las condiciones comparativas de los dos ejércitos, es el temperamento de los jefes el que impone este contraste, pues si bien Barreiro debe defender la capital, como mejor puede lograrlo es destruyendo a su adversario a través de una resuelta ofensiva. Desgraciadamente para él es tarde al haber dado tiempo de reorganización y reposo a un adversario al cual habría podido batir antes que se rehiciese. De todas maneras, la actitud

defensiva cuando se tienen a favor las ventajas que Barreiro pondera en sus comunicaciones al virrey, indica una pobre concepción de las posibilidades ofensivas, sobre un terreno apto para la maniobra y con disponibilidad de una brillante caballería en neta superioridad sobre el contrario, cuyos jinetes han quedado virtualmente a pie después de las tremendas pérdidas sufridas sobre la cordillera.

En esta forma el duelo que se inicia sobre el altiplano boyacense tiene como protagonista un Bolívar agresivo, móvil, de imaginación fértil, fraguado en la batalla que ha sido su constante vital en siete años de lucha, y un Barreiro prudente en exceso, lento en el obrar, pegado al concepto defensivo de cobertura sobre las vías estratégicas hacia una capital de la que depende para comunicaciones y logística. Bolívar no tiene retaguardia, no se ata a localidades ni terreno, con un ejército volante que halla en la actitud de la población la fuente indispensable de subsistencias de boca y en la batalla la forma de reabastecer su escasez de armas y municiones. En cierta forma Barreiro es la pesada concepción de la guerra regular. Bolívar lo es de la lucha fluida en la que importa la rapidez, la movilidad, la explotación instantánea del más leve descuido, o de cualquier coyuntura inesperada.

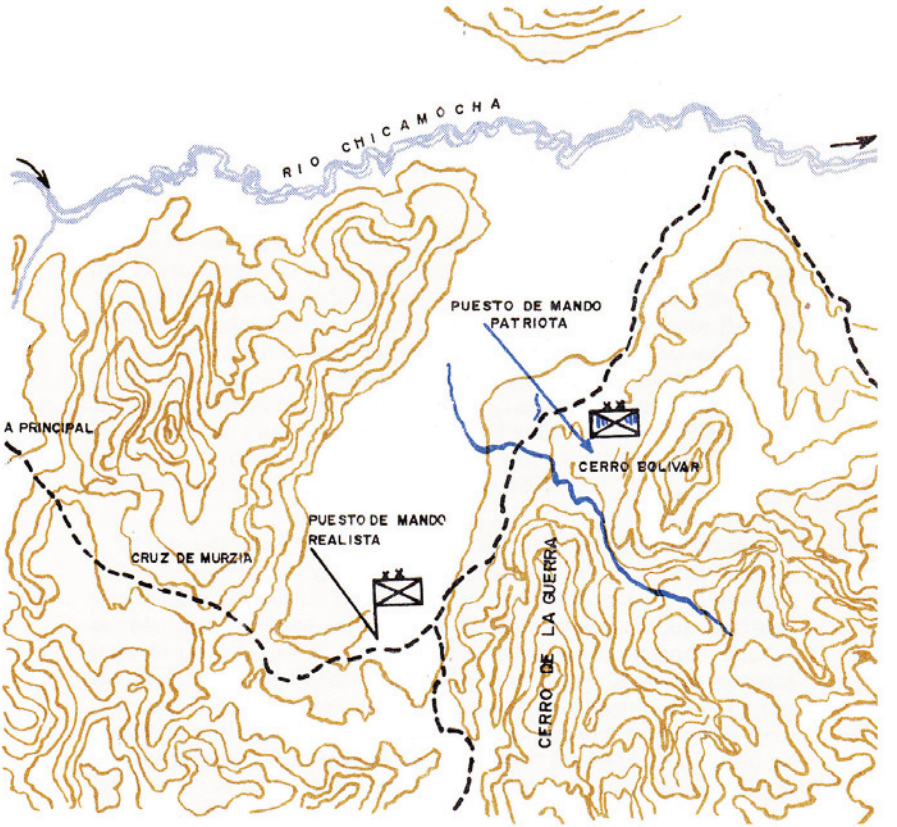
Dentro de este plan operativo no es que Barreiro está del todo equivocado. La suma de potencialidad a que da lugar el anclaje de su buena infantería sobre posiciones sólidas, como las que presenta el terreno a lo largo de las vías hacia Santafé, puede resultar ventajosa si se sabe aprovechar. La misma acometividad del adversario puede inducirlo a error. Pero resulta peligrosa de todas maneras, ante un guerrero de la talla de Bolívar. Ambas cosas ocurren. El error se produce con resultados dramáticos y el guerrero sale del desastre milagrosamente, para asestar el golpe decisivo.

El tremendo error de Vargas

Después de Tópaga, el ajedrez táctico sigue jugándose dentro del esquema trazado por las mentalidades opuestas, que dirimen supremacías en el espléndido tablero de la naturaleza boyacense. Es aquel un marco ideal para el desarrollo de las acciones, cuyo propósito es llegar a la batalla campal en las mejores condiciones.

Batalla del Pantano de Vargas

Escala 1:25:000 Equidist. 50 mts.



El peor enemigo de Bolívar no es Barreiro. Es su propia impaciencia. La impulsividad que otras veces lo ha arrojado al choque sin preparación suficiente, confiado en su estrella (no siempre luminosa en la fase táctica del choque), en su voluntad de imponerse, en la inquebrantable confianza en sí mismo. Así como para Barreiro el enemigo no es tanto el "ejército de pordioseros" al que se ha referido en términos tan peyorativos, sino un poco él mismo, su incompetencia militar, su lentitud para la maniobra, su carencia de inspiración bélica, y un mucho aquel tremendo combatiente que tiene delante de sí y a quien no ha sabido valorar en lo que representa la suma de sus condiciones guerreras.

Bolívar se repliega a Tasco después de la indecisa acción sobre el río Gámeza, reagrupa sus fuerzas y da tiempo para que Soublette pase la cordillera entre el 13 y el 15 de julio con el escalón de la retaguardia y los ingleses del Albión. Calcula Barreiro que para entonces su adversario había reunido no menos de 2.500 hombres, lo que le obliga a concentrar sus fuerzas, requiriendo la presencia del escuadrón de granaderos que guarnece a Chocontá, de cuatro compañías del Tambo que se hallan en el Socorro y tres del Primero del Rey que controlan el Valle de Tenza, con lo cual se restablece el equilibrio.

El combate de Tópaga, que pone de manifiesto la actitud cautelosa de Barreiro, indica a la vez a Bolívar la dificultad de abrirse paso por el valle de Sogamoso. Recurre entonces a un deslizamiento por el flanco adversario, siguiendo el valle de Cerinza, para lo cual vadea el Chicamocha, pero sin conseguir que su movimiento pase inadvertido. En respuesta, Barreiro ejecuta una amplia conversión que lo traslada de Sogamoso a Paipa, donde se acaballa de nuevo en la ruta a Santafé, cerrándola dentro del mismo juego que se ha impuesto. Es ya el 18 de julio de 1819, dos semanas después de iniciarse el paso de la cordillera por el ejército libertador.

El 20 Bolívar avanza desde Cerinza hacia Santa Rosa y Bonza. Barreiro lo hace a su vez, cautelosamente. Los dos ejércitos se divisan a distancia y sus avanzadas chocan en fracciones dispersas. Llueve duramente en un invierno inusitadamente fuerte, que entorpece la fluidez de las operaciones, hasta el punto de que Barreiro informa al virrey que la ropa no llega a secarse sobre el

cuerpo. Ambos bandos ocupan posiciones fuertes, que ninguno de los dos se decide a abandonar para atacar al otro. En la noche del 21, Bolívar intenta flanquear a su adversario con la División de Vanguardia y alguna caballería, pero la lluvia torrencial entorpece el movimiento. Barreiro sospecha la maniobra pero no llega a captar lo que fue su propósito.

Perdida esta oportunidad, Bolívar se repliega a los Corrales de Bonza, y Barreiro lo hace a los Molinos del mismo nombre. Ambos ejércitos se reponen de los efectos de la lluvia que agobia el espíritu, inutiliza la pólvora, arruina armas y destroza el colorido uniforme de unos y los abigarrados retazos de los otros.

Crece la impaciencia de Bolívar. Teme un golpe a su espalda desde Cúcuta. En su reducto de los Corrales su mente fragua el nuevo movimiento. Será una arriesgada maniobra, cruzando el Chicamocha, para salir a la espalda de su adversario. Para ello ordena preparar en secreto unas balsas de junco para vadear el río desbordado, cuyo cause profundo se pierde entre lagunetas y pantanos aledaños. El Chicamocha de esa época, más ancho que el de hoy y desprovisto de los tambres que contienen sus aguas, era un obstáculo de proporciones mucho mayores.

A las cinco de la mañana se inicia el cruce. Surgen dificultades. Se deshacen las balsas de junco. La operación dura cuatro horas por encima del tiempo calculado, lo que desarticula la idea de maniobra del Libertador, anula el efecto de la sorpresa y da tiempo a Barreiro para efectuar una contramaniobra de efectos fatales para su adversario. Los errores se acumulan como consecuencia de esta alteración imprevista en el plan del comandante patriota que, una vez empeñado en su idea, persiste en ella y en su gravísima equivocación.

El Pantano de Vargas consiste en una herradura de tierras bajas, parcialmente cubiertas de agua y juncales en esa época, y rodeada de alturas dominantes cuya influencia táctica sobre aquel encierro es de tal naturaleza, que quien las ocupe es dueño del campo. Bolívar ha debido adelantar su caballería para apoderarse, al menos, del sector más inmediato al punto de cruce y proteger la difícil operación. No lo hizo, avanzando apenas una compañía de

Cazadores, que así se disgrega del grueso y, carente de movilidad, es inadecuada para cumplir su misión. A la espalda, el río de difícil cruce aprisiona las fuerzas imprudentemente comprometidas, en lo que puede considerarse trampa mortal.

Barreiro, enterado oportunamente de la maniobra de cruce, no pierde tiempo. Esta vez su actuación es impecable. Rápidamente gana con sus unidades las alturas dominantes sobre la derecha del pantano. Instalando su puesto de mando en el promontorio de la casa de Vargas, contempla el de su antagonista, encaramado en lo que hoy se conoce como cerro de Bolívar, a 1.500 metros en distancia de tiro. El Cerro del Cangrejo, inmediato al camino de Vargas, es el primero que ocupan las avanzadas españolas, a cuya derecha el Primero del Rey recibe la misión de ocupar el Cerro de la Guerra, donde ya llega la vanguardia de Santander.

El choque en disputa de aquella altura decisiva es violento, pero la unidad realista llega desde la cresta, en tanto que los patriotas lo hacen en ascenso y, a pesar de su bravura, son desalojados y precipitados al pantano. Es el Primero de Numancia el que allí se instala, prolongado en su línea por una compañía de granaderos del Segundo de Numancia.

Anzoátegui lanza a la batalla los batallones Bravos de Páez y Rifles. Luego la Legión Británica. El arduo empeño es inútil. Heridos los comandantes de los dos batallones, reforzada la recia línea realista, las formaciones patriotas ruedan desalentadas hacia el pantano. Barreiro comprende que ha llegado la hora decisiva y, con su reserva de infantería, envuelve por la derecha el desordenado conjunto patriota aprisionado entre las alturas y la ciénaga. Simultáneamente ordena a su caballería la carga que rubricará la victoria, a lo largo del desfiladero que separa los cerros del Cangrejo y de La Guerra.

El desastre se revela en su sobrecogedora magnitud para Simón Bolívar. Impotente lo contempla desgajarse sobre sus tropas, encerradas en aquella ratonera donde las ha colocado incomprensiblemente. Allí, en la colina que hoy lleva su nombre, el militar comprende que ha perdido la batalla, mientras la sensación de triunfo llena de ardor a su joven oponente de quien se dice que, a tiempo de lanzar la carga decisiva, exclama en comprensible

desborde de entusiasmo irreverente: "Ni Dios me arrebata la victoria". Se dice, también, que mil quinientos metros a su frente, Bolívar habla entre dientes de cerrar la tragedia con un pistoletazo que le ahorre este último, insuperable hundimiento.

De las sombras de la desesperación surge el guerrero. El militar ya ha exclamado: "¡Se nos vino la caballería y se perdió la batalla!". Su frase sombría suscita la respuesta del otro guerrero, mulato de la llanura donde las batallas sólo se pierden cuando la lanza se quiebra, el caballo rueda sin vida o la sangre se escapa del cuerpo en agonía. Es Juan José Rondón, teniente coronel de los jinetes desnudos que aprendieron a guerrear sin poder aún escribir sus hazañas. Más que hombre, es una leyenda que flota sobre las sabanas del Guárico, desde los días en que Boves elevaba a los vientos las lanzas coloradas del rey y la negra bandera del exterminio vandálico.

–¡Cómo se va a perder si ni yo ni mis jinetes hemos peleado!

La voz emerge como una vaga esperanza entre las sombras de la derrota. La infantería realista golpea ya el flanco desbaratado, en la prisión de cerros y agua. La caballería desciende, al viento los gallardetes de Fernando VII...

Rondón había sido capitán de Boves en las fuerzas del rey. Y para ser capitán de Boves fuerza era poseer títulos llaneros. Ser jinete, ser fuerte, duro, feroz. Tener esa mezcla indescifrable de condiciones que hacen de un hombre cualquiera un caudillo. Su lanza realista clavó a una palma a otro capitán, el patriota Urquiola, en singular combate librado ante las tropas, silenciosas por la expectativa y el asombro.

–Haga lo que pueda. ¡Salve usted la Patria, coronel!

La voz del guerrero sale de la garganta contraída por la conmoción de la tragedia que ensombrece el campo de batalla. El otro guerrero la recibe a lomo del jamelgo llanero que sobrevivió con los demás héroes al paso gélido del Ande... De capitán de Boves a capitán de la República se traslada su inmenso valor, su fiero desafío de la muerte. Ahora es comandante de los lanceros del Llano Arriba.

–¡Camaradas: Los que sean valientes síganme, porque en este momento triunfamos!

Se enristran las lanzas. Son catorce los valientes que siguen al espigado jinete de tensos músculos, bronce templado de estatua en movimiento. Bolívar los ve desfilar. Piensa a buen seguro en las Queseras del medio, cuando 150 de aquellos demonios abatieron la espléndida caballería del rey. Duda. Confía. Sufre, mientras en lo hondo del desfiladero su ejército perece bajo el fuego y comienza a ser atropellado por los lanceros adversarios.

En la inmensidad del choque entre cinco mil seres, aquellos quince no cuentan. Nadie repara en ellos, esforzado en destruir lo que tiene al frente. Así se escurren hasta las faldas del Cangrejo, rebasan la cresta y cargan como una tromba de lanzas sobre la infantería del Primero del Rey que acude a definir la contienda. No se sabe qué ocurre. La aparición aquella, por imprevista y violenta, produce efectos incalculables. El desorden se esparce en los de a pie, bajo la idea de que detrás debe llegar todo un ejército de fieras como aquellas que embisten tras el erizo de cucharas.

Del desánimo, del pantano, del encerramiento, emerge renovado coraje. Voces de comandantes reaniman la tropa republicana. Se restablecen las deshechas formaciones. De la confusión van saliendo, cuesta arriba, los batallones, en resurrección increíble. Cazadores y Primero de Línea hacen un nuevo intento después de sus tres reveses anteriores. La Legión Británica, con ese frío valor inglés de Waterloo, torna a la carga. A su lado asciende Rifles, le siguen los Bravos de Páez y en pocos minutos se desvanece la derrota, cambia el destino tornadizo, se traslada el desaliento de uno a otro campo.

La lluvia y la noche se precipitan sobre Vargas, cuando aún se forcejea sobre las alturas, en ardiente disputa por su posesión. El agua enfría las bocas de fuego, moja la pólvora, lava el sudor y el humo de los rostros contraídos, que comienzan a fundirse en la oscuridad, por donde ondulan toques de corneta que convocan las fuerzas dispersas y se acallan los últimos disparos entre fogonazos disminuidos por el agua.

Un golpe mortal

¿Qué es en última instancia el choque en el Pantano de Vargas?

Como resultado, ambos bandos se disputan la victoria. Los partes de batalla así lo dicen, achacando a la combinación de la lluvia y de la oscuridad el no haber podido rematar el triunfo con el exterminio total del contrario. El forcejeo dura casi seis horas. Los muertos y heridos son muchos, sin que se sepa a ciencia cierta cuántos. Quizá medio millar por bando. Los efectos, dispares en los dos campos.

Como episodio bélico, Vargas fue una batalla por cuanto comprometió, con proyecciones decisivas, la casi totalidad de los ejércitos enfrentados. Reúne, pues, los ingredientes necesarios para considerarla así y no simple combate como algunos quieren definirla.

La ruptura del contacto, cumplida cuando la noche y el violento aguacero no permitían continuar luchando, hace de ese encuentro una batalla indecisa en resultados cuantificables. No así en el subfondo moral que pisa los terrenos imprecisos de lo intangible.

Hay algo indudable. Vargas cambia fundamentalmente el concepto que Barreiro tuvo hasta entonces de su adversario, cuya capacidad de combate midió desacertadamente sobre patrones visibles, en términos de simple apariencia. Una comparación superficial en exceso, lo llevó a despreciar aquella desarrapada desnudez, al paso que sobrevaloró la contextura de su propio ejército por el brillo externo de sus bien equipados batallones.

La duda ha comenzado a aparecer en la mente del jefe realista. Arrebatada de sus manos la victoria en forma incompresible, cuando ya la daba por segura, aquel resurgimiento del postrado adversario, cuya "desesperación les inspiró una resolución sin ejemplo, su infantería y su caballería saliendo de los abismos en que se hallaban, treparon por aquellos cerros con furor, nuestra infantería que por un ardor excesivo y por lo escarpado de la posición se hallaba desordenada no pudo resistir sus fuerzas..." como dirá al virrey en su trémulo parte de batalla, mina la despectiva confianza

que hasta entonces había sostenido de su fe en el triunfo y no puede menos de establecer un interrogante de angustia en la comparación cualitativa de fuerzas.

En cambio, la certeza del éxito es en el mando opuesto, no palabras sino convencimiento. Nada levanta tanto el espíritu y la moral de un combatiente como esa "salida de los abismos" a que se refiere el comandante realista. Permite superar la agobiadora situación de una batalla perdida.

Ambos ejércitos quedan exhaustos, sin posibilidad inmediata de reanudar operaciones ofensivas o explotar el éxito que cada comando se atribuye. Los dos retornan a sus posiciones anteriores. Las bajas adelgazan sus líneas. En el bando republicano dos grandes comandantes han perdido la vida en los veinte días de operaciones. El comandante del batallón granadino Cazadores teniente coronel Antonio Arredondo, mortalmente herido en la acción sobre el río Gámeza, y el coronel James Rook, comandante de la Legión Británica, después de perder un brazo, en Vargas.

Viene un afanoso esfuerzo por recuperar el poder de combate anterior a la batalla. Bolívar recurre a la ley marcial y Barreiro a la reunión de todos los efectivos realistas que puede extraer de la zona de operaciones. El decreto del Libertador tiene ese acento de dureza amenazante de todos los documentos salidos de su pluma guerrera en momentos de dificultad. "4º) Todo hombre de los comprendidos en el artículo 1º., que pasadas las veinticuatro horas de la publicación no se presentare, será fusilado".

Así de simple es la cosa. Expuesta en dos líneas del decreto, adicionado más adelante con la misma receta para los funcionarios militares o civiles " si se les justifica, omisión, tibieza o poca voluntad"[17].

Y ¿quiénes son los comprendidos en la drástica orden? Todo hombre soltero o casado entre 15 y 40 años. La buena disposición que la mayoría de los pobladores viene demostrando al ejército libertador se acelera con tan convincente invitación a ingresar en él. Los labriegos y aldeanos concurren masivamente, lo que

17 O´Leary, ob. Cit., tomo III, pág. 249.

permite formar e iniciar adiestramiento de las columnas de Tunja y El Socorro, al paso que se descubren entre los "voluntarios" unos cuantos combatientes de las fuerzas realistas y republicanas anteriores a la reconquista, con los cuales se cubren algunos de los vacíos abiertos en las filas por la dura acción de Vargas.

Este es Bolívar, el guerrero de hierro para quien cada situación complicada ha de resolverse con la energía que demande la emergencia. No hay vacilaciones en aquella drasticidad con la cual se impone a las circunstancias y saca ejércitos del aire. Así, recuperado de las magulladuras de Vargas, el 3 de agosto reanuda operaciones con una incursión nocturna del escuadrón de dragones del capitán Julián Mellao, que cae sorpresivamente sobre los puestos adelantados del enemigo sobre el río Surba, los obliga a replegarse y se apodera del cerro llamado Cruz de Bonza. Barreiro cede y con todo su ejército, reforzado y rehecho, entrega también a Paipa y se acomoda en las sólidas posiciones de El Espino[18].

El día 4 Bolívar pasa el río en disposición ofensiva que mantiene en alerta las fuerzas realistas, pero promediada la tarde retrocede de nuevo y acampa ostensiblemente detrás de la corriente. Barreiro observa con desconfianza. Entra la noche y con ella se encienden, alegres, las fogatas del vivac republicano. Los sentidos alerta acompañan el duermevela de la noche para el ejército del rey, sin que del campamento patriota emerja ataque alguno.

Bolívar, a cubierto de la oscuridad, en movimiento cobijado del más grande secreto. ha abandonado el vivac y por el camino tortuoso que por Toca se dirige hacia Tunja a través de la serranía, alcanza al amanecer la bifurcación hacia Firavitova en el sitio de La Villana. Allí destaca un escuadrón y una compañía a pie para ocupar a Tunja. Entre las 9 de la mañana y las dos de la tarde el ejército ha llegado a la ciudad, donde se le tributa entusiasta recibimiento.

Tunja ha sido la base adelantada de operaciones del ejército español, lo que implica la disponibilidad de depósitos, maestranzas, almacenes, hospitales, en fin, cuanto de más urgencia requerían las desarrapadas tropas libertadoras, que allí se aprovisionan, inclusive, de 600 fusiles de reserva. Unas horas antes el gobernador, teniente

18 Coronel Riaño, ob. Cit., pág. 250.

coronel Juan Loño, había partido de Tunja con tres compañías del Tercero de Numancia y una del Tambo, procedente ésta del Socorro, para incorporarse a la división de Barreiro, en cumplimiento del plan de concentración del jefe realista después de Vargas.

Las repercusiones que tuvo esta hábil maniobra de Bolívar sobre la espalda de su antagonista en el desarrollo ulterior de las acciones, fue mayor sin duda que la del propio Pantano de Vargas. La batalla indecisa al fin de cuentas, no significó desventaja material, aunque sí un comienzo de disminución en la hasta entonces petulante confianza del jefe español en sí mismo y en su ejército. La victoria escapada de sus manos, la demostración de coraje sin parte, la salida de aquellos "limosneros" del propio "abismo de su desesperación", afectaron sin duda el subconsciente del general. Pero con este nuevo episodio se sintió superado en la maniobra. Su estrategia de interceptación había fallado. Lejos de inducir al adversario a una batalla en situación desfavorable, éste se había deslizado por su flanco en movimiento audaz y brillante para asestarle golpe mortal sobre la espalda. A partir de este momento, quebrantado el equilibrio sicológico, pensó sólo en recuperar el eje estratégico súbitamente arrebatado de su dominio y volar a interponerse una vez más entre Bolívar y el objetivo que ambos se habían fijado.

La mediocridad del comandante peninsular se hace patente en la contramaniobra. Una serie de marchas agotadoras por los enlodados caminos del páramo azotados por la lluvia, no son otra cosa que la desazón que invade el conturbado espíritu del general hispano. No piensa en caer sobre Tunja, ni en producir una operación de revés que empujara el enemigo hacia el sur para tomarlo entre dos fuegos con la guarnición de Bogotá. Se siente burlado. Teme seguramente que su adversario lo deje atrás y caiga sobre la capital como lo hizo con Tunja. En tales condiciones morales, Barreiro pasa a significar bien poco como comandante. Su ánimo deshecho acaba por transvasarse a sus oficiales y tropas, por los canales invisibles que unen al subalterno con el jefe y le permiten presentir lo que en un momento dado atraviesa por la mente de quien lo dirige.

El 5, al darse cuenta de que el ejército libertador se ha evaporado del frente, Barreiro levanta su campamento y se pone en marcha a tempranas horas. A las 12 del día llega a Venta del Mico, donde se

reúne con las compañías procedentes de Tunja. Un descanso de cinco horas con almuerzo y reorganización en cuatro cuerpos. La marcha se reinicia a las siete de la noche hasta alcanzar a Combita a la una de la mañana del 6. Breve descanso de dos horas y, a las tres, reinicia el movimiento en medio de la lluvia. A las once y media se llega a Motavita, pueblo desde el cual un reconocimiento a distancia indica que el cuerpo adversario sigue en Tunja, en tanto una unidad de infantería protege la ciudad desde la altura que domina por el oeste.

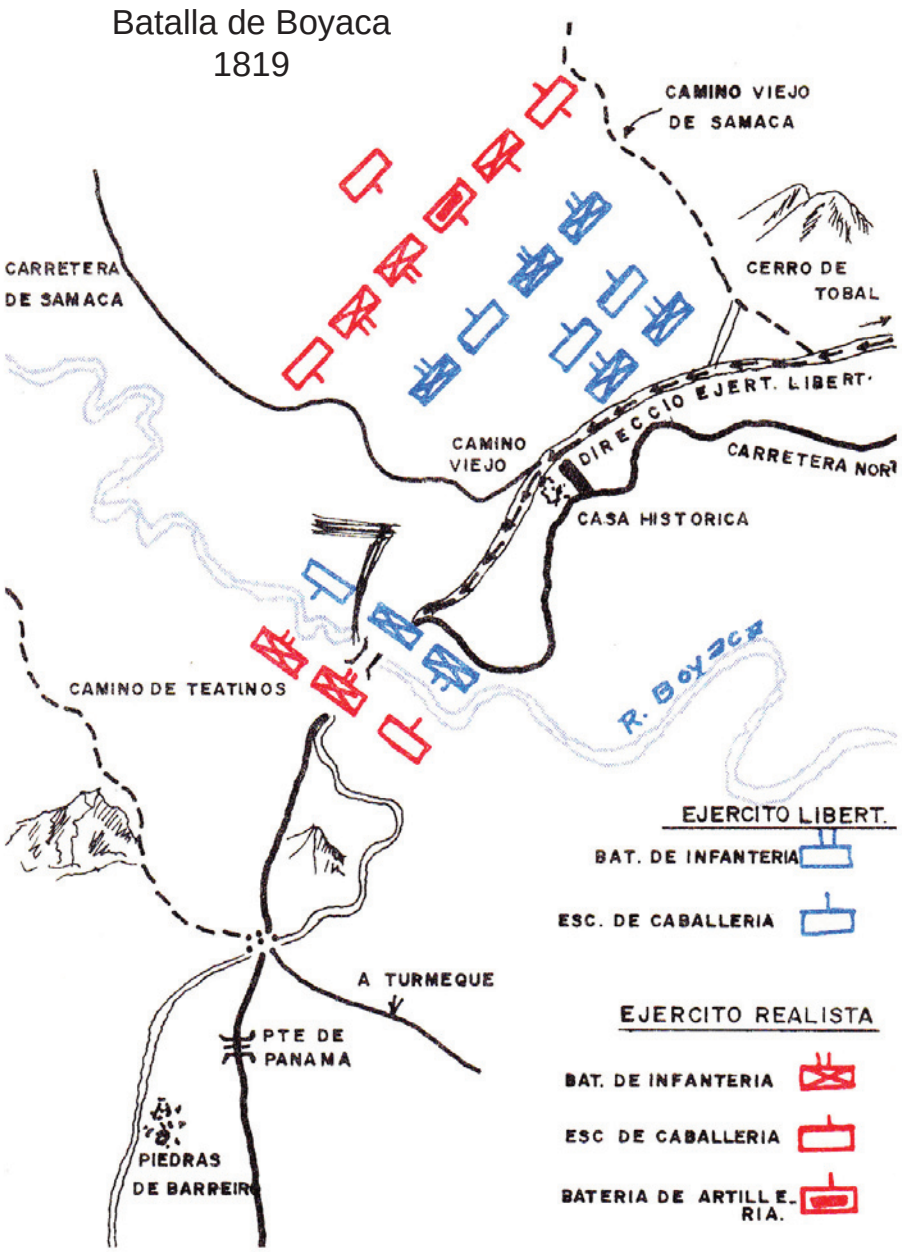
La fijación del enemigo a la ciudad permite a Barreiro tomar un respiro y darlo a su fatigada tropa. A las tres y media de la madrugada del 7 de agosto de 1819, el ejército realista se pone de nuevo en marcha, en un postrer esfuerzo para recuperar el ansiado eje estratégico. Dos vías se presentan en aquel momento como posibles alternativas una vez alcanzado el Alto de Sora: desviar hacia Chiquinquirá para aproximarse hacia la capital por el Valle de Ubaté y Zipaquirá, o torcer hacia el este para desembocar al camino real de Tunja, en inmediaciones del puente sobre el río Teatinos. Barreiro escoge el segundo, obsesionado por la urgencia de cortar el paso a Bolívar. Así marcha hacia el Puente de Boyacá y, fatalmente, hacia su destino.

La batalla

El Teatinos, con sus aguas claras henchidas y turbulentas por el durísimo invierno, parte el ondulado terreno con su cauce abrupto, de curvas y sinuosidades variables. No hay en sus vecindades mucho espacio de maniobra para ejércitos de mediano tamaño. Tan sólo el camino que viene de Samacá haya un par de kilómetros antes de llegar al puente del Camino Real entre Tunja y Santafé, una amplia extensión en descenso suave que, al alcanzar el curso del río, forma sobre ambas márgenes sendos rebordes de pendientes poco inclinadas, para caer luego en taludes fuertes sobre el lecho de las aguas.

Los caminos que conducen de Santafé a Tunja y Samacá, empedrados a la manera española, se encuentran en una "Y" abierta, cuyos brazos se hallan separados por el Cerro de Tobal, en tal forma

Mapa N°7


Batalla de Boyaca
1819
CAMINO VIEJO
DE SAMACA
CARRETERA
DE SAMACA
CERRO DE
TOBAL
DIRECCIO EJERT. LIBERT.
CAMINO
VIEJO
CARRETERA NOR
CASA HISTORICA
CAMINO DE TEATINOS
R. Boyaca
EJERCITO LIBERT.
BAT. DE INFANTERIA
ESC. DE CABALLERIA
A TURMEQUE
EJERCITO REALISTA
PTE DE
PANAMA
BAT. DE INFANTERIA
ESC DE CABALLERIA
PIEDRAS
DE BARREIR
BATERIA DE ARTILLE-
RIA.

que no existe visibilidad entre uno y otro, sino en el momento de su encuentro casi sorpresivo. El ramal a Tunja se desarrolla en cierta forma aprisionado por las estribaciones del dicho cerro, de tal manera que el avance de una formación de tropa debe hacerse en columna profunda.

Así es la margen norte del Teatinos, o Boyacá, como habrá de llamarse con el tiempo. Al sur, el cerro o Loma de Palo Blanco conforma la masa orográfica de mayor envergadura, bastante al oeste del puente, y desciende en estribaciones onduladas que conforman las Lomas de Los Sauces al occidente y de la Venta al oriente, por cuya cima divisoria prosigue el Camino Real hacia Santafé.

Hacia el mediodía del 7 de agosto de 1819 el campo así configurado se halla en silencio, vacía la Casa de Postas en la confluencia de caminos, donde los correos hacían una etapa de reposo en su movimiento longitudinal. Nadie transita por los caminos en estos días conmocionados por la presencia de dos ejércitos, en cuyo duelo se juega la suerte de un imperio y la de hombres cuya lealtad de siglos a la Corona hispánica, se ve ahora conturbada por el tremolar de aquel tricolor desgarrado, empalidecido por la lluvia y el sol, que se alza a los cielos de la rebeldía, en afanosa búsqueda de libertad.

Hacia la una de la tarde desciende por el camino de Samacá, desde el poniente, una agrupación de caballería con los uniformes de Dragones de España empapados por la lluvia, sudorosos y enlodados los caballos. Alcanzan a paso lento y fatigado la Casa de Postas. Observan en todas direcciones, particularmente hacia el norte, a lo largo del Camino real, hasta donde alcanza la vista acostumbrada a recorrer la tierra en busca de adversarios. No hay nada que indique proximidad del enemigo. Un joven capitán da orden de desmontar en sonora voz castellana. Las cabalgaduras, libres del peso de los jinetes, se sacuden con fuerza, olisquean la hierba baja y sienten con alivio que los atalajes se levantan de sus lomos cansados y los frenos de hierro dejan libertad a los belfos para morder y arrancar manojos de pasto.

Diez minutos después se acercan a paso lento los Cazadores a

pie. El cansancio deja en las miradas esa opacidad de autómata de donde ha desaparecido todo indicio de comunicación entre la mente y el cuerpo, patente en el hombre que linda ya con el límite de su resistencia física. La larga columna que salpica el camino se va convirtiendo en amplia mancha azul y blanca, a medida que los 600 cazadores, tomados de los diferentes cuerpos para constituir la vanguardia en la dura marcha desde la Venta del Mico, se congregan en inmediaciones de la Casa de Postas al mediodía del 5. Los soldados se echan de espaldas a la tierra, reclinados en el morral, sudorosos, sedientos, con hambre pero más que todo con un infinito deseo de descansar, de permanecer así, en relajación total por un tiempo sin límites. Han marchado desde las 3 de la mañana sobre las piedras resbaladizas del camino, por sectores de baches llenos de lodo, bajo la lluvia que empapa los coloridos uniformes y se cuela hasta el alma.

Los Cazadores son combatientes ágiles, valerosos, resueltos. Suelen tender cortinas dispersas frente a los batallones regulares para cobertura y seguridad, conforman la vanguardia en las marchas y, agrupados en compañías, como en aquella marcha extenuante, integrarse en un batallón. Hoy, 7 de agosto de 1819, están unidos con el Tambo. Su comandante, el hábil y valiente coronel Francisco Jiménez, desmonta de su hermoso caballo y con sonoras voces infunde fuerzas en los ánimos desfallecidos. Es preciso reaccionar, preparar el rancho, destacar servicios de seguridad para el reposo.

Arriban luego los 550 hombres del Primero del Rey, segunda fracción constituida para la marcha. Más disminuidos aún que los Cazadores, se precisa la acción salpicada de vizcaínos de su comandante, el teniente coronel Nicolás López, para que ejecuten las labores de rutina.

Así, mientras los 1.250 hombres de las dos primeras secciones que componen la vanguardia (incluidos cien jinetes del escuadrón de Dragones) se aprestan al descanso, a escasos dos kilómetros al oeste hace alto el Batallón Segundo de Numancia que encabeza el movimiento del grueso. Lo comanda el bizarro coronel Juan Tolrá y lo integran 600 combatientes de España, Venezuela y Nueva Granada. Luego el Tercero de Numancia, 550 hombres al mando del teniente coronel Juan Loño, los artilleros del teniente José

Coletes con su cañón y dos obuses. Cierra por último la caballería de Fernando Séptimo: el resto del Regimiento de Dragones al mando del teniente coronel Víctor Sierra, los Flanqueadores del teniente coronel Francisco González y los granaderos del teniente coronel Esteban Díaz. Luego el coronel Sebastián Días, jefe de estado mayor del brigadier José María Barreiro, comandante en jefe del ejército en campaña cuyo total asciende a 2.670 hombres.

El brigadier respira aliviado al enterarse de que Bolívar y su ejército no han pasado por allí. Ha recuperado el eje estratégico y con él renacen la fe y la confianza duramente maltratadas por la indecisión en Vargas y el fatal golpe de Tunja. Desmonta. Un ordenanza recibe la cabalgadura ricamente enjaezada. Sobre unas piedras, rodeado por el desorden de hombres agotados que trajinan en medio de gritos y exclamaciones cuartelarias de oficiales y sargentos, departe con sus oficiales de estado mayor. El sol pugna por romper la cortina de nubarrones invernales y llevar algo de calor a los miembros ateridos.

Lo que no sabe el comandante español es que el ejército republicano, al que vio por última vez inmóvil bajo el abrigo de la ciudad de Tunja, se ha puesto en marcha hacia el sur por el Camino Real, que confluye con el que él y sus tropas han seguido en el sitio donde reposa su desprevenida vanguardia. La orden que lo puso en movimiento, enviada por el Libertador desde el Alto de San Lázaro, sobre cuya cumbre divisó con mirada penetrante la progresión de la fuerza realista, es clara, cortante:

"A los Generales Santander y Anzoátegui: pónganse en marcha inmediatamente hacia el Sur, y destruyan a Barreiro donde lo encuentren" [19].

Por la serpiente empedrada a trechos y salpicada de baches del Camino real, avanza una descubierta de caballería al mando del capitán Andrés Ibarra. Lo siguen los Cazadores Constantes, batallón de 350 combatientes comandados por el teniente coronel Joaquín París desde la muerte, en Gámeza, de Antonio Arredondo. A continuación los 550 del Primero de Línea de la Nueva Granada al

19 General Pedro J. Dousdebés, *Batalla de Boyacá, Memorial del Estado Mayor*, Bogotá, Julio y agosto de 1945. Nums. 7 y 8, págs. 1350 a 1362.

mando del teniente coronel Antonio Obando, y cierra la vanguardia, a órdenes del general de brigada Francisco de Paula Santander, el resto de los Guías de Vanguardia, llamados también Guías de Casanare, con su jefe capitán Antonio María Durán.

La gente va alegre, animosa, respirando el aire frío de la mañana que tiene un fuerte sabor de victoria. Hace dos días reposan en Tunja los soldados de la libertad. Han dormido y comido bien. El desayuno de ese día fue magnífico, preparado y servido por las damas de Tunja, entre sonrisas y afecto. A las diez de la mañana se inició la marcha que ahora, al acercarse las dos de la tarde, ha cubierto en cuatro horas la distancia entre la ciudad y el puente sobre el Teatinos. Alguien canturrea por ahí. Lo corean los otros. Los soldados se chancean, ríen, callan, piensan en lo que ha de seguir, con la incertidumbre de quién sabe qué. En cada vuelta del camino hay un riesgo, una bala, un escondrijo donde la muerte espera. Así han marchado todos los guerreros del mundo desde el comienzo de las edades.

Algo así como quinientos metros atrás viene el aguerrido batallón Rifles bajo el mando del teniente coronel Arturo Sandes, con 250 combatientes. Lo siguen: Legión Británica con 120 hombres, comandada por el sargento mayor Juan Maokintosh, sucesor del bravo coronel Rook. Luego Barcelona y Bravos de Páez con 250 plazas cada uno a órdenes de los coroneles Ambrosio Plaza y Cruz Carrillo. Más atrás, verticales las lanzas que arañan las nubes bajas, viene la caballería llanera en cuatro escuadrones de 100 hombres. Primero del Llano Arriba con el teniente coronel Juan José Rondón, el mulato heroico de Vargas. El Segundo del Llano Arriba, los Guías de Retaguardia, los Dragones, mandados respectivamente por los tenientes coroneles Leonardo Infante, Hermenegildo Mújica y el capitán Juan Mellao. Entre las dos divisiones de combate se totalizan 2.250 hombres.

Por último las columnas de Voluntarios de Tunja y Voluntarios del Socorro, de 300 unidades cada una, muestrario inconcebible de armas en el que alternan con el brillo de machetes recién afilados, el hierro herrumbroso de hachas y azadas, fusiles españoles capturados en Vargas y en Tunja, viejos pistolones salidos Dios sabe de dónde, rifles y escopetas, lanzas y palos terminados en punta aguzada. No

importa. También desde el comienzo de las edades la libertad suele nacer así, más del corazón que golpea en el pecho desnudo, que del poder del arma sostenida por las manos crispadas.

Hacia la mitad de la columna de retaguardia, marcha a caballo el general de brigada José Antonio Anzoátegui y a su lado, cambiando ideas sobre lo pasado y lo que ha de venir, un muchacho de 19 años que luce sobre desteñida casaca azul las charreteras de teniente coronel. Es el jefe granadino del estado mayor divisionario, José María Córdoba.

Unos disparos resuenan hacia la cabeza de la columna, que se pone tensa a todo lo largo del camino. Descienden los fusiles de los hombros, salen las espadas de sus vainas y la emoción indefinible que precede a la batalla recorre en oleada transparente los bloques cerrados de los batallones.

Son los guías granadinos que reciben fuego de los Cazadores del Rey. Se repliegan, perseguidos por los infantes enemigos. Hallan refugio en los Cazadores de Nueva Granada que se despliegan prontamente en guerrilla y atacan resueltamente, hasta desembocar en la llanada, 200 metros al norte de la Casa de Postas. A los primeros disparos responden clarines y cornetas que cortan el reposo e interrumpen la faena de los desapercibidos realistas. Cunde la alarma. Gritos, órdenes, denuestos, la línea de combate se toma apresuradamente, al paso que más y más Cazadores de Vanguardia irrumpen haciendo fuego en la llanada y se vienen encima sin tener en cuenta número ni posibilidades. En minutos los Cazadores conforman amplia línea dispersa que embiste sin una vacilación ladera abajo. Tras ellos aparece la cabeza del Primero de Línea y con ésta el comandante de la vanguardia, General Santander. El ataque se generaliza con tal vigor, que el Tambo, los Cazadores, el Primero del Rey, los Dragones de Granada, apenas conformada su línea, son empujados hacia el río, pasan el puente bajo intensa presión y dejando en manos del adversario los más rezagados, se despliegan a cubierto del Teatinos, conteniendo con fuego la avalancha que forcejea por abrirse paso a través del estrecho puente. Así quedan enfrentadas las dos vanguardias con el quebradón del Teatinos interpuesto en cause profundo y torrente acrecido por las lluvias.

El grueso español se apresta con la misma precipitud. Barreiro mira inquieto hacia las vanguardias trenzadas en lucha mortal y un pensamiento cargado de premoniciones cruza por su mente: ¿Por qué no pasé el río con todas mis tropas? ¿Por qué no interpuse el obstáculo para proteger el reposo? Estoy dividido, han partido en dos mi ejército. ¡Pronto, hay que atacar, caigamos sobre la espalda enemiga!

Las órdenes vuelan sobre la tropa exhausta que se levanta torpemente y forma en línea aletargada aún por el reposo súbitamente interrumpido. Las primeras unidades en estar dispuestas para la maniobra son el Segundo de Numancia y el Primero del Rey, sobre el ala derecha. Barreiro las impulsa al ataque, pero abajo, sobre la confluencia del camino, irrumpe el torrente del Rifles de Venezuela, seguido por la Legión Británica que, a todo correr, van tomando sobre el movimiento la formación en línea, interponiéndose resueltamente entre Santander y el avance realista que pretendió amenazar su espalda.

El camino de Tunja sigue vertiendo tropas sobre la explanada. Así surgen el Barcelona y el Bravos de Páez, que prolongan hacia el norte la línea republicana. A paso de carga asciende por el declive la línea patriota, tendidas adelante las bayonetas. En ese instante irrumpe la caballería llanera que, a cubierto de la infantería, adopta formación de batalla.

Dos combates separados configuran el gran todo de la acción. Al suroeste, sobre la turbulenta línea del Teatinos forcejean las dos vanguardias. Al noroeste, la línea del rey con tres batallones de infantería y la artillería al centro, la caballería en las alas, con los Flanqueadores a la izquierda, Dragones y Granaderos a la derecha.

La carga masiva de la infantería independentista crea un comienzo de desorganización en el grueso enemigo. La caballería, formada ya, carga al galope. Un escuadrón por el centro cae sobre la artillería. El cañón alcanza a hacer tres disparos y queda fuera de acción. Los obuses no alcanzan a montarse cuando el tropel de cascos le cae encima y arrolla de paso la infantería inmediata a ambos lados.

El Primero de Llano Arriba carga sobre el ala derecha de la caballería hispana que espera a pie firme. Luego, en el momento del choque, el pánico se desata súbitamente sobre Dragones y Granaderos, todos españoles, que vuelven caras e inician fuga tan precipitada como vergonzosa. La infantería echa atrás, acertando apenas a hacer fuego. No lucha. ¿Es la fatiga de aquellas siete leguas recorridas entre la lluvia y el lodo? ¿Es la visión de Vargas que vuelve a tenderse a sus ojos espantados, ante aquellos demonios a caballo que han destrozado a lanzazos la caballería y ahora se les viene encima? ¿Es el hambre, la sed, el frío, la mezcla de todo aquello que ha derruido la fe y quebrantado el espíritu de lucha?

Es posible que de todo un poco produzca el colapso gigantesco de un ejército que allí se sumerge en las sombras terribles de la derrota, mientras algunos oficiales, restos de cuerpos y soldados en fuga escapan hacia Samacá.

Abajo, sobre el Teatinos, Santander desplaza su caballería en busca de un vado para caer sobre flancos y espalda enemiga.

Apenas lo han hallado cuando la vanguardia realista, al contemplar desde su línea de combate el derrumbamiento del grueso, inicia apresurado repliegue que logra romper el contacto con base en el demorado paso del puente por la vanguardia de Santander. Es la única formación organizada que logra salvarse del desastre, en tanto que Dragones y Granaderos lo hacen en fuga cobarde. A las cuatro y media de la tarde los fuegos se han silenciado en el campo de batalla. Anzoátegui se dedica allí mismo a colectar prisioneros, armas, municiones, equipo, restos animados e inertes de la hecatombe, orgullo bordado de banderas y estandartes que tres años atrás se pasearon victoriosos por toda la Nueva Granada. Al sur, hacia Ventaquemada, desaparece la vanguardia en persecución, con Santander a la cabeza. La otra, la realista, olvida el cansancio en una retirada temblorosa que más adquiere el carácter de fuga, dejando a su paso rezagados armas, pertrechos, peso inútil convertido en trazo silencioso de la gran derrota.

Bolívar alcanza el campamento de su vanguardia en Ventaquemada. Se arma vivac mientras las primeras sombras de la noche oscurecen ese día de gloria. Entre los prisioneros realistas

hay uno que elude la mirada penetrante del general republicano. Es Francisco Fernández Vinoni, el traidor de Puerto Cabello. Bolívar lo divisa, disimula su pávida figura entre las humilladas filas de los vencidos. El guerrero resurge de la entraña del héroe. La visión de aquella su primera derrota vuelve al recuerdo con esa fuerza extraña que las horas de suprema humillación suscitan en el alma de un hombre. Una horca, levantada allí mismo, arranca al traidor su último gemido. ¡Implacable justicia cumplida bajo el dictado aún vigente de la guerra a muerte!

Epílogo de la campaña

Boyacá cierra el acto estratégico de la campaña iniciada en Mantecal 72 días antes. Más que victoria militar, es la culminación de un gran propósito y el derrumbamiento de un ejército que, como su jefe, perdió aceleradamente su garra, su combatividad, su aliento y determinación de lucha.

Factores sicológicos, intangibles anímicos, reflejos de las personalidades enfrentadas, gravitan con más significación en el resultado que la fuerza misma de las armas. Es un duelo de voluntades en el que el joven e inexperto general español llevó la peor parte. Fracasada su estrategia defensiva, desbordado nítidamente en la maniobra, se aferró desesperadamente a su idea preconcebida en forma tal que, al tratar de corregir su error, cayó en otro aun más protuberante porque lo hizo sin variar los términos que lo ocasionaron.

La Campaña Libertadora de la Nueva Granada marca para el Libertador la metamorfosis del guerrero inspirado y volátil en el militar capaz de abarcar todo un teatro de operaciones, emitir directrices de gran alcance a comandantes dispersos, fijar objetivos y trazar para sí mismo una línea de conducta dirigida al principal: la destrucción del ejército español de Nueva Granada y la captura consiguiente de una inmensa base política, humana material y económica para la prosecución de su gran empresa de libertad.

Pero, al paso que se opera esta transformación dentro del alma de Simón Bolívar, el guerrero sigue alentando detrás del militar

que se hace calculador, cerebral, metódico. La reflexión comienza a dominar el impulso. Se funden así en un mismo ser dos condiciones que excepcionalmente confluyen en una personalidad humana. No obstante la aparición de esta nueva faceta en la versátil mentalidad del genio, el guerrero sigue siendo lumbre y fuerza vital en lo recóndito de su alma. Aflora en Vargas hasta hacer saltar en pedazos la corteza, frágil aún, del militar plasmado por la lucha y la praxis del quehacer de las armas. Y muchas veces habrá de reaparecer en el largo camino que aún falta por recorrer.

VII. ¡CARACAS POR FIN!

Con la batalla de Boyacá no solamente se ha ganado el corazón geopolítico de la gran área formada por los pueblos que Simón Bolívar ansía libertar con su espada y unir en una gran nación, sino que asesta al poderío español en América un golpe definitivo. Lo que ha de seguir en adelante es el dominio gradual de los baluartes que el imperio se esfuerza tozudamente en mantener, cuando todo indica que se han agrietado las estructuras mismas de un esquema político cuyo derrumbamiento final es simple cosa de tiempo.

La derrota militar de Barreiro, vencido mentalmente desde antes de dar la batalla, fue mucho más que un desastre en términos castrenses. Significó el colapso de un régimen que había cometido crasos errores en el manejo de la situación política, subsecuente a la reconquista de las colonias en rebeldía, por las armas españolas. Morillo se proyecta en la historia como un recio general. Y pésimo Pacificador. No comprendió la actitud de las gentes después de su victoria. Así como pecó al llegar a Venezuela perdonando a Arismendi en Margarita, al tratar a la Nueva Granada con excesiva drasticidad minó con su proceder inflexible los cimientos mismos del poder colonial, malquistando las autoridades del restaurado virreinato con quienes se mostraban prestos a sostenerlo.

Bolívar, imposibilitado para derrotar a Morillo en el campo

de batalla, donde el duelo de general a general quedó indeciso en sus confrontaciones directas, lo vence en el más amplio de la gran estrategia, o sea donde se combinan sutilmente la política y la dirección militar de la guerra. Es clara la lección histórica que de ello se deriva: las armas son un medio, jamás un fin en sí mismas. Lección simple que, como todas las que la humanidad siembra y recoge en su azaroso peregrinaje, suele olvidarse bajo la obnubilación soberbia de la fuerza.

Dueño de la Nueva Granada, el Libertador quiebra para siempre la continuidad geográfica de las posesiones españolas, indispensable para conducir la guerra como un todo. A partir de la victoria de Boyacá se configuran así dos teatros de operaciones, tan distantes en espacio y barreras naturales, que concertar acciones para producir una lucha articulada en dos frentes, contra el núcleo dominado por los republicanos, no resulta factible. La presencia del general San Martín al sur, crea, además una amenaza que aferra las fuerzas del rey en el Perú, impidiéndoles concurrir al esfuerzo convergente sobre ese núcleo. En el ámbito estratégico éste hubiese sido lo deseable para triturar en mandíbula gigantesca las aún débiles fuerzas independentistas en la Nueva Granada.

De allí la celeridad, explicable tanto dentro del ámbito estratégico de explotación de la victoria, como en el político para consolidar el efecto de ésta sobre el pueblo granadino. Con este fin el Libertador utiliza la conmoción producida por el súbito colapso del poder adversario, conseguido en una sola acción de armas. esta consecuencia sicológica que la derrota produjo en los soberbios gobernantes del rey y en su mando militar, se patentiza en la fuga alocada del virrey Sámano con los funcionarios más representativos del gobierno español y en la desarticulación total del mando militar, una vez su cabeza desapareció en la batalla perdida.

Nadie mejor que el propio Morillo pudo apreciar la magnitud del desastre, cuando en comunicación al ministro de Guerra, firmada en Valencia el 12 de septiembre de 1819, declara con abrupta franqueza:

"Esta desgraciada acción entrega a los rebeldes, además del Nuevo Reino de Granada, muchos puertos en el mar del sur, donde

se acogerán sus piratas; Popayán, Quito, Pasto y todo el interior de este continente hasta el Perú, en que no hay ni un soldado, quedan a merced del que domina en Santafé, a quien al mismo tiempo se abren las casas de moneda, arsenales, fábricas de armas, talleres y cuanto poseía el Rey nuestro señor en todo el virreinato. Tres mil venezolanos aguerridos que formaban la Tercera División, muy buenos oficiales y cuatro o cinco mil fusiles aumentan ya el ejército de Bolívar, que con los ingleses que lo acompañan y los hombres que sacará de las vastas y pobladas provincias del reino, tendrá más que suficiente para acabar de dominar en pocos meses a toda Venezuela. Mientras Bolívar en un sólo día acaba con los frutos de cinco años de campaña y en una sola batalla reconquista lo que las tropas del Rey ganaron en muchos combates, por la disposición sentimientos y opinión general de los habitantes, nuevas expediciones van llegando de Europa a Barlovento, en refuerzo de los tres mil extranjeros que ocupan, además de los naturales, las provincias de Guayana y Cumaná, cuya sola fuerza es suficiente para apoderarse en el día de todas estas provincias, que apenas cuentan con dos mil europeos. Los llanos de Barcelona, los de Apure y Casanare, todos están en poder de los rebeldes, y allí los insurgentes Páez, Cedeño y Monagas, tienen los almacenes, los caballos y los únicos recursos con que en estos países se cuenta para hacer la guerra. Las comunicaciones de los ríos navegables les facilita surtirse con profusión de sus grandes depósitos de armas y vestuarios establecidos en Guayana, depósitos y provisiones que pusieren allí los avaros comerciantes ingleses, y que ahora con la noticia de los nuevos triunfos de Bolívar y la certeza de asegurar sus créditos, aumentarán más allá de lo que podían los insurgentes desear"[1].

El mando realista en la Nueva Granada oscila entre el pánico y el estupor a raíz de la derrota. Es el virrey, mariscal de campo por otra parte, quien inicia la estampida. Al día siguiente de la batalla, en la noche del 8 de agosto, llega a Santafé con la cabalgadura derrengada a causa del galope desenfrenado que le ha impuesto, el capitán Manuel Martínez Aparicio, ayudante de Barreiro, junto con el comisario de la Tercera División, don Juan Barreda. Traen consigo la noticia escalofriante. La división, vale decir el ejército del rey, ha dejado de existir.

1 Rodríguez Villa, ob. Cit., págs. 50-51.

La incredulidad del primer momento deja lugar al pavor tan pronto como el oficial del batallón Primero del Rey hace relato detallado de la acción de armas. Sámano, tan confiado en sí mismo cuando tuvo el poder en sus manos seniles, pierde la cabeza. El miedo corre por sus venas, acrecido por la oscuridad que hace ver fantasmas por las callejas desiertas batidas por el viento de agosto. El coronel Sebastián de la Calzada se halla en la ciudad, enviado desde Venezuela por Morillo para apuntalar la Tercera División. Hay tropas en la ciudad con las cuales, una vez reunidos los contingentes que no han sucumbido en Boyacá, se hubiese podido intentar la defensa de la capital o, al menos, una retirada dirigida que permitiese reaccionar de alguna manera, previa concentración de las tropas realistas, aún en números apreciables, sobre diversas áreas de la Nueva Granada.

El virrey no acierta a pensar. Se apresura en medio de la noche a preparar su propia fuga aterrorizada. Más adelante tratará de disculparse en frases balbucientes:

"Ya ve V.E. qué comprometido quedé con el engaño que padeció Barreiro y su peor dirección, pues poco me hubiese importado la marcha de Bolívar hacia esa capital (Santafé) si aquel hubiese conservado su fuerza, siendo el engañado en tal caso Bolívar, y es de advertir que hacía ocho días que no me había escrito..."[2].

Los ecos lejanos de la guerra a muerte llegan desde la distancia con sones de tambor, que martillan las conciencias de quienes han hecho del patíbulo el elemento de terror, para reducir hasta el último asomo de rebeldía en los pobladores de la Nueva Granada. La fuga es, en tales circunstancias, el único camino abierto y así la emprenden con premura autoridades y connotados realistas. Cada quien escurre el bulto como puede. Oidores y fiscales no alcanzan a adquirir unos caballos y ven cómo Sámano los sobrepasa al galope con su escolta personal, disfrazado con una ruana verde, sin mirarlos siquiera. Al amanecer una formidable explosión sacude la noche aciaga. Es el polvorín, al que por orden de Calzada se le ha puesto fuego. Se clava la artillería. Se carga con lo que se puede: algo de archivos, caudales, bienes personales. Lo demás queda para

2 Oswaldo Díaz Díaz, "Documentos inéditos sobre la campaña de Boyacá", en boletín de la academia colombiana de historia, Bogotá, vol. 48, num. 564 – 565, pág. 677.

el vencedor. Casi todo, según relación angustiosa que el gobernador de Cartagena, don Gabriel de Torres, enviará al Rey de España en fecha 18 de octubre del mismo año.

Mientras esta actitud cobarde hace caer para siempre en desgracia al virrey, los últimos restos del ejército de Barreiro salvan el honor de sus armas. En Samacá consiguen reunirse algunos oficiales, entre ellos los tenientes coroneles Juan Loño, comandante del Tercero de Numancia, Esteban Díaz, de Dragones, y el coronel Sebastián Díaz, jefe de estado mayor divisionario de Barreiro, cuyo Diario de Operaciones ha permitido reconstruir el itinerario de los realistas hasta el Puente de Boyacá y la misma retirada.

Al mando de Juan Loño, la tropilla de infantes y jinetes salvados del desastre comienza una marcha errática, que los aproxima primero en dirección a Santafé por Chiquinquirá, Simijaca y Susa hacia Ubaté, población esta que ya habían ocupado los patriotas. Se varía la dirección hacia Muzo, teniendo como objetivo el Magdalena. Los hostiliza la guerrilla patriota de Olaya. Al llegar a Muzo se enteran de que una fuerza patriota viene por Coper en su persecución. A pesar de lo continuo y fatigoso de los movimientos no se detienen. Nueva retrogradación hacia Topaipí y La Palma. Es ya el día 12 de agosto. Han marchado cinco días casi sin descansar, lo que debe añadirse a las tres jornadas agotadoras que precedieron a la batalla del Puente.

El 14 prosiguen hacia Caparrapí, al saber que por Villeta ha pasado Sámano en plena fuga. Deciden alcanzar a Honda, donde suponen al virrey, pero se enteran que allí hay una división patriota. Es Anzoátegui, enviado por Bolívar a dar alcance a Sámano. Siguen hacia Guarumo, población riberana del Magdalena, donde se les unen remanentes del Segundo de Numancia y el Primero del Rey. Así sube el número de fugitivos a 200 hombres. En Guarumo sorprenden un pequeño destacamento patriota de la fuerza de Anzoátegui. Capturan embarcaciones. Rio abajo prosiguen hacia Nare. Nueva sorpresa a los desprevenidos patriotas y fusilamiento del alcalde. Luego por Morales, Regidor y El Banco a Mompox, donde termina la odisea que sirve para poner de relieve lo que un mando superior hubiese podido hacer, con tropas capaces de conducir una retirada de semejante magnitud sin pánico ni desbandada[3].

3 Oswaldo Díaz, ob. Cit., vol. 48, págs. 687 -692.

Si Sámano y su gobierno se han mostrado tan diligentes para interponer distancias entre sí y el ejército patriota, Bolívar no lo parece menos en impulsar la persecución y adelantar los pasos necesarios para dominar cuanto territorio granadino esté a su alcance. Desde antes de Boyacá había despachado a Antonio Morales Galvis, el santafereño de los puñetazos que el 20 de julio iniciaron el camino hacia la Independencia, para asumir el mando de las guerrillas del Socorro. Estas fuerzas irregulares alcanzaron a interferir el movimiento del gobernador Lucas González con sus tropas, impidiendo así que reforzaran las fuerzas de Barreiro en Boyacá.

Ahora despacha el 14 al general de división José Antonio Anzoátegui en persecución de Sámano, pero tan veloz ha sido la fuga del virrey, que no puede darle alcance. En seguimiento de Calzada, quien con 450 hombres del Regimiento de Aragón al mando del coronel Basilio García, marcha por Neiva a Popayán, envía al coronel Ambrosio Plaza. A Calzada se le incorporan sobre la marcha los retos de la División de Vanguardia de Barreiro, teniente coronel Nicolás López, con 350 infantes y 233 jinetes, que fueron combatientes del Primero del Rey los de a pie, y de Flanqueadores de Dragones los jinetes[4].

El 13 de agosto, antes de saber que Anzoátegui no había podido alcanzar a Sámano, Bolívar ordena al teniente coronel José María Córdoba, hasta ese momento jefe de estado mayor de la División Anzoátegui, para:

"…Libertar la Provincia de Antioquia; con ese destino conduce el Capitán Carlos Robledo más de cincuenta hombres bien armados; y además se previene al señor General Anzoátegui le entregue otros cincuenta armados y municionados. Importa que usted obre con rapidez para aprovechar de los momentos de sorpresa y antes que el Comandante de aquella Provincia tome algunas medidas para su defensa...Dios guarde a usted muchos años. Carlos Soublette"[5].

En este mensaje está presente el sentido guerrero de explotación

4 Camilo Riaño, ob. Cit., pág.288.

5 General F. P. Santander, archivo (compilado por Roberto Cortázar), Tomo III, pág. 224. Para seguir el cumplimiento del cometido confiado al teniente coronel de 19 años, leáse El General de división José María Córdoba, Alvaro Valencia Tovar, ob. Cit., págs. 69-79.

de la victoria evidenciado por el Libertador. Consciente del efecto demoledor de la sorpresa, lo utiliza fondo. La Campaña Admirable cobra fuerza en su subconsciente. No de otra manera se explica que confíe a un joven teniente coronel con 100 hombres la ímproba tarea de libertar la extensa provincia montañosa, cuya guarnición se desconoce. De nuevo sabe Bolívar que la noticia del desastre de Boyacá, que ha despedazado la moral enemiga, anda más de prisa que la columna de Córdoba. Sabe también que los experimentados coroneles de Morillo, Warletta y Tolrá, no aguardarán a pie firme la llegada de una columna patriota cuyo poder ignorarán. El mando realista está deshecho, y *antes que el comandante enemigo de aquella Provincia tome algunas medidas para su defensa*...resuelve asestarle golpe mortal. No se equivoca el guerrero. Como tampoco en la escogencia del hombre que ha de ejecutar la hazaña, en quien ve al heredero impetuoso y combativo de otro antioqueño heroico, aquel Atanasio Girardot que al frente de la vanguardia le había abierto el camino de Caracas en 1813. Córdoba no solamente libertará a Antioquia sino que proseguirá hacia el Bajo Cauca y el Magdalena, en victoriosa campaña relámpago, hasta llegar a los propios muros de Cartagena, para participar en el sitio de la Plaza Fuerte.

Entre tanto, Caracas vuelve a chispear como a golpes de mazo sobre un hierro ardiente en la visión de Bolívar. Ya no habrá de implorar recursos como siete años atrás, sino a disponer ejércitos. Para ello adelanta a Anzoátegui hacia Pamplona y Cúcuta. El bizarro comandante de infantería, ascendido a general de división, junto con Francisco de Paula Santander, en el campo de Boyacá, figura en los planes del Libertador para el comando en jefe del ejército del norte. Un futuro luminoso se abre al joven general, cuando la muerte lo sorprende en Pamplona el 30 de noviembre de 1819. Grave descalabro humano para el ejército de la libertad.

El abrazo de los generales

Una vez tomadas las medidas encaminadas a libertar la Nueva Granada, Bolívar emprende marcha hacia Angostura, dejando como Vicepresidente al general Santander, quien apenas ha cumplido 27 años de edad. Consciente de la necesidad de infundir nuevo aliento a la estructura civil de la Nación, se hace presente en la

pequeña ciudad donde nació la patria. Su regreso es el de un héroe victorioso. El 11 de diciembre de 1819, un pintoresco relato del mismo anónimo marino inglés que nos ha ilustrado sobre el capitán general Brión en su camino hacia el almirantazgo de Colombia, señala cómo Arismendi, quien venía de Maturín, se sorprende al divisar desde la ribera opuesta del Orinoco la ciudad adornada de banderas, en tanto el repique victorioso de campanas llega como deslizándose sobre las aguas.

Arismendi piensa que todo aquello es en su honor. Ignora el regreso de Bolívar y en el fondo secreto de sus ambiciones sigue soñando con suplantarlo algún día en el mando supremo. Es el sueño de todos aquellos caudillos nacidos para el mando y la pelea.

"Desembarcó –dice el marino inglés con no poco sentido del humor , pero aunque iba de gran uniforme, nadie se presentó a recibirlo. ¿Qué pasará? preguntó a su secretario. De pronto desgarró el aire un grito de la multitud: ¡Viva Bolívar! –Adiós General, dijo el secretario; y se alejó a toda prisa"[6].

Ante el Congreso reitera su voluntad de unir La Nueva Granada, Quito y Venezuela en una gran nación. Su sueño va cobrando vida. Ya no es más imagen neblinosa que escapa al delirio de náufrago de Curazao, de Cartagena, de Jamaica, de Casacoima o el Rincón de los Toros. Es hecho salido del filo de su espada, que la victoria de Boyacá hace realidad.

En Angostura se ha abrazado una vez más con el indómito Arismendi. Ahora, el 24 de diciembre se dirige al Apure. El 10 de enero de 1820 alcanza a San Juan de Payara. Va en busca de Páez, a quien, una vez más, ha de meter en cintura, antes que escape de su mano y organice por su cuenta la guerra que hace tiempo quiere adelantar a espaldas del presidente y general en jefe. Las reconciliaciones se sellan con abrazos. A Arismendi le ha dado uno lleno de calor y entusiasmo, que el marino cronista inglés recoge con curiosidad en su relato. A Páez le propina otro igualmente entusiasta. No hay reproches por la desobediencia que ha podido dar al traste con la maniobra sobre la Nueva Granada. ¿Para qué

6 *Recolletions of a service of there years during the war of extermination in the republics of Venezuela and Colombia*, by an officer of the Colombian Navy, London, 1828.

formularlos a aquel endemoniado caudillo? Con hacerle sentir su autoridad, basta.

Quizás en aquella reunión había algo más que reducir de nuevo con su presencia –única que obra sobre el jefe llanero– la autonomía de Páez. Caracas sigue revoloteando por los pensamientos de Bolívar, pero Páez carece de aliento ofensivo en aquel momento, disminuido su ejército por deserciones y su caballería diezmada por epidemias equinas.

A Bolívar le disgusta esperar, pero allí no hay otro recurso. Contra Morillo no se puede proceder de cualquier manera, como lo hacen recordar las experiencias del año 18. A pesar del triunfo en Boyacá, la Nueva Granada no puede aún proveer un ejército del poder necesario para reeditar la Campaña Admirable, pues del otro lado del Ande no está Domingo Monteverde con sus comandantes mediocres, sino Pablo Morillo con sus curtidos generales.

El año de 1820 se inicia con un hecho tan trascendental, pero en sentido inverso, como el de la paz de París y liberación de Fernando Séptimo. La proclamación de la Constitución de 1812, el 1º. de enero por el coronel Rafael Riego, al frente del batallón a su mando. Es el retorno a la monarquía constitucional, reacción que venía incubándose en el pensamiento de militares de avanzada en el ejército español. Sin que pudiesen considerarse en posición equivalente, Morillo y La Torre estaban sí entre quienes impugnaban en el fondo de su ideario el despotismo tan caro a Fernando Séptimo y a su camarilla militar y política. Otro coronel, Antonio Quiroga, sigue el ejemplo de Riego. Formaban ambos en la formidable expedición que Fernando preparaba para la reconquista de su imperio ultramarino.

La guerra en América se ha hecho impopular. ¿Qué había ocurrido con el flamante ejército salido cinco años atrás al mando de Morillo? Allá permanece, del otro lado del mar, agotándose en la manigua, pereciendo sobre campos de batalla gloriosos pero sangrientos, en una guerra que parece no terminar nunca. La actitud de Riego y de Quiroga halla eco inmediato. La sedición cunde como reguero de pólvora por los acantonamientos de las tropas concentradas para la expedición, en vecindades de Cádiz. El comandante en jefe, general

Calderón, es reducido por los sublevados, y en poco tiempo los jóvenes coroneles quedan dueños de una situación que no se habían preparado para manejar.

Sin embargo, era aquella la chispa requerida para generar el incendio. La Coruña es la primera en dar ejemplo, cuando una junta de gobierno depone las autoridades reales. Siguen Zaragoza, Barcelona, donde el general Castaños, héroe de Bailén y amigo de Morillo, es depuesto al negarse a jurar la Constitución. Salta el incendio en Pamplona, Cádiz, Ocaña, apenas a 9 leguas de Madrid. Los generales que habían luchado por su rey con lealtad sin límites, ahora se enfrentan a su autoridad despótica y el pueblo los sigue, señalando al "Bien amado" el camino de la Constitución. El 7 de marzo, después de convocar las Cortes para el 9 de julio, Fernando no tiene otro recurso que aceptar la Carta de 1812.

A Bolívar la noticia lo enciende de alegría: "Golpe de fortuna loca" tilda el episodio que retiene en España los diez mil hombres destinados a la expedición de Ultramar. Y a Santander le escribe:

"Las noticias de España no pueden ser mejores. Ellas han decidido nuestra suerte, porque ya está decidido que no vengan más tropas a América, con lo cual se inclina la contienda a nuestro favor. Además debemos esperar otro resultado más favorable. Convencida la España de no poder mandar refuerzos contra nosotros, se convencerá igualmente de no poder triunfar, y entonces tratará de hacer la paz con nosotros para no sufrir inútilmente"[7].

El juicio del Libertador resultaba acertado a la luz de la lógica. ¿Por qué España mantuvo tercamente la lucha que ya no podía ganar? Sin refuerzos, las tropas peninsulares en América estaban condenadas a lenta pero inexorable extinción. Lo indicado era, al sobrevenir la sedición que hizo imposible el envío de la fuerza concentrada ya para embarcarse, revisar toda la situación de los demonios ultramarinos para llegar a un arreglo político en mejores condiciones, a través de negociación y no de imposición victoriosa sobre las armas independentistas.

Tal vez la única –o al menos la más verosímil– explicación

7 Vicente Lecuna, Cartas del Libertador. Citada por Madariaga en Bolívar, Tomo II, pág. 78.

a este fenómeno de ceguedad política, pudo residir en la lealtad monárquica que aún se conservaba en grandes sectores de la población americana. Sin embargo, el informe más que sincero rendido por Morillo al ministro de Guerra, a raíz del desastre realista en Boyacá, contemplaba el deslizamiento de la opinión hacia el lado republicano, como resultas de tal episodio de armas. Sea como fuere, la guerra ha de durar cuatro largos años más. Quizá si España reconoce la independencia de la Nueva Granada y Venezuela, a trueque de asegurar el Virreinato de Lima, la historia hubiese sido otra. En el Perú la monarquía tenía aún raíces profundas en todos los estratos sociales y políticos, prolongándose hasta Pasto con solidez bien difícil de abatir. Trasladado todo el esfuerzo de guerra al más rico de sus territorios coloniales, quizás hubiese podido encadenarlo muchos años más a la Corona. No fue así, y la miopía de Estado costó a España el desmembramiento total de su Imperio, en beneficio de la gloria de Simón Bolívar.

Para Morillo, el golpe moral de la misma noticia que entusiasmaba de tal manera al Libertador, fue de grandes proporciones. Otro tanto lo fue para su segundo, el mariscal Latorre. Qué podía pensar el capitán general de aquella situación, Castaños. Su protector y amigo, tumbado de su comando en Barcelona por una rebelión que, en el fondo de su conciencia, ¿era justa? Los anhelados refuerzos no vendrían ya. Impotente para reasumir la ofensiva estratégica que le permitiese definir la guerra en su favor, el horizonte no era sino una aglomeración de nubarrones para el juicio lúcido del general español.

En Caracas, lo más prestante del realismo clamó a Morillo que se jurase la Constitución de 1812. Y cuando, a marchas forzadas, quemando caballos sobre las rutas llenas de barro llegó desde el frente, Morillo encontró instrucciones secretas para iniciar armisticios con los jefes rebeldes. A su pérdida de fe en la victoria, se unía ahora duro golpe a su orgullo, al verse forzado a entablar conversaciones con sus abominados adversarios de guerra.

Así, el año de 1820 ha de ser de quietud en los martirizados campos donde vienen chocando los ejércitos desde hace diez años. Contrariado como pudiese estarlo en el fondo de su alma por tener que parlamentar con sus enemigos, Morillo veía en aquello una salida

airosa para su comprometida situación que, si bien no confrontaba amenazas inmediatas, sí recogía en su análisis expuesto por escrito el pesimismo de quien ha dejado de columbrar la victoria.

En el cruce de correspondencia con Morillo, en el manejo todo de la situación a que dan lugar las aperturas del mando español para concertar el armisticio, Bolívar revela su inmenso talento político emanado del guerrero primario, de quien se desprenden ya esas múltiples calidades del hombre que comienza a llenar a plenitud su sitio en la historia. Es nítido en su lenguaje de jefe de estado. Como tal no acepta nada distinto de la independencia absoluta. Se aviene a conversar, pero no a transar. Así lo dice textualmente al responder el 21 de julio la comunicación oficial que Morillo le enviara desde el 22 de junio anterior: "Combatir perpetuamente contra el dominio exterior y no reconciliarse sino con la Independencia".

Los avances, cruce de correspondencia, envío de emisarios, consumen lentamente los meses restantes del año. Al fin Bolívar se aviene a celebrar una entrevista con su adversario. La fecha fijada es el 27 de noviembre. El sitio, la pequeña aldea de Santa Ana, enclavada en el ande merideño de Venezuela sobre las Vegas de Carache donde Girardot colocara tan en alto el honor y el nombre de las armas granadinas.

El 25 del mismo mes se habían firmado entre los representantes de los dos generales en jefe, dos tratados: uno por seis meses de armisticio; otro sobre regularización de la guerra, que comienza así:

"Deseando los gobiernos de España y de Colombia....Artículo 1º.: La guerra entre España y Colombia se hará como la hacen los pueblos civilizados..."[8].

No es de extrañar el tono elevado y conciliador del documento. Encabezó la delegación colombiana el general de brigada Antonio José de Sucre, alma magnánima si las hubo, en la guerra deshumanizada que allí concluía. Y del lado realista, el brigadier don Ramón Correa. Pero lo más notable del documento es aquel comienzo que sitúa en plan de perfecta igualdad a los gobiernos de España y Colombia, la cual se mantiene en todo el texto.

8 O´Leary, Memorias, ob. Cit., Tomo III, pág. 330.

El 27 de noviembre se encuentran, pues, los dos generales. Morillo arriba primero a la aldea, acompañado de lujoso séquito de 50 oficiales y con un brillante Escuadrón de Húsares como escolta. Bolívar ha adelantado al coronel O'Leary para anunciar su llegada. Por el edecán irlandés, se entera el jefe español que Bolívar llegará sin escolta y, con elegancia, retira la suya.

Poco rato después llega el Libertador. Morillo lo espera en uniforme de gala, luciendo todas sus condecoraciones, sobre las que parece detenerse su larga vida de soldado y salpicar en los rojos goterones de las cintas la sangre de las múltiples heridas que le han sido causadas. A su lado, jinete como él en hermoso caballo castellano, la hidalga figura del mariscal La Torre representa lo mejor del señorío español, colocado por él tan alto en medio de la guerra pasional y violenta.

A Bolívar lo acompañan diez oficiales. No hay galas en su sencilla levita azul, no condecoraciones que nadie le ha otorgado porque él es el gobierno, el mando, la República andante que no se auto concede honores. Cubre su cabeza una gorra de campaña cualquiera y monta una mula de montaña. El hombre, enjuto, delgado, pequeño, de ojos como brasas por donde escapa la lumbre del espíritu, es la revolución. Morillo, frente a él, es el Imperio. Cuando, aún a distancia, O'Leary indica al comandante español quién es Bolívar, el oficial del rey no puede ocultar su asombro. Se detienen Bolívar y sus acompañantes, imagen viva de la guerra que hace diez años vienen librando por la montaña y la llanura, en contraste de gráfica elocuencia con el brillo real de Bailén y La Victoria. Unos segundos de silencio y de quietud, dejan el cuadro impreso para la imaginación de la posteridad.

Echan pie a tierra los dos generales que tantas veces han cruzado sus aceros y un emocionado abrazo los confunde en medio de la oficialidad silenciosa. Abrazo de militares y españoles, situados en distintos campos de la historia y de la vida. De enemigos en la idea y en la causa que sirven. Apasionados ambos en la lucha, duros, tenaces, combativos. Soldado el peninsular hasta la médula de su fuerte osatura. Guerrero el criollo, en quien ha hecho explosión la América súbitamente despierta al deslumbramiento de la libertad. En aquel abrazo se cierra un capítulo de crueldad bárbara e inútil de la historia española, densa como ninguna en episodios sangrientos.

En la casa mejor del pueblo, donde Morillo ha mandado preparar un banquete en honor de sus huéspedes, el lenguaje universal de los soldados sobrepasa el odio de la contienda. Donde se sientan dos hombres de armas, bajo el mismo techo, a la misma mesa, hay dos camaradas, no importa la vertiente humana donde se hallen situados ni dónde los ubique la guerra. El brindis del mariscal La Torre es profundamente significativo: " Por los colombianos y españoles que unidos marchan hasta los infiernos, si es necesario, contra los déspotas y los tiranos". Morillo lo ofrece, según su propio relato años más tarde, imprecando que "Castigue el Cielo a los que no estén animados de los mismos sentimientos de paz y amistad como nosotros"[9].

El episodio de Maracaibo

Detenido el curso de las operaciones en Venezuela por fuerza del armisticio, Bolívar no podía permanecer estático. Para comienzos de enero de 1821 se halla en Bogotá. El panorama global de la guerra ha seguido su curso inexorable en favor de la causa republicana, en forma tal que, para la fecha en que se firman los tratados de Santa Ana, las provincias de Santa Marta y Riohacha se han integrado al territorio republicano.

La proclamación de la independencia de Guayaquil, aunque favorece la causa patriota contraría los planes integracionistas del Libertador. No importa. Ya habrá tiempo de influir para atraer dentro del esquema de la colombianidad que él ha trazado, aquel importante trozo de su composición geopolítica. Entre tanto, resulta forzoso atender el Cauca, donde Calzada sigue constituyendo amenaza de cuidado, merced al soporte del realismo pastuso, leal como nunca a la monarquía.

En aquel sur, tan pródigo en reveses para los independentistas, la pérdida de Popayán por el coronel Antonio Obando un año atrás, ha sido enmendada militarmente por el general Valdés y su división, pero el áspero militar venezolano se ha malquistado con las gentes por su rudeza y mal ejercicio de la autoridad. Otro venezolano lo

9 Los datos históricos sobre la entrevista se han basado en O´Leary, ob. Cit., tomo III, págs. 330 – 339, y Rodriguez Villa, ob. Cit.

sustituye. Es el joven general de brigada Antonio José de Sucre, que se proyecta ya en el firmamento militar de América con luz propia. No ha cumplido aún 26 años.

En ausencia de Bolívar, ocurre el pronunciamiento de Maracaibo en favor de la República, el 28 de enero de 1821. Más que fruto de actitud popular, se trata de una maniobra política hábilmente estimulada por el general Rafael Urdaneta, oriundo de la ciudad realista y comprensiblemente ansioso de incorporarla a la causa que él viene sirviendo. Los arreglos con el grupo dirigente local se hacen a la sombra del armisticio y, no bien los conjurados se pronuncian, el coronel Las Heras, subalterno de Urdaneta, marcha de las posiciones adelantadas que ya había tomado en la isla Gibraltar y en la ribera del Lago de Maracaibo, para ocupar la ciudad con el Batallón Tiradores y afianzar la actitud republicana del coronel, que fue realista, Francisco Delgado.

La Torre protesta con justa razón, primero ante Urdaneta, luego ante el Libertador, quien le responde en extensa comunicación, cuya raíz argumental está encaminada a una simple conclusión, pronunciada con acento de helado realismo: el armisticio no incluye cláusula alguna que impida a un pueblo abrazar la libertad, ni él puede impedirlo. Para suavizar el caso, desautoriza la maniobra militar del coronel Las Heras:

"Comenzaré por declarar francamente afirma en su comunicación a La Torre que he desaprobado la marcha del coronel Las Heras a aquella ciudad, y que será juzgado porque ha excedido sus facultades, no aguardando la resolución de su jefe para acoger bajo la protección de las armas de la República a un territorio que pertenecía a España al suspenderse las hostilidades"[10].

Para fallar el caso de Maracaibo, propone Bolívar recurrir al arbitraje previsto en el tratado de Santa Ana, y se anticipa a señalar

10 O´Leary, ob. Cit., Tomo IV, págs. 19-23. Contiene el texto completo de la comunicación de Bolívar a La Torre, documento de especial interés político por su habilidad argumental, encaminada a demostrar que no hubo violación del armisticio sino ocurrencia de un hecho no previsto allí, que el gobiernod e Colombia se ve esforzado a admitir como efectos de la libre determinación de un pueblo. Para su protección "… las armas de Colombia, ocupándolo, han ocupado un país que estaba fuera de las leyes españolas: que no era parte de la nación a que V.E. pertenece; y que estaba en libertad de elegir la forma de gobierno o de incorporarse al pueblo que conveniese más a sus intereses".

para el efecto al brigadier don Ramón Correa, pidiendo a La Torre que haga lo propio entre la oficialidad patriota. A la vez pregunta "...a V.E. de un modo positivo y claro, si en caso de no devolverse Maracaibo habrá un rompimiento de hostilidades sin expirar el término del armisticio" así como otros detalles procedimentales para el caso de que esto ocurra.

La Torre pasa por alto la propuesta sobre el arbitraje, pero mantiene su adhesión al armisticio y a los 40 días previstos en él para cualquier eventual ruptura de hostilidades con anterioridad a su fecha de vencimiento.

La segunda campaña decisiva

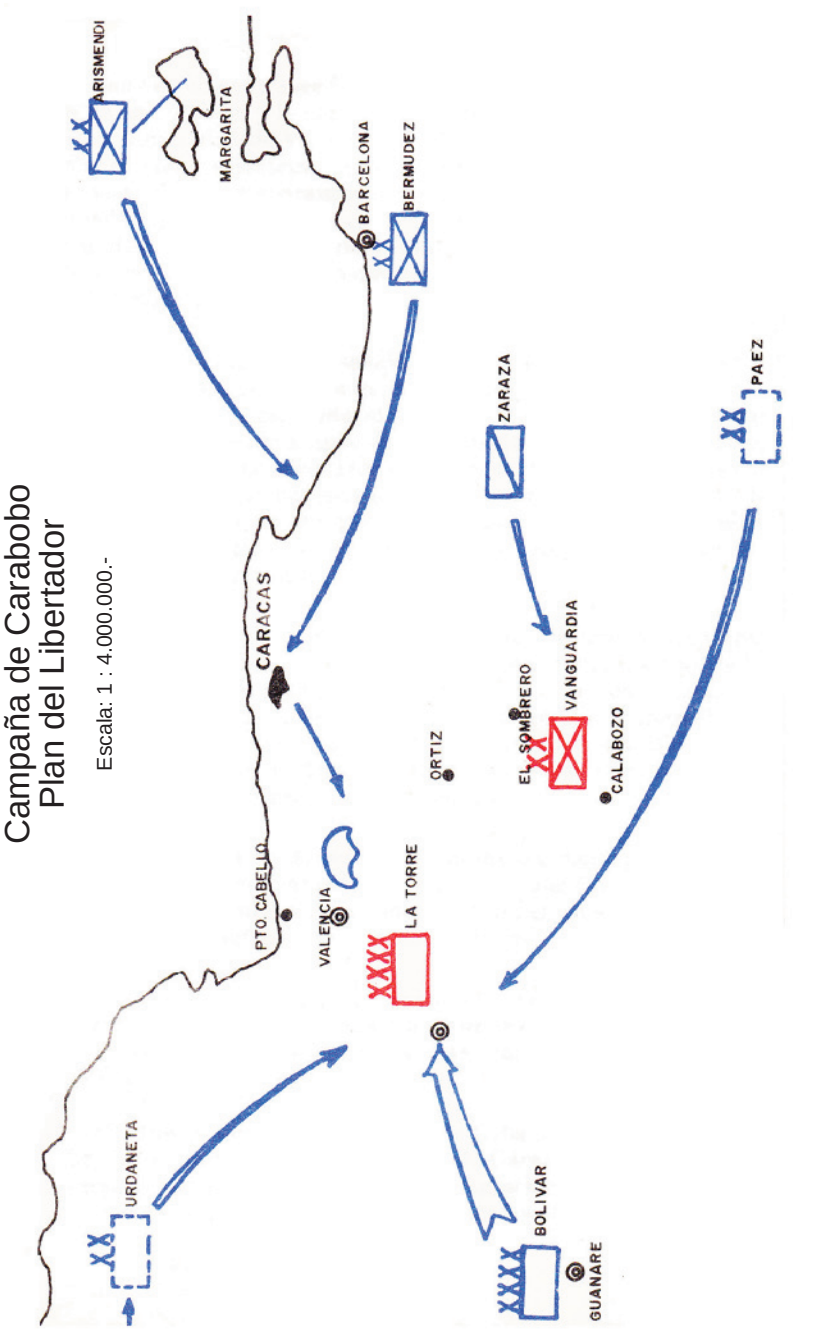
El 10 de marzo de 1821 Bolívar escribe a La Torre anunciándole su determinación de poner fin al armisticio dentro del plazo estipulado, a no ser que se reconozca la independencia absoluta de Colombia. El comandante español no se halla facultado para conceder tal reconocimiento, por lo cual anuncia que la fecha de expiración del tratado será el 27 de abril.

La situación de los ejércitos enfrentados, al término de los cuarenta días que pasaron raudamente sobre la expectativa de ambos bandos, se presenta para entonces, en rasgos generales, similar a la de 1818, tres años atrás, cuando las acometidas de Bolívar por el eje de Calabozo El sombrero Villa de Cura San Juan de Los Morros hacia la llanura de Valencia, tropezó con la indoblegable resistencia de Morillo y sus furiosos contragolpes.

En esta forma se halla a los republicanos enseñoreados de Guayana y las provincias de oriente, de donde su dominio territorial describe amplio semicírculo por el Guárico, Calabozo y Trujillo, para seguir luego por el Ande merideño hasta Maracaibo, ya incorporado a Colombia.

Los realistas, en el interior del gran arco así configurado, ocupan una franja amplia, de espaldas al mar aún bajo dominio de su escuadra. Se apoya dicha zona en los puntos estratégicos de Caracas al oriente y Coro al occidente. El mariscal La Torre,

Mapa N°8


Campaña de Carabobo
Plan del Libertador
Escala: 1 : 4.000.000.-
ARISMENDI
MARGARITA
BARCELONA
BERMUDEZ
CARACAS
PTO CABELLO
VALENCIA
LA TORRE
ORTIZ
ZARAZA
EL SOMBRERO
VANGUARDIA
CALABOZO
PAEZ
URDANETA
BOLIVAR
GUANARE

comandante en jefe, carece allí de los recursos necesarios para una ofensiva en gran escala. Su situación, al asumir el mando por retorno a España de Morillo, no es desesperada en razón de la solidez y combatividad de sus fuerzas. Tampoco ofrece perspectiva alguna de victoria, privado como se halla de toda posibilidad de recibir refuerzos peninsulares.

Bolívar, en contraste favorable para él, con el triunfo de Boyacá en su haber y la suma de medios que la Nueva Granada y el territorio libre de Venezuela pueden brindarle, está en capacidad de elegir estrategia. Si opta por la ofensiva, como es dable esperar de su temperamento y superioridad material relativa, puede escoger momento, dirección y dosificación de esfuerzos. En otras palabras, dispone de la iniciativa, en tanto su antagonista no tiene otro camino que aguardar el golpe y reaccionar en concordancia.

El plan del Libertador señala, como en 1819, la enorme transformación del guerrero en general. Ha desparecido la mentalidad un tanto concentrada al esfuerzo táctico directo, para entrar a la concepción amplia de operaciones en tiempo y espacio, con alcance estratégico. Dueño de mejor dominio sobre sus comandantes de cuerpo, está en condiciones, por primera vez, de comprometerlos en un plan concertado, cuyos lineamientos esenciales, dirigidos a forzar una batalla campal de carácter decisivo, pueden resumirse así:

1º. Ataque a cargo de Bermúdez desde Oriente, sobre Caracas, en una diversión encaminada a dislocar el dispositivo de La Torre, forzándolo a volver sobre su espalda. En caso de éxito, el ejército de oriente proseguiría en clásica acción de martillo sobre la espalda adversaria, mientras el yunque constituido por el ejército de occidente daría la acción decisiva en combinación de maniobras desde direcciones opuestas.

2º. Maniobra frontal ostensible desde occidente para atraer a La Torre hacia el triángulo San Carlos Valencia Barquisimeto, en forma de obligarlo a concentrar allí el grueso de sus efectivos, bajo el señuelo de la batalla campal.

3º. En caso necesario, Arismendi cooperaría con un desembarco

desde Margarita, bien sea sobre la costa de Ocumare o la de Curiepe, según las circunstancias, para participar en la maniobra sobre Caracas.

4º. Luego que la diversión desde Oriente hubiese forzado a La Torre, bien a acudir en defensa de Caracas, bien a desprenderse de parte de sus efectivos para hacerlo, plantear la batalla decisiva con plena superioridad táctica local.

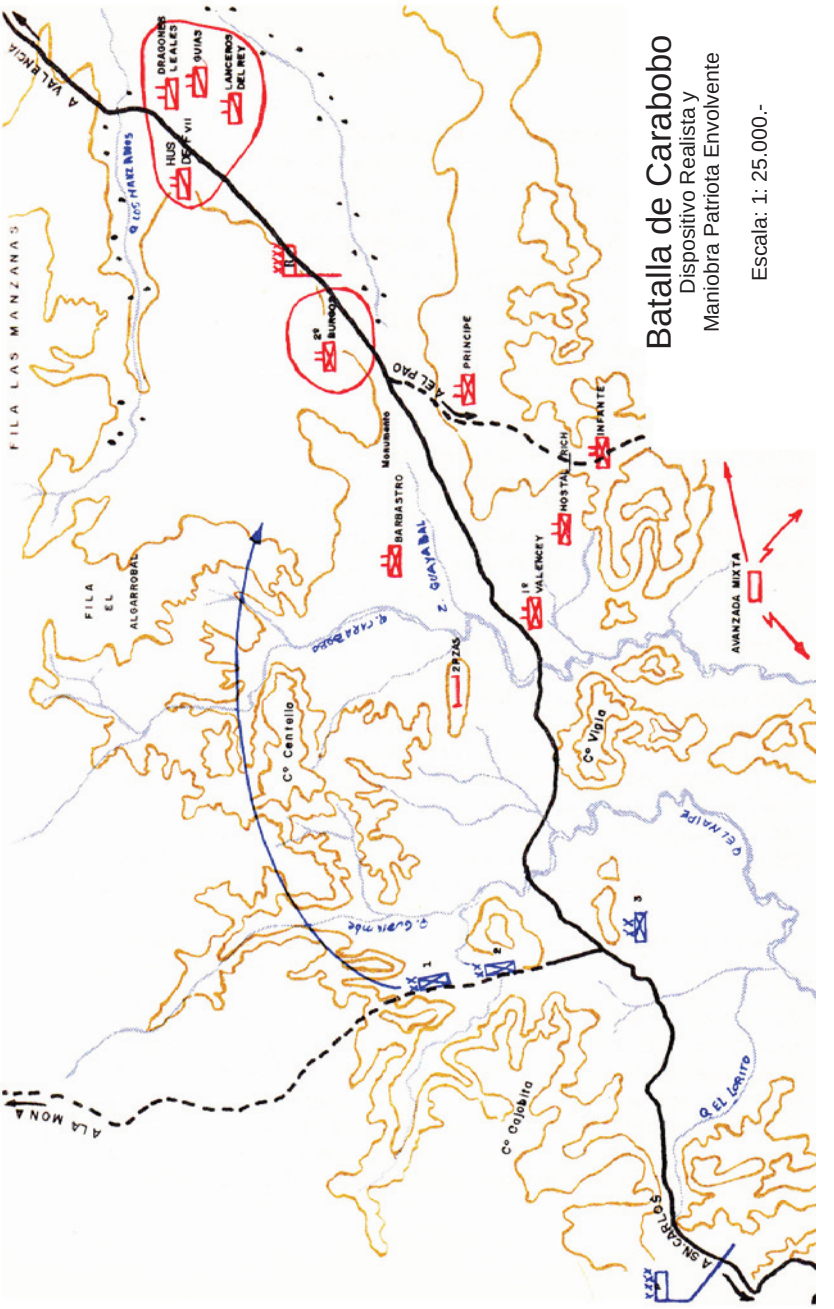
Otra maniobra de distracción precedería al esfuerzo final del grueso del ejército en occidente. Dicha finta de alcance operativo consistirá en un ataque secundario conducido por el coronel Cruz Carrillo por el norte, sobre el eje general Trujillo - Barquisimeto - San Felipe, con el doble propósito de amenazar el flanco norte de La Torre, a la vez que encubrir la aproximación de Urdaneta por la ruta Maracaibo - Coro - Barquisimeto.

El plan así concebido se caracteriza por su lógica, sencillez y afianzamiento en realidades de dispositivo, topografía y sincronización en el tiempo. Saca el máximo partido de la maniobra por líneas exteriores y obliga al adversario a enfrentar estocadas procedentes de direcciones opuestas, en fuerza adecuada para atraer, fijar tropas importantes y dar a cada uno de los golpes fuerza acorde con su propósito.

Dos dificultades mayores ofrece la ejecución de esta idea estratégica. De una parte la concentración de medios, dispersos dentro del gran arco del dispositivo inicial. De otra las dificultades logísticas para abastecer el ejército, una vez reunido en desarrollo del plan de concentración. Para neutralizarlas el Libertador planea los movimientos en forma de congregarlos con el mínimo de anticipación requerida para forzar la batalla decisiva y, a la vez, en forma que alcancen a efectuar los desplazamientos sin prisa ni desgaste.

La evolución militar del guerrero no solamente puede apreciarse en este plan, fruto de su brillantez imaginativa aplicada al gran teatro de operaciones, sino por la conversión de las montoneras en ejército. Bolívar ha sabido utilizar los frutos de la victoria de Boyacá combinados con la pausa reconfortante del armisticio, para introducir ingredientes orgánicos que elevan considerablemente

Mapa N°9


Batalla de Carabobo
Dispositivo Realista y
Maniobra Patriota Envolvente
Escala: 1: 25.000.-
A VALENCIA
FILA LAS MANZANAS
DRAGONES LEALES
GUIAS
LANCEROS DEL REY
HUSARES DE FERNANDO VII
LOS HAZ ANES
2º BURGOS
REAL PRINCIPE
PRINCIPE
INFANTE
HOSTALRICH
BARBASTRO
Monumento
GUAYABAL
1º VALENCEY
AVANZADA MIXTA
FILA EL ALGARROBAL
Q. CARABOBO
23 PZAS
Cº Centella
Cº Vigia
Q. EL NAIPE
Q. GUAIMARE
Cº Colorado
Q. EL LORITO
A SN CARLOS
A LA MONA

la eficiencia combativa de sus fuerzas. La contextura del ejército se ha metodizado e incluye el verdadero concepto de servicio de estado mayor, en medida nunca antes llevada a la práctica. Para este fin se toma como base el Manual de ayudantes generales de Thiebeault, vigente en el ejército libertador desde 1817, pero aplicado realmente a raíz del triunfo de Boyacá. A buen seguro la presencia de oficiales ingleses, veteranos varios de ellos de las guerras napoleónicas, contribuyó a la aplicación de estos criterios profesionales en el ejército de la República.

Movimientos preliminares

El 28 de abril, al día siguiente de expirar el plazo fijado al armisticio, Bolívar abre operaciones en desarrollo de su plan. El avance desde las tres direcciones establecidas, que en algún momento se pensó hacer en forma escalonada, se desencadena simultáneamente para conseguir mayor efecto paralizador. Al paso que Bermúdez inicia el ataque paralelamente a la costa desde Barcelona, una descubierta fuerte de caballería al mando del coronel Juan Gómez cruza el río Santo Domingo y, más al norte, avanza el coronel Cruz Castillo, siguiendo la dirección preestablecida. Urdaneta inicia su movimiento por tierra y mar de Maracaibo a Coro.

El efecto de esta amenaza simultánea se traduce en sorpresa estratégica, anticipación a la maniobra realista que La Torre preparó con carácter de ofensiva limitada sobre Barinas, y desarticulación del dispositivo español que, en adelante, debe conformarse con la defensiva general, acudiendo en plan de contención sobre los ejes amenazados.

La diversión encomendada a Bermúdez se cumple a satisfacción plena, sin requerir siquiera la intervención de Arismendi. El 14 de mayo cae Caracas, después de anular la resistencia dilatoria que los batallones Hostalrich y Blancos de Valencia puede ofrecer escalonadamente, en notoria inferioridad de circunstancias. Estas dos unidades, golpeadas pero no destruidas, se incorporan al brigadier Correa y junto con la guarnición de Caracas se repliega hacia Valencia. Inducido el jefe español a dar batalla el 20 de mayo, es derrotado en El Consejo, y Bermúdez ocupa La Victoria, punto máximo de su ofensiva.

Entre tanto, los dos ejes paralelos de la maniobra de occidente, tiene los siguientes desarrollos:

–La descubierta de caballería a cargo del coronel Juan Gómez avanza veloz y audazmente por el sur. En Boconó realiza breve combate con una fuerza superior de dragones realistas a quienes pone en fuga con algunas pérdidas. Fuerzas enemigas mayores evacuan a Guanare, ignorando la magnitud de la amenaza, y repliegan hacia Araure y San Carlos, con lo cual queda despejado el eje del esfuerzo principal, una vez el coronel Julián Mellao alcanza su descubierta con el resto del Regimiento de Dragones patriotas.

–La diversión encomendada al coronel Cruz Carrillo progresa sin contratiempos mayores desde Trujillo y captura a Boconó, produciendo así la amenaza prevista sobre Barquisimeto.

El 30 de abril Bolívar había conseguido la plena unidad espiritual de sus fuerzas, con el hábil gesto de designar jefe de su estado mayor general a Santiago Mariño. El último de los caudillos queda así incorporado a la guerra nacional, que compromete por primera vez los esfuerzos simultáneos de todos los jefes de la revolución.

El 10 de mayo Páez inicia su desplazamiento desde Achaguas en Apure, a fin de efectuar su reunión con el Libertador para marchar por el eje principal. En la misma fecha, las brigadas de La Guardia bajo el mando del coronel Ambrosio Plaza inicia su desplazamiento hacia el este bajo la cobertura avanzada de la caballería, y con ellas el propio Libertador, que se les reúne en Boconó el día 13. La maniobra múltiple funciona como máquina bien aceitada.

Reacción de La Torre

En medio de esta situación comprometida, La Torre no pierde la serenidad. Bajo la idea de que el brigadier Correa podría contener el avance de Bermúdez, se dispone a atacar sobre el eje de Barinas, a fin de anticiparse a la reunión de la columna patriota de Urdaneta, Bolívar y Páez.

Sin embargo, al tener conocimiento de la toma de Caracas por

Bermúdez el día 14, su plan se altera por completo. Amenazada su retaguardia, no le queda otro recurso que encoger sus líneas mediante un repliegue general que se traduzca en concentración de efectivos, a la vez que disponibilidad de otros para reforzar a Correa y eliminar la amenaza sobre la espalda, representada por la pérdida de la capital y subsiguiente avance de Bermúdez hacia La Victoria.

Dentro de esta idea, indudablemente acertada, ordena al brigadier Morales replegarse de sus posiciones avanzadas en Calabozo, y acudir en apoyo de Correa. Morales lo hace con su acostumbrada eficacia, adelantando la caballería, en tanto él con su infantería se mueve a marchas forzadas.

De sus propios efectivos, La torre destaca a uno de sus mejores batallones, el Segundo de Valencey, en apoyo de Correa, pero este jefe, al comprometerse en la acción de El Consejo, desarticula el plan del comandante general, quien airadamente escribe al comandante de la quinta división:

"...sin tiempo ni razón aventuró la batalla que aun cuando sus resultados hubiesen sido favorables, siempre merecía castigos y la indignación de todo hombre reflexivo. Es el resultado que sin tomar posición ni la menor medida militar, se ha dejado deshacer vituperablemente"[11].

Con todo, la unión de Morales con el batallón Valencey le permite atacar a Bermúdez el 24 a las diez de la mañana, forzando al comandante patriota a replegarse esa noche. El general Soublette, para entonces vicepresidente de Venezuela y a quien el Libertador confiara la supervisión de las operaciones en el teatro oriental, considera inútil la defensa de la capital. El cuerpo se retira, pues, ordenadamente. El 26 en la tarde entra Morales a Caracas, la sobrepasa el 27, dispone el refuerzo de La Guaira y, dejando al coronel Pereira la misión de perseguir a Bermúdez con el Segundo de Valencey y el Escuadrón de Húsares, él contramarcha para reintegrarse a las fueras de La Torre. Las acciones en el frente oriental prosiguen con suerte alterna para las armas de uno y otro lado, con lo cual la tarea de distracción encomendada a Bermúdez por el Libertador, cumple su objetivo.

11 Archivo del Mariscal La Torre, Vol. XXVIII, núm.34.

La batalla de Carabobo

Los últimos días de mayo y primeros de junio son inciertos para el Libertador, hasta el punto de que el 25 de mayo escribe a Revenga diciéndole que hasta esa fecha "había estado envuelto en mil incertidumbres sobre las intenciones del enemigo" y agrega más adelante:

"Se había dicho que el General La Torre estaba en Araure, donde había reunido las tropas que estaban en San Carlos con la 3a y 5a Divisiones. Se aseguraba que uno de sus mejores batallones había ido a reforzar a Barquisimeto y que el resto del Ejército se aproximaba a esta ciudad (Guanare) y se había adelantado ya hasta Ospino"[12].

En medio de esta *niebla de guerra*, propia de la naturaleza dispersa de las operaciones y de la incomunicación entre los diversos ejes de la ofensiva patriota, no solamente ignora Bolívar mucho del enemigo sino sobre la progresión de sus propias columnas. Las tropas bajo su inmediato control no son más que las brigadas de La Guardia a órdenes del coronel Ambrosio Plaza. ¿Qué pasa con Bermúdez al oriente...? ¿Con Páez en su aproximación desde Apure...? ¿Con Urdaneta en su movimiento desde Coro...? ¿Con Cruz Carrillo al norte...?

En la incertidumbre no hay otro recurso que buscar información a través del combate y Bolívar lo hace, por medio de una exploración de caballería, cumplida exitosamente por el Escuadrón de Dragones de la Guardia. Se obtiene así parte de la claridad buscada, y el resto hay que deducirlo. La Torre, que se aprestaba a actuar ofensivamente, se repliega de pronto y marcha hacia Caracas; luego algo pasa en aquella dirección: ¡Bermúdez ha conseguido el propósito de su maniobra! Barquisimeto ha sido reforzado, luego Cruz Castillo la amenaza de cerca. Morales se traslada de Calabozo hacia Caracas, señal de que la situación en la capital es grave, o de que Páez avanza conforme al plan.

Para el 4 de junio La Torre, conjurada la crisis de Caracas,

12 Coronel Arturo Santana, *La Campaña de Carabobo*, Caracas, litografía del comercio, 1921, pág. 82.

adelanta su concentración en la meseta de Carabobo. A partir de este momento se inicia una etapa crítica para Bolívar. El enemigo se anticipa visiblemente en la reunión de sus medios y, a todas luces, habrá adquirido en pocos días capacidad ofensiva tal, que, si el jefe español sabe utilizarla, podrá traducirse en acometida sobre La Guardia que trastorne todo el plan. No llega Páez y la debilidad del momento táctico pone en peligro la gran maniobra ya en marcha.

Bolívar entiende el riesgo que se cierne sobre él y saca de su fértil imaginación un recurso que, en las circunstancias, no puede ser de combate. Se dirige a La Torre con nueva tentativa de paz, cuyo objeto es tan sólo ganar tiempo dentro de una lógica que encaja en la situación precaria del comandante español. El propósito es ganar tiempo, pero bien puede ocurrir que la campaña se decida sin lucha... ¿Por qué no? Siendo el ensayo de doble intención, si se acepta, la campaña estará decidida. En caso contrario, se habrá aplazado el choque hasta el momento en que el guerrero, que lo desea desde el fondo de su alma, esté listo para efectuarlo con neta superioridad.

¿Qué piensa La Torre ante aquel ofrecimiento? La condición propuesta por Bolívar es el reconocimiento de la independencia de Colombia. Por fuerza tiene que saber el comandante revolucionario que el español carece de autoridad para conceder tal pedimento. ¿Por qué lo formula entonces? Si el mariscal se hubiese sentido lo suficientemente fuerte, y medido la razón oculta en el juego de su adversario, la respuesta ha debido ser un ataque fulminante. Pero no lo estaba, aunque quizá si supo leer que la debilidad inspiraba ese juego.

En vez de la ofensiva militar, La Torre decide sondear qué se esconde en la acción de Bolívar. Su propia exigencia puede equipararse con la de su antagonista: las fuerzas republicanas deben replegarse a las líneas de armisticio. Y al oficial encargado de transmitir su respuesta le encomienda averiguar algo, para él definitivo: ¿Se ha concentrado el ejército rebelde?

Bien recibido el parlamentario por el Libertador, le pide en el curso de la conversación conocer al general Páez, por quien, afirma, siente especial admiración. El León de Apure ya se encuentra en

el cuartel general, pues se ha adelantado varias jornadas al más despacioso movimiento de su ejército. Su presencia hará creer a La Torre que la reunión de las dos fuerzas ya se ha cumplido y el ardid cumple su finalidad. Bolívar rechaza la exigencia del realista, quien hábilmente engañado, no se decide a atacar una fuerza superior. A partir del 11 y hasta el 15 de junio, el ejército de Apure se concentra en Guanare y el riesgo de que el enemigo se adelantase en la ofensiva queda conjurado.

No falta quien señale mala fe en la conducta de Bolívar. Nada más equivocado. Mala fe sería dar la palabra y traicionarla. Pero un ardid dentro del juego de inteligencia y sagacidad que es la guerra tiene plena licitud. La contienda armada no es un duelo de esgrima, en el que los contendores se avisan recíprocamente el momento de iniciarlo. Por el contrario, cada cual trata de engañar a su oponente en busca de la sorpresa, uno de los grandes principios militares de aceptación universal. ¿O es que para decidir la suerte de la guerra es la fuerza el único camino? Sun Tzu, el filósofo militar chino sentenció cuatro siglos antes de Cristo: "El colmo de la habilidad de un general no es ganar cien batallas para definir una campaña. El colmo de la habilidad es ganar la campaña sin haber tenido que luchar". Con esta reflexión, el pensador oriental está señalando el inmenso poder que los factores sicológicos ejercen dentro de un conflicto armado.

Las sólidas posiciones realistas en la meseta de Carabobo, preocupan a Bolívar, para quien los recuerdos del año 18 no se han borrado. Aquellos ataques directos en la sierra, que se estrellaron una y otra vez contra la férrea alianza de la infantería española con el terreno, constituyen aleccionadora experiencia que no desea repetir. Gravita en su memoria también la frustrada maniobra del Pantano de Vargas, en dudoso equilibrio con el brillante movimiento que lo colocó en Tunja, a la espalda de su enemigo. Bajo las impresiones encontradas recurre a la maniobra indirecta, materializada en la columna de Cruz Carrillo, a cuyo jefe ordena amenazar abiertamente el flanco norte de La Torre.

El procedimiento consigue éxito parcial. El español se aferra a Carabobo, dada la cobertura que desde allí puede ejercer sobre las rutas a Caracas. Pero para retener la posición se ve forzado a conjurar la nueva amenaza, para lo cual destaca los batallones

Primero de Navarra y Ligero de Barinas, al mando del coronel Tello, con orden de reforzar la guarnición de San Felipe por el norte, en la ruta de Barquisimeto. Con ello se debilitan gravemente los medios a su disposición en vísperas de la batalla decisiva que se avecina.

El 19 de junio se inicia el movimiento al contacto. El coronel Laurencio Silva, en clásica acción de caballería, toma por sorpresa los puestos avanzados del enemigo en Tinaquillo, abriendo así el paso al ejército que cruza el 20 por Tinaco y alcanza el 22 la sabana de Taguanes. El lugar tiene para el Libertador reminiscencias victoriosas de 1813. Allí –evocación lejana de aquella impresionante parada napoleónica del Chiaro– pasa revista a su ejército. Bolívar conoce el secreto de cómo pulsar las fibras más sensibles del alma. Sabe lo que el colorido de los uniformes y el centellar de los aceros significan en el robustecimiento de la moral de combate de un ejército. Y, sobre todo, tiene conciencia de lo que logra su palabra vibrante en la transmisión de su lumbre guerrera. Aquellos seis mil hombres que escuchan esa voz poderosa van a enfrentarse al día siguiente con el espectro siempre impresionante de la muerte. Deben hacerlo con las arterias convertidas en conductos de fuego, como las suyas mientras pronuncia su arenga iluminada.

Allí están, inmóviles bajo el sol, las tres divisiones en que se ha organizado el ejército libertador a su paso por San Carlos.

La primera, antes Ejército de Apure, obedece al guerrero de la llanura que se ha elevado, a fuerza de luchar confundido en el tropel de lanzas, a general de división. Páez es un ídolo para sus luchadores elementales. Una leyenda al galope. Una borrasca imbatible y tremenda. Tan sólo hay con él dos batallones a pie: Cazadores Británicos y Bravos de Apure. Los ingleses, curiosamente, han armonizado a la maravilla con aquel león suelto, que los comprende sin entender su lengua. Los quiere y ellos, que así lo intuyen, le devuelven afecto con admiración sonriente. Hay un océano y muchos siglos entre aquel rudimentario catire a caballo y esos rubios legionarios nórdicos. Pero en el fondo, unos y otros escriben la misma historia con sus vidas de aventura entremezclada en el secreto anhelo que todo hombre alimenta de algún modo dentro

de sí: la búsqueda ansiosa de la gloria. El resto, seis regimientos, son como su caudillo, duros jinetes que apoyan la caña de su lanza terminada en cuchara de hierro forjado, sobre el rejo de cuero convertido en estribo. Y que, en el momento de la carga, tendidos sobre el cuello recto de su caballo al galope, son con él una sola línea horizontal, prolongada en aquella vara convertida por su brazo de bronce en la más temible de las armas. El Regimiento de Honor, los Húsares de Páez, el Regimiento de la Muerte, el de Lanceros de Honor, el de Cazadores Valientes, el de La Venganza, la Reserva de Caballería, nombres en los que se entremezclan acentos marciales y simples voces de la llanura, mundo inmenso que abarca desde la cordillera granadina hasta el Orinoco y donde no hay otro límite que el cierre del horizonte.

La segunda División la comanda otro caudillo del mismo corte de Páez: Manuel Cedeño, también general de división por caudillaje natural. Con él forma la Segunda Brigada de la Guardia a órdenes del coronel Antonio Rangel, compuesta por los batallones de infantería Vargas. Tiradores y Boyacá y el Escuadrón Sagrado. La Guardia es un nuevo tipo de organización ideado por el Libertador, un poco a la manera de regimiento español a tres batallones de infantería, adicionado con un escuadrón a caballo. Pero no es tan sólo un concepto orgánico. Es, antes que todo, una forma de crear sentido de orgulloso elitismo guerrero en quienes la integran. Desde Carabobo hasta Ayacucho, La Guardia –¿vislumbre del bonapartismo que en alguna forma impregna el subconsciente del Libertador?– fabricará toda una leyenda viva de coraje, de arrojo, de valor, que hará de sus cargas impetuosas trasunto del guerrero que les dio nombre.

La Tercera División es la del coronel Ambrosio Plaza. Forma en ella la Primera Brigada de la Guardia comandada por el coronel Manuel Manrique, a quien se recuerda por los partes de batalla que suscribía en ausencia de Soublette durante la Campaña de Boyacá, aumentados con el Anzoátegui y el Primero de Caballería de La Guardia, al mando de aquel negro esplendido de los catorce lanceros en Vargas: el ya coronel Juan José Rondón.

Cuatro mil infantes, dos mil quinientos jinetes, no se habían visto reunidos jamás en la Guerra de Independencia. El espectáculo

es grandioso, sobre la llanura donde aún flotan con el viento los ecos de la batalla librada sobre el mismo suelo que lo presencia[13].

No lejos del lugar, sobre la planicie de Carabobo donde también, como allí, se recoge la memoria de otro triunfo republicano, el mariscal de campo don Miguel de La Torre prepara sus 2.566 infantes, 1651 jinetes y 62 artilleros para la batalla. El no sabe cuándo irá a librarse. Forzado a la defensiva por aquella cuádruple maniobra que lo amenaza por todos lados, no pasa revista a sus tropas, situadas ya en posiciones de combate. Sabe de su inferioridad numérica, impuesta por las mismas circunstancias que lo obligan a sostener tres frentes distintos (Urdaneta no alcanzó a concurrir a la cita, retardado en su progresión por las guerrillas realistas de Coro), pero ignora lo abrumador de las cifras: 1.500 infantes y 1.000 jinetes en cifras redondas. Lo único claro para el militar español, es que tiene una misión por cumplir. Y la cumplirá con el sentido del deber que lo mantiene desde hace seis años en este trópico endemoniado, luchando por un rey –en quien posiblemente ya dejó de creer– por una patria –por la que jamás rendirá la espada– y algo que anida detrás de la guerrera de cualquier soldado: la gloria. Así la suya, en medio de los nubarrones que se ciernen sobre lo que aún queda de la Venezuela realista, esté perdiendo ante sus ojos el brillo que en otras circunstancias hubiese significado el cargo de comandante en jefe.

Dispersos sobre los puntos que habrán de proteger una vez el ejército enemigo haga su aparición, españoles, criollos de Venezuela y de Colombia, con el matiz de tres razas bajo la epidermis que oscila entre negro cetrino y blanco tostado de sol, las formaciones realistas entrañan varios siglos de historia militar, que en América empiezan sobre un fondo de carabelas, yelmos y corazas de conquista.

En tales circunstancias, los factores ponderables favorecen de manera manifiesta las fuerzas de la República. Pero lo más

13 Los datos del orden de batalla Patriota la víspera de Carabobo, con el cual concurrió al encuentro, han sido tomados de la obra *Documentos de Carabobo*, compilación del coronel venezolano Cándido Pérez Méndez, Parte de batalla suscrito por el libertador Presidente en junio 25 de 1821, num. 23, págs. 52-53, coronel Arturo Santana, *La Campaña de Carabobo*, 1821, ob. Cit., y coronel Héctor Bencomo Barrios bajo el mismo título de la anterior. Además, del mayor colombiano Roberto Ibañez Sánchez, Presencia granadina en Carabobo, Bogotá, imprenta de las Fuerzas Armadas, 1971.

grave para la causa del rey es que, además de la apabullante ventaja material, su enemigo también la ofrece en el ámbito de los intangibles. La historia de Bolívar con los caudillos venezolanos en el pasado y de Cajigal con Boves en el lado realista, se repite ahora entre La Torre, militar de escuela y Tomás Morales, el feroz segundo de Boves, para quien el concepto de la guerra sigue siendo el del bárbaro asturiano: sangre, destrucción y aniquilamiento, en lo cual, como en muchos otros aspectos, choca con la caballeresca personalidad del general en jefe.

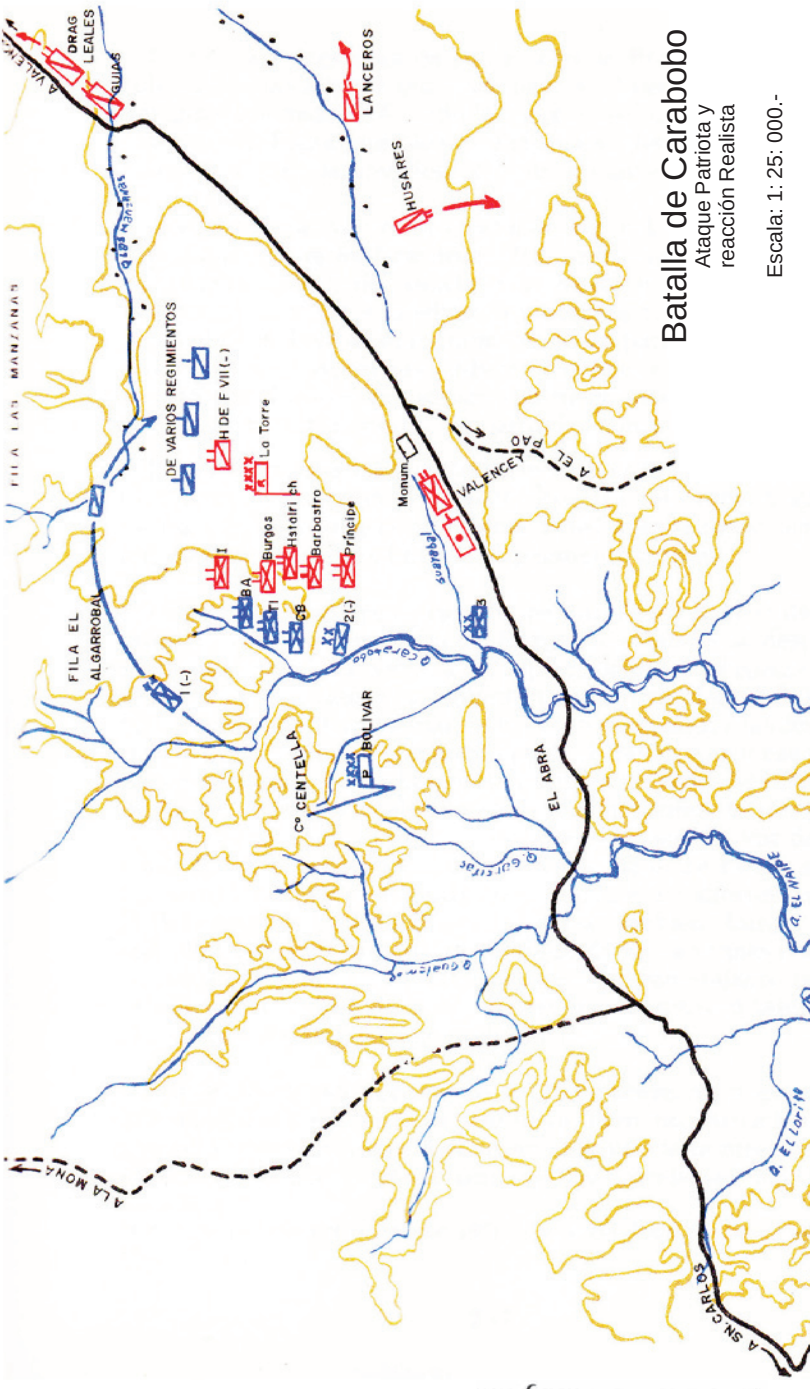
De los cuadros orgánicos de las divisiones, Bolívar ha conseguido sustraer, mediante las dos maniobras de diversión, los batallones de infantería Segundo del Valencey, tercero del rey y dos escuadrones del regimiento de caballería Lanceros del rey, enviados a caracas contra Bermúdez, tomándolos de la División de Vanguardia, en tanto el Ligero de Barinas y el Primero de Navarra han debido hacer frente a la amenaza de Carrillo por el norte. En tales condiciones la inferioridad realista, grave de suyo, se hace más dramática frente al poderío del esfuerzo principal de Bolívar.

Carabobo, a diferencia de Boyacá, donde un ejército en movimiento tropieza con otro que se ha detenido para reposar, es una batalla preparada. La Torre obligado a librarla en forma defensiva, se afianza sobre el terreno favorable, acaballando sus unidades sobre los dos ejes de espera natural: el camino que desde el oeste viene de San Carlos, donde se halla la concentración adversaria, hacia Valencia, y el del Pao por el sur, que se une con el anterior sobre la propia meseta de Carabobo. La quebrada de este nombre, algo profunda y con un fuerte talud que desciende desde la meseta por su extremo norte, permite dominar el acceso a la sabana.

La Primera División cubre la vía de San Carlos, con el Batallón Barbastro al norte del camino y el Valencey al sur, sobre alturas dominantes; la artillería ocupa el centro y el Hostalrich como reserva en segunda línea, apoyando a la vez la cobertura del camino del Pao.

La División de Vanguardia prolonga hacia el sur la posición realista, con el batallón Ligero del Infante en primera línea, cubierto por una avanzada de caballería y los 100 milicianos. Más atrás se

Mapa N°10


Batalla de Carabobo
Ataque Patriota y
reacción Realista
Escala: 1: 25: 000.-
DRAG LEALES
GUIAS
LANCEROS
HUSARES
DE VARIOS REGIMIENTOS
H DE F VII(-)
Lo Torre
Burgos
Istalriz
Barbastro
Príncipe
2(-)
FILA EL ALGARROBAL
1(-)
Cº CENTELLA
BOLIVAR
EL ABRA
VALENCIA
A EL PAO
A LA MONA
A SN CARLOS
Monum
Q. El Limón
Q. El Loro

halla el batallón del Príncipe que da profundidad tanto a esta parte del dispositivo, como a la que protege el camino de San Carlos.

Como reserva general del ejército, se halla el Batallón Burgos sobre la unión de caminos del Pao y de San Carlos. Al fondo de la llanada, también en reserva, se encuentra toda la caballería realista.

Basta a Bolívar una ojeada al campo en las primeras horas del 24 de junio, para comprender que el ataque por el eje natural de marcha ha de hallar el obstáculo combinado de la topografía y los infantes españoles, de los cuales guarda ingrato recuerdo. Lo más sensato en tales circunstancias es buscar sorpresa táctica mediante la maniobra, para lo cual decide realizar un despliegue frontal, como apoyo de un desbordamiento del ala derecha adversaria por el norte.

Es así como desplaza de sur a norte la Primera División, a cubierto de las alturas que culminan en el cerro Cayetano. La Segunda al mando de Cedeño la sigue en columna, en tanto La Tercera, con Plaza, cumple visiblemente su despliegue, atrayendo sobre sí toda la atención de la línea realista.

Los Bravos de Apure marchan a la cabeza de la Primera División, seguidos por los Cazadores Británicos. Luego la caballería. El desplazamiento de aquella gran masa no alcanza a pasar inadvertido. La Torre lo advierte y destaca el Batallón Burgos para cubrir la línea de aproximación de los patriotas. Así, cuando el Bravos de Apure asciende los barrancos que flanquean la meseta por el norte, es recibido con fuego intenso y rechazado en desorden por la cuesta, con pérdidas considerables.

Los Cazadores Británicos lo reemplazan en la línea de choque. Cargan impetuosamente, impertérritos ante el fuego, y ganan terreno. El Burgos se repliega ante aquel ataque firme, sereno, que avanza en amplia línea roja, pendiente arriba.

La Torre empeña con presteza los batallones ligeros del Infante y Hostalrich en apoyo del Burgos. La batalla se desplaza así hacia el norte, variando la concepción original del comandante español. Los Cazadores aguantan a pie firme el alud de la infantería realista. Cae Ferriar, el bravo comandante irlandés. Lo reemplaza su segundo,

el teniente coronel Daver, quien cae también a la cabeza de sus hombres. La línea no cede. Los Bravos de Apure, contagiados del coraje de los Cazadores, se reorganizan entre tanto, para acudir en su apoyo. La sonora voz de Ferriar ¡Firmes!, repetida una y otra vez bajo las balas, sigue resonando después de la caída del comandante y subcomandante. La recoge el capitán Scott, quien cae también. Luego Minchin. Por último Brand, el más antiguo de los capitanes cuando cae aquél[14]. ¡Cargar! Y la línea se pone en movimiento por la pendiente, sin mirar atrás, ni detener el paso sobre el talud salpicado de rojo de guerreras y de sangre.

Diecisiete oficiales británicos y 119 hombres de tropa dejan los Cazadores tendidos en la pendiente. Pero, hombro a hombro con los Bravos de Apure desbordan el límite de la meseta. Allí se traba violento combate con los tres batallones hispanos, prontamente reforzados por los de Barbastro y el Príncipe. Los Tiradores de la división de Cedeño entran al combate y el comandante de ésta presiona sus demás unidades para comprometerlas en la batalla que se ha generalizado con violencia entre las dos infanterías.

Entre tanto Páez logra colocar sobre la meseta sus primeros jinetes. La Torre se apresura a contener la nueva amenaza lanzando los Húsares de Fernando Séptimo. Estos defeccionan lastimosamente, contentándose con disparar sus carabinas pero rehuyendo la carga que hubiese podido tener resultados importantes. Recurre el comandante español a los lanceros del Rey, que emprenden fuga vergonzosamente al primer amago de carga patriota.

El derrumbamiento sin lucha de la caballería realista marca la suerte de la batalla. Los escuadrones de Páez siguen irrumpiendo en la sabana. La infantería, duramente presionada por su frente, es ahora golpeada por el flanco y su retaguardia amenazada por el alud de caballería llanera.

El Primero de Valencey, sobre el camino de San Carlos a Valencia aguanta solitario el ataque de la división de Plaza e inicia su repliegue, resistiendo en cuadro. La Torre y su estado mayor se reúnen, luego Morales con lo que aún le queda, así como los restos de los cuerpos que son en aquel instante destrozados por el

14 Eric T.D. Lambert, Carabobo, 1821, Fundación John Boulton, Caracas, 1974.

ataque de las armas republicanas. El Barbastro trata de unirse al Valencey pero es copado. Ante el ataque masivo sucumbe y acaba por rendirse. También Infante brega por sumarse a aquel cuadro de acero que se repliega con las banderas de España y del Valencey al viento. No lo consigue, pero gana un bosque hacia el límite oriental del campo y de allí logra escurrirse del desastre hasta alcanzar a Puerto Cabello esa misma noche.

Dos horas después de entablada, la batalla se decide por el ejército republicano. Desaparecida del campo la caballería en la que fincó La Torre sus mejores esperanzas, abatidos cuatro de sus seis batallones de infantería, sólo resta al bizarro mariscal salvar el honor de las armas españolas. El coronel Tomás García, comandante de la Primera División, conduce el repliegue con mano de hierro. Bolívar lanza la caballería de sus divisiones contra aquel empecinado cuadro de infantes que se desprende al trote, hace alto, descarga sus armas con efecto mortífero, reinicia el repliegue.

En el empeño de romper las sólidas líneas españolas perece el propio Cedeño con buena parte de sus mejores oficiales. Ya Plaza ha caído atrás. Dos comandantes divisionarios, multitud de oficiales y tropas perecen en el inútil empeño de quebrantar la cuádruple línea del Valencey. Julián Mellao, héroe de Boyacá, cae también compitiendo con Rondón en la carga.

El cuadro, disminuido en hombres pero jamás en reciedumbre, gana la ciudad de Valencia. Al trote atraviesa las calles. Bolívar hace un último esfuerzo, montando en ancas 200 granaderos a pie en escuadrones de Páez, para salir a retaguardia del Valencey. La lluvia que comienza a caer sobre el campo entorpece el movimiento de los caballos con su doble carga y, a cubierto de la noche que obliga a suspender la enconada persecución, el cuadro heroico pernocta en Naguanagua, de donde se desprende al amanecer para ganar el reducto de Puerto Cabello[15].

Este epílogo sangriento de la batalla traza cárdena huella de gloria en el cierre de la guerra en Venezuela. Carabobo es una gran victoria para la República, y un honroso revés para la Corona

15 Aurelio Ferrero Tamayo, El regimiento de la Unión o Valencey en Venezuela, San Cristóbal (Venezuela), Tipografía el Comercio.

española, que tiempo atrás ha debido reconocer la inutilidad de la lucha y salvar aquellas vidas valerosas, caídas anónimamente por preservar los dislocados fragmentos de un imperio que no podría reconstruirse jamás.

Se cierra un capítulo inmenso

El 29 de junio de 1821, cinco días después de la victoria de Carabobo, entra Simón Bolívar a su ciudad natal. Ninguna capital padeció tanto a lo largo de la independencia americana como ésta, golpeada por el terremoto aniquilante de 1812 y perdida para la República ante la ofensiva de Monteverde el mismo año. Es tomada nuevamente y convertida en fortín por el Libertador, quien la defiende ardorosamente hasta el colapso militar del año 14. Sigue fugaz ocupación por Bermúdez, fruto de la maniobra de distracción contemplada en el plan de campaña. Caída de nuevo en manos de Morales, se integra por fin a la República cuando el Libertador, al frente de la Primera División, llega acompañado de Páez a la cabeza del brillante estado mayor.

Sus pobladores sufrieron todas las vicisitudes, perdieron bienes y fortunas, cuando no sus vidas, en ese cambio pendular de ocupaciones militares que, en el rojizo fulgor de la guerra a muerte, traían consigo emigraciones despavoridas, ejecuciones sangrientas, venganzas, crueldad sin medida.

Poco queda de la ciudad que Simón Bolívar conoció en sus mocedades inquietas. Corazón de la capitanía General de Venezuela como de la República naciente, fue a la vez ciudad fortaleza donde se refugió el coraje de unos y otros en la brega sin cuartel. Bolívar luchó por ella con obcecación y no pocas veces rompió su espada en intentos imposibles. Ahora es suya. La guerra agoniza, sin morir aún, en comarcas que han escuchado el prolongado tronar de la batalla. Pero Caracas no caerá más en manos enemigas. Ahora el Libertador, que ha debido mostrarse duro en la contienda con su ciudad amada, se empeña en ganar de nuevo su corazón. Ya no hay guerra a muerte. El enemigo se desvanece en el crepúsculo. No se precisan levas angustiosas, ni tributaciones de emergencia, ni sacrificios heroicos. Caracas bien

puede recobrar su espíritu festivo de otros tiempos y convertirse en alma de la victoria. El Libertador, que sabe ser alegre en las pausas de su discurrir guerrero, auspicia con entusiasmo este renacer de la ciudad en ruinas, antes de sumirse en su próximo episodio de armas, que ya lo atrae como vórtice de penurias y hazañas hacia el sur distante.

Carabobo ha quebrado la espina dorsal del poder español. Encerrado La Torre en Puerto Cabello, trata de salvar cuanto puede de la abrumadora catástrofe. Al coronel Tello, que protegía su flanco norte contra la acometida de distracción de Cruz Carrillo, lo envía a Coro para clavar la bandera del rey en la más fiel de sus comarcas venezolanas. Dentro de la fortaleza reúne las formaciones escapadas del campo de Carabobo y las que, sin haber luchado allí, pudieron hallar el camino de este otro bastión monárquico, que desde su pérdida por Simón Bolívar en 1812 jamás ha arriado los colores de España.

Queda tan sólo la fuerza del coronel Pereira, defensora de Caracas, que la víspera de Carabobo ha batido al general Bermúdez en El Calvario. Su esforzado comandante, en imposibilidad de defender la capital, intenta alcanzar a Puerto Cabello. Es tarde. Bolívar ha adelantado al coronel Rangel para ponerle sitio, Pereira se refugia en La Guaira donde recibe del Libertador generosa propuesta de capitulación. De acuerdo con sus términos, quienes voluntariamente desean abrazar la causa de la libertad lo hacen: 200 hombres del Tercer Batallón del Rey, 300 del Segundo de Valencey y 30 Húsares. Pereira, con 200 realistas, se embarca para Puerto cabello dentro de los términos de la capitulación.

Coro prosigue por algún tiempo su lucha entre formal y guerrillera. Puerto Cabello lo hará por dos años más, hasta su caída definitiva en manos de Páez, el 8 de noviembre de 1823, rendida por el coronel Sebastián de la Calzada.

La campaña de Carabobo reviste contornos magistrales que denotan bien a las claras la afortunada simbiosis del militar y el guerrero bajo una voluntad de vigor impresionante. Si hasta entonces, y aun hasta Boyacá, el militar se va cuajando de manera

progresiva a la sombra del guerrero, en esta campaña victoriosa lo desborda y acaba por predominar en lo que todavía falta para coronar la obra entera de la libertad.

Se ha comentado atrás sobre la brillantez del plan de campaña. El manuscrito original, con la letra de Antonio José de Sucre, expresa en silencio elocuente lo que en él debió significar la presencia en ascenso de este lúcido cerebro militar que tan alto ha de remontarse en las campañas del sur. Redactado un año antes de llevarlo a la práctica, hubo de sufrir cambios y adaptaciones que revelan la flexibilidad mental del Libertador para acomodarse a circunstancias fluctuantes. Hubo un momento en que se pensó sustituirlo en su idea de cuádruple maniobra, por el temor de resultar débil en todos los ejes ofensivos. Finalmente, sin embargo, se aplicó en su concepción original, brillante, audaz, síntesis de un acabado pensamiento estratégico.

El cálculo anticipado de los efectos que esta amplia maniobra por líneas exteriores iría a producir en los medios reducidos del comandante realista, dio exactamente los frutos perseguidos. La diversión desde oriente con su amenaza a la espalda, obligó a la contramaniobra apresurada (Morales replegado del eje vital de Calabozo) y distrajo la atención del comandante en jefe español, quien así perdió toda capacidad ofensiva sobre el ataque principal (Bolívar) cuando aún hubiese podido batirlo al detal, antes que Páez le agregase su poderosa división.

Sumada a la maniobra de oriente sobre la espalda, la diversión por el norte con el destacamento de carrillo acabó de dislocar las fuerzas del rey, obligadas así a atender tres amenazas simultáneas. La ventaja que en tales condiciones hubiese podido representar la operación por líneas interiores, quedó neutralizada al impedir la concentración de fuerzas. Bolívar dispuso en esta forma de neta superioridad en el momento de la batalla decisiva.

Si se considera que la campaña es el juego de movimientos encaminado a culminar en la fase de choque, ésta debe librarse en las mejores condiciones. Asimilando esta verdad a una partida de ajedrez, desde la apertura misma se busca ubicar las fichas en forma tal que representen una ventaja de posición, capaz de decidir el duelo sin

necesidad de grandes sacrificios. Es un juego sutil de inteligencia en el que se procura obtener de cada medio (ficha) su máximo provecho en favor de una estrategia tendida al futuro. El golpe decisivo vendrá como consecuencia de las ventajas así establecidas.

El plan de Bolívar consiguió, exactamente, el propósito amplio de la campaña: llegar a la batalla con ventajas tan apreciables a su disposición, que ésta pudiese librarse con probabilidades máximas de victoria.

En sí misma, la acción de Carabobo se desprende del juego de maniobras que la preceden. Bolívar ha reducido vitalmente la capacidad de combate de su adversario. Lo obliga a la batalla defensiva, bien planteada sin duda en las sólidas posiciones de la meseta, pero desventajosa de todas maneras al dejar a un enemigo hábil e imaginativo, el recurso de elegir el punto y dirección para aplicar el esfuerzo principal.

Bolívar, guerrero, libró sus batallas con carácter de brega directa en la que su voluntad, su impulso contagioso, la tremenda reciedumbre de su espíritu, acrecieron la combatividad de sus fuerzas hasta imponerse en lucha titánica. Militar ahora, lo hace utilizando esos mismos valores bajo el dominio magistral de su inteligencia, imaginación y recursividad. Quizás en etapas anteriores de su carrera bélica se hubiese lanzado contra la planicie de Carabobo por las vías naturales de aproximación y espera. Como en las ofensivas casi frontales del año 18. Ahora recurre al desbordamiento del flanco enemigo, con lo cual contraría las disposiciones defensivas de su opositor, obligándolo a abandonar su esquema primario para contraatacar sobre la dirección más inesperada.

Esta maniobra con dos divisiones, masa considerable de fuerza que ha de desfilar ante el enemigo para cumplir su propósito, se realiza con rapidez sorprendente. Así, cuando La Torre advierte el desplazamiento de su enemigo, apenas alcanza a situar un batallón de infantería, el Burgos, como contención, en tanto los demás acuden en refuerzo y deben ser comprometidos de manera fragmentaria, tan pronto alcanzan el área neurálgica donde habrá de decidirse la batalla.

Una vez fijada la infantería realista, la maniobra de la caballería puede desarrollarse con libertad, los jinetes alcanzan la meseta desfilando por la espalda de las infanterías engarzadas ya en violento combate y pueden así desplegar su línea, con el doble fin de neutralizar la caballería enemiga y encerrar por la espalda las formaciones de infantes. Esta idea se realiza con eficacia y rapidez, a lo cual contribuye decididamente la defección de la caballería realista y su fuga lamentable en momentos en que el mando español esperaba de ella un aporte crucial.

Dentro del colapso en que se precipitó el ejército realista a causa de haber abandonado el campo sus jinetes, la retirada heroica del batallón Primero de Valencey adquiere proyecciones de verdadera hazaña. Sin embargo, queda la impresión de que primó en el mando patriota la ansiedad de aniquilarlo, por medio de embestidas directas de ciego valor, más bien que cortar su retirada con base en la maniobrabilidad de la caballería, para forzar luego su rendición o destruirlo metódicamente. Sólo así se explica la muerte de dos comandantes divisionarios ante su cuadro de hierro, en cuyo centro los generales La Torre y Morales sumaron su presencia a la reciedumbre con que supo luchar el Valencey. A no ser que el terreno imposibilitase por completo la maniobra de la caballería hacia la espalda del eje de retirada utilizado por los fragmentos supérstites, éste de la persecución final es el único lunar de una batalla planteada y conducida con inteligencia admirable.

¿Sería esta acometividad, esta ansia impetuosa por rubricar la victoria con la destrucción del último reducto enemigo, nueva manifestación del guerrero no del todo eclipsado por el militar, que ya se perfila con nítidos caracteres de gran general? Es lo más probable. El guerrero nunca desapareció del todo en el comportamiento de Simón Bolívar. Cuando así ocurre, la fogosidad eclipsa momentáneamente la lucidez cerebral de que da muestras en la gestación de la idea. Arremete entonces con todo el vigor de un alma nacida para la lucha y que en ella encuentra los estímulos formidables para engrandecerse hasta lo sobrehumano.

De todas formas, Carabobo es la culminación espléndida de un episodio bélico de grandes proyecciones históricas, tanto en el hábil juego de maniobras convergentes que plantearon la batalla

con acierto, como en la conducción del choque mismo. El defensor se ve así desplazado del eje de espera natural, por efectos del envolvimiento sobre el flanco más débil, combinado con fijación frontal. Este gran conjunto, a todas luces magistral, de maniobras desarticulantes, culminadas en planteamiento y conducción inspirados del choque, coloca la campaña y batalla de Carabobo, dentro de los modelos clásicos en su género[16].

El guerrero ha terminado de esculpir al general.

16 Bibliografía consultada para reconstruir la batalla y campaña de Carabobo: mayor Roberto Ibañez Sánchez, Presencia granadina en Carabobo; Coronel Arturo Santana, Campaña de Carabobo 1821; Coronel Héctor Bencomo Barrios, campaña de Carabobo 1821; Coronel Carlos Soto Tamayo, estuido histórico militar de la campaña de Carabobo, Caracas, imprenta nacional, 1962; Miguel Angel Mudarra, La victoria Militar de Carabobo, Caracas, talleres gráfica americana, 1971; Cándido Pérez Méndez, documentos de Carabobo; O´Leary, Memorias; Eric T.D. Lambert, Carabobo 1821; Vicente Lecuna, Bolívar y el arte militar; general Eleázar López Contreras, Bolívar conductor de tropas. (De las obras anteriores, las que han sido objeto a lo largo del recuento, no tienen aquí especificación de sitio, fecha, y editorial por haberse mencionado en cada caso).

VIII. LA RUTA SOMBRIA

Aunque Colombia fue en el campo político la gran concepción bolivariana, el Perú gravitó con fuerza comparable en el pensamiento del Libertador. No para integrarlo en la república conformada en su mente por las antiguas posesiones de Nueva Granada, Venezuela y Quito, sino como culminación de su obra magna.

"Ustedes volarán conmigo hacia el rico Perú", había dicho a sus ejércitos dispersos en la famosa proclama del 1º. de enero de 1817. "Nuestros destinos nos llaman a las extremidades del mundo americano". Tales palabras, pronunciadas en momentos de incertidumbre sobre el futuro inmediato, más que brumoso en el empeño de sacar adelante una guerra contra fuerzas infinitamente superiores, seguramente sonaron a quienes iban dirigidas como ideas febriles y nada más.

Para Simón Bolívar eran, simplemente, un propósito. No fue él un hombre de fantasías imposibles sino de ideas gigantescas. Ya se ha visto de qué manera se convertían en realidad, por obra de esa fuerza interior que dio a su voluntad aliento superior a la magnitud de las empresas concebidas por su mente en perpetua combustión.

Apenas acalladas las detonaciones de Carabobo, sumido aún en los actos finales de la lucha por la completa liberación de Venezuela, convoca el Libertador el Congreso Constituyente de

Cúcuta, ante el cual él y Santander juran sus cargos de presidente y vicepresidente de Colombia. Tuvo aquella Asamblea al frente la figura inmensa de don Antonio Nariño, El Precursor, el presidente egregio de Cundinamarca, enceguecidas aún las pupilas por el deslumbramiento de la libertad tras seis mortales años de presidio, que consumieron su vida y lo mejor de sus sueños.

Sellada así la nueva República en lineamientos más firmes que los de Angostura dos años atrás, consolidada la posesión de la mayor parte de la Nueva Granada y en sus fases finales la liberación de Venezuela, podía ahora el general presidente ocuparse del sur, ganar a Quito para Colombia y tender el vuelo hacia el Imperio del Sol. Una nueva competencia se dibuja en el horizonte. El Perú ha sido la prolongación de otra trayectoria extraordinaria, que ha de cruzarse con la suya muy cerca al cenit de ambas vidas: el general don José de San Martín.

Franja sangrienta

Ninguna comarca de la Nueva granada configuró escenario más duramente disputado a lo largo de la Guerra de Independencia que el oriente, desde Cali hasta Pasto. Allí, desde los primeros albores de la lucha, se libraron cruentos combates. También sobre sus campos tuvo lugar la primera batalla por la libertad y habría de disputarse la última, inspirada por la conmovedora cuanto admirable lealtad del pueblo pastuso a su rey.

Los nombres de Palacé, Calibío, Juanambú, el Patía, Cebollas, Tacines, los pasos del Guáitara, la propia ciudad sagrada de la monarquía, fueron y habrían de ser en los años restantes de la guerra, sinónimos de glorias efímeras y tragedias aniquilantes. El áspero camino tendido sobre la montaña vio el desfile de ejércitos de norte a sur, de sur a norte, al viento banderas triunfales, en medio de derrotas sombrías, el tardo paso de los vencidos bajo los mismos pliegues desagarrados en horas de mala fortuna.

El más reciente descalabro republicano, con anterioridad a la presencia del Libertador en aquel escenario sobrecogedor que termina en la ciudad de Quito, con el Pichincha como adusto

testigo, lo sufre el general Manuel Valdés. Curtido en las guerras de Venezuela, este combatiente simple y rudo no entendió el tipo de lucha que los aguerridos patianos y montañeses condujeron a su manera, devorando ejércitos y frustrando campañas.

Se acercaba el anhelado armisticio de Bolívar y Morillo. El Libertador tendía ya la mirada al sur, inquieto por la presencia de San Martín y sus avances victoriosos en territorio peruano, que necesariamente habrían de interferir en sus designios. Por ello adelantó a Cali a Valdés, con el propósito de que hiciera frente a la amenaza representada por el veterano coronel de los escenarios venezolanos y neogranadinos. Sebastián de la Calzada.

La división de Valdés llegó a tener cerca de 3.000 hombres. El mando incompetente la había reducido a 1.400, cuando a finales de 1820 abre campaña desde Palmira, en dirección al sur. Aunque ocupó a Popayán, arrebatándolo a Calzada, su fuerza continuó disminuyendo por las deserciones en tal forma, que al reiniciar la marcha sobre el nefando cañón de Juanambú, se hallaba reducida a 900 infantes y 137 jinetes. Los batallones Albión, Neiva, Cundinamarca y Cauca componían la infantería[1].

Valdés había sido un buen general mientras actuó bajo órdenes. Ahora, comandante general de una fuerza independiente, demostró más arrojo, bravura atolondrada y exagerado concepto de su estatura militar, que talento para conducir operaciones. No hay nada tan peligroso para la suerte de una campaña que el general infatuado, sordo a consejos, renuente a escuchar la voz de la experiencia. Aquel itinerario de desastres que tantos caudillos antes de él recorrieron hasta hundirse en el fracaso, no le sirvió de libro sino de reto para realizar lo que a otros había sido vedado.

El propio general Santander, al comunicarle en septiembre de 1820 el deseo del Libertador de avanzar hacia Quito para asegurar la ciudad y la Capitanía, antes que se produjese el armisticio, le hacía juiciosas observaciones sobre la dificultad de empeñar la caballería en las ásperas regiones montañosas del sur, así como sobre el problema táctico representado por el cañón de Juanambú,

1 Mayor Roberto Ibañez Sánchez, Campaña Libertadora de 1822, Bogotá, imprenta y litografía de las Fuerzas Armadas, 1922.

donde cualquier ataque debería ser "obra del ardid de la inteligencia y prudencia, más que de valor y fuerza"[2].

El 2 de enero abrió operaciones desde Popayán la división de Valdés. Al aproximarse al Juanambú rechazó algunas avanzadas realistas. Nuevo mensaje de Santander le recomendaba ocupar la margen sur del río, antes que los comisionados para entregar la notificación del armisticio de Santa Ana llegasen a su campamento, para ganar ese escalón adelantado con miras a la prosecución de la guerra una vez expirado el cese de fuegos. Valdés, alentado por su éxito inicial, simple escaramuza, se lanzó en profundidad, ansiando ocupar a Pasto. Las primeras guerrillas fueron rechazadas. Prosiguió el avance impetuoso por la montaña de Chaguarbamba. Los guerrilleros pastusos hacían frente a su manera, replegándose en profundidad y aumentando insensiblemente sus efectivos.

Cuando la resistencia se hizo más sólida,

"El general Valdés dispuso que toda la caballería cargara, y mandó tocar paso de trote a la infantería; desde aquella hora todos los soldados empezaron a correr en el mayor desorden, porque no todos resisten un paso forzado; el camino que llevábamos era ascendente y pedregoso hasta salir de la montaña.... cuando nuestra vanguardia llegó al pie de la loma de Jenoy, se encontró con todas las tropas enemigas parapetadas detrás de los barrancos y las piedras, y sin una disposición preliminar del General se empezó el ataque por el centro; la mayor parte de nuestros soldados se había retrasado en una marcha forzada casi a la carrera; los que iban llegando entraban en combate sin atender a qué cuerpo se unían...Aunque la posición de los españoles era flanqueable por la derecha, el General Valdés no tomó ninguna medida para ello: se empeñó en atacarla por el centro, que era una loma quebrada y estaba bien defendida..."

Con semejante conducción, el desastre fue total. A las cinco de la tarde el desaliento había cundido por el campo patriota. Muchos oficiales cayeron heroicamente a la cabeza de sus tropas. Sacrificio

2 Cartas y Mensajes de Santander, Tomo II, Pág. 295.

inútil que no hizo sino contribuir a la generalización del desorden. El enemigo,

"hizo bajar de la loma como 600 pastusos de ruana y sombrero que, sin piedad, comenzaron a asesinar a todos nuestros heridos, lo mismo que a los prisioneros que lograron hacer en el campo, operación en la cual se detuvieron dando lugar a que muchos se salvaran"[3].

Este era el enemigo que durante diez años venía haciendo frente, con empecinamiento y valor ilímites, a las fuerzas de la República. Firmes sobre su montaña brava, respaldando en veces las fuerzas regulares del rey, solos otras, esos combatientes primarios de increíble constancia y lealtad ilímite a su causa, en la que se confundían monarquismo fanático, religiosidad intransigente y arraigo poderoso a la tierra, seguirían haciendo frente al enemigo de sus acendrados valores, aun después que el propio rey a quien servían reconoció a la República.

Guayaquil, nuevo eje de esfuerzos

El 11 de enero de 1821, el Libertador se había desprendido de su más hábil general en el estado mayor, para enviarlo aquel teatro de tan infausto recuerdo para las armas de la Independencia. Antonio José de Sucre, uno de los principales arquitectos del plan de campaña que culminó en Carabobo, no alcanzó a asumir el mando a tiempo para conjurar la catástrofe de Jenoy, ocurrida el 2 de febrero.

Tampoco pudo ejercer su nuevo cargo sino unos pocos días. El Libertador, cambiando de idea, había decidido reemplazarlo allí por el general Pedro León Torres, trasladando a Sucre a Guayaquil, donde las elevadas dotes diplomáticas y militares del ilustre cumaneño habrían de tener más amplio radio de acción en el doble propósito de asumir la dirección de las operaciones militares contra Quito, y atraer a Guayaquil a la órbita colombiana.

La ciudad porteña ecuatoriana y la provincia de que formaba

3 La citas referentesn a esta desventurada acción, tan valerosa como pésimamente conducida, se toman de los Recuerdos históricos del coronel Manuel Antonio López, págs. 34 - 37

parte ansiaban su autonomía. La causa de Colombia no tenía allí partido de consideración y, al quedar por fuera del armisticio del 21 de marzo consecuencia del acordado en Santa Ana en noviembre anterior por haber considerado el mariscal Aymerich que se hallaba fuera de su jurisdicción, se daba un espaldarazo desde el lado realista a la postura de los guayaquileños.

Simultáneamente con el nombramiento de Sucre para el Cauca, Bolívar, atento a los desarrollos de la situación creada por la proclamación independentista de Guayaquil, había despachado hacia el citado puerto al general José Mires, quien embarcó en Buenaventura junto con 35 jinetes del Escuadrón Guías de la Guardia, llevando como oficiales al venezolano José Trinidad Morán y al cartagenero Fidel Pombo, así como mil fusiles y pertrechos de consideración. Aun en el caso de que Guayaquil no recibiera al general colombiano, el material debería situarse a disposición de la Junta de Gobierno de Guayaquil, la que en realidad recibió el aporte militar con gratitud y entusiasmo[4].

La prisa del Libertador por trasladar el esfuerzo de guerra al sur, con Guayaquil como foco irradiante, se patentiza en las providencias tomadas a raíz de la victoria de Carabobo. En Trujillo, el 23 de agosto de 1821, apenas dos meses después de aquella acción de armas, disponía ya el movimiento de tropas hacia el nuevo teatro. Desde Santa Marta, por Panamá, partirían formaciones granadinas aun antes de la rendición de Cartagena por las armas del rey. Y de Venezuela el Batallón Carabobo, un Escuadrón de Húsares y fracciones de los batallones Granaderos y Vencedor lo harían desde la Guaira, en tanto de Maracaibo deberían zarpar los batallones Rifles, el resto del Vencedor y Tiradores. Otras fuerzas deberían organizarse en la Nueva Granada, según comunicación de Bolívar a Santander, las cuales en número de 3.000 a 4.000 hombres se embarcarían en San Buenaventura con destino a Guayaquil.

Este esfuerzo para trasladar efectivos se vio frustrado por hechos imprevistos. Una expedición al mando del mariscal de campo don Juan de la Cruz Mourgeón y Anchet llegó a Puerto Cabello el 4 de julio. Su comandante, humanista de considerable vuelo diplomático, era dueño a la vez de talentos militares considerables. Nombrado

4 Mayor Roberto Ibañez, ob. Cit. Págs. 63 – 64.

Virrey de Santafé antes que la batalla de Carabobo cambiase el panorama de la guerra, no consideró procedente permanecer en la plaza sitiada, sino trasladarse a Panamá reforzando su contingente con 500 veteranos de las campañas de Venezuela, suministrados por el mariscal La Torre, a quien dejó en cambio víveres y pertrechos de los que se hallaban bien urgidos los sitiados.

De Panamá, el mariscal Mourgeón decidió proseguir a Quito, donde su presencia habría de implicar un vuelco favorable a la situación realista, tanto por el acierto de su gestión gubernamental encaminada a ganar la adhesión anímica de las gentes, como en el ámbito castrense donde los refuerzos a su mando y su capacidad militar significaba cambios positivos a la desgastada conducción de don Melchor de Aymerich.

En el mes de septiembre, o sea pocas semanas después de promulgadas las determinaciones de Bolívar sobre envío de formaciones al sur, la provincia de Coro se alzó una vez más en rebeldía contra la república. Para complicar aún más el inesperado cambio de situación, Ocaña, la ciudad tan cara al Libertador desde los días de la Campaña Admirable, decidió inexplicablemente proclamarse realista.

Este vuelco en los acontecimientos redujo finalmente los ambiciosos proyectos del Libertador a enviar por el Magdalena los batallones Rifles, Tiradores y de la caballería concentrados todos en Santa Marta, en tanto los demás cuerpos inicialmente previstos fueron destinados a debelar el alzamiento realista.

El Libertador sobre la ruta sombría

El 25 de octubre, proveniente de la Villa del Rosario de Cúcuta, Simón Bolívar arribó a Bogotá, donde permaneció hasta el 12 de diciembre. Su incansable actividad se aplicó en este lapso a prever todo lo indispensable para la doble campaña que se proponía adelantar sobre Quito, esbozada ya en cuanto a direcciones de esfuerzo por las medidas encaminadas a robustecer los frentes de Popayán y Guayaquil.

Es notorio el interés que el general dedica en estos preparativos

al campo logístico. Hasta el año 19 lo administrativo constituyó aspecto bien secundario en el campo de las preocupaciones del guerrero, habituado a vivir sobre el terreno y a expensas de las derrotas enemigas, en modalidad que asemeja sus operaciones a las de la guerra fluida librada por fuerzas irregulares. Ahora el militar, que ha nacido definitivamente en él, le dedica enorme atención al apoyo material de las operaciones.

Es así como se preocupa por obtener de las diversas comarcas los elementos que eran más aptos para proporcionar, desde alpargatas para los soldados, hasta frazadas boyacenses de origen artesanal. En este propósito, la Nueva Granada bajo su nueva denominación de Cundinamarca, sobrelleva lo principal del aporte, menoscabando muchas veces en su importancia, cuantía y diligencia en materializarlo, por el prurito condenable de disminuir la participación directa y personal del vicepresidente Santander, motor eficacísimo en el acopio de los medios con los cuales la liberación del sur se hizo posible.

Así como a Bolívar se le ha reconocido la proyección formidable de su obra guerrera, forzoso resulta para la historia de las armas combinadas de Colombia y Venezuela valorar lo que significó la organización de la victoria a cargo de Francisco de Paula Santander. Menos relumbrante que las batallas ganadas, menos audible en el tiempo que los ecos del triunfo y las detonaciones de los combates, sin la resonancia de los nombres que forman la constelación de acciones victoriosas donde quedó prendida en el tiempo la estrella rutilante del Libertador, el trabajo ímprobo que significó extraer de una nación empobrecida y desgarrada los recursos requeridos para dar aliento a las campañas militares, no puede en forma alguna olvidarse ni disminuir sus proporciones realmente gigantescas.

La patria acabada de conformar sobre los pergaminos de la Constitución y los sonoros vocablos de los discursos, que en el Rosario de Cúcuta prolongaron el eco de Angostura, surgía del derrumbamiento militar y político del dominio español. No había hacienda pública, ni tesoro, ni sistema rentístico organizado, ni educación pública, ni mecanismos tributarios, ni leyes que permitiesen dar organización y vigencia a todo aquello que demandaba la nueva república, si quería ganar y conservar el favor

de la opinión tornadiza de gentes que habían visto oscilar en el poder la monarquía y la independencia, al vaivén de acontecimientos cambiantes.

A Santander le correspondió aquella abrumadora tarea, conducida con firmeza, madurez y energía increíbles, en la penumbra de la retaguardia, donde era más fácil adquirir la impopularidad de las levas humanas para nutrir las formaciones de combate y de los aportes monetarios o materiales, que al prestigio universal de comandante victorioso.

Entre 1821 y 1822 se levantaron en esfuerzo de proporciones equivalentes a las que en el decurso de las campañas de Pasto y Quito realizaron los ejércitos, más de 14.000 uniformes, 6.500 frazadas, 13.500 camisas, 24.600 alpargatas, 3.000 morrales.

El tesoro público suministró más de 200.000 pesos, suma fabulosa para la época, no tan sólo en su cantidad sino en el poder adquisitivo de una moneda firme y acreditada a pesar de su novedad.

127.000 cartuchos con bala y 82.000 sin ésta, 40.000 balas de fusil, 15.000 piedras de chispa, 4.000 fornituras, son cifras globales que dan idea de las proporciones envueltas por el apoyo logístico, sin el cual las operaciones bélicas no hubiesen tenido ejecución posible[5].

El Libertador salió de Bogotá el 13 de diciembre y, siguiendo la vía más transitada en la época, por Neiva y La Plata para atravesar el páramo de Las Moras, llegó a Caloto el 28, donde se reunió con la división del general Torres. Su propósito en aquel momento consistía en eludir el enclave realista de Pasto y el Patía, para trasladarse a conducir el esfuerzo principal a lo largo del eje Guayaquil Quito. Evidentemente, quería eludir la ruta sombría que tantos ejércitos devoró a lo largo de la guerra.

5 La notable obra del mayor Ibañez Sánchez, ya citada, contiene relaciones completas de los elementos de auxilio suministrados por el gobierno del Vicepresidente Santander a los ejércitos del Sur, a los cuales debe agregarse el aporte humano de 130 oficiales y 7.314 soldados procedentes en su totalidad de las provincias cundinamarquesas, sin contar envíos previos por Panamá y reclutas incorporados directamente por el Libertador – Presidente en las provincias surorientales durante la campaña.

Allí, luego de trasladar la división a Cali dentro de la idea de embarcarla en Buenaventura, pudo conocer y apreciar mejor la situación que, a partir de la virtual destrucción de Valdés y su división, había tenido los siguientes desarrollos:

–El General Sucre, una vez preparadas las fuerzas que podría tomar del Cauca para trasladar a Guayaquil, entre las cuales figuró el Batallón Santander, así bautizado por él en honor al vicepresidente de la Nueva Granada, se dirigió al puerto ecuatorial, a donde arribó el 10 de mayo. Allí concertó, con base en su natural disposición diplomática, un tratado que se firmó el día 15, estableciendo términos que le garantizaban el mando en jefe del ejército combinado, a la vez que abría la posibilidad de incorporar gradualmente la provincia a Colombia, puesto que el Libertador quedaría con facultad para "proveer todos los asuntos en paz, guerra y comercio" bajo aprobación de la Junta.

–Sucre inició operaciones dentro de un concepto de defensa estratégica, dada la manifiesta inferioridad de sus fuerzas frente a las de Aymerich, para lo cual adelantó a posiciones favorables el batallón Libertadores de Guayaquil, al mando del coronel Nicolás López, que se instaló en Babahoyo, mientras él fijaba su cuartel general en San Borondón el 4 de julio, con los batallones Santander y Albión.

–Una rebelión concertada por el coronel López, comandante del Libertadores, con Ramón Ollagues, capitán de la corbeta *Alejandro,* buque en el cual se había trasladado de Buenaventura a Guayaquil la expedición colombiana, fue debelada merced a la reacción oportuna de elementos patriotas de otros buques y de la Guardia Cívica de la ciudad. Con todo, la Alejandro se escapó junto con varias embarcaciones menores que pudieron ser capturadas en alta mar, en tanto la corbeta escapaba hacia Panamá. López proclamó la defección de su unidad para servir las enseñas del rey. Perseguido por el coronel patriota Cayetano Cestaris y dos escuadrones de caballería, perdió en el trayecto a Quito la mayor parte de sus efectivos. Sería dicho coronel realista quien habría de vérselas de nuevo con Sucre en las faldas del Pichincha.

–El coronel bogotano Antonio Morales, quien a raíz de la sublevación realista fue nombrado comandante de la Plaza de

Guayaquil, desarrolló en ese cargo labor de gran alcance en la consolidación republicana del gobierno, adhesión progresiva a Colombia y reunión de medios necesarios para apoyo a las operaciones militares.

–La campaña montada y conducida por el mariscal Aymerich sobre Guayaquil, pudo ser hábilmente contrarrestada por el general Sucre con base en un inteligente juego de maniobras. Conducida la ofensiva realista por los ejes paralelos de Quito Guaranda para la columna principal comandada por Aymerich. Y Cuenca Cañar Yaguachi y Babahoyo por la secundaria a cargo del hábil coronel Francisco González, Sucre quiso batir inicialmente al primero antes que la reunión de las dos columnas adversarias pudiese tener efecto. No siéndole posible comprometer al mariscal a una batalla campal, Sucre abandonó su eje de operaciones y lo trasladó velozmente a Yaguachi, moviendo su infantería por el río, a bordo de algunos buques. En el sitio de Cone tuvo lugar una batalla de encuentro que el general republicano definió hábilmente en su favor, mediante un ataque frontal del Batallón Santander, seguido por doble envolvimiento de infantería y caballería por esta misma unidad y todos los jinetes disponibles, sin que el resto de la columna patriota tuviese que intervenir. Tal fue la maestría con que se condujo la acción.

Aymerich no pudo ser comprometido en batalla luego que Sucre, quien había dejado descubierta la ruta a Guayaquil mientras atacaba la columna enemiga más débil, recuperó el eje inicial y atacó la más fuerte. El mariscal español se replegó hacia Quito, pero Sucre no pudo perseguirlo por falta de medios adecuados para una operación de mayor alcance, que no había tenido tiempo de preparar.

–Basados en los efectos sicológicos del triunfo de Cone, Sucre y Morales Galavís presionaron a la Junta de Gobierno para que convocase al Colegio Electoral con el fin de definir el destino de la provincia. El 3 de septiembre tuvo lugar este hecho trascendental, en el que descuella la figura del colombianista Olmedo, quien inclinó la balanza por la causa de sus simpatías, consiguiendo por su influyente intervención que todos los miembros del Ayuntamiento se definieran en favor de Colombia, lo que produjo gran entusiasmo popular.

–Una primera operación de Sucre contra el poder realista en Quito, remató en un descalabro, única derrota que el futuro Gran Mariscal de Ayacucho habría de sufrir en el decurso de su extraordinaria carrera militar. Ocurrió este percance republicano a causa de la imprudencia del general Mires, segundo de Sucre, al comprometer una acción prematura contra las fuerzas del coronel Francisco González, el derrotado de Cone. En efecto, no habiendo podido el comandante en jefe patriota reconocer las posiciones adversarias a causa del terreno y del fuerte viento que levanta nubes de polvo, tenía en mente rehuir el combate en espera de circunstancias más favorables. En el momento en que adelantaba nuevo reconocimiento como un último esfuerzo para estudiar la posibilidad de dar batalla, Mires la comprometió, ante el encuentro de uno solo de sus cuerpos contra otro adversario. Cuando Sucre llegó al lugar, ya el encuentro adquiría proporciones que no había manera de reducir para efectuar un desprendimiento. Tampoco se podía neutralizar ya las desventajosas circunstancias en que se precipitó imprudentemente. El desastre fue completo. Los restos del ejército, casi desintegrado, se infiltraron a Guayaquil como pudieron y tan sólo la actividad e inteligencia con que el comandante de la plaza, coronel Antonio Morales, condujo la situación, evitó reacciones graves, despertando en cambio el ardor patrio y la mística popular en torno a la causa republicana.

El coronel Illingrot, adelantado por Sucre dentro de su plan de operaciones sobre Quito, pudo ser replegado sin contacto, lo que permitió restablecer el ejército del descalabro; en cambio, el coronel González no supo explotar su triunfo mediante un movimiento inmediato sobre Guayaquil, o la destrucción del cuerpo de Illingrot, que en aquel momento no hubiese podido resistir la superioridad de su adversario.

–Poco después del percance de Huanchi que se acaba de relatar, llegó a Quito Lord Cochrane con una flotilla de tres fragatas, dos corbetas y una goleta mercante, con 1.500 fusiles que habían sido comprados por mediación del general San Martín. Cien de éstos fueron adquiridos con la donación de diez mil pesos hecha por la ciudad de Cuenca y 500 pagados por Sucre. Este armamento, unido a la presencia del almirante inglés en el mar, cambia positivamente la comprometida situación patriota después de Huanchi.

–El 9 de julio de 1821 Lima había caído en poder del general José de San Martín. El realista general Lamar se pasaba al bando republicano. El 28 del mismo mes, Perú proclamaba su independencia y se situaba bajo la protección del general argentino. Estos sucesos cambiaban la situación del sur, a la vez que permitían a Sucre reclamar apoyo militar de San Martín o, en su defecto, el reintegro del batallón Primero de Numancia, el cual, compuesto inicialmente por tropas venezolanas, fue luego dotado en su mayoría por granadinos después de la Reconquista de Morillo. En 1819 fue enviado al Perú por el capitán general español. El 2 de diciembre de 1820, atraídos por sutil acción de San Martín, los oficiales colombianos del Numancia despojaron del mando al comandante español y pusieron su unidad a disposición del protector del Perú, quien lo incorporó a su ejército conservándole su nombre y sus banderas[6].

El batallón no fue devuelto, pero al año siguiente se materializó el apoyo solicitado por Sucre al Protector San Martín.

–El 19 de noviembre de 1821, en momentos en que el coronel Carlos Tolrá operaba hacia Quito por disposición de Aymerich, convino por iniciativa propia un cese de fuegos con Sucre, durante el término de 90 días. Sucre requería un respiro para culminar su reorganización militar. Los dos comandantes en campaña acordaron los términos de su convenio, el que habría de ser rechazado por sus respectivos jefes superiores Bolívar y Aymerich. Ambos, sin embargo, se plegaron a los hechos cumplidos y el primero, una vez conocida con mayor detalle la situación que había movido a Sucre a concertar el armisticio, lo aprobó ampliamente.

–El eje Popayán Pasto, al norte del teatro de Guayaquil, el general Pedro León Torres confrontaba delicada situación. Las deserciones y enfermedades diezmaban su ejército, por lo cual decidió emprender campaña hacia el sur por la ruta sombría, que una vez más presenciarían el descalabro republicano ante las fuerzas combinadas de los guerrilleros patianos, el terreno y el clima adverso.

Ya en julio el coronel Leonardo Infante había sido literalmente barrido en el Patía por los guerrilleros, cuando efectuaba una incursión ordenada por Torres para conseguir ganado. Ahora la

6 Mayor Ibañez Sánchez, ob. Cit., págs. 124 – 129.

división toda se liquidó en la infructuosa operación, hasta perder una vez más a Popayán, caído en manos del teniente coronel José María Obando, entonces al servicio del rey de España. Apenas en noviembre de 1821 el teniente coronel Joaquín París consiguió la recuperación de la ciudad con el Batallón Bogotá, de reciente arribo al teatro.

Tal la situación que hallaba el Libertador a su arribo a Caloto y posterior desplazamiento a Cali.

Frente a la ruta sombría, el guerrero de las decisiones fulgurantes parece vacilar. ¿Por dónde encaminar su esfuerzo principal? Al sur está Guayaquil. Su mejor general se halla al frente de las tropas, sobre las que pesa aún la sombra de la derrota. El mariscal Mourgeón, llegado en diciembre de 1821 por la ruta de Esmeraldas con 800 veteranos de refuerzo y armas considerables, realiza notable obra de gobierno, reorganiza el ejército e influye benéficamente en la población, fatigada con el autoritarismo de Sámano, primero, y luego de Aymerich. El eje de avance por la empinada cordillera, desde el mar hasta las agrestes faldas del Pichincha, es largo y lleno de obstáculos. Pero la presa ofrece posibilidades estratégicas atrayentes: la victoria abre las puertas del Perú y deja el baluarte pastuso aislado de todo contacto con el mando realista, encerrado entre dos mandíbulas triturantes que lo colocan en el dilema de transigir con aquellos odiados republicanos o perecer en torno a las banderas del rey.

Este otro camino de sangre y derrotas repele y atrae al guerrero de las dificultades. Bolívar ha querido hacer cuanto los demás hombres en las mismas circunstancias han hallado imposible. ¿Qué habrá ocurrido en el frente de Guayaquil mientras él se mueve hacia San Buenaventura, realiza la difícil y lenta navegación, subordinada a la disponibilidad de navíos y se hace cargo de la conducción de operaciones?

La dilación ha sido siempre molesta al temperamento de Simón Bolívar. Muchas veces ha preferido precipitarse sin bases suficientes, a esperar hechos, sucesos, movimientos, circunstancias más propicias. El dilema es grande. Ya la división al mando del general Torres desciende por el flanco de la montaña hacia Buenaventura. Súbitamente, como suelen ocurrir las decisiones del

Libertador, se resuelve por el eje frontal hacia Pasto. Torres ha de girar sobre sí mismo y emprender el regreso, por el abrupto flanco de la cordillera. Tan sólo 600 hombres que ya se hallan en el puerto embarcan hacia Guayaquil y varias embarcaciones fletadas por la Junta de Gobierno de la provincia regresan vacías.

La decisión tardía obedece a las inciertas circunstancias en el mar por la actitud poco confiable de los marinos al servicio de la República en el Pacífico, que a veces han favorecido su causa, otras la hostilizaron o abandonaron, como aquella corbeta *Alejandro* de la sublevación en Guayaquil, o los más recientes episodios de las fragatas *Prueba* y *Venganza*, cuyas tripulaciones, exasperadas porque no se les pagan sueldos vencidos, se colocan prácticamente en venta al mejor postor.

Dos comunicaciones a Santander reflejan la exasperación del guerrero en medio del dilema que le abre la geografía, le agrava el enemigo, le ahonda el mar y le enreda la falta de recursos para equipar un ejército, que tan pronto se conforma al imperio de sus drásticas medidas como se evapora entre enfermedades y deserciones.

La primera trata de explicar la designación del general Manuel Valdés, protagonista del desastre del año anterior, para comandar una nueva expedición sobre Pasto, inspirada tan solo en el anhelo de revancha del descaecido comandante. Al respecto explica Bolívar al vicepresidente:

"Usted preguntará ¿que por qué mando a Valdés si va a ser destruido?, y yo le responderé que por la misma razón que pasé el páramo de Pisba contra toda esperanza".

Sin embargo, lo que mejor trasluce la exacerbación del Libertador, asfixiado por las dificultades pero aún más por la disyuntiva que lo conturba, es su airada exclamación al mismo Santander:

"Voy a dar un combate más aventurado que el de Boyacá, y voy a darlo de rabia y de despecho, con ánimo de triunfar o de no volver"[7].

7 Las dos citas precedentes son tomadas del mayor Ibañez Sánchez, obra mencionada, pág. 171, quien a su vez las recoje de Lecuna, Cartas de Bolívar, III – 27 la primera y del Archivo Santander, VIII – 39, la segunda.

Aun considerando que rabia y despecho dictaran tan insólitas comunicaciones, pero no fuesen el factor determinante de su decisión, sí denotan a las claras el estado de ánimo de Bolívar en vísperas de una de las más trascendentales operaciones de su agitada trayectoria. Da la impresión de que, quizá por primera vez, Simón Bolívar no ve con claridad la línea de conducta por adoptar. Nunca antes la vacilación ha sobrecogido su mente. Adoptó alternativas en extremo difíciles que no pocas veces remataron en fracasos demoledores, pero lo hizo siempre con lucidez anímica absoluta. Ahora vacila, y al saberse sujeto a las oscilaciones de la duda, se irrita hasta provocar semejantes explosiones de ira mal reprimida.

Cuando por fin se decide, su resolución es la del guerrero que, una vez más, se impone al general en el sordo conflicto subconsciente. Así, con *rabia y despecho*, Simón Bolívar opta por reemprender las campañas que otros habían conducido desastrosamente a lo largo de la ruta sombría. Quizá no sea tanto la situación del mar cuanto la magnitud del desafío, lo que impele al guerrero a enfrentársele con todo el vigor de su temperamento.

Para eludir a Pasto se cae en Bomboná

La situación del ejército que se dispone a abrir operaciones sobre el escabroso teatro de Pasto, es realmente dramática en vísperas de acometer empeño de semejante trascendencia. Deserciones y enfermedades se ha convertido en el más grande de los adversarios que parecen unir esfuerzos para detener el que Bolívar se dispone a ejecutar.

La incertidumbre sigue asaltando al comandante en jefe, en forma que salpica sus reflexiones y brota de sus escritos. Al secretario de Guerra le dice que aún se encuentra vacilante sobre sí llevará o no sus fuerzas a Quito, pues teme "exponer la república a un golpe vergonzoso y de fatales consecuencias"[8].

El 17 de febrero, Bolívar parece llegar a la conclusión de que no es posible con los medios a su alcance lograr el objetivo de la campaña, según lo expresa en nueva comunicación al secretario de

8 General de Brigada Héctor Bencomo Barrios, *Campaña de Bomboná*, Caracas, Imprenta del Congreso de la República, 1974, pág. 39. Carta suscrita en Popayán el 29 de enero de 1822.

Guerra. Por ello agrega que ha resuelto "no marchar más allá de Pasto o de la Provincia de los Pastos". De lo cual puede inferirse que no piensa extender su ofensiva hasta Quito. Esta duda, que parece lacerar su espíritu siempre resuelto, brota de su pluma mientras los primeros cuerpos inician su movimiento hacia el sur. La más difícil campaña militar jamás conducida por el Libertador ha comenzado. Difícil por lo abrupto del terreno, el mortífero clima del Patía, los farallones del Juanambú, la terrible saña con que patianos y pastusos vienen defendiendo durante dos lustros su heredad. Difícil porque a las fuerzas irregulares de los habitantes se unen el excelente mando del coronel Basilio García, veterano de las campañas de España y Venezuela, con las formaciones regulares del Ejército del Rey. Pero quizá más difícil en el fondo imponderable de los fenómenos más aparentes porque Simón Bolívar no parece llevar consigo en aquella ocasión su fe inconmovible en sí mismo.

El estado del ejército, en cuanto a logística se refiere, y pese a los ingentes esfuerzos de Santander por proveerlo adecuadamente, era lastimoso en diversos aspectos, como se desprende de la queja descarnada que el general en campaña formula el 21 de febrero al vicepresidente en ejercicio:

"Si yo hubiera estado en el Magdalena, el Batallón de Tiradores hubiera venido, el señor Clemente hubiera ido a Maracaibo a su tiempo; si yo hubiera estado en Bogotá, los soldados no tendrían despedazados los pies y no marcharían así despedazados, sin alpargatas, al Juanambú; hubiera traído agujas para destapar los oídos de los fusiles, sin lo cual no hay combate, y si yo no estuviera aquí le aseguro a usted que no se habrían podido construir tales agujetas ni deshacer todos los cartuchos para hacerlos de nuevo, no habiendo papel a la mano ni habiendo balera para rehacer las balas que son de dieciséis y diecisiete, pero yo he remediado a todo con las mañas que me he dado. Si yo hubiera estado en Cartagena, Montilla no hubiera mandado fusiles de un calibre y municiones de otro, y aun estando yo aquí no hay modo de contener la progresión del mal, en un ejército que vuela a su ruina; a pesar de que no hago más que cavilar noche y día, soñando y pensando sin cesar"[9].

Para comprender el doble punto de vista que siempre se

9 Bolívar, Obras Completas, Tomo I, 632. Transcripción de H. Bencomo Barrios, ob. Cit., pág. 43.

presenta en los conflictos humanos en los que las circunstancias de la contraparte suelen desconocerse, vale la pena situarse en la posición del vicepresidente, enfrentado a la escasez y las tremendas dificultades para sostener aquel devorador esfuerzo bélico. El 28 de enero decía así al Libertador Presidente:

"El Secretario del Despacho de la Guerra me ha instruido de una comunicación del Secretario de V.E. que le dirigía en el 7 del corriente, reducida a manifestar la necesidad en que V.E. se hallaba de emprender las operaciones militares por el lado del Patía y Pasto, los temores que le inspiraban su mortífero clima, su escasez y las posiciones ventajosas de que podía aprovecharse el enemigo, concluyendo con encarecer al Gobierno la necesidad de mayores auxilios. V.E. debe calcular la agitación que tal comunicación ha producido en mí, en circunstancias en que me consolaba con que los costosos esfuerzos hechos desde julio para adelante bastarían a libertar la parte dominada por los enemigos y darían un alivio a las provincias que los han verificado. V.E, sabe que se han llevado 5.000 y más reclutas al Sur que si se han enfermado, muerto o desertado, el Gobierno tuvo que sufrir las quejas de esta medida y los pueblos los han perdido; que V.E. recogió cuantos medios pecuniarios tenía el Gobierno y lo dejó empeñado con un empréstito y con la renta de diezmos; y en fin, que V.E. ha visto y palpado las dificultades para hacer de presto un esfuerzo semejante. Pero no sabe V.E. que las leyes de hacienda que deben producir el tesoro de la nación nada pueden hacer actualmente, que los empleados no pueden ser satisfechos de sus nuevos sueldos por falta de numerario, y que los empeños que diariamente tiene que contraer el Gobierno me ciegan de día a día las pocas fuentes de los recursos. Hombres y dinero pide el Intendente de Venezuela; hombres y dinero el del Zulia; hombres y dinero el del Magdalena; hombres y dinero todos los jefes que temen una nueva invasión española. Deduzca V.E., cuáles serán mis embarazos y el sentimiento de ver que la experiencia va confirmando mis denuncios de que no era yo el hombre de que Colombia tenía necesidad"[10].

Desde estas vertientes contrapuestas, el general en campaña demanda lo que necesita y se desespera de no poder obtenerlo. El

10 Archivo de Santander, VIII – 69, Transcripción tomada de R. Ibañez Sánchez, ob. Cit., pág. 168.

jefe de gobierno hace lo que puede, en la asfixia de una situación de la que difícilmente puede extraerse un hombre más o un peso más. Comprensibles ambas posiciones, la absolución para el primero lo dará la guerra victoriosa. Para el segundo la historia, que dice así en la pluma de uno de los más bolivarianos escritores de su tiempo:

"El Vicepresidente General Santander, era el centro de donde partían los auxilios, y el que presidía los generosos y patrióticos esfuerzos de los pueblos de Cundinamarca. Autorizado plenamente por el Libertador hasta para imponer contribuciones, Santander llenó tan difícil como delicado encargo con suma prudencia, actividad y firmeza, con talentos superiores, probidad intachable y sin oprimir a los pueblos sino hasta donde era necesario para llenar su misión. Ejerciendo un gobierno militar y debiendo exigir de los pueblos cuanto era preciso para hacer la guerra y derrocar el poder español, el Vicepresidente tuvo que dictar muchas providencias violentas. Hay personas que todavía se lo critican amargamente, cuando han pasado los riesgos y que la nave del Estado se halla en el puerto, después de haber sufrido deshechas tempestades. Empero, vuelvan los ojos hacia lo pasado, examinen los documentos contemporáneos, y acaso no habrá alguno que deje de confesar "que el período de la vicepresidencia de Cundinamarca fue el más glorioso de la vida política del General Santander". La patria debe serle reconocida por tan importantes servicios" [11].

El movimiento del ejército se hace en forma escalonada. El teniente coronel José María Obando, a quien el general Pedro León Torres había persuadido de pasarse al bando republicano, comanda la vanguardia, nombrado personalmente por el Libertador, tanto por conocer pormenorizadamente el terreno donde venía sirviendo de años atrás las enseñas del rey, como para utilizar su vasto influjo en la población del Patía, a fin de atemperar la fiera resistencia de las gentes contra las fuerzas de la República.

Sigue el Batallón Bogotá el día 11, comandado por el coronel Joaquín París. El 15 se mueve el comandante de la División de Vanguardia, general Pedro León Torres, quien tiene órdenes del comandante en jefe para adelantarse al Patía, con el fin de conseguir

11 José Manuel Restrepo, ob. Cit., tomo IV, pág. 182.

ganados para abastecer el paso del ejército. Con este escalón marcha la caballería constituida por el escuadrón Guías.

El 25 parte de Popayán la División de Retaguardia al mando del general Manuel Valdés, de quien afirmara Restrepo que bien por su carácter, "bien por sus escasos talentos militares o por las circunstancias de la guerra, parecía el jefe más propio para disolver un ejército" a raíz de su desastre de Jenoy[12].

Componen la división de Valdés los batallones Rifles, del coronel Arturo Sandes, Vencedores, comandado por el teniente coronel José I. Pulido y los escuadrones Primero de Guías, a órdenes del teniente coronel Calderón, Cazadores, del teniente coronel Juan José Flores, Húsares, del teniente coronel Laurencio Silva y Lanceros de la Guardia, del teniente coronel Juan de la Cruz Paredes.

El 21 cruza el ejército el río Mayo y penetra en los ámbitos sobrecogedores del Juanambú. Allí el Libertador amaga el cruce por varios puntos, entre los cuales se halla el del Tablón de los Gómez, que el coronel Basilio García había dispuesto fortificar considerablemente, por juzgarlo el más probable paso en caso de ofensiva general desde el norte. En esta forma se pudo cruzar el Juanambú por Burreros el 24 de marzo, prácticamente sin combate.

El día 4 de abril, el ejército libertador se reúne en Chaguarbamba. Al frente, en las sólidas posiciones de Jenoy, exactamente en el lugar donde Valdés sufrió el terrible descalabro del año anterior, Basilio García le extiende silenciosa invitación a la batalla.

Bolívar la declina. Atacar en aquel sitio implica repetir el error de Valdés en un compromiso frontal, con muy limitadas posibilidades de maniobrar contra un enemigo afianzado en terreno tan propicio para la defensa, que neutraliza cualquier inferioridad de efectivos. Por otra parte, el objetivo del comandante en jefe republicano no es Pasto, como lo había sido para todos sus antecesores en la ruta sombría, sino Quito. Por lo tanto, en vez de embestir como lo propone su adversario, se desliza hacia el sur.

Resulta obvio que, al evitar el eje de espera natural hacia Pasto,

12 J. M. Restrepo, ob. Cit., tomo IV, Pág. 218.

Bolívar intenta dejar de lado la ciudad y sobrepasarla por las laderas orientales del volcán Galeras, que la cubre por dicho costado bien para ganar el Guáitara y proseguir hacia el sur. Bien para caer sobre el baluarte del rey en una maniobra de revés. García lo comprende así y, dejando un escuadrón de caballería en vigilancia sobre Jenoy para el caso de una eventual contramaniobra adversaria, lo sigue a distancia por el viejo camino que, paralelo al anterior, se desenvuelve por las anfractuosidades occidentales del Galeras, a una mayor altura, con visibilidad plena y distancia más corta por recorrer que el usado por el Libertador.

Esta ruta indígena, desconocida para quienes no fuesen oriundos de la región, permite al sereno y hábil comandante español salir adelante al movimiento de Bolívar. Ante la posibilidad de que los republicanos intentasen cruzar el Guáitara para eludir la batalla y proseguir hacia Quito, destruye el puente de Ales, único disponible en el área dominada por su adversario. Y para cortar la posibilidad de maniobrar sobre Pasto por la espalda, despliega sus fuerzas sobre las alturas orientales que dominan la quebrada de Cariaco, a caballo, por decirlo así, de la ruta obligada.

Cortadas en esta forma las dos opciones abiertas para el Libertador, no le queda a éste otro recurso que aceptar la batalla contra la formidable alianza de guerrilleros pastusos, cuerpos realistas y terreno dominante, en el que los combatientes nativos no tienen rival.

Fuerzas en presencia

Las dos divisiones patriotas habían salido de Popayán con cerca de 3.000 efectivos en total. El golpe de la enfermedad que parece ensañarse desde un comienzo sobre el ejército, unido a las numerosas deserciones que produce en las tropas caucanas, principalmente, la perspectiva de sumirse en aquella ruta de desastres, determinan que a la hacienda Bomboná y el inmediato corregimiento de Consacá lleguen únicamente 2.000. Tal fue el impacto de las enfermedades sobre el ejército, que en diversos sitios fue preciso dejar hospitales y aun agrupaciones de enfermos, con notas dirigidas al mando realista, pidiendo consideración con los heridos, en cumplimiento del Tratado de Trujillo sobre regularización de la guerra.

En El Peñol, por ejemplo, quedó el coronel Laurencio Silva con un escuadrón de húsares, no tan sólo para vigilar el hospital allí arreglado, sino para mantener limpia la retaguardia patriota hasta los pasos del Juanambú. Instrucciones precisas emitidas por el jefe de estado mayor del ejército, general Salom, establecían la prioridad en la destrucción de elementos que no pudiesen llevarse en cualquier emergencia[13].

El orden de batalla patriota, en tales circunstancias, enfrenta 2.000 hombres, divididos en 1.600 infantes y 400 jinetes, con apenas 1.055 realistas. Esta ventaja de prácticamente 2 a 1 no puede considerarse exagerada, en virtud del terreno particularmente apto para la batalla defensiva, en combinación afortunada de alturas dominantes con el quebradón profundo y abrupto de Cariaco, cuyo conjunto fue robustecido aún más por fortificaciones improvisadas y árboles derribados.

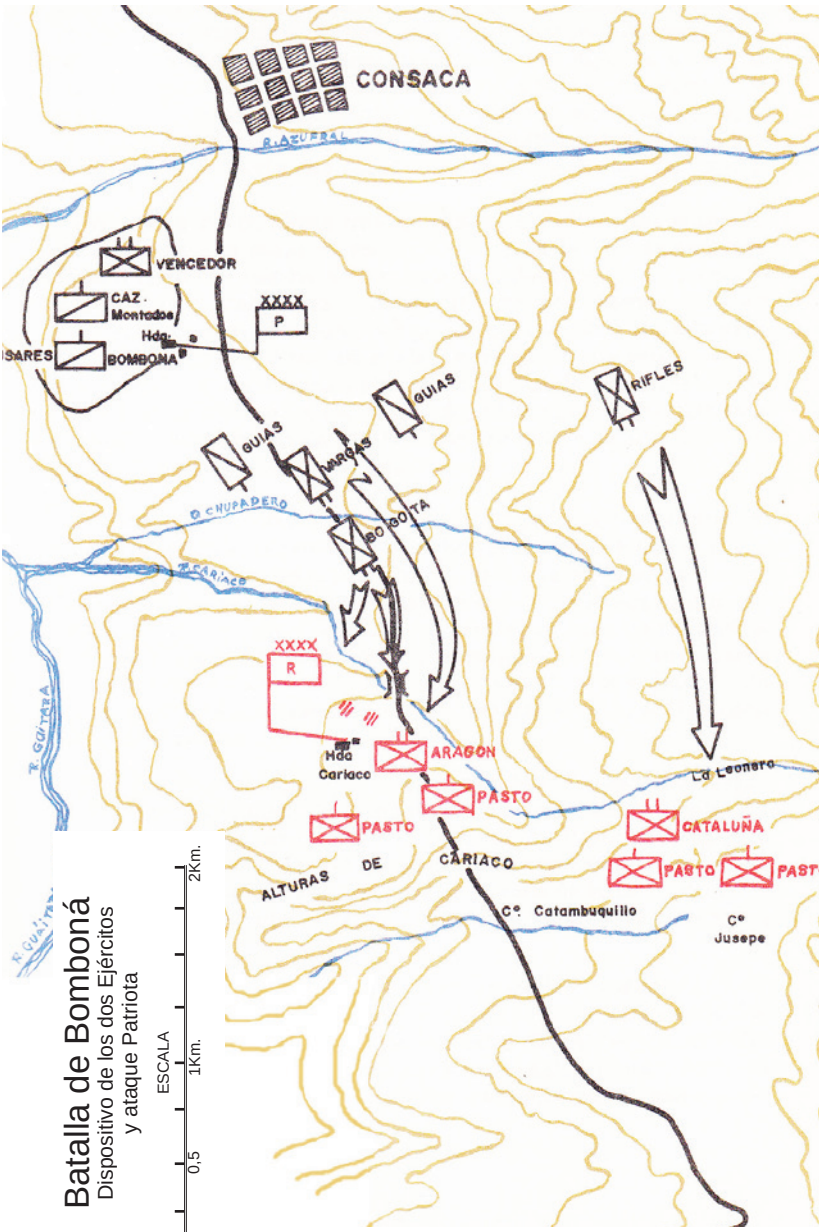
La batalla de Bomboná

El choque en las circunstancias descritas constituye imposición de uno a otro de los contendores, si se considera el cierre de toda otra perspectiva para quien se empeñó sin resultados en no comprometer una batalla ajena a su intención estratégica. Para no librarla en la forma desfavorable que se le propuso, al Libertador le hubiese quedado como único recurso retrogradar en busca de otro eje de aproximación al objetivo que en tal caso sería Pasto, al menos como punto de etapa hacia Quito. En las precarias circunstancias de salud y moral de las tropas, tal opción no hubiese representado ventaja alguna, dadas las barreras que la naturaleza ofrece en toda el área, el desgaste físico y moral de un nuevo movimiento, y la actividad guerrillera enemiga.

Queda abierto el interrogante de si no hubiese sido más indicado librar la acción en Jenoy. Quienes así lo sostienen a posteriori, señalando como un error de Bolívar haberla rehuido allí para tener que librarla en condiciones aún más desventajosas en Cariaco, omiten en sus consideraciones el factor gobernante que resulta en este caso de la existencia de una ruta ignorada para el general

13 H. Bencomo Barrios, ob. Cit., pág. 45.

Mapa N°11


CONSACA
R. AZUFRAL
VENCEDOR
CAZ.
Montados
Hda.
BOMBONA
XXXX
P
GUIAS
GUIAS
MARGAS
GUIAS
RIFLES
BOGOTA
CHUPADERO
CARIACO
XXXX
R
Hda
Cariaco
ARAGON
PASTO
PASTO
CATALUÑA
PASTO
PAST
La Leonera
ALTURAS
DE
CARIACO
Cº Catambuquillo
Cº
Jusepe
Batalla de Bomboná
Dispositivo de los dos Ejércitos
y ataque Patriota
ESCALA
0
0,5
1Km.
2Km.

patriota, que su contendor utiliza con extremada habilidad. Por ello la táctica elusiva de Bolívar resulta encomiable. De no haber existido el camino oculto, su oponente hubiese tenido que describir amplio arco por Pasto, en cuyo caso habría llegado tarde al Guáitara para impedir el dominio del puente de Ales y del terreno circundante por el ejército adversario, superior cuantitativamente. La maniobra del Libertador hubiese pasado así a la historia con características de extrema habilidad.

Forzado a un combate que no desea, a Bolívar no le queda otro recurso que sacar el mejor partido de las circunstancias desfavorables en que ha sido colocado. Adelanta, pues, un reconocimiento de caballería a cargo del coronel Barreto, y otro de infantería a cargo de una compañía del Batallón Bogotá dirigido por el coronel Joaquín París, comandante de éste. Los resultados de este esfuerzo habrían de definir la fase final de la batalla, al establecer que el flanco derecho, aunque fuertemente apoyado en los breñales del Galeras, presenta el único punto vulnerable de la posición realista.

En efecto, el quebradón de Cariaco, cuyos fuertes taludes se alzan abruptamente por sus dos márgenes, ofrece hacia el norte (patriotas) una amplia explanada sobre la cual se asienta la casa de Bomboná y praderas circundantes con su prolongación hacia Sandoná. Por el sur (realistas) la corriente está dominada, a partir del talud, por las alturas que establecen un contrafuerte natural, cuya solidez en si resulta aumentada por el bosque de su parte central y los descensos casi verticales hacia el Guáitara por el occidente.

A la fuerza de la naturaleza, el comandante español superpone la de sus unidades de combate: dos compañías del batallón Cataluña, reforzadas por dos de Milicias de Pasto, protegen el flanco derecho. El batallón Aragón, con las restantes compañías de Milicias y dos cañones, prolongan la línea de batalla en forma de cubrir la avenida de aproximación frontal y el cañón del Guáitara[14].

Hacia el mediodía termina la reunión de las unidades patriotas sobre la explanada de Bomboná. El plan de ataque del Libertador consiste en una carga frontal a cargo del general Torres con su división, constituida por los batallones de infantería Bogotá y

14 Mayor R. Ibañez Sánchez, ob. Cit., págs. 187 - 188

Vargas, así como por los escuadrones primero y segundo de Guías, limitados en extremo para actuar por las características del terreno. Simultáneamente, la división de Valdés atacaría por el flanco derecho (oriental) del adversario, básicamente con el batallón Rifles, por cuanto el Vencedor quedaría como reserva y los escuadrones de Lanceros y Cazadores Montados tendrían las mismas restricciones topográficas que sus equivalentes en la División de Vanguardia.

Uno de esos incidentes humanos que suelen afectar profundamente el curso de los acontecimientos tiene lugar antes de comenzar la batalla. Bolívar ordena al general Pedro León torres comenzar lo antes posible el ataque frontal, sin distribuir almuerzo a la tropa. El comandante divisionario entiende exactamente lo opuesto, y cuando Bolívar regresa de cumplir otras actividades propias de la situación, halla la vanguardia dedicada a almorzar. Estalla en ira. Increpa a su subordinado lo que estima como negligencia inaceptable y lo despoja del mando, confiándolo al coronel Barreto. Torres, confundido e indignado, rompe su espada y exclama que si no puede combatir como general lo hará como simple granadero. Empuña el fusil de un soldado y se mezcla con la tropa que, apresuradamente, toma su formación de combate.

Esta actitud desarma al Libertador, quien noblemente lo restituye en el mando con las satisfacciones del caso. Narrado este incidente por el coronel Manuel Antonio López en sus Recuerdos históricos y por los generales Tomás Cipriano de Mosquera en su *Biografía de Bolívar* y José María Obando en sus *apuntamientos para la historia,* ofrece pocas dudas en su autenticidad. Hasta dónde pudo influir en la impetuosa embestida frontal de la vanguardia, que habría de ocasionar tan terribles pérdidas, es asunto que no podrá establecerse. Lo cierto es que el indignado comandante lanzó sus batallones en aquel desatentado empeño frontal con valor ciego, en arremetida de perfiles suicidas que él encabezó personalmente hasta caer mortalmente herido, para fallecer poco después en la población de Yacuanquer.

Bomboná constituye un forcejeo de extremo coraje entre defensores y atacantes. Los batallones Bogotá y Vargas se lanzan a través de aquel tremendo quebradón, bajo el fuego que sobre seguro les dirigen los atrincherados combatientes realistas con

precisión mortífera. Con todo, alcanzan a cruzar el obstáculo tan sólo para dar de manos a boca con la artillería que, espléndidamente accionada por el sargento mayor español Domingo Alonso, abre brechas mortales en las cerradas formaciones de ataque. Así los dos batallones son precipitados al zanjón, sobre el cual descienden los realistas –en particular los irregulares pastusos– para completar con armas la mortandad causada por el fuego.

El Coronel de caballería Lucas Carvajal ha sucedido en el mando a Pedro León Torres pero también cae herido. Lo propio ocurre en el Batallón Bogotá a su comandante el teniente coronel Joaquín París y a su segundo Ignacio Luque. El teniente coronel comandante del Vargas Pedro García, herido desde el comienzo de la acción, continúa al mando de su heroica unidad.

Entre tanto, el general de brigada Manuel Valdés consigue eludir la vigilancia adversaria y, en medio del ardor del encuentro frontal, se desliza hacia el flanco derecho por las quebraduras del terreno con el Batallón Rifles. Ya sobre el borde de la posición, en angustioso ascenso por la empinada cuesta del Catambuquillo, donde los soldados tenían necesidad de hundir entre las breñas la bayoneta para escalarlas, Valdés y Sandes acuerdan distribuir el batallón en tres fracciones que pudiesen aprovechar otras tantas aproximaciones favorables, lo que produjo el doble efecto de facilitar la ocultación del movimiento y permitir el despliegue ulterior.

Cuando las fuerzas del teniente coronel Ramón Castilla, que guarnecen el ala derecha de la línea realista, advierten el hábil movimiento de flanco, ya los veteranos del Rifles caen violentamente sobre las posiciones extremas. La sorpresa, unida a la avalancha del ataque, desordena al defensor. Castilla obra vigorosamente sobre sus hombres, pero el Rifles se muestra incontenible en su triple esfuerzo que el propio general Valdés alienta a grandes voces.

Notificado el coronel Basilio García del desbordamiento que amenaza arrasar su dispositivo, acude prestamente con dos compañías del Aragón. El Rifles domina ya la cumbre del Catambuquillo, donde clava su bandera que señala, en silueta contra la claridad lunar que comienza a iluminar difusamente el campo de

batalla, una última esperanza para el Libertador, sobrecogido de angustia ante la masacre de su vanguardia.

Es el momento decisivo del choque, cuyo sangriento desarrollo lleva más de tres horas, desde su iniciación a las tres de la tarde. Es el momento de comprometer la reserva. Bolívar lo hace sin vacilar, lanzando el Batallón Vencedor por el mismo eje donde sucumbieron el Bogotá y el Vargas. Debilitada la posición por el retiro de fuerzas que acompañan a García en su intento de contener el Rifles, y parcialmente encubierto el ataque por la menor visibilidad de la hora, el Vencedor logra cruzar el trágico zanjón y escalar la posición adversaria hasta lanzarse al asalto. Rechazado, sin embargo, desde los atrincheramientos realistas, prosigue luchando bravamente, con lo cual cumple su cometido al fijar buena parte de los medios adversarios e impedir así que el Rifles sea atacado masivamente. Después de media hora de esfuerzos denodados, el Vencedor retrocede hasta la margen opuesta de la quebrada.

Termina la batalla entre las sombras de la noche. La claridad lunar es cegada por nubarrones invernales que luego se condensan en fuerte aguacero. La unidad del combate se ha roto al formarse dos encuentros desarticulados. Uno entre el Rifles y parte de la caballería patriota, que no se sabe cómo logró franquear los obstáculos y tomar parte en el ataque de los infantes, y otro entre los restos del Aragón y una compañía de Milicias contra el Vencedor. Finalmente, la oscuridad pone fin a la lucha.

En ambos mandos queda un suspenso de incertidumbre. El jefe del estado mayor realista, teniente coronel Pantaleón González, permaneció con el encargo de cubrir el puente y contener la carga de la reserva patriota al acudir Basilio García en apoyo de su ala derecha. Roto el contacto con su jefe, esperó en vano hasta las dos de la mañana alguna noticia. A esa hora, presintiendo que se le había cortado la retirada, se replegó bajo el aguacero hasta hallar a García en la hacienda de La Guaca, después de escapar del Rifles en medio de la oscuridad.

Bolívar, por su parte, lo último que tuvo en claro fue que la valerosa acción de su reserva había sido rechazada con cerca de

80 bajas. Apenas hacia las once de la noche, cuando su depresión bordeaba el límite de la angustia por la derrota que había presentido desde antes de iniciar la campaña, tuvo noticias del éxito parcial de Valdés, por comunicación del ayudante de éste. Aun en ese instante no supo si aquel confuso y sangriento episodio había sido triunfo o desastre.

¿Qué fue Bomboná?

Ninguna de las acciones de armas de Simón Bolívar ha sido tan duramente controvertida como ésta. Para sus panegiristas a ultranza fue una victoria. Para sus detractores, un descalabro sin otro atenuante que haber quedado dueño del campo. A fin de enfocar el episodio desde un ángulo de imparcialidad analítica, preciso es atenerse a los hechos, no a los conceptos ajenos que, aun descritos por los propios participantes, suelen aparecer afectados por la pasión de la hora, así transmitida a la posteridad.

Que el guerrero vuelve a aparecer con los rasgos definidos de sus primeras épocas, es un hecho incontrovertible. La Batalla no fue planteada por el Bolívar iluminado de la marcha a Tunja, Boyacá o Carabobo, sino por el guerrero impulsivo de la Campaña Admirable, disminuido un tanto en sus proyecciones de tal por el pesimismo que se adueñó de su espíritu, como nunca antes en su meteórica trayectoria, en gracia a las abrumadoras dificultades que entorpecieron la preparación y puesta en marcha de la más ardua de sus empresas bélicas.

Tomada la campaña como un todo, Basilio García la condujo magistralmente, con arreglo a sus intenciones, hasta llegar a la fase decisiva del choque dentro de las condiciones más favorables para sus medios y posibilidades. En otras palabras, supo imponer su voluntad en gracia a un mejor conocimiento del terreno, que le permitió anticiparse en dos ocasiones a la maniobra de su adversario y deducir su propósito estratégico. No puede negarse que, en este campo, la ventaja está a su favor.

Dentro de este criterio general, y con base en consideraciones formuladas atrás, Bolívar obró bien al esquivar el choque en Jenoy.

Ignorando la existencia de una ruta que ningún guía pastuso le hubiese denunciado en razón de su férrea unidad realista, pensó y obró bien al rebasar la posición adversaria y proseguir hacia su objetivo. Infortunadamente para él y sus intenciones, el terreno favoreció a su antagonista. Recordemos a Sun Tzu, el más antiguo exponente de la filosofía militar clásica: "Lo que más capacita a un jefe para la batalla y el triunfo, es el *conocimiento previo*". Basilio García lo tuvo merced a su alianza con los naturales. A Bolívar se lo denegó la misma circunstancia, puesta en su contra. Nueva ventaja para el militar realista.

Planteada la batalla como hecho inevitable, dada la inconveniencia de un repliegue a través de zona infestada de guerrillas y con la moral del ejército en franca decadencia, Bolívar hizo lo posible por adquirir ese *conocimiento previo* que las circunstancias le habían denegado en el ámbito de la maniobra, mediante reconocimientos tácticos que le revelaron el único punto débil de un dispositivo formidable. García, en cambio, dueño del terreno en forma anticipada a la batalla, no advirtió la vulnerabilidad de su flanco derecho, concentró sus efectivos sobre el eje de espera natural delineado por el puentecito sobre el curso de agua, intuyendo con acierto que allí se cumpliría el acto principal del combate, y no protegió adecuadamente su ala derecha, envuelta en última instancia. Fue su único error en el planteamiento de la batalla.

El plan de ataque del Libertador se halla acertado en su idea táctica, pero peca en su ejecución y en el balance de fuerzas destinadas a uno y otro de sus dos ejes de esfuerzos. En efecto, al lanzar el ataque frontal con el grueso de su infantería y comprometer éste tan vigorosamente que se empeñó en un estéril asalto directo, sacrificó inútilmente hombres y esfuerzos. La lógica indica la conveniencia de haberle asignado al ataque frontal el carácter de simple finta táctica, con alcance secundario, destinado a fijar y no a definir. Un batallón desplegado en línea, con alguna diversión de caballería, hubiese llenado quizás el propósito de encubrir el ataque principal que ha debido lanzarse sobre el ala derecha enemiga, donde dos batallones hubiesen imprimido a la acción desbordante fuerza adecuada para arrasar la posición adversaria. Vale decir, y guardadas proporciones de espacio y medios, un esquema táctico similar al de Carabobo, con dos batallones en

columna. El primero cumpliría la tarea que correspondió al Rifles. El segundo explotaría en profundidad, con efecto de ariete, la ruptura cumplida por el otro.

En lo referente al momento de comprometer la batalla, aparece desacertado. El movimiento desde Jenoy por la montaña fue necesariamente duro y agotador. Aunque es cierto que en la mañana del domingo 7 de abril el desplazamiento desde Consacá fue corto, las circunstancias de fatiga acumulada hacían aconsejable una espera sobre el propio campo y sus inmediaciones, lo que hubiese permitido alguna exploración de combate sobre la línea enemiga para probar su solidez, aclarar el dispositivo, quizá descubrir el emplazamiento de los cañones que tan mortífero efecto cumplieron, empaparse mejor del terreno hostil. Es decir, hacerse de un más amplio conocimiento previo y desencadenar la batalla al siguiente día, con tropas más descansadas, sin la premura y la ofuscación que llegó a producir un incidente como el surgido entre el comandante en jefe y uno de sus comandantes divisionarios.

Debe aceptarse que, para los procedimientos de la época, el combate nocturno no existía. Sin embargo, en la Campaña de Boyacá el Libertador lo empleó en algunos tanteos menores sobre posiciones enemigas y en la maniobra sobre Tunja. Si en uno de esos destellos luminosos en que fue tan pródiga su imaginación, hubiera recurrido a esta forma táctica, la inmensa superioridad de la posición enemiga y de sus fuegos dirigidos hubiese sido neutralizada.

Pero el guerrero impetuoso no sabía esperar. Allí está el enemigo. No hay otro recurso que dar la batalla. Pues lo que no puede evitarse, que se cumpla de una vez, parece haber sido su razonamiento subconsciente.

Los resultados de este drama mental y sicológico desencadenan el tremendo ataque frontal que prácticamente desintegra dos batallones. En cifras aquello es aterrador: muertos: 1 capitán, 8 oficiales y 107 soldados. Heridos: 1 general (fallece más tarde por heridas en acción), 1 coronel, 6 tenientes coroneles, 16 oficiales y 317 soldados, según el parte de batalla patriota. Consolidadas más tarde estas cifras, ascienden a 174 muertos y 357 heridos. Es decir

531 bajas. Más de la cuarta parte de los efectivos lanzados a la acción, casi en su totalidad de infantería.

El parte realista reconoce "20 muertos, 60 heridos, igual número de extraviados y prisioneros, 1 capitán del Aragón contuso y otro de resultas de ir a la acción, muerto de tabardillo".

Este sobrecogedor balance comparativo de pérdidas pone al descubierto dos hechos: el tremendo heroísmo patriota, más elocuente si se considera el elevado número de bajas de oficiales, comenzando por un comandante de división. Otro, la proporción neta de 5 a 1 que, habida cuenta del número de participantes de lado y lado, ascienden a 10 por 1. Estas cifras, en su helado realismo, dan vigencia a la frase de José María Obando, inicialmente jefe de la vanguardia: "Ambos contendientes perdieron la batalla: nosotros la fuerza, los españoles el campo".

Más que las pérdidas sufridas, el resultado de una batalla debe medirse por sus efectos inmediatos y reflejo posterior en la conducción de las operaciones y de la guerra misma. La frase de Obando expresa en parte lo que pudo ser Bomboná. Más que doble derrota como él lo afirma, fue, al igual que en Vargas, una acción indecisa. Obligado a abandonar el campo en la oscuridad, perdido el control de sus fuerzas, mal podría considerarse victorioso a Basilio García, así hubiese denegado a su adversario el objetivo. Desde el momento en que no quedó en condiciones de explotar el "éxito", fue porque no lo obtuvo. La dispersión de sus tropas pastusas después de la batalla fue general, lo que, unido a la pérdida del campo, no permite adjudicarle Bomboná como victoria.

Tampoco lo fue para Bolívar. Un volumen de pérdida tan crecido que coloca un ejército virtualmente en incapacidad de combatir, no es una victoria. Se considera que una formación militar mantiene su carácter de tal mientras no sobrepase el veinte por ciento de pérdidas sobre sus efectivos orgánicos. ¿Qué puede decir de una infantería disminuida como consecuencia de la acción en más del 35%?

Por otra parte, el Libertador, aunque dueño del campo, no pudo ni conservarlo, ni proseguir hacia su objetivo. Después de un forcejeo epistolar con García destinado a imponer por la diplomacia lo que

no alcanzó la fuerza de las armas, efectúa una retirada hasta el río Mayo. Quito ha quedado a la distancia, objetivo frustrado de la campaña.

Estas consideraciones contribuyen a robustecer el criterio de indecisión que aquí se atribuye a la batalla de Bomboná. Madarriaga, al comentarla con su acidez acostumbrada, pregunta al dictaminar que ésta fue "una de las derrotas más graves de Bolívar": "¿Qué voluntad dominó a la otra? No se contesta así mismo el apasionado biógrafo. La respuesta podemos formularla así: García la impuso en la maniobra encaminada a librar la batalla en sus propios términos, pero no la mantuvo como consecuencia del choque producido por ésta. La realidad es que ninguna de las dos voluntades prevaleció sobre la otra.

Hay algo más. Basilio García quedó deshecho después de la batalla, que buena parte de sus tropas consideraron perdida después de la carga del Rifles. La dispersión, en medio de la oscuridad y la lluvia, fue total, particularmente en los integrantes de las Milicias de Pasto, para quienes aquel fue un episodio concluido. A su manera de ver la guerra quedaban, después de librarlo, autorizados para volver a sus casas hasta nueva oportunidad de batirse.

Del apuro en que se encontraba el comandante español, saca una carta de ingenio y audacia admirables, con la cual logra ocultar a su contendor el estado crítico en que se halla. Da cuenta allí de éxitos ficticios de sus guerrillas en la propia retaguardia del ejército republicano, con tal detalle que alcanzan visos de verosimilitud, e informa de un revés sufrido por Sucre que supuestamente lo ha obligado a regresar a Guayaquil. Para evitar nuevos sufrimientos al adversario, ofrece "salvoconducto para todo su ejército que regresa a Popayán", bajo amenazas de destrucción entre directas y veladas, caso de que no se acoja a tan generosa propuesta. El final es de antología:

"Remito con el conductor la bandera de Bogotá, que la suerte de la guerra puso en mis manos, habiendo quedado el asta en los puntos de defensa y el abanderado muerto en el campo del honor".

Lo cierto es que, como habrá de reconocerlo más tarde, ¡Basilio García no contaba en aquel momento con 200 hombres...!

Luego no puede considerarse que la batalla de Bomboná definiese para uno u otro de los contendores la suerte de la campaña o de la guerra. Lo que vino a definir en forma mediata la confrontación, fue otro episodio de armas de mayor trascendencia estratégica que aquel, nebuloso y sangriento, librado sobre los bordes abruptos de la quebrada de Cariaco.

Muerto Mourgeón en Quito el 3 de abril, Aymerich reasumió el mando militar y político. El 24 de mayo del mismo 1822, el general de brigada Antonio José de Sucre batía al ejército del rey en las faldas del Pichincha, con la ciudad de Quito como asombrado testigo. José María Córdoba, joven e intrépido coronel al mando de los 160 hombres de su batallón Bajo Magdalena, encabezó la carga decisiva que rompió el centro enemigo y precipitó la victoria.

El éxito táctico corresponde a Sucre. El estratégico al Libertador, por cuanto, al enviar aquel hábil general a Guayaquil y desprenderse, en favor de ese frente, de efectivos que pudiese haber empleado en Pasto, delinea la amplia maniobra sobre frentes impuestos que concluye con la liberación de Quito y permite concertar con Basilio García el armisticio que abre, por primera vez, las puertas de la ciudad sagrada del realismo a las fuerzas de la libertad.

A lo que sí contribuye Bomboná es a trazar con más vigor que nunca la silueta del guerrero de alma acerada y voluntad indomable. En medio de las tribulaciones de la acción indecisa, imposibilitado para proseguir operaciones sobre su verdadero objetivo, Bolívar lo supera todo para enfrentarse una vez más a la tragedia.

Al día siguiente de la batalla, pasando al campo abandonado por el realista comienza a sembrar en sus tropas la ilusión de la victoria. Lo propio hace en el parte de batalla suscrito por el general Salom como jefe de su estado mayor. Sin poder ocultar la terrible mortandad sufrida por sus tropas, la reviste de gloriosos acentos. Al elogiar la conducta de los batallones Bogotá y Vargas, acuña una frase inmortal: *"Fue fácil destruirlos pero imposible vencerlos"*.

Asciende a los dos valerosos generales de brigada de tan heroico comportamiento en lucha, a generales de división. Al coronel Manuel Barreto, comandante de la caballería y autor del reconocimiento

sobre el flanco derecho, que permitió el envolvimiento del Rifles, a general de Brigada. A coroneles los jefes del propio Rifles, comandante Arthur Sandes, como "Coronel vivo y efectivo" y del Bogotá y el Vargas, tenientes coroneles Joaquín París y Pedro García. Al teniente coronel Pedro Murgueito, quien asumió el mando de la División de Vanguardia al caer Pedro León Torres, lo promueve a coronel.

El parte donde se registran estos ascensos, junto a los hechos más salientes de la batalla, termina con acentos épicos:

"S.E. en fin, se considera deudor a la Guardia de una victoria gloriosa que ofrece a los anales militares de Colombia".

¿Por qué el guerrero, siempre impetuoso en la explotación de sus éxitos, no avanza sobre Pasto después de esta "victoria gloriosa"? Porque, en parte, el debilitamiento de sus tropas pudo indicarle la inconveniencia de hacerlo, ignorando, como ignoraba, cuál sería el estado del vencido en ella. Pero, en lo íntimo de su ser, aún atribulado por la masacre sufrida, porque no podía considerar aquello una victoria y en tales circunstancias carecía de aliento para proseguir la ofensiva incierta.

Este contraste entre el general que esparce en torno de sí la sensación del triunfo, por encima y más allá de su propio quebrantamiento interno, y el hombre a quien días después deben llevar en una camilla a lo largo del repliegue forzoso hacia el Juanambú, abatida su salud por el clima, las tensiones espirituales, la dureza de la campaña, en medio de las guerrillas pastusas que hostigan el desfile de la columna por entre los andurriales de la montaña, dibuja en contornos espléndidos la figura del guerrero.

Aquel poder de transformar insensiblemente la duda en victoria y llevar hasta la conciencia de sus hombres la deslumbrante ficción, muestra una vez más la consistencia de su espíritu que jamás aceptó la derrota. Parangonando su propia frase dedicada a los diezmados batallones de Cariaco, fue abatido muchas veces en los altibajos de la guerra. Pero vencido, ¡jamás!

IX. SOBRE LOS HOMBROS GIGANTESCOS DEL ANDE

Así habrá de decir el Libertador en su *Delirio sobre el Chimborazo* para proseguir luego:

"La Tierra se ha allanado a los pies de Colombia y el tiempo no ha podido detener la marcha de la libertad.... ¿y no podré yo trepar sobre los cabellos canosos del gigante de la Tierra? ¡Si podré!".

Este *sí podré* resume la actitud desafiante que llevó a Simón Bolívar a ser lo que fue. Pocos hombres en la historia han poseído tan íntimamente ese sentido de capacidad para remontarse a lo imposible. La empresa guerrera acometida por él adquiere tales dimensiones que, de no haber existido un Bolívar, quizá nadie habría llegado a columbrarla.

Los actuales territorios de Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú y Bolivia, conforman una masa telúrica de 4.705.000 kilómetros cuadrados, extendidos sobre la zona tórrida del hemisferio americano. Mezcla de todos los climas. Panorama desmesurado de cordilleras que emergen de la profundidad de valles ardientes hasta culminar en cimas coronadas por nieves eternas. La selva esparce manchas impenetrables que aíslan y dividen. Los ríos son torrentes en la alta montaña y mares en las llanuras de la Orinoquia, que se expande en las estaciones lluviosas cubriendo dilatados espacios.

La distancia de Caracas a La Paz puede estimarse en no menos de 7.000 kilómetros, por caminos de montaña, en su mayor parte ásperos y violentos. Se transitaba por soledades inmensas donde el abastecimiento de un ejército constituye problema logístico de gran envergadura. Se cambia de clima, de altitud, de medio ambiente. Hay necesidad de vestuario distinto dentro de un mismo día de marcha. Para la época de la Guerra de Independencia la gran zona colonial que configura el escenario de la gesta bolivariana, se encontraba escasamente poblada. La producción agrícola abastecía apenas el consumo comarcano en pequeña escala, por lo general en términos de una jornada equina o mular desde el lugar de producción hasta los reducidos centros de consumo.

Bolívar abarcó ese inmenso teatro de guerra en su afán de gloria y su angustia de libertad. Cada uno de los componentes del imperio que comenzaba a desintegrarse constituyó en la contienda un componente separado, desde el cual le hicieron frente las fuerzas destinadas allí por la corona, y las que surgían alrededor de éstas, dentro del carácter de lucha civil que revistió por mucho tiempo lo que, en realidad, fue guerra separatista para sus conductores americanos, pero no para el pueblo, vacilante entre su lealtad monárquica y aquella república naciente que no podía comprender.

De aquí esa conciencia geográfica que caracteriza el empeño de Bolívar, extraordinaria para un hombre de su tiempo. El sentido espacial de su empresa escapa de los límites del pensamiento revolucionario americano. De aquí su grandeza que se vuelca sobre el mapa continental como roja mancha de sangre.

Se ha venido sosteniendo a lo largo de estas páginas la esencia guerrera del hombre que se propuso realizar por medio de las armas esta obra colosal. En cada etapa de la brega signada por derrotas y fracasos, de los cuales ha de sobreponerse para esculpir su gloria por la que luchó desesperadamente, se encuentra al combatiente nato, al luchador por antonomasia. La revolución lo precipitó a empuñar las armas. Surgió del desorden y el desbarajuste de los primeros años de lucha, con autoridad y mando que carecían por completo de contenido militar. Hundido por el primero de sus grandes desastres, se lanzó Magdalena arriba en serie impresionante de victoria. Y

con el Ande como teatro ciclópeo, continuó representando su obra inmortal.

Lo que ocurre después de Quito no requiere el pormenorizado seguimiento que hasta aquí ha sido necesario para probar, episodio por episodio, la contextura primaria del guerrero, núcleo a cuyo alrededor se ha configurado gradualmente el gran general. Es como si sobre un alma de hierro se puliese en delgada capa de bronce una figura distinta, sin que alcance a cubrir del todo el metal primario. Aquí, allá, en algún momento, el ser guerrero surgirá fugazmente, así se desdibuje en el proceso que culmina en el gran conductor de tropas, alzado *sobre los hombros del ande.*

La Campaña Libertadora del Perú consagra al general victorioso. Lo que hasta aquí ha sucedido en el campo bélico, es el desarrollo previo de lo que ha de producir esta culminación grandiosa: el surgimiento definitivo del general, en cuanto este vocablo entraña al forjador de victorias militares.

Diálogo de cumbres

Hacia el Perú convergen dos grandes corrientes de la historia. Atraídas con fuerza magnética desde el norte y el sur del Continente, cada una de ellas personifica en el conductor que la dirige dos concepciones distintas –y en buena parte opuestas– sobre lo que debe hacerse con la revolución que ha desquiciado un imperio y abierto para la humanidad perspectivas inquietantes. Ambos son hombre de armas. Ambos libertadores. Refulge para uno y otro la gloria militar, el sentimiento de la grandeza. Pero quizá por ello no encuentran cabida simultánea en la inmensidad de ese Continente, a cuya fisonomía política ambos han impuesto cambios trascendentales.

Las diferencias entre José de San Martín y Simón Bolívar son inmensas. Pero quizás, en esencia, giran alrededor del carácter que en uno y otro presentan el revolucionario y el hombre de armas. San Martín es un general a la española. Su meritoria carrera se inicia en el ejército de la metrópoli, como la de Washington en el de la isla rival de aquella. El paso de los Andes constituye operación militar clásica, de preparación concienzuda y desarrollo metódico. Brilla

en cada una de sus etapas la regularidad mental de quien ha sido formado dentro de moldes castrenses. Es un ordenamiento científico de medios con arreglo a distancias, esfuerzos, necesidades.

Simón Bolívar es guerrero por inspiración. Nadie le ha enseñado lo que San Martín domina. Y quizá, de haber asistido a academias militares, hubiese sido un regular discípulo. Filosóficamente fue el revolucionario integral, para quien moldes y convencionalismos son objeto de impulsos demoledores. Por ello aprende la guerra haciéndola, de una vez como comandante autónomo que jamás habrá de sujetarse a nada ni a nadie.

San Martín es producto y consecuencia del mundo aristocrático y encumbrado al que ha pertenecido. Bolívar, la rebelión contra todo lo que aquél significa a pesar de pertenecerle. El argentino separa su patria y otras patrias de España, no por sentimientos antimonárquicos, sino porque considera que la metrópoli se ha descalificado para mantener el coloniaje y la realeza española perdió derecho para regir estos pueblos. En el fondo es monarquista, pero no a la manera de Fernando Séptimo ni dentro de esquemas de autoritarismo borbónico, sino de autoridad constitucional, representativa, republicana. El caraqueño arranca la suya y las vecinas en acto de terrible violencia. No quiere saber nada de esa España contra la cual levanta airadamente su voz y su puño, hasta desencadenar la guerra a muerte. Más autoritario que San Martín, lo es con sentido egocentrista pero no monárquico. Desea un Estado fuerte –expresión subconsciente de sí mismo– capaz de imponerse a la anarquía de la cual son muestra viviente los caudillos venezolanos, contra quienes ha de luchar en medida comparable a la que requiere la revolución misma. Intuye en América un conjunto de pueblos inmaduros para entender la libertad a la manera anglosajona, y pequeñas constituciones utópicas, no tanto en su concepción puramente política como en la posibilidad de llevarlas a la práctica.

Así, cuando los dos grandes hombres se encuentran en Guayaquil, afloran de inmediato sus diametrales diferencias. No hay puntos de contacto, ni proximidad temperamental alguna. Para infortunio de la historia, sus conversaciones íntimas no han sido conocidas. La

penumbra que las rodea impide penetrar en lo que hubiese sido diálogo fascinante entre el militar y el guerrero, entre el separatista y el revolucionario.

Que se produjo choque entre personalidades tan disímiles, no cabe duda. Ya lo había en actitudes, correspondencia, sentimientos íntimos de uno hacia el otro, con anterioridad a su encuentro personal. Hubo un instante en que San Martín requirió del congreso peruano autorización para declarar la guerra a Colombia, por la incorporación de Guayaquil a su territorio. Lo que no es posible discernir en el secreto que rodeó las deliberaciones, es el alcance, la extensión, la profundidad de esas divergencias.

Lo indicado en las circunstancias históricas que sirvieron de telón de fondo al encuentro, era una asociación de voluntades para el empeño común. De un concierto entre dos conductores afortunados de ejércitos, habría podido surgir la combinación de operaciones desde el norte y el sur, para destruir con menor esfuerzo y mayor celeridad el poder español. Pero, evidentemente, los dos hombres no cabían en el mismo escenario. Uno de ellos debía desaparecer del tablado. El acuerdo no era posible. ¿Cómo o por qué resultó San Martín abandonándolo? La incógnita subsistirá en parte, mientras no surjan documentos capaces de aclarar el enigma, apenas perfilado en cartas no suficientemente explicativas.

¿Se desilusionó San Martín de sus posibilidades, ante aquel interlocutor impetuoso, a buen seguro intransigente, poseído de esa lumbre mesiánica que acompaña la expresión volátil de sus ideas? ¿Consideró imposible acomodarse o llegar siquiera a acuerdos básicos con aquel guerrero hecho de fuego? Lo único tangible es que en Guayaquil dejó el campo abierto a su rival en gloria y destino.

Se sabe a ciencia cierta, tanto por existir abundante documentación como por el desarrollo mismo de los hechos, que en las maniobras preliminares a la entrevista, el guerrero se anticipó al militar. San Martín tenía puestos los ojos en Guayaquil desde el momento mismo en que la ciudad proclamó su separación de España con carácter independiente. Lo demuestra su indignación cuando Bolívar la incorpora desde la

distancia al territorio colombiano, hasta pensar en resolver el caso por las armas. Ahora, después de enviar al general Santa Cruz con tropas en refuerzo de Sucre para la campaña que culminó en Pichincha, llegaba él, ostensiblemente precedido de la escuadra peruana, que al arribo del protector fondeaba ya en la rada de Guayaquil para recibir la división de Santa Cruz. La intención, pues, era obvia.

El 13 de julio de 1822, San Martín escribía a Bolívar desde Lima:

"Antes del 18 saldré del Puerto del Callao, y apenas desembarque en el de Guayaquil marcharé a saludar a V.E. en Quito. Mi alma se llena de pensamientos y de gozo cuando contemplo aquel momento: nos veremos y la América no olvidará el momento en que nos abracemos".

La carta era una campanada de alerta para los despiertos sentidos del Libertador. Guayaquil, aún después de Pichincha, seguía siendo cráter de conflictos contrapuestos. Tres partidos polarizaban las tendencias colombianistas, peruanófilas e independientes. Ninguno tenía el poder suficiente para imponerse. Sería una combinación de presencia personal dominante y audacia política lo que podría inclinar la incierta balanza. La prontitud en actuar para adquirir el dominio de la situación era la clave del éxito, y Bolívar, siempre veloz en sus acciones y clarividente en sus juicios, actuó primero.

La llegada del Libertador a Guayaquil bajo arcos triunfales fue saludada por banderas de las tres tendencias. Aún las damas vestían o adornaban sus balcones, según relata Mosquera en su *Biografía de Bolívar,* con los emblemas respectivos: el tricolor de Colombia, el blanco y rojo del Perú o el azul y blanco de Guayaquil.

Presente Bolívar en la ciudad, la incertidumbre tenía que despejarse. Y se despejó velozmente. Cuando San Martín entraba por las bocas del Guayas en espera de verse recibido por la junta de Gobierno, ésta había desaparecido. Era Bolívar quien le extendía la bienvenida, por medio de una carta llevada por dos ayudantes, lamentándose del corto tiempo del aviso de su llegada a fin de prepararle una recepción digna. Hábilmente, ponía en duda la veracidad de la noticia "por no haber recibido ninguna comunicación digna de darle fe".

Sin duda era sutil la apertura. San Martín se apresura a responderle invitándolo a bordo de su navío, el *Macedonia*, para no excitar la población. Es interesante en este punto seguir a Madariaga, quien, como español asume ante aquel duelo de rebeldes una crítica postura, bastante objetiva por otra parte.

"La réplica de Bolívar fue característica. Mandó a San Martín cuatro ayudantes con una carta en que le decía: "*Tan sensible me será que no venga a esta ciudad, como si fuéramos vencidos en muchas batallas; pero no, no dejaré burlada el ansia que tengo de estrechar en el suelo de Colombia al primer amigo de mi corazón y de mi patria*. Más claro no podía estar. Guayaquil era Colombia, y San Martín era huésped de Bolívar"[1].

A partir de ese instante el Libertador se adueña de la situación. San Martín está en tierra ajena. Bolívar lo visita a bordo para instarle a que desembarque, lo que hace finalmente, pasando a caballo por entre calles de honor de tropas colombianas. Recibe y devuelve la visita del Libertador. Tan solo al segundo día de su permanencia en tierra, después de almorzar, se reúnen los dos Libertadores por espacio de cuatro horas. Cuatro horas decisivas para la historia, en las cuales no se ha podido penetrar. Uno que otro espadazo de luz entra en las sombras y permite delinear sin mucha precisión el fondo de sus discrepancias.

Bolívar se refiere vagamente a las tendencias monárquicas de San Martín con respecto al Perú donde, según el Protector la democracia no podría fructificar.

" Es presumible –dice el Libertador de Colombia– que el designio que se tiene es erigir ahora la monarquía sobre el principio de darle la corona a un príncipe europeo con el fin, sin duda, de ocupar después el trono el que disponga de más popularidad en el país o más fuerzas de que disponer. Si los discursos del Protector son sinceros, ninguno está más lejos de ocupar tal trono. Parece muy convencido de los inconvenientes del mando"[2].

1 Salvador de Madariaga, ob. Cit., tomo II, págs. 198 y s.s.
2 Esta cita y la siguiente, son tomadas por Madariaga de Vicente Lecuna en el boletín de la academia de historia de Venezuela, núm. 1'01, págs. 68 y 75.

San Martín, por su parte dirá:

"Bolívar y yo no cabemos en el Perú; he penetrado sus miras arrojadas; he comprendido su desabrimiento por la gloria que pudiera caberme en la prosecución de la campaña. El no excusará medios por audaces que fueren, para penetrar a esta república seguido de sus tropas, y quizás entonces no me seria dado evitar un conflicto a que la fatalidad pudiera llevarnos, dando así al mundo un humillante escándalo".

Esa misma noche, después de un banquete ofrecido por el Libertador Presidente de Colombia y en medio del animado baile le siguió, con participación alegre y despreocupada de Bolívar, San Martín se eclipsó discretamente según lo convenido previamente entre ambos. Embarcó hacia la una de la mañana y se hizo a la vela rumbo al sur. En Lima había caído Monteagudo, ministro de Estado de San Martín, poco querido por los múltiples conceptos. Su descenso enturbió la posición del Protector, cuya popularidad había disminuido en su ausencia por los manejos impropios de su ministro.

De todas maneras, San Martín reasumió el mando para neutralizar " al inepto y débil Torre Tagle", como diría a Bolívar en una carta. El 20 de septiembre de 1.822 hizo dejación de todos sus cargos ante el Congreso, advirtiendo en nobles palabras el peligro de un militar afortunado en naciones que apenas se inician en la vida libre y dejó en suspenso un último ofrecimiento de servicio en su calidad de ciudadano particular. Nadie concurrió a aceptarlo, por lo cual esa misma noche, como lo hiciera en Guayaquil, se dirigió a caballo hacia el muelle para desaparecer de la vida pública definitivamente.

El Imperio del Sol

Agonizó el año 22 sin que el ardiente deseo del Libertador de prolongar hacia el Perú su esfuerzo guerrero hallase concreción. Lima era víctima de un cúmulo de rivalidades e intrigas que no permitían realizar un esfuerzo coherente para montar operaciones militares hacia la sierra. En aquella enredada telaraña no era posible

culminar el esfuerzo independentista. Lima guardaba rescoldos de su pasado virreinal, prestos a avivarse en llamarada monárquica a la menor oportunidad. A diferencia de Bogotá o Caracas, donde el criollismo constituía una fuerza importante de pensamiento y de acción, el partido republicano carecía tanto de adalides carismáticos como el aliento popular. Pasaba el tiempo y las propuestas de Bolívar sucumbían entre la confusa pugnacidad de tendencias para las cuales no era la guerra ni la emancipación las preocupaciones primarias, sino los menudos intereses en trance de prevalecer.

El general de brigada Andrés de Santa Cruz, a quien el Libertador había ascendido de coronel a raíz de la victoria de Pichincha y el Gran Mariscal de los Ejércitos de la República Don José de la Riva Agüero (grado que se había otorgado así mismo al hacerse al poder en Lima) son por el momento las figuras dominantes en el escenario peruano. El primero con mayor influencia en el ejército. El segundo en el medio político y en el pueblo de Lima donde su actitud, un tanto teatral, le ha ganado el afecto de las gentes de color que le apellidan *Niño Pepito*.

Es Riva Agüero quien, por fin, abre a Bolívar la oportunidad de intervenir, mediante dos comunicaciones fechadas el 3 de febrero y el primero de marzo, la segunda encomendada al general Mariano Portocarrero, a quien envía como ministro plenipotenciario para negociar el auxilio colombiano. El mariscal ha comprendido que el Perú carece de fuerzas suficientes para enfrentarse al ejército realista, fuertemente instalado en la sierra, con capacidad de utilizar cualquier coyuntura favorable para abrir de nuevo operaciones sobre la costa, con Lima por objetivo. La ayuda colombiana neutralizará, por otra parte, la superioridad militar de Santa Cruz sobre él.

La prolongada espera termina por fin. Ciertamente, el año anterior algunas tropas colombianas a órdenes del general Paz Castillo se habían acantonado en Lima, pero no habían tomado parte en operaciones militares, al paso que la vida de inmovilidad en guarnición había relajado la disciplina con efectos adversos al prestigio colombiano en el Perú. Mas no era el envío de unas tropas la aspiración de Bolívar, sino la intervención amplia y decisiva que permitiese su presencia en el sur, una vez la magnitud del

auxilio enviado lo justificara. Así, la división de Castillo retornó a comienzos de enero de 1.823.

La intervención colombiana no era, por otra parte, simple resultante de las rencillas entre prohombres del momento en el antiguo virreinato. Primero la división del general Arenales había perecido por la inacción del general La Mar como presidente de la Junta de Gobierno. Luego el general argentino Rudesindo Alvarado, a quien San Martín había confiado el mando del ejército en campaña, sufrió deplorables derrotas en Torata y Moquehua, a manos de los generales españoles Valdés y Canterac. Con estos antecedentes la situación militar en el Perú se deterioraba sensiblemente, sin que existiese forma de impedirlo.

Dentro de tales circunstancias la respuesta del Libertador fue instantánea. En su apremio, Riva Agüero había enviado buques a Guayaquil aún antes de recibir contestación a su requerimiento y Bolívar, que desde el año anterior venía preparando el envío de tropas en cantidad apreciable, pudo despachar de inmediato un primer contingente de 3.000 hombres. A la vez acreditó al general de división Antonio José de Sucre, tanto para adelantar gestiones diplomáticas atinentes a la expedición, como para dirigir en un momento dado las tropas auxiliares de Colombia.

El número de efectivos para integrar la expedición al Perú era de 6.000. Sin embargo una nueva insurrección monárquica de los indomables pastusos obligó al Libertador a desplazarse a Quito, llevando consigo buena parte de la fuerza expedicionaria. En el célebre combate de Ibarra, hasta donde los pastusos avanzaron, hábilmente atraídos por instrucciones de Bolívar, los guerrilleros que poco entendían de batallas campales fueron batidos por fin fuera de su montaña. La caballería republicana que había visto en refrenada impotencia la matanza de Bomboná, se desquitó ahora en forma sangrienta, causando entre los mal armados montañeses el más terrible desastre. Aún habrían de luchar un tiempo más en su obcecada fidelidad al rey. Pero en Ibarra fue quebrada sin remedio la espina dorsal de su lucha.

Sin proponérselo, la atolondrada ofensiva guerrillera produjo efectos lejanos en el Perú. La fuerza expedicionaria no pudo integrarse a tiempo y Canterac descendió de la sierra ambiciosa

ofensiva sobre Lima, que tomó las fuerzas independistas en neta inferioridad ante los 8.000 hombres del comandante español. El 18 de junio entraba en Lima, sin que Riva Agüero, quien detentaba el mando, hubiese acertado a reaccionar adecuadamente. En tales circunstancias, la mayoría en el congreso, desafecta al mariscal, nombró general en jefe a Sucre.

Contaba la fuerza colombiana apenas con 3.700 hombres en capacidad de combatir, a pesar de lo cual quiso Sucre librar batalla por la capital. No aceptó el congreso, lo que movió el comandante colombiano a evacuar la ciudad y, en combinación con la División Argentina, desplegarse cubriendo el puerto del Callao bajo el apoyo de los fuegos de sus fuertes.

Sucre había propuesto semanas atrás una expedición a Intermedios en apoyo del general Santa Cruz, sobre la cual insistió ahora, a fin de crear una amenaza indirecta sobre la retaguardia realista que obligara a Canterac a replegarse, ante el riesgo de que el resto del ejército realista al mando del virrey de Serna pudiese ser batido. Aceptada su propuesta, ordenó el desplazamiento por mar del general Alvarado[3].

La fuerza combinada a órdenes del general argentino constaba de la brigada colombiana compuesta de los batallones Pichincha, Voltíjeros y Vencedor y de un escuadrón de Húsares; batallones Chileno Nº 2 y Nº 4, escuadrón Dragones, y una compañía de artillería con 4 piezas; por último, el escuadrón guías del Perú. La fuerza total era de 3.215 combatientes[4].

El 4 de julio se había iniciado el desplazamiento de la fuerza expedicionaria con el primer escalón al mando del general Miller, seguido el 9 por Alvarado y, por último, se desplazó Sucre el 3 de agosto, cumpliendo el plan de concentración en Quilca el 17. A partir de este momento lo indicado era unificar la acción de las fuerzas de Santa Cruz y Sucre, bajo el mando general de éste, a quien el gobierno del Perú había investido de tal autoridad. No se hizo, a pesar de los esfuerzos del general colombiano.

3 Lecuna, *Bolívar y el arte militar*, ob. Cit., pág. 169, basado en documentos de O´Leary.
4 General Felipe de la Barra, *La Campaña de Junín y Ayacucho*, Lima, talleres gráficos de editorial salesiana, 1974.

Infatuado Santa Cruz con su participación en el triunfo de Pichincha, se creció aún más en su sentido desmesurado de las posibilidades con el éxito de Zepita, obtenido contra la división del experimentado general español Jerónimo Valdés, el 25 de agosto. En realidad, no alcanzó tal éxito las dimensiones de victoria por cuanto Valdés, al verse en desventaja una vez comprometidas las reservas de ambos cuerpos, optó por replegarse en orden, sin que hubiese explotación alguna por parte de su adversario.

Valdés, incorporó sus fuerzas a las del virrey La Serna, inquieto este por la presencia de la división de Sucre en Arequipa, a donde arribó, procedente del litoral, en largas marchas hasta de 60 kilómetros por jornada, impuestas por la falta de abastecimientos en la ruta.

En Arequipa, Sucre había recibido noticias del oficial alto peruano quien le pedía maniobrar en esta región para encubrir su proyectado avance hacia el Cuzco. La comunicación de Santa Cruz indicaba a las claras su propósito de operar autónomamente. Sin claridad alguna en cuanto a coordinación de esfuerzos y fijación de objetivos, la misiva no contenía bases para una maniobra de alcance operativo que involucrase las dos fuerzas. En tales circunstancias, Sucre careció de elementos para emprender operaciones de apoyo y quedó sujeto al desarrollo que tuviesen los difusos proyectos de Santa Cruz, para obrar en concordancia.

Santa Cruz se había dividido de Gamarra, su segundo en el mando, en tal forma que las dos columnas se separaron más de lo que podía permitir una rápida concentración. Así, cuando las fuerzas unidas de La Serna y Valdés cruzaron el Desaguadero para interponerse entre él y Sucre, sólo pensó el general independista en reunirse con su subordinado. La situación se enredó aún más con la marcha del general Olañeta desde el alto del Perú para incorporarse a las fuerzas del virrey. El movimiento de Santa Cruz en busca de Gamarra fue seguido aceleradamente por el virrey. Lo cual no alcanzó a dar frutos, pues las divisiones peruanas consiguieron reunirse por fin en la región de Panduro el 9 de septiembre.

Aunque el virrey decidió suspender su acción ofensiva en espera de Olañeta, Santa Cruz no supo sacar partido de su capacidad ofensiva derivada de la reunión de fuerzas. Abandonó a Panduro

en maniobra desacertada sobre Oruro, perdiendo posiciones favorables y la oportunidad de asumir la ofensiva. Se revelaba así la incompetencia de este buen comandante subalterno, para asumir la dirección autónoma de operaciones con alcance estratégico. No acertó ni a atacar, ni a maniobrar para forzar una batalla en situación de evidente superioridad. Mucho menos impedir la reunión de las dos fuerzas enemigas.

Ante esta conducta errónea, La Serna pudo aguardar tranquilamente la llegada de Olañeta. Bolívar, en su lugar, habría aprovechado las vacilaciones de su oponente para abalanzarse sobre él, a buen seguro con éxito. La Serna, más cauteloso, decidió tener todos los factores de su lado.

La reunión de fuerzas devuelve toda la ventaja al virrey. Santa Cruz lo comprende así y llama tardíamente a Sucre en su auxilio. Este se mueve de inmediato con sus fuerzas, pero Santa Cruz, asediado mentalmente con la perspectiva de una posible derrota, ha perdido del todo la serenidad y emprende retirada casi frenética, que su enemigo se apresura a seguir, con un día de diferencia. Ya Santa Cruz no piensa. Se ha dejado poseer de la angustia. La retirada comienza a cobrar caracteres de fuga. Piensa dar batalla en la posición favorable de Belén, pero al no hallar allí su artillería y parque, el atolondramiento acaba en desmoralización.

Con un mando fundido de tal manera, la campaña se sume en el desastre. La ruta va quedando marcada por el abandono de bagajes, armas, equipos. Nadie piensa ya en otra cosa que en poner distancia, la más que se puede, entre su espalda y la vanguardia adversaria. Valdés se lanza por orden del virrey en persecución de aquella fuga con toda la caballería disponible y el batallón Gerona. No alcanzan, sin embargo a cortar el paso sobre el Desaguadero. Prosigue la persecución el general Carratalá, cuya descubierta de caballería alcanza por primera vez a Santa Cruz, tan solo con su escuadrón de jinetes y un batallón a pie. Ni siquiera ante debilidad semejante Santa Cruz hace frente. Pierde allí su artillería y más de 200 prisioneros. Es el toque de desbandada. El Ejército se deshace. Cuando la pesadilla termina en Moquegua, solo quedan 600 hombres que no representan poder de combate alguno.

Raras veces en la historia militar se presenta caso comparable de desbarajuste mental en un comandante en jefe. Todo un ejército se ha evaporado sin combatir. El mando realista operó bien, pero hubo un instante en que Santa Cruz tuvo el éxito en sus manos, antes de la reunión de su contendor con las fuerzas del Alto Perú. No lo aprovecho y en adelante la derrota se consumó en su cerebro ante la sola habilidad de la maniobra adversaria.

Cuando Sucre se reúne con los despojos de lo que había sido flamante ejercito de Santa Cruz, entiende que con semejante ruina nada puede hacerse, por lo cual emprende ordenadamente el camino del litoral y recomienda a Santa Cruz hacer lo propio.

Lamentablemente, el desmoralizado comandante no se contenta con perder lastimosamente la campaña sino que, al llegar a Arica, obra con similar desacierto ante la expedición chilena que llega el 10 a ese puerto, en auxilio del Perú, con lo cual ésta regresa a su país[5].

Al borde de la anarquía

Aún no se había disuelto el ejército de Santa Cruz en la nada, cuando, el 1º de septiembre de 1823, desembarca el Libertador de Colombia en el Callao. Había partido de Guayaquil el 6 de agosto, a bordo del bergantín *Chimborazo*. Nombre sugestivo éste para quien escribió desde la mole ecuatorial su formidable *Delirio*. ¿Cuáles serían sus pensamientos durante la prolongada navegación? ¿Deliraría también sobre la cubierta de navío, *como sobre los cabellos canosos de aquel gigante de la tierra?*

La marcha del libertador al Perú concreta un sueño largamente acariciado. El enorme vacío de poder a que dio lugar el abandono por San Martin de aquel codiciado escenario, abría todas las perspectivas a la realización de ese sueño profundamente realista a la vez. Bolívar, en efecto, vislumbró intrincados problemas que habría de presentarle un país aquejado de los gravísimos males políticos y militares que atrás apenas si se han esbozado, pero que en la realidad configuraban un cuadro aún más sombrío, respecto al

5 General De la Barra, ob, cit., págs. 86 – 122.

cual Bolívar no llegó a engañarse. Por el contrario, lo columbró en sus vastas proporciones, como se desprende de cartas suyas escritas con anterioridad a su viaje al sur.

La claridad del pensamiento de Bolívar en torno al Perú, halla exacta expresión en el análisis con que se anticipó al desastre del general Santa Cruz, en la frustrada campaña de intermedios que le encomendara Riva Agüero. En efecto, desde el 24 de mayo de 1823, cuatro meses antes que se precipitaran los dramáticos acontecimientos que destruyeron sin combate las fuerzas de aquel jefe, había dicho el Libertador a Sucre en comunicación de acentos proféticos:

"Santa Cruz irá con sus 5.000 hombres a Intermedios, encontrará pocas fuerzas, lo atraerán y después de todo le sucede una de estas tres cosas: 1ª disminuye su División forzosamente por marchas y contra marchas, enfermedades y combates; 2ª es batido al principio si Valdés tiene 3.000 hombres, o bate a Valdés si tiene menos; y entonces sucede la 3ª que es la de internarse en Arequipa y Puno donde Canterac por una parte, las tropas del alto Perú por otra, acaban con nuestra División, o la fuerzan a reembarcarse si aún permanecen los transportes en las playas. Este resultado puede ser más o menos infausto, más no dejara de serlo. Un cuerpo flamante, como el de Santa Cruz, en una retirada simple por desiertos, no necesita más que perseguirlo vivamente con infantería y con caballería. Si antes no persiguieron, ahora lo harán, porque las cosas para hacerlas bien hay que hacerlas dos veces: es decir que la primera enseña la segunda. La expedición de Santa Cruz, por muy bien que le vaya, deja al enemigo la mitad de sus armas y la mitad de sus fuerzas, lo que multiplica sus medios de superioridad"[6].

Leyendo esta carta con posterioridad a los acontecimientos cuyo desarrollo vaticinó con lucidez impresionante, se halla pasmosa coincidencia entre la predicción y los hechos. Imposible mayor clarividencia, signo a la vez del conocimiento que, a distancia, había logrado el libertador sobre hombres y circunstancias del Perú. Las tres cosas ocurrieron, así como su preludio: hubo pocas fuerzas del enemigo. Atrajeron a Santa Cruz, quien avanzó imprudentemente. Disminuyeron sus efectivos en la forma prevista. Batió a Valdés, o

6 Vicente lecuna, *Cartas del Libertador*, Tomo III, págs. 187 – 191.

más exactamente, creyó batirlo, porque la acción de Zepita no puede considerarse como victoria en el verdadero significado del término, que implica destrucción de la fuerza adversaria. Y ocurrió la tercera: en el intento de internarse en el territorio enemigo, las tropas reunidas del oponente lo obligarían a retirarse. Viene luego el análisis del repliegue y desastre consiguientes. En una sola cosa se equivocó el libertador al anticipar el desastre: la magnitud de éste. Santa Cruz no dejó al adversario la mitad de sus armas y la mitad de sus fuerzas, sino cuanto tenia. Los 800 hombres que finalmente pudo reunir, no sumaban la sexta parte de su fuerza inicial en poder físico. En lo moral, no era sino un vestigio derruido de lo que fue un ejército.

Por ello puede afirmarse que al echarse a cuestas el cargo de libertar al Perú. Bolívar no concebía ni con mucho un paseo militar. Tenía conciencia de la fortaleza del ejército español y de la contextura profesional de sus mandos. Como la tenía también, y bien clara, de le situación caótica a que daba lugar el pugilato entre personalidades de le política Peruana, donde no se hallaba un verdadero conductor, ni un hombre de valía con la estatura para hacer de la confusa situación un propósito unificado de victoria.

Al invocar el auxilio del Libertador. Riva Agüero se equivocó profundamente en lo que se refiere a sus perspectivas políticas, aunque salvara a su patria de la desintegración. No conocía a Simón Bolívar. Pensó tener en él un aliado que garantizase su permanencia en el poder, a trueque del mando supremo de las operaciones, y lo que obtuvo fue la presencia de un hombre cuya talla excedía en tanto a la suya y a la de cuantos con él se disputaban la máxima posición política, que por fuerza habría de llenar todo el ámbito del mando en el Perú.

Para el propio Bolívar, con su amplia experiencia sobre la necesidad de unificar el poder político y la conducción de la guerra, el sólo mando del ejército en campaña no podía bastar. Lo acontecido anteriormente en Venezuela valía demasiado como lección histórica para no aplicarla de nuevo. Con mayor razón en un ámbito deteriorado como el que en ese momento afectaba al Perú.

En efecto, el antiguo virreinato se halla, al arribo de Bolívar, desgarrado internamente de manera dramática. Dos gobiernos,

dos congresos, dos jerarcas sin talla de conductores se disputan la supremacía. Riva Agüero en Trujillo, Torre Tagle en Lima. Entre tanto el ejército, bajo el mando incompetente de Santa Cruz, comienza a desmoronarse en la sierra ante la sola presencia ofensiva de su antagonista.

En medio de semejante situación, tan próxima a la anarquía total, no bien el Libertador de Colombia llega a Lima, el congreso le concede plenas facultades para intervenir en el pleito planteado entre Riva Agüero y Torre Tagle, lo cual precipita los acontecimientos políticos en forma que el primero no pudo prever al requerir la ayuda. Bolívar lo invita a declinar el mando que no posee legalmente y disolver el congreso de Trujillo.

Riva Agüero se aviene, siempre que Torre Tagle y el congreso de Lima hagan lo propio, a lo cual ni Bolívar puede acceder, por cuanto es este cuerpo el que le ha conferido autoridad, ni Torre Tagle aceptar, aliado con ambos. Por decreto del 1º de octubre de 1823, la autoridad conferida al Libertador lo faculta para actuar sobre Riva Agüero empleando la fuerza, si así se requiere. Bolívar, que ni gusta de admitir dilaciones ni en este caso puede hacerlo, sin perder la autoridad de que acaba de ser investido, la utiliza al máximo, enviando a Riva ultimátum perentorio. O procede como se le ha ordenado y envía las tropas bajo su mando directo al valle de Jauja, con destino a las operaciones que irán a desarrollarse, o el ejército de Lima actuará contra él[7].

En tal comprometimiento, Riva Agüero recurre a la traición. Gana tiempo y, entre tanto, entabla contactos secretos con el virrey La Serna mientras apremia a Santa Cruz para que, con sus fuerzas, se dirija a Trujillo con el fin de neutralizar la amenaza de intervención armada. Pero Santa Cruz, en pleno desmoronamiento militar, no está en condiciones de hacer nada distinto de salvarse a sí mismo, con lo cual las maquinaciones de alta traición acaban por salir a la luz.

Sobran detalles. El caso nítido es que el flamante mariscal prefiere entregar la patria a la corona española, contra la que viene luchando su pueblo, antes que ceder un mando que para él no

7 General de La Barra, ob. Cit., pág. 123.

impone la generosidad propia de un verdadero patricio. Le importa su primacía en el poder. Es así como intenta traer el ejército en operaciones, dejando al enemigo en plena libertad de acción y, al borde de su caída, intenta negociar con ese enemigo.

El coronel La Fuente, enviado por él ante Bolívar como parte de su oscura maniobra, acaba siendo atraído por aquel hombre superior. Mide el contraste abismal con su propio jefe, empequeñecido en sus argucias de mala ley. Advierte el peligro que se cierne sobre la nación y, de regreso a Trujillo el 25 de noviembre, apresa a Riva Agüero y lo envía a bordo de un navío norteamericano a California.

En una escala en Guayaquil, sin embargo el ex mandatario es tomado prisionero por la autoridad portuaria. Ha terminado un episodio sombrío, a cargo de un hombre que pudo ser grande pero prefirió el tortuoso camino de la deslealtad que, en últimas, lo condujo a su perdición. Su conducta, sin embargo, alcanzó a deteriorar aún más las circunstancias de suyo difíciles que vivía el Perú.

Bolívar, convencido de que para someter a Riva se requería su presencia personal al mando de las fuerzas adecuadas, y ante el riesgo de que una defección del mariscal pusiese sus fuerzas a disposición del enemigo común, marchó de Lima a Pativilca a comienzos de noviembre, llevando consigo el núcleo central del ejército de Lima. Su propósito era doble: someter al mariscal, e interponerse entre éste y las fuerzas realistas del virrey al sur. En tales circunstancias, Lima y el Callao quedaban guarnecidos por las unidades argentinas y chilenas del antiguo ejército de San Martín.

¡Triunfar!

Parece que a la llegada del Libertador al Perú, el destino quisiese poner a prueba una vez más la tremenda contextura espiritual del guerrero. No bien acaba de conjurar la defección de Riva Agüero y lo que ésta hubiese significado para la causa de la libertad, cuando los acontecimientos se precipitan, uno tras otro en corriente de acumulada adversidad.

Primero llega el derrumbamiento militar de Santa Cruz. Un ejército cercano a los 8.000 hombres que conformó la espina dorsal de las fuerzas libertadoras del Perú, simplemente dejaba de existir, sin excusa ni justificación posible. Los movimientos de Sucre hacia Arequipa y su retorno una vez Santa Cruz perdió sus tropas, produjeron el desgaste natural de tales circunstancias. Y el resto de la fuerza expedicionaria colombiana sufrió incidencia similar con su desplazamiento al norte.

Luego la enfermedad hunde su garra en el cansado organismo del Libertador. Varias veces, en el decurso de su agitada existencia, Bolívar había sentido que sus enormes reservas vitales se agotaban en momentos cruciales. Pero ahora no solamente el mal es más grave, sino más débiles esas reservas a causa del desgaste acumulado por los años, cuyo paso no dejaba de hacerse sentir. Bolívar es aún joven, pero el tiempo ha mellado una vida en extrema tensión. Sujeta a las privaciones y vicisitudes de la guerra que viene devorando cuanto ese hombre es capaz de darle. De su correspondencia en Lima se infiere que las celebraciones de la victoria han contribuido a debilitarlo, en forma que, cuando el tabardillo (posiblemente tifo exantemático u otra fiebre de la misma naturaleza) se apodera de él, está muy cerca de cerrar prematuramente su lucha infatigable.

Coincide este momento de crisis física en el hombre que lleva a cuestas la suerte del Perú y el destino del continente, con acontecimientos de enorme gravedad. Mientras Bolívar yace en Pativilca más cerca del sepulcro que del batallar aún inconcluso, el Regimiento del Rio de la Plata, parte de la infantería traída desde Buenos Aires por San Martín, se subleva en el callao a causa del abandono en que se le tenía por el gobierno, no había pagado sueldos ni atendido necesidades esenciales de las tropas. El batallón Nº 11 de la misma nacionalidad, la artillería peruana y chilena del puerto, se pliegan al movimiento. En medio del desorden que se enfrenta a un reducido grupos de mandos, quien acaba por tomar control de la situación es un oficial español, el coronel José de Casariego, entonces, prisionero en uno de los castillos.

De inmediato enarbola los colores del rey sobre las fortalezas. Los batallones 7 y 8 de Los andes que componen el Regimiento de

la Plata cambian su nombre por regimiento de la Lealtad y luego por el Real Felipe[8].

La sublevación es capitalizada de inmediato por el mando realista. El brigadier Rodil envía desde Ica uno de sus oficiales superiores para que afiance el paso de las fuerzas independentistas al servicio de la corona y propicie la entrada de efectivos regulares del ejército español a los fuertes. El general Alvarado, comandante general del área, es tomado prisionero y así habrá de permanecer hasta la batalla de Ayacucho, primero en Ica luego en Puno.

Perdido el callao, la caída de Lima es Simple asunto de días, por lo cual el Libertador desde Pativilca envía órdenes terminantes al general Martínez para proceder a la evacuación de la capital, en forma de llevar consigo cuanto pudiese salvar de la hecatombe. El solo nombramiento de este comandante suscita una tempestad de la que hace eco el Congreso, de tal suerte que es forzoso remplazarlo por el General Gamarra, copartícipe en el desastre de Santa Cruz. Las instrucciones de Bolívar revisten la drasticidad que él acostumbra en momentos de emergencia.

A los acontecimientos del 5 de febrero, protagonizados por el Regimiento de la plata, se une el 14 la sublevación de la mayor parte de los granaderos de los andes en Turín, para plegarse a los sediciosos del Callao. Los granaderos eran el regimiento de mayor nombradía en las fuerzas de San Martín, verdadero cuerpo de honor que el general argentino formó y entrenó personalmente. Su defección constituía golpe de trágicas implicaciones en el ámbito global de la guerra y empeora tanto la situación militar como política.

En medio de semejante turbulencia, el presidente Torre Tagle es superado por los hechos en forma absoluta. Sus secretas inclinaciones realistas emergen entonces a la superficie y termina plegándose también al movimiento, con el cual tenía desde antes ciertos contactos secretos. Así, desde el Callao, formula un llamamiento al ejército y al pueblo peruanos para abrazar la causa del rey.

8 Coronel Carlos Dellepiane, Historia militar del perú, tomo I, Buenos Aires, Luis Bernard, 1941, pág. 192.

Devuelta de Arica la expedición chilena del general Benavente en noviembre anterior, por efecto combinado de la derrota de Santa Cruz y del desacertado manejo dado por éste a las conversaciones con dicho comandante, evacuada también hacia Chile una parte de las fuerzas de ese país que lucharon con San Martín, debido a la decisión inconsulta de Torre Tagle previa al lanzamiento de los cuerpos del Callao, la situación llega a su más honda sima para el Libertador. Finalmente, el general español Monet entraba a Lima el 29 de febrero.

En la hondura de aquel nuevo derrumbamiento debieron tornar a la memoria de Bolívar cuantos hasta entonces habían vuelto pedazos sus empeños y echado por tierra sus esperanzas. Puerto Cabello, Curazao, Jamaica, Los Cayos, Haití, los reveses de 1814, 1817, 1818...todo un viacrucis de infortunio que tan pronto le dejaba columbrar la luz de una victoria cuando ya precipitaba las sombras de un nuevo naufragio. Este, tal vez el más terrible por la lejanía a las fuentes de sus recursos humanos y materiales, que lo fueron siempre Venezuela y la Nueva Granada, pero más que por cualquier otra causa, porque lo halla a la vez en pleno desastre físico, su salud hecha añicos y su espíritu víctima de la depresión inevitable que esta suma de reveses no podía menos de traer consigo.

En la aldea de Pativilca hubiese terminado el itinerario de cualquier hombre. Pero, precisamente, Simón Bolívar no era un hombre cualquiera. El *sí podré* del *Delirio sobre el Chimborazo,* de seguro golpea sus sienes al impulso de la sangre febril, cuando cada noticia es una nueva pieza que se rompe en el andamiaje de aquella situación desesperada.

Allí solitario, con la piel pegada a los huesos, síntesis agónica de la gran tristeza que solamente tendrá paralelo en el hundimiento sin retorno de Santa Marta, halla al Libertador su ministro en Chile, don Joaquín Mosquera. La impresión que en el amigo y profundo admirador de Bolívar habría de causar aquel destrozo humano, quedó escrito en trazos de sincero desgarramiento. Del hombre todo energía y vigor que Mosquera había conocido, no restaba nada en aquel organismo despedazado en su ser físico, albergue de un espíritu abatido por la acumulación de todos los infortunios. Lo que era el estado interior de ese espíritu en pedazos, puede medirse en

los documentos que entonces salieron de su pluma. Quizás el más patético de todos fue una carta al general Santander, de la cual se extracta el siguiente trozo de sombríos acentos:

"Ya que la muerte no me quiere tomar bajo sus alas protectoras yo debo ir a esconder mi cabeza en las tinieblas del olvido y del silencio, antes que el granizo de rayos que el cielo está lanzando sobre la tierra, me toque a mí uno de tantos y me convierta en polvo, en ceniza, en nada. Sería demente de mi parte mirar la tempestad y no guarecerme de ella. Bonaparte, Castelreagh, Nápoles, Piamonte, Portugal, España, Morillo, Ballesteros, Iturbide, San Martin, O'Higgins, Riva Agüero y Francia, en fin, todo cae derribado, o por la infamia o por el infortunio; ¿y yo de pie? No puede ser. Debo caer"[9].

Este lamento, salido del dolor íntimo que satura el alma de Bolívar en su hora más sombría, revela hasta dónde el alma formidable del guerrero ha sido resquebrajada por los acontecimientos arrolladores que en unas pocas semanas llevaron al Perú al borde mismo de la catástrofe absoluta. Fue una conjunción de males que parecieron insuperables, y que quizá lo hubiesen sido para cuantos en aquel momento pisaban el escenario peruano, con mando o autoridad de importancia. En aquel abismo de abatimiento es donde Mosquera lo encuentra a su regreso de Chile.

"Estaba sentado en una silla de vaqueta, recostado contra la pared de un pequeño huerto, atada la cabeza con un pañuelo blanco y sus pantalones de yin, que me dejaban ver sus rodillas puntiagudas, sus piernas descarnadas, su voz hueca y débil y su semblante cadavérico. Tuve que hacer un gran esfuerzo para no largar mis lágrimas y no dejar conocer mi pena y mi cuidado por su vida.

"Todas estas consideraciones se me presentaron como una falange de males para acabar con la existencia del héroe, medio muerto; con el corazón oprimido, temiendo la ruina de nuestro ejército, le pregunté:

" ¿Y qué piensa hacer usted ahora? Entonces, avivando sus ojos huecos y con tono decidido me contestó: ¡Triunfar!"[10].

9 O¨Leary, *Documentos*, tomo II, pág. 280.
10 Citado por Indalecio Liévano en su *Bolívar*, pág. 323.

En aquella palabra se refleja el por qué Simón Bolívar se elevó "sobre los hombros del Ande". Es como si su vida de lucha, de enfrentamiento tenaz contra los obstáculos que a él se le opusieron con mayor saña y proporciones mayores que a todos los seres predestinados para alcanzar la inmortalidad, estallara en aquel instante en ese vocablo, sólo, como en ese instante se halla el hombre que lo lanza a los cielos en desafío estremecido. ¡*Triunfar* en plena borrasca, cuando el huracán desastilla el navío indefenso, en medio del oleaje embravecido que se cuela por las poternas arrancadas de cuajo! ¡*Triunfar*, cuando su propio organismo entra en confabulación monstruosa con los elementos para desmoronar internamente la fuerza del timonel, asido con su último aliento a la palanca de mando que salta de sus manos y todo se precipita al vórtice de sombras!.

"Esta respuesta inesperada –prosigue el contristado amigo– produjo en mi alma sorpresa, admiración y esperanza porque vi que, aunque el cuerpo del héroe estaba casi aniquilado, su alma conservaba todo el vigor y elevación que lo hacía tan superior en los grandes peligros. Recordé entonces aquellas notables palabras que dijo a Sucre en Lima, cuando Riva Agüero levantó el estandarte de la guerra civil: 'usted es el hombre de la guerra y yo soy el hombre de las dificultades'".

Y a triunfar se lanza con renovado ímpetu tan pronto como ese vigor extraño que parece recorrer sus arterias como torrente de lava surgido de su volcánico interior, le permite abandonar su deshecha situación. Febril aún, interrumpida la convalecencia a mitad de la arisca pendiente, insurge de nuevo en el plano trepidante de la lucha. Una nueva faceta de su fisonomía guerrera hace aparición. Esbozada ya en los aprestos para la campaña de Carabobo con ciertos rasgos definidos, es ahora cuando toma cuerpo en forma impresionante.

Sabe que abrir campaña significa enfrentarse al ejército más poderoso y aguerrido de cuantos ha debido desafiar en doce años de guerrear sin reposo, a lo largo de los cuales el juramento del Monte Sacro cobra su más exacta expresión. Frente a los diez mil hombres de España y del Perú, no se puede improvisar. Es preciso disponer de acabada eficacia y a prepararlo se dedica con actividad incansable.

Aparece así el tercer componente del gran general, hasta ahora enseñoreado de los ámbitos de la estrategia y de la táctica: el logista. Como guerrero de alma y cuerpo, Bolívar había sido más el comandante en trance de librar batallas, a la caza de oportunidades para destruir adversarios y proseguir infatigablemente hacia su gran objetivo. La campaña que va iniciar será la última. La definitiva. O corona su obra inmortal, o quizá ya no tendrá tiempo para hacerlo. En Pativilca ha sentido la garra helada de la muerte demasiado cerca. Confundido por la enfermedad y agotado por la confluencia de corrientes avallasadoras, ha llegado a decir a Santander: "Estoy muy acabado y muy viejo y en medio de una tormenta como ésta represento la senectud.....".

El tiempo, pues, apremia. Al hombre pueden quedarle años. No se sabe cuántos. Pero es que el hombre gira en torno de la guerra. Toda su obra gigantesca se ha construido –se ésta construyendo aún– bajo el estruendo de esa palabra a la vez deslumbradora y sombría. Bolívar ha padecido de un afán tempestuoso por realizar su obra pronto. No ha sabido aguardar, ni siquiera cuando la espera significa dilación de días. Ahora, más que nunca, lo consume la prisa. La vida desciende. Así lo ha percibido en la tiniebla de Pativilca y anhela completarla antes que sea demasiado tarde." En el mes de mayo debemos triunfar o perecer", dice en carta a Santander, previendo una reunión fatal de los ejércitos de Valdés y Canterac.

Su actividad se hace frenética en la forja de ese ejército que ha de ser el instrumento de su última victoria militar. ¿En qué consistía? No en gran cosa, al menos comparado con las disponibilidades del virrey La Serna que habría de ser su antagonista. Aparte de la división colombiana, sólo quedan fragmentos de ese ejército que sobrevivió a los cuatro meses fatídicos, de octubre de 1823 –derrota de Santa Cruz– a febrero de 1824 –defección de las tropas de Lima y Callao– .Lo único que impidió la destrucción total de esos remanentes fue la traición del general Olañeta, comandante realista del alto Perú, al virrey. Prevaliéndose del restablecimiento de la monarquía con carácter absoluto en 1823, Olañeta pretendió sustraerse a la autoridad virreinal. Creando un problema de disensión interna que La Serna quiso solucionar antes de acometer el aniquilamiento del ejército patriota. Este orden equivocado de prioridades lo privó de su mejor general,

Jerónimo Valdés, a quien hubo de enviar apresuradamente a someter el insurrecto comandante.

Sin duda inclinó al virrey en la fijación de tales prioridades, de una parte la necesidad que tenía de las fuerzas de Olañeta para el golpe decisivo del enemigo común; de otra, la certidumbre del mando realista sobre la postración en que situaron a los patriotas la pérdida de Lima y El Callao, los alzamientos de tropas argentinas, peruanas y chilenas y la destrucción del ejército de Santa Cruz. Una vez más falla el mando español en la apreciación del factor que podía alterar todos los demás en forma no discernible para mentalidades corrientes: *el ser guerrero del Libertador*.

Lo primero que se impone hacer es reagrupar aquellas fuerzas dispersas, tanto para darles la nueva fisonomía que Bolívar tiene en mente, como para prevenir cualquier contingencia proveniente del enemigo. Es así como, para finales de mayo de 1824, se han configurado dos grandes agrupamientos de tropas: al norte se encuentran las fuerzas peruanas bajo el mando en jefe del general don José de La Mar, llamado al servicio activo por el Libertador. Fueron éstas el batallón Legión Peruana y los batallones de infantería como aquél, 1º, 2º y 3º, así como un regimiento de caballería, los Húsares del Perú, anteriormente los famosos Coraceros del coronel La Fuente, que había apresado al mariscal Riva Agüero.

El segundo agrupamiento lo constituían las tropas colombianas, integradas entonces por los batallones de infantería Vargas, Vencedor, Pichincha, Rifles, Bogotá y Voltíjeros, los regimientos de caballería Húsares y Granaderos de Colombia.

Componían las tropas peruanas, diseminadas en la zona Cajamarca Huamachuco, cuanto había podido salvarse del ejército de Santa Cruz, las fuerzas que habían servido bajo Riva Agüero en Trujillo, fracciones sobrevivientes de Lima tras la evacuación encomendada a Martínez primero y más tarde a Gamarra y Necochea, así como levas recientes ordenadas por el Libertador sin miramiento alguno y cumplidas con mano de hierro.

Los colombianos, por su parte, se hallaban escalonados a lo largo del Callejón de Huaylas, entre Cajabamba y Cajatambo.

Una vez concentradas las tropas dispuso Bolívar el más intenso adiestramiento militar, con fuerte énfasis en la adecuación física, particularmente de los colombianos, procedentes en buen número de regiones bajas, para quienes las grandes alturas del Ande resultaban fatigantes.

Al iniciar la obra formidable de adecuar aquel ejército para la misión decisiva que en pocos meses habría de corresponderle, la situación era en verdad deprimente. O'Leary la dibuja en trazos que bastan para imaginar la magnitud de la empresa que el Libertador asumió en forma directa, ocupándose de lo grande y de lo pequeño, con energía inconcebible en quien semanas atrás se halló al borde de la tumba y de la misma desintegración espiritual.

"La mayor parte de los cuerpos eran meros esqueletos y se hallaban en estado de absoluta desnudez. Las rentas públicas del país, aun en los mejores tiempos de paz y prosperidad, no habrían sido suficientes para el mantenimiento de una tercera parte de esa fuerza. Pero ahora, cuando todos los ramos de la administración se resentían del choque que había minado la moral pública, el déficit era enorme. Si es siempre ingrata labor emprender reformas, en esta crisis éralo mucho más en atención a las grandes dificultades que las estorbaban. Para destruir los abusos en el Perú era indispensable emplear medidas de rigor, aun a riesgo de ofender muchos particulares; y lo que era todavía más alarmante para obtener dinero había que luchar con las preocupaciones del pueblo y con su fanatismo"[11].

Para vestir y equipar esos cuerpos, para adquirir las armas necesarias, para pagar a tiempo y con equidad, oficiales y tropas, Bolívar debió cumplir simultáneamente tareas de gobierno y de carácter militar. Sabía que ante semejantes imperativos era preciso contar con autoridad absoluta. Legalmente se la había concedido el Congreso de Lima, cuando sobrevino la defección de febrero y la traición del marqués de Torre Tagle, al investirlo del carácter de dictador con plenos poderes, inclusive el de convocar el Congreso cuando tuviese a bien. Disuelto el cuerpo legislativo por sí mismo, el dictador se cuidaría bien de volverlo a convocar hasta tanto no terminara la campaña en su fase crucial. Y en lo demás, era él lo suficientemente autoritario como para detenerse en legalismos y

11 O´Leary, ob. Cit., págs. 256 – 257.

formalidades. Así, en el período crítico de la evacuación de Lima, había escrito al general Necochea:

"Nada tiene usted que esperar de los vecinos gratuitamente, todo es necesario pedirlo o tomarlo por la fuerza; este medio a la verdad es duro, pero en la actualidad es indispensable".

Y en la misma ocasión escribía a Sucre:

"Necesitamos hacernos sordos al clamor de todo el mundo, porque la guerra se alimenta del despotismo y no se hace por el amor de Dios. Muestre usted un carácter terrible, inexorable"[12].

Para poder controlar la marcha de los preparativos que en todos los órdenes se ejecutaban en cumplimiento de sus instrucciones draconianas, trasladó a Trujillo a mediados de marzo tanto la capital provisional del Perú como su cuartel general. Todas las provincias bajo su control fueron objeto de exacciones tan despiadadas como la guerra que se libraba y de la cual estaba resuelto a salir victorioso.

Así, mientras las tropas, siguiendo la idea que meses atrás Bolívar expusiera a Torre Tagle, marchaban "por las punas para enseñarles a respirar el soroche y a saltar por entre las peñas como los huanacos en cuyo país vamos a hacer la guerra", los Montoneros irregulares que combatían a su manera y no pocas veces proponían tantos problemas a las tropas amigas como enemigas, sentían todo el peso de su dura mano guerrera. Se disciplinaron. Formaron cuerpos organizados. Se encuadraron dentro de mandos militares, aunque conservaran sus caudillos propios. Así Sucre, al designar al coronel Ortega como superior de una de las agrupaciones montoneras, pide a Bolívar que "disponga quién debe ser el comandante de tanta gente y de tantos coroneles..."

Cuando la Montonera de Carhuamayo se insubordinó, el secretario de Bolívar, general Heres, emitió la orden en la que vibra el airado acento del Libertador, que "se fusilara a todos los oficiales y a los montoneros se les enviara al ejército bajo custodia"[13].

12 Dellepiane, ob. Cit., Tomo I, Págs. 194 - 195
13 Dellepiane, ob. Cit., Tomo I, pág. 194.

Tan tremenda actividad castrense era comparada con la que se cumplía en los órdenes civiles de la administración. Desapareció bajo su mano de hierro todo signo del partidarismo que había destrozado al Perú facilitando las victorias españolas. Organizó las rentas, perfeccionó sistemas de contaduría, limpió de corrupción el deletéreo ambiente de las finanzas públicas, dictó disposiciones que elevaron los ingresos de aduanas y eliminaron el contrabando, reglamentó el ejercicio de la minería, fomentándolo en forma que resurgió después del abandono a que lo había condenado la guerra, y extendió a todos los campos moribundos de la vida nacional el impulso de su energía infatigable.

No hubo ámbito que no se conmoviera ante aquella dinámica de acción que llegaba a todas partes sacudiendo la adormecida costra del coloniaje para llegar hasta la entraña misma del pueblo indio, blanco, mestizo. Remató propiedades y bienes del Estado. Prohibió la exportación de oro y plata en moneda. De iglesias y órdenes religiosas tomó cuantos bienes podían ser útiles a los intereses supremos de la Guerra de Independencia, embargó bienes a los antiguos servidores de la causa realista, impuso contribuciones y tributos que, para hacerse efectivos, llegaban a la requisa sorpresiva de casas y mansiones.

Para la administración de los nuevos ingresos que aumentaron desmesuradamente, creó un organismo especial que denominó Contaduría Mayor, el cual permitía verificar los ingresos, ordenar los gatos y perfeccionar el sistema rentístico del Estado[14].

En lo militar dice Sucre:

"Parecían increíbles los arbitrios de que se valía para suplir la falta de materiales que se necesitan en la fabricación de algún objeto: para hacer las cantinas, por ejemplo, hizo recoger todos los artículos de hoja de lata y jaulas de alambre en muchas leguas a la redonda. Faltaba el estaño para soldarlas; pero ocurrió un día que, al levantarse de su asiento, se rasgó el pantalón en un clavo,

14 De la Barra, ob. Cit., págs. 138 – 139. El mismo autor señala: "Muchas de las medidas dictadas pecaban de dureza y originaban clamorosas protestas, pero no por esto eran modificadas; la difícil situación del momento, y sobre todo las necesidades de la guerra, a juicio del libertador, autorizaban los actos más Arbitrarios". Dellepiane, por su parte, peruano como el anterior, afirma en su obra varias veces citada: "Necesitaba recursos y los consiguió, sacrificando a los menos para obtener el bien de todos".

examinólo al instante y resultó ser del metal de que había menester. Demás está decir que al día siguiente no quedó en ninguna casa de Trujillo, ni en las iglesias, una silla con clavos de estaño".

"El mismo enseñaba a hacer las herraduras y los clavos y cómo se debían mezclar las diferentes clases de hierro. Daba el molde para el corte de las chaquetas para economizar tela y daba instrucciones para teñirlas"[15].

Este Bolívar logístico no había aparecido hasta entonces, al menos con esta prodigiosa capacidad para abarcarlo todo y llegar hasta la minucia que podría parecer un tanto ajena a su nivel superior de autoridad. Acostumbrado, sin embargo, a la ineptitud de muchos, al descuido general, al abandono que la falta de vigilancia y supervisión venían causando en los sistemas que se proponían desterrar con ese su formidable impulso revolucionario, prefería descender al detalle que permitir el deterioro de sus ideas e instrucciones por la incuria de cualquier subordinado irresponsable.

El resultado fue esa actividad contagiosa que se extendió por todo el territorio, unas veces como efecto entusiasta del espíritu patriótico capaz de soldar voluntades en torno de aquel adalid gigantesco. Otras, por temor a las sanciones que se aplicaban con drasticidad implacable. Las más, porque ante aquel torbellino era inútil resistir.

En esta forma el Libertador cubría desde las directivas de entrenamiento, las marchas de diez leguas diarias a que obligaba a los cuerpos, los ejercicios de carrera y movimiento que deberían equiparar sus tropas con la movilidad del ejército español del Perú, sobre cuya característica no ocultaba su admiración, hasta el adiestramiento de mulas y caballos, el herraje, la aclimatación del ganado de otras latitudes y el endurecimiento de los cascos para acostumbrarlos a las operaciones en suelo rocalloso.

Hacia el mes de mayo, visitaba el Libertador todos los cuerpos en sus lugares de acantonamiento, verificando en persona el cumplimiento de sus instrucciones y comunicando a oficialidad y tropas la misma ciega confianza en la victoria que a él lo animaba.

15 O´Leary, Memorias. Citado por Dellepiane, ob. Cit., Tomo I, pág. 197

El resultado fue la construcción de un espléndido instrumento de guerra, como quizá nunca antes lo tuvo bajo su mando. La contextura física y moral de esa arma excepcional, iría a probarse en las jornadas de la campaña próxima a iniciarse.

Por último, el estado mayor, bajo la inspiración cerebral de Sucre, realizaba hasta el más ínfimo detalle el estudio del teatro de operaciones, de los itinerarios que sería indicado cumplir en el futuro desplazamiento hacia el sur, la medición de cada etapa, los refugios por levantar como amparo de las tropas en las noches heladas de la puna donde no existiesen acantonamientos, la provisión de víveres con base en el consumo calculado del ejército.

Cada itinerario contemplaba los trayectos en leguas y jornadas, con detalle de cuantos abastecimientos podrían hallarse sobre la ruta, caseríos, poblados, características de los suelos y caminos, clima, trayectos de subida, bajada y planos, sembradíos, aguas, en fin, cuanta información pudiese contribuir al planeamiento detallado de las marchas y medios de aprovisionar un ejército.

Tres veces, según afirma Dellepiane, trasmontó Sucre en forma consecutiva la cordillera de los Andes levantando esos itinerarios y complementando las posibilidades de cada región, con ciertos trabajos adicionales, entre ellos la construcción de barcas que luego encomendaba a los montoneros.

Así cuando el ejército inició el movimiento hacia el lugar de concentración señalado para iniciar la campaña libertadora del Perú, todos los preparativos habían sido cumplidos con un detalle que llegaba a la perfección. La maquinaria laboriosamente preparada en apenas cinco meses de actividad febricitante, se hallaba lista para someterse a la prueba de los hechos.

El ciclópeo escenario

Para comprender mejor el decurso de las operaciones y la magnitud del desafío que recoge el Libertador al acometer la libertad del Perú, es preciso asomarse, así sea con sentido panorámico,

al gran teatro de guerra configurado por la naturaleza en el más poderoso módulo del sistema andino.

A fin de tomar un accidente como referencia general, conviene partir del inmenso macizo denominado Cerro de Pasto, situado hacia la parte media del Perú. Tanto hacia el norte como hacia el sur de esta formidable masa orográfica, la cordillera se abre en tres ramales cuyo desarrollo sigue sensiblemente una línea paralela al litoral.

Este Cerro de Pasco constituye el accidente estratégico decisivo, si bien el concepto no debe tomarse como derivado de una posesión militar, que sería imposible en función de su magnitud, sino del provecho que pueda sacarse del dominio táctico de sus vías o avenidas de aproximación según el propósito militar en mente. El Cerro, en efecto, permite encubrir el movimiento de todo un ejército, con el hecho de dominar sus vertientes por el lado opuesto a aquel donde se ubiquen las fuerzas que se trata de concentrar.

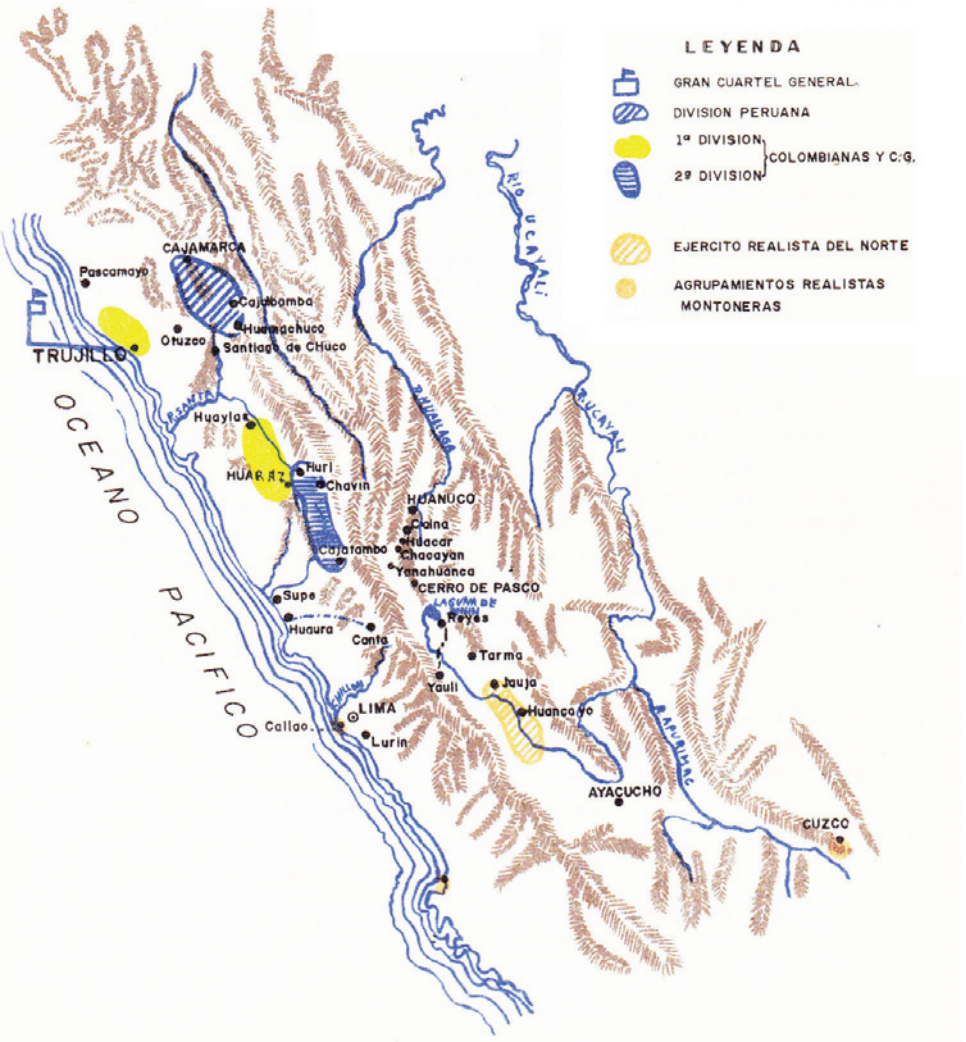
Hacia el norte, los tres ramales desprendidos del macizo de Pasco convergen hacia el gran nudo de Loja que se prolonga hacia el norte con el inmenso y elevado espinazo ecuatoriano y el Nudo de los Pastos. Hacia el sur, su trifurcación encierra, de oriente a occidente, la altiplanicie de Bombón y el valle de Jauja.

Con anterioridad al inicio de la Campaña Libertadora de 1824, el Cerro de Pasco establecía la gran divisoria entre los territorios dominados por los realistas al sur y patriotas al norte. Sin embargo, la organización montonera determinó que la masa descrita quedase bajo el dominio patriota, detrás de un pesado cortinaje de fuerzas irregulares accionadas por el ejército independentista, con la finalidad múltiple de espionaje, encubrimiento, alerta temprana, hostigamiento e incursiones limitadas de tipo irregular. En otras palabras, el macizo, aunque técnicamente *tierra de nadie*, se hallaba involucrado en el territorio republicano por esas montoneras cuya presencia prestó así invaluable servicio a su causa.

Estos grandes ramales andinos se conocen bajo los nombres de Sierra Negra, la más próxima al mar, y Sierra Blanca, la segunda a partir del litoral. Se derivan estos nombres de la

Campaña Libertadora del Perú
Primera Fase

Fuerzas en Presencia



forma de la primera, desnuda, conformación geológica de rocas y peñascales que, a pesar de su elevación, no se cubren de nieve por razón de los vientos marinos de más alta temperatura. La segunda, abrigada de tales influencias por las moles de la anterior, presenta numerosas cumbres cubiertas por nieves perpetuas, mientras el conjunto se observa con frecuencia tapado por la neblina o por capas de hielo, particularmente en la estación invernal.

"Todo aquel impresionante conjunto de montañas constituye un teatro de operaciones en extremo difícil, resquebrajado violentamente en compartimentos y repliegues por donde los senderos de montaña avanzan con dificultad entre aristas rocosas y desfiladeros estrechos, pedregosos, abiertos como tajos en el flanco duro de la cordillera en forma tal, que el avance de unidades militares, especialmente de caballería, tan sólo es posible en largas filas indias que alargan las distancias y dificultan la conducción de las marchas".

"La meseta de Pasto, al norte del macizo, se desarrolla a una altura global de 4.000 metros sobre el nivel del mar con elevaciones que llegan, como el pico Huaylillas, a 4.900. Estas cotas arrojan una idea de lo que es allí el Ande... Aquellos retazos donde la altura no permite ya cultivos agrícolas ni vegetación arbórea, son la puna gris, desértica, afectada por profundas variaciones climáticas, donde el aire enrarecido de las alturas dificulta la respiración y perturba el organismo por la falta de oxígeno".

"El viajero francés Oliver Ordinaire presenta en su obra *Du Pacifique a L'Atlantique* las siguientes pinceladas de lo que es la puna, inclemente y solitaria: "Manchas blancuzcas marcan el lugar de lagos desecados o de verdaderos lagos desprovistos de verdor en sus márgenes. Rocas a flor de tierra, cubiertas de estrías; depresiones de terreno, dibujando valles poco profundos, bordeados de quebradas calcáreas, son los accidentes normales de estas salvajes soledades, donde se camina jornadas enteras al nivel de 4.000 metros sin distinguirse un tejado, sin encontrar alma viviente...",[16] .

16 General Valencia Tovar, ob. Cit., págs. 130-131.

El ejército libertador en movimiento

Hacia finales de mayo para la división peruana al norte y de junio para la colombiana más al sur, adicionada con el escuadrón argentino de Granaderos de los Andes, que permaneció leal a la República tras las defecciones de febrero, el ejército libertador inicia su desplazamiento por escalones divisionarios, obedeciendo al plan de concentración con el cual se abre la Campaña de 1824.

Los montoneros, diseminados como amplia cortina móvil por las vertientes del Cerro de Pasco que miran al sur, encubren el desplazamiento en forma absoluta. La Segunda División, al mando del joven general de brigada José María Córdoba, con efectivos superiores a los 3.000 hombres, se mueve organizada transitoriamente con los batallones Voltígeros, Pichincha y Vargas, compuestos cada uno por un millar de combatientes. Según comunicación de su comandante al secretario general, fechada en Chiquián el 19 de junio,

"Tomó la ruta que sigue de Huaraz en derechura al Sur, recorriendo el fondo del valle de Hauylas y ascendiendo por Pachacoto hacia Chiquián, para llegar a Cajatambo y atravesar allí la cordillera a caer a Jesús"[17].

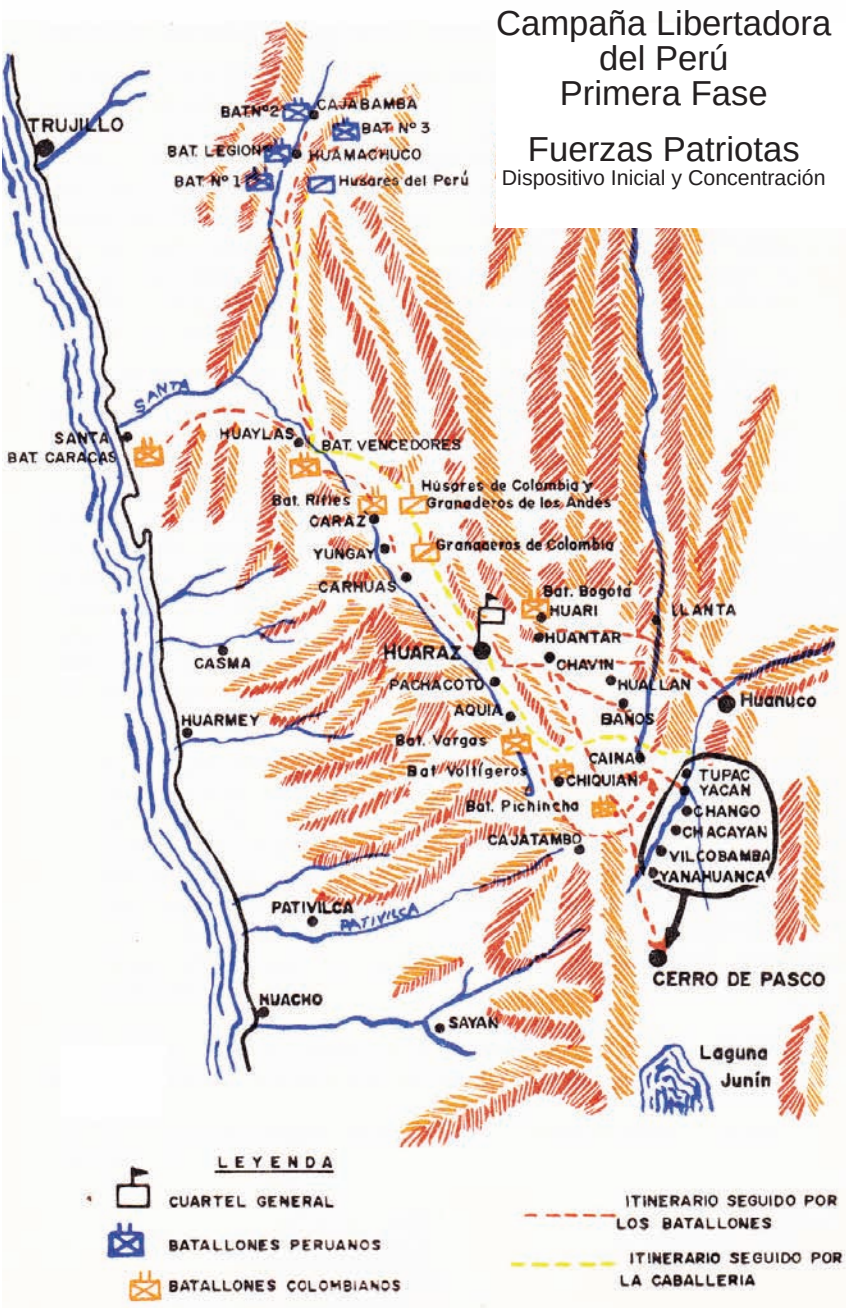
La Primera División, a órdenes del general de brigada Jacinto Lara, compuesta como la anterior para fines de la marcha por los batallones Rifles, Vencedores de Boyacá y Bogotá, tomó por la ruta oriental, más o menos paralela a la anterior, para llegar a Huanuco. Fue la misma ruta seguida por la caballería integrada en un solo cuerpo con la del Perú y los Húsares de los Andes.

La división del Perú como retaguardia del ejército que la vanguardia tuvo en la Segunda División (Córdoba), se trasladó de Cajamarca a Huamalíes.

Tanto Córdoba como Lara habían llegado de Colombia trayendo algunos contingentes que elevaron la expedición colombiana

17 General Carlos Cortés Vargas, participación de Colombia en la libertad del Perú, tomo I, Bogotá, Imprenta y Publicaciones de las Fuerzas Militares, 1946, pág. 136.

Mapa N°13


Campaña Libertadora
del Perú
Primera Fase
Fuerzas Patriotas
Dispositivo Inicial y Concentración
TRUJILLO
BATN°2
CAJABAMBA
BAT. Nº 3
BAT. LEGION
HUAMACHUCO
BAT. Nº 1
Husares del Perú
SANTA
SANTA
BAT. CARACAS
HUAYLAS
BAT. VENCEDORES
Bat. Rifles
Húsares de Colombia y
Granaderos de los Andes
CARAZ
YUNGAY
Granaderos de Colombia
CARHUAS
Bat. Bogotá
HUARI
LLANTA
HUANTAR
HUARAZ
CHAVIN
CASMA
PACHACOTO
HUALLAN
Huanuco
AQUIA
BAÑOS
HUARMEY
Bat. Vargas
CAINA
Bat Volligeros
CHIQUIAN
TUPAC
YACAN
Bat. Pichincha
CHANGO
CHACAYAN
CAJATAMBO
VILCOBAMBA
YANAHUANCA
PATIVILCA
PATIVILCA
CERRO DE PASCO
HUACHO
SAYAN
Laguna
Junín
LEYENDA
CUARTEL GENERAL
BATALLONES PERUANOS
BATALLONES COLOMBIANOS
ITINERARIO SEGUIDO POR
LOS BATALLONES
ITINERARIO SEGUIDO POR
LA CABALLERIA

considerablemente, hasta hacer de su gran todo el núcleo principal de las fuerzas unidas para la libertad del Perú.

Mientras el ejército libertador cumplía así, sigilosamente, su plan de concentración a cubierto de la naturaleza y de las cortinas montoneras, el bando contrario, ocupado en dominar la insurrección de Olañeta en el Alto Perú, seguía confiadamente en su inactividad, basada, como se dijo atrás, en la presunción de incapacidad patriota para cualquier operación ofensiva, después de sus trágicos reveses de septiembre de 1823 a febrero del 24.

Una discrepancia de fondo surgió en su alto mando. Canterac, cuyo ejército conformaba el escalón situado más al norte de las fuerzas realistas, se hallaba poseído de pasividad alarmante, bien fruto de la misma confianza que invadía exageradamente el mando español, bien fatigado por varios años de operaciones continuadas. Valdés, el más capaz de los generales del rey, comprometido en campaña contra Olañeta, no estaba en condiciones de influir en la mentalidad del mando, con el criterio ofensivo propio de su temperamento. El virrey, buen general en términos medios, pero carente del carácter y sentido del mando requerido en las circunstancias, dependía demasiado del concepto de sus generales. Algún grupo de la oficialidad española abogaba por una acción decisiva que explotara estratégicamente las ventajas adquiridas a través de los hechos desafortunados del enemigo en meses anteriores, y consiguiera la expulsión de Bolívar con su fuerza expedicionaria colombiana, antes que el desastre anterior pudiese ser reparado con arribo de refuerzos.

La controversia se elevó ante el virrey, quien apeló al concepto de Valdés. En el vaivén de las discusiones nacidas por la indecisión del comandante en jefe, pasó el tiempo. Cuando Valdés desde el Alto Perú se pronunció por la ofensiva, ya el ejército libertador, concentrado tras la cortina protectora del Macizo de Pasco, se aprestaba para abrir operaciones.

Aquí salta a la vista el dramático contraste entre el mando supremo ejercido con la autoridad superior del hombre providencial y las vacilaciones de quien queda ubicado por las circunstancias en

un cargo de exigencia superior a su contextura humana. Bolívar no tenía sino que pensar y decidir. Si había conceptos diferentes de los suyos, o los acogía o los rechazaba, pero la controversia inútil no cabía en su mando unipersonal, directo, decidido. Y todos sus generales se inclinaban ante su autoridad indiscutible. Una inmensa ventaja se situaba de su lado en la confrontación presta a iniciarse.

La concentración se cumple tras el abrigo del formidable conglomerado de montañas. Nunca antes el ejército libertador había alcanzado la brillantez que ahora presentan sus formaciones, perfectamente uniformadas, de organización acorde con patrones unificados y entrenamiento que alcanza el más alto nivel. Bolívar, orgulloso como nunca de aquel milagro nacido de su voluntad de acero, dispone la celebración de una gran parada militar. Quizá cuando en la mañana traslúcida se desplegaban frente a él sus divisiones, en masa impresionante y colorida, sobre la pampa de Sacramento, revivió en el recuerdo el espectáculo napoleónico del Chiaro que quizá talló honda y decisivamente su espíritu.

"La División del General Córdoba ocupaba la derecha de la línea, el Ejército del Perú el centro, la Primera División de Colombia, mandada por el General Lara la izquierda, y a la cabeza de todas las caballerías el general argentino Necochea. El Libertador se presentó acompañado de los Generales Sucre, Lamar, Santacruz y Gamarra, y fue recibido con vivas demostraciones de júbilo y entusiasmo...las bandas y las músicas hicieron vibrar el aire con sus marciales ecos, inflamando el pecho de aquellos soldados de la libertad"[18].

No es tan sólo un espléndido ejército el que forma sobre la pampa abierta, con la inmensa mole del Pasco tomo telón de fondo. Es un acabado instrumento de guerra, íntimamente convencido de la victoria, reflejo de lo que atraviesa por aquella alma de fuego encarcelada en minúscula osatura física, pero dotada de un vuelo que parece ascender hacia las cumbres cubiertas de nieve, asombradas ante lo que América jamás ha contemplado desde que Pizarro clavara en el corazón del Imperio incaico las enseñas de Castilla.

18 Coronel Manuel Antonio López, Recuerdos históricos, Bogotá, imprenta nacional, Bogotá, 1955

Junín. Lanzas y aceros

Algo de lo que ocurre a espaldas del Cerro de Pasco halla manera de infiltrarse a través de las espesas cortinas de los montoneros y llega a oídos del general Canterac, a quien, para las mismas fechas, primeros días de agosto, le llegan las instrucciones del virrey La Serna para abrir operaciones hacia el norte. El comandante realista no ha sido amigo de abandonar sus plácidos acantonamientos del valle de Jauja para ir en busca de unos despojos de lo que fue el ejército, deshecho hace apenas unos pocos meses. Es preferible esperar la solución del conflicto con Olañeta en el Alto Perú, y disponer así de efectivos completos para asestar a aquel Bolívar y a sus engreídas tropas de Colombia el golpe definitivo.

Pero órdenes son órdenes. Canterac reúne sus fuerzas en los últimos días de julio, y el 1º de agosto se pone en marcha hacia el norte, en dirección general a la confluencia de los tres grandes ramales andinos que los naturales denominan Cerro de Pasco. Es soberbio el desfile del ejército del norte, a lo largo de aquel hermoso valle de Jauja, aprisionado entre las Cordilleras Negra y Blanca. Precede el movimiento la división del general Maroto: batallones Primero del Infante, Primero del Imperial, Burgos, Cantabria. Sigue la división del general Monet: batallones Castro, Victoria, Guías, Centro y 2º del Primer Regimiento. Inicialmente la caballería marcha cerrando la columna. Ya habrá oportunidad de lanzarla adelante, cuando aquel enemigo despedazado–si es que en verdad anda por ahí– haga su aparición o se sepa algo de él. Cuatro escuadrones del Dragones de la Unión, un escuadrón de Dragones del Perú, un escuadrón de Húsares de Fernando Séptimo. Por último la artillería con nueve piezas.

Aquel imponente conjunto de 7.000 infantes y 1.300 jinetes, desplazándose en columna profunda por el valle, alcanza a perderse en el horizonte. Se mueve al paso vivo de una infantería acostumbrada a las marchas veloces, que los comandantes españoles han impreso como sello a sus operaciones, victoriosas a lo largo de catorce años en suelo peruano. Es un gran ejército aquél, parte apenas del gran conjunto de las fuerzas al mando del virrey La Serna.

El movimiento de Canterac llega a conocimiento del Libertador

a través de las veloces postas montoneras. La ruta que trae lo llevará irremisiblemente a la pampa de Junín, amplia llanura que, al prolongarse hacia el norte, halla la laguna del mismo nombre, más conocida en la región como Laguna de Reyes. Allí el camino se bifurca en dos ramales que bordean la concavidad acuática por oriente y occidente. ¿Cuál de estas dos vías tomará el ejército español?

Bolívar reflexiona: si avanzan por la margen oriental de la laguna, esta ruta más corta los llevará en profundidad, hacia lo que podría ser el objetivo de su avance, presumiblemente los asentamientos del ejército libertador al norte de Pasco, sobre la región de Quilloco, Rancas, Sacramento. Si la occidental, más larga, tardará más en cumplir el aparente propósito exploratorio del movimiento.

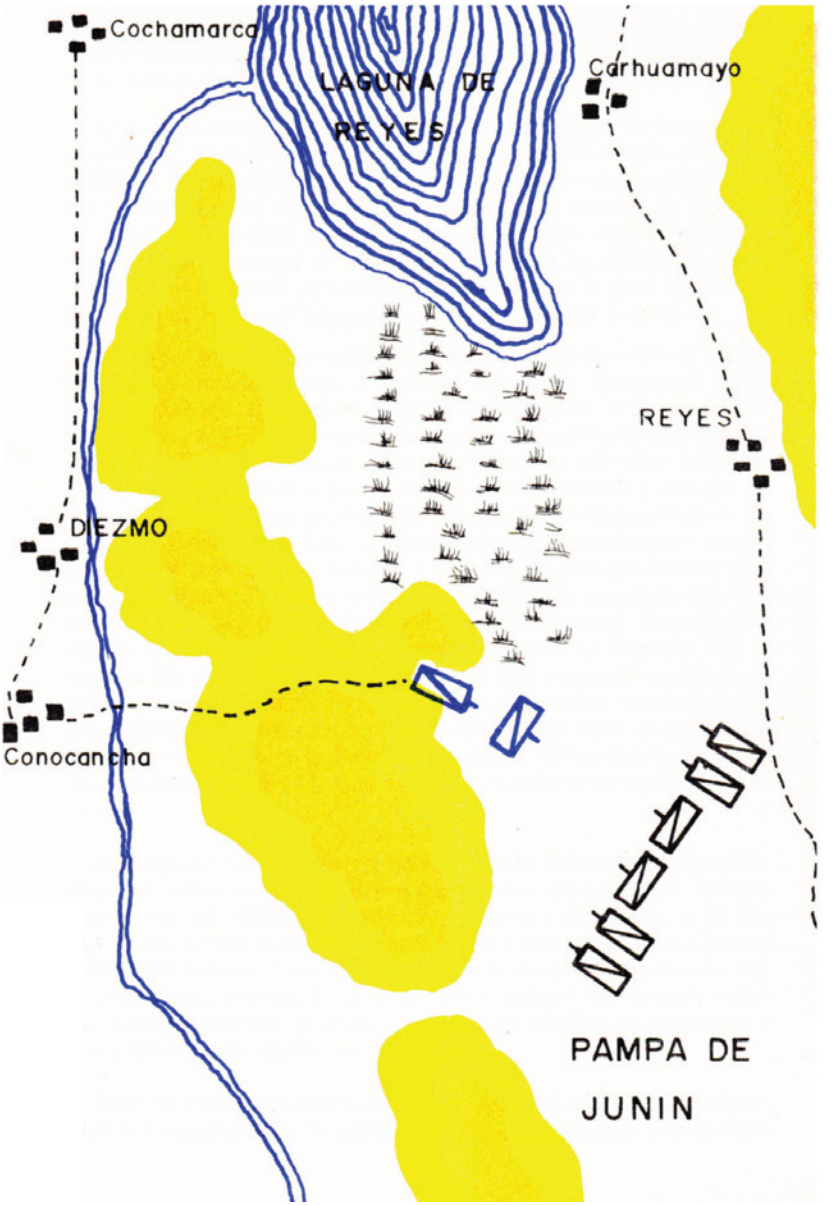
Para él y su ejército las perspectivas son las mismas, pero la ruta occidental tiene dos ventajas: la protección del flanco que ofrece el río Mantaro para un movimiento que sería al contacto, caso de que Canterac también la elija. Y, más importante aún, esa ruta permite eventualmente ganar la espalda del adversario, separarlo de Lima y, si las cosas andan bien, de su propia retaguardia en el sur.

Así, desconociendo aún cuál será el eje de progresión de su adversario, Bolívar elige la ruta occidental. Canterac, ignorando completamente la realidad de su adversario en cuanto a ubicación y movimiento, adopta la ruta corta del oriente.

El día 5 de agosto ambos ejércitos han avanzado en direcciones opuestas. Los republicanos por la margen occidental, hacia el sur, los realistas por la oriental, hacia el norte. Al anochecer, el general Canterac, que ha dejado las divisiones de infantería de Maroco y Monet en Carhuamayo, más o menos hacia la parte céntrica de la laguna en sentido longitudinal, alcanza la población de Pasco, sobre las estribaciones del macizo, en clásico reconocimiento de caballería. Allí se entera, con asombro, de que *todo el ejército* enemigo ya pasó por esa localidad en marcha hacia el sur.

En efecto, Bolívar ha alcanzado esa misma tarde la población de Conocancha, sobre la margen occidental del río Mantaro, bastante al sur de Carhuamayo. La posibilidad de salir a la espalda del realista,

Mapa N°14



Batalla de Junín

pese al río interpuesto entre ambos, se presenta con perspectivas alentadoras para Bolívar, angustiosas para Canterac.

Los datos recogidos por Canterac en Pasco lo inducen a regresar esa misma noche a Carhuamayo, donde se reúne de nuevo a su infantería y prepara el movimiento hacia el sur para las primeras horas del 6 de agosto. En Conocancha, al otro lado del lago, Bolívar ha dispuesto hacer lo mismo, quebrando la dirección del movimiento que venía siendo norte sur, en noventa grados hacia el este, para salir a la pampa de Junín. La distancia tanto de Conocancha como de Carhamayo al pueblecito de Reyes, clavado como espina en la retaguardia de Canterac, es igual para ambos ejércitos: unos 35 kilómetros. Si Bolívar se apresura, podrá salir a la pampa de Junín cuando su adversario esté llegando a Reyes.

Canterac, sin embargo, está apurado por recuperar su frente normal y evitar el corte de sus comunicaciones. Sale de madrugada, al paso veloz de su infantería habituada a marchas forzadas de larga duración. Bolívar se retarda algo en el cruce del Mantaro. Así, cuando por el abra de Chacamarca su descubierta de caballería divisa la llanura, bordeada al norte por los pantanos que prologan la Laguna de Junín, ya la retaguardia constituida por la caballería de Canterac ha terminado de desfilar frente a dicha abra y se aleja hacia el sur. La oportunidad de salir a la retaguardia del adversario se ha perdido, quizá por dos horas, por una, por ese impreciso lapso que separa los hechos posibles y cambia su curso.

La caballería patriota precede al movimiento del ejército y, merced a su mayor rapidez de marcha, se ha separado cerca de diez kilómetros de la cabeza de la infantería. El escuadrón que encabeza la columna desciende ya de la apertura rocallosa de Chacamarca, para ganar el paso angosto entre el pantano y las primeras alturas. Se despliega en línea para encubrir el arribo del resto de la columna y posibilitar su despliegue de la formación profunda a la lineal. Es decir, de la formación de marcha a la de combate.

Apenas se está cumpliendo el proceso de cambio de formación al cabo del descenso hacia la llanura, cuando Canterac divisa la salida de los republicanos “ a la derecha de mi retaguardia” como habrá de decir en su parte de batalla. Su orgullo de general de

caballería, la ciega confianza que tiene en los regimientos que son su obra personal en el ejército hispano, lo decide dar una lección inolvidable a aquella otra caballería de la cual han llegado hasta el Perú mil leyendas sobre sus cargas homéricas.

En pocos minutos, a toques de clarín que vuelan con el viento sobre la pampa abierta. Dragones del Perú, Dragones de la Unión, Húsares de Fernando Séptimo, adoptan la formación lineal de carga. Nuevos toques de clarín. Avanzar ¡al trote…! ¡Al galope…! Dos kilómetros separan todavía la soberbia línea española, formada con cuatro escuadrones de frente y dos de reserva ubicados sobre las dos alas, dispositivo adecuado para un doble envolvimiento. Dos kilómetros son demasiado para un galope lineal, propenso al desorden, a la fatiga que produce la altitud de cuatro mil metros sobre el nivel del mar; cuando una vez se cubran, habrá que enredarse en combate mortal. Pero Canterac es impulsivo. Confía en aquellos jinetes de España. En sí mismo. En la victoria. Desea golpear una vez más aquellos rebeldes a quienes viene derrotando por cinco años desde que llegó a Venezuela. No desea dar tiempo a que toda la caballería enemiga descienda a la llanura. Es mejor arrinconarla allí mismo y despedazarla para que no pueda hostigar su marcha hacia el sur.

Son las dos de la tarde de aquel límpido 6 de agosto de 1824. Hay sol sobre la llanura grisácea, que así destaca más vívidamente los coloridos uniformes de húsares y dragones, a la vez que de los aceros desnudos y de las limpias moharras de las lanzas saltan mil reflejos fugases, que dan a la carga imponente la trágica, soberbia belleza de la caballería al galope, devorando sabana en trepidaciones de cascos que imitan redoble de tambores y eco profundo de timbales.

Bolívar presencia, desde la parte más alta del abra, el espectáculo formidable de la carga, ante la cual parecen minúsculos sus propios escuadrones, afanados por ganar la llanura y disponerse para hacer frente a aquel alud que se les viene encima, dejando a sus espaldas el polvo arremolinado que arrancan los cascos de la dura cubierta de la puna.

Los Granaderos de Colombia, que han venido como vanguardia

en el movimiento, alcanzan el borde mismo del pantano al mando del mayor Felipe Brown. Les sigue el segundo escuadrón del mismo regimiento, que también alcanza a desplegar su línea. Los demás escuadrones cambian precipitadamente sus mulas de marcha por los caballos de guerra. El escuadrón Granaderos de los Andes, argentino, toma la formación enseguida de los colombianos, encajonado, sin posibilidad de un frente ancho para contener la embestida del contrario que acorta distancias velozmente. Los Húsares de Colombia siguen a los Granaderos. Ya no hay tiempo para más. El resto de la caballería desciende aún el abra, encolumnados porque el terreno no da para más...

Los granaderos aguardan a pie firme. Cien metros, ochenta, sesenta, cuarenta. Las lanzas llaneras ascienden para formar un erizo de acero, amenazadoramente tendido hacia aquella masa al galope que, súbitamente, se contiene hasta frenar a quince escasos metros de distancia. Es entonces, y sólo entonces, cuando los Granaderos atacan, casi de un salto. Arremeten tendidos sobre los cuellos de sus caballos para prolongar aquellos dos metros de caña flexible terminados en punta de hierro forjado. Lo imprevisto suele desconcertar en el combate. Y aquello ha sido imprevisto. La caballería atacaba al galope. El choque era entonces culminación del movimiento de dos masas que multiplican su fuerza por el ritmo de la carga a fin de romper y penetrar la línea adversaria. ¿Dónde se ha visto que otra caballería aguante a pie firme y tan sólo en el último instante rompa al galope contra una línea abrumadoramente superior? Los granaderos de la Guardia lo hacen así. Y la sorpresa hiende, tanto como las lanzas enristradas, todo el centro del frente español, hasta abrirse paso y salir a la llanura abierta, detrás de la masa que parecía impenetrable.

Se arremolina parte de la línea española al cambiar de frente. El resto carga contra el segundo escuadrón de Granaderos que repite el ataque, saltando hacia adelante como un resorte. Entran los argentinos del Granaderos de los Andes, con el propio Necochea, comandante general de la caballería patriota. A despecho de la sorpresa, la ventaja es aún de Canterac, favorecido por el número y por el amplio despliegue que le permite accionar sobre aquella escurridiza caballería enemiga, que tan pronto huye en desorden como, intempestivamente, vuelve caras, eleva las lanzas mortales

y repitiendo la proeza de las Queseras del Medio, hiende de nuevo las pesadas formaciones del rey.

Miller, con los dos primeros escuadrones de Húsares del Perú, imposibilitado para alcanzar el frente de lucha cegado por las formaciones colombianas que van ganando la planicie, no tiene otro recurso que lanzarse por el pantano en busca de espacio para luchar. Tan sólo se ha comprometido el último escuadrón de Húsares peruanos que ha venido cerrando la marcha. Al mando del teniente coronel Suárez, espera serenamente el instante propicio. Este llega por fin cuando el grueso de la caballería de Canterac maniobra en conversión, persiguiendo a los Húsares de Colombia, que han logrado por fin ganar la llanura. El flanco de los perseguidores queda expuesto. El teniente coronel argentino al mando de los Húsares peruanos advierte su gran oportunidad y se lanza en formación densa, golpeando como un ariete el flanco y extrema retaguardia de la maniobra realista.

Es el momento decisivo del combate. Este ha dejado de ser el choque ordenado de las primeras fases, para diseminarse en un conjunto diluido de grupos que se embisten entre sí con fiereza. No hay una detonación sobre el campo. Duelo mortal de lanzas, de sables desnudos, sobre cuyo forcejeo brutal emergen tan sólo gritos, denuestos, imprecaciones, alaridos, estertores, relinchos de dolor y de muerte, toques de clarín que animan a proseguir la lucha con renovado coraje.

La carga de los Húsares del Perú ha tenido efectos decisivos. Su ataque compacto en dirección insospechada, desarticula la aún coordinada maniobra del cuerpo realista, cuyo flanco golpea y penetra. En los choques dispersos los lanceros colombianos y argentinos llevan la mejor parte. Miller logra salir del pantano y llevar sus dos escuadrones de Húsares a la brega.

El choque de caballerías se había iniciado a las cuatro de la tarde. No son aún las cinco cuando, súbitamente, el pánico cunde en la vistosa caballería del rey.

"En este instante, sin poder imaginarse cuál fue la causa, volvió grupas nuestra caballería y se dio a una fuga vergonzosa, dando al

enemigo una victoria que era nuestra", dice Canterac en su parte de batalla al virrey.

Pero si el conturbado comandante realista no se explica el porqué su caballería se dio a la fuga, tampoco puede el analista militar explicarse el porqué de la retirada subsiguiente que ese mismo jefe ordena y realiza después del combate. Su infantería está intacta. Su artillería no ha efectuado un disparo. Todo lo que hay que hacer en tales circunstancias es buscar una línea fuerte de las que el terreno brinda en abundancia, afianzar allí el grueso no comprometido de ese ejército aún poderoso y obrar sobre la caballería con toda la enérgica decisión de un verdadero comandante, para devolverle el espíritu desmoronado en una hora escasa de lucha. Un nuevo reto, la prueba de otra confrontación inmediata en la que húsares y dragones volvieran por su honor y rescataran de la vergüenza sus fueros de soldados del rey, hubiese sido preferible a aquella retirada empavorecida que no hace sino prolongar la derrota y afectar, quizás irremediablemente, la moral de lucha de todo un ejército.

El hombre no se prueba sino en los reveses, y la estatura del general se mide en las derrotas. Es allí, en horas de hundimiento y de dificultad, donde el ser común desaparece, al paso que se agigantan los espíritus fuertes. Canterac probó en Junín que no era ni general en el amplio sentido de un término que implica saber luchar, sobreponerse a la derrota, resurgir del revés que la guerra depara, ni alma vigorosa capaz de cobrar nuevos alientos del fracaso transitorio, que un hombre y un guerrero deben ser capaces de convertir en nuevo impulso de superación.

Los lucidos escuadrones, orgullo del comandante realista que los formó, parecen llevarse en su derrota la personalidad misma del jefe que había puesto en ellos toda su fe. Atrás quedan 248 bajas y 80 prisioneros, mientras que en la caballería patriota hay 45 muertos y 99 heridos. Pero no es el balance desfavorable lo que indica la magnitud del inesperado revés. Es la ruptura interior de la moral. El quebrantamiento anímico de unas tropas para las cuales una victoria fácil se transforma inesperadamente en derrota abrumadora.

Junín viene a ser el castigo que las leyes inexorables de la

guerra aplican a un comandante imprevisor, falto de espíritu y de agresividad, inactivo por largos meses dentro de la idea errónea de que su posible adversario se halla fuera de combate. General de caballería como lo era, Canterac no saca partido alguno de un arma de exploración lejana, cuya fortaleza material la capacita para conducir operaciones en profundidad al norte del Macizo de Pasco, en indagación oportuna de la actividad y capacidades reales de su adversario.

Cuando, tardíamente, el general realista efectúa lo que meses antes habría sido fructífero, desciende del gran error estratégico a otro equivalente en el orden táctico: al llegar a la bifurcación de caminos que continúan hacia el norte desde el vértice de la Laguna de Junín, ha debido estacionar la infantería en posiciones sólidas, quizás al norte de la garganta de Chacamarca, y conducir un doble reconocimiento de caballería por los dos caminos que bordean la laguna, hacia territorio enemigo. El contacto inevitable por el occidente, hubiese conducido entonces a la batalla preparada, sobre terreno elegido de antemano por el realista.

Cuando por fin, Canterac se adelanta con la caballería sobre el eje oriental, ya Bolívar lo ha rebasado en su movimiento hacia el sur. La rigidez mental del jefe realista lo aproxima allí a Barreiro, en su afán de recuperar el frente y conjurar la amenaza sobre sus comunicaciones. Sin embargo al regreso, en movimiento de celeridad impresionante, consigue su propósito. Pero prosigue hacia el sur con todo el ejército y tan sólo se decide a utilizar el arma cuyo empleo domina, al advertir que los jinetes enemigos descienden al espacio abierto. Lo indicado habría sido, al sobrepasar la población de Reyes (hoy Junín), desprender un reconocimiento de caballería por la ruta occidental de la laguna y aguardar, con el resto del ejército, la llegada de la columna patriota a la angostura de Chacamarca para envolverlo por ambos flancos y batirlo frontalmente con la artillería.

Nada de esto pasó por la ofuscada mente del general, que así sacrificó sus promisorias posibilidades tácticas para haber acuñado una victoria. Oficial de caballería, demostró desconocimiento de las otras dos armas de que disponía su fuerza. Y derrotada aquella, perdió la cabeza, se retiró con imperdonable premura, angustiado

por la posibilidad de una persecución que no ocurrió y sin conciencia clara de lo que podía hacer para remediar el percance, cuando el grueso de su ejército estaba intacto.

El Itinerario de aquella retirada refleja bien el desquiciamiento sicológico del comandante, que la impone a su ejército, en vez de hacerlo luchar de acuerdo con las circunstancias. El 7 de agosto alcanza a Jauja. El 8 a Huayacachi. El 11 ya está en Huando, sobrepasa a Izcuchaca, donde destruye el puente como si lo persiguiese el demonio. El 22 alcanza a Huamanga por la ruta de Acobamba y Huanta, pero solamente se anima a cobrar resuello una vez cruzado el río Pampas, cuya corriente caudalosa le permite recobrar algo de confianza. Tal parece que una derrota decisiva la hubiese precedido, y no el combate infortunado de una fracción del ejército. Se abandonan bagajes, se pierden hombre rezagados en las marchas extenuantes, cunde la deserción en las tropas y el espectáculo desmoralizante afecta el alma realista de una población que contempla su ejército en fuga sin sentido.

En el campo contrario, Bolívar ha obrado con acierto desde la marcha encubierta que conduce a la concentración de todo el ejército tras el Cerro de Pasco. El movimiento escalonado es la prueba final del proceso que cuajó aquel soberbio instrumento de lucha.

Una vez conocida la aproximación del enemigo, la selección de ruta hacia el contacto es la más acertada, lo cual coincide con el error de Canterac al no reconocer ambos costados de la laguna. Así, cubierto su flanco por el río Mantario, y con la suerte en su favor, el comandante republicano marcha tranquilo hacia lo que no sabe aún si será el contacto o la salida a la retaguardia del adversario.

Se abre aquí un interrogante de cuya respuesta depende la comisión de un error operativo o la conducta calculada de Bolívar. ¿Por qué, a diferencia de lo ocurrido en otros éxitos anteriores, se detuvo el guerrero, siempre impetuoso, a celebrar el triunfo en la población de Reyes, en lugar de abalanzarse de inmediato a la persecución? La respuesta es de todas maneras un tanto adivinatoria, pero vale la pena ensayarla en busca de penetrar el pensamiento del general victorioso.

Una primera hipótesis sería la de que *el Libertador no midió*

las consecuencias que el suceso produciría en el ánimo del comandante enemigo. El simple choque de caballerías que enmarca a Junín como combate, hubiese sido para él un simple revés, no una derrota importante. Colocado en lugar del contrario, no cabía bajo la lógica militar que del revés adjetivo se desprendiese toda una conducta estratégica de abandono y derrota. Por lo tanto, aventurarse en territorio hostil y bajo control de un ejército fuerte, cuyo escalonamiento en profundidad desconocía en aquel momento, podría significar un revés ulterior que anulase los efectos del éxito.

Una segunda sería el convencimiento de *la imposibilidad en que se hallaba, de dar alcance al fugitivo,* dada la velocidad de marcha de éste con tropas habituadas a las grandes alturas, moviéndose por territorio propio, en tanto él debería proceder con las precauciones adecuadas a esa misma circunstancia.

Por último, quedaría la *impreparación logística para conducir una campaña en profundidad,* dentro del territorio adversario, lo que requiere etapas lentas, cuidadosamente preparadas, que podrían producir acción simultánea de combate contra un enemigo que se reforzaría a medida que hallase apoyo en el resto del ejército, y de consolidación sobre los pobladores por lo general adversos a la causa de la República.

Quizás en la mente del Libertador obró en aquel momento una combinación de estas tres posibilidades, aunque la primera parece la más acorde con lo acaecido. De todas maneras, la conducta del guerrero en esta hora triunfal no es la misma de épocas anteriores, lo cual reafirma la tesis sostenida en el presente estudio: ese guerrero impetuoso, impaciente, siempre a la caza de oportunidades para convertirlas en victorias, ha dado lugar paulatinamente al militar cauteloso, prudente, que sopesa posibilidades y no arriesga ventajas. El Bolívar de la Campaña admirable y de las embestidas sobre Caracas en años subsiguientes, no hubiese dejado escapar de sus manos esta oportunidad excepcional de definir la guerra. El de 1824 no se apresura ni arremete. Sabe lo que significa una campaña por territorios desconocidos y hostiles, donde la resistencia humana se mide en otras escalas y los factores sicológicos de los pueblos tienen diferente incidencia.

Quienes reprochan a Bolívar el no haber perseguido a Canterac hasta destruirlo, quizá no aprecian el cúmulo de circunstancias aquí expuestas. El Libertador no podía suponer que su adversario se derrumbaría de tal manera, por un percance táctico remediable, episodio apenas de una lucha que sería larga y en donde la constancia, la tenacidad, el talento, la voluntad, terminarían por definir la victoria.

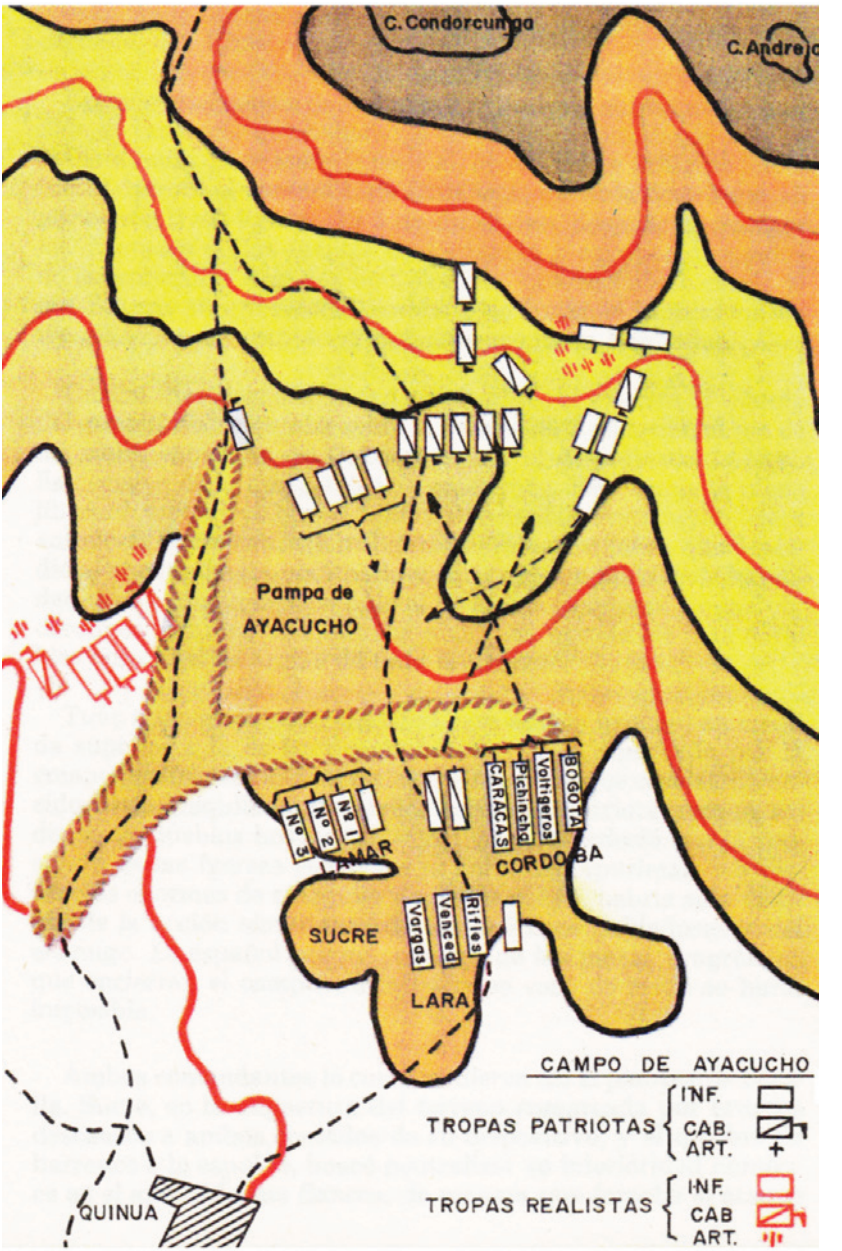
En Junín concluye virtualmente la trayectoria guerrera del Libertador, fusionada ya en la del político que tratará de llevar a la realidad su inmensa quimera americana. Sus acciones posteriores a la victoria allí obtenida ya lo indican. Avanza hacia el sur, pausadamente, desentendido del enemigo en fuga para asentar su autoridad política sobre los pueblos que halla al paso. No hay allí la explotación militar del éxito sino el afianzamiento del dominio político sobre un territorio ganado por la acción de armas, pero que ahora es preciso conquistar para una causa, que en las gentes de la extensa zona donde jamás habían imperado las enseñas libertadoras, no tiene arraigo alguno.

Así, precedido por los montoneros terrígenas que informan, hostigan la retaguardia del fugitivo y aseguran el propio avance, el ejército libertador se desplaza pausadamente siguiendo las huellas de la retirada. Al llegar a Huamanga el 24 de agosto se entera de que Canterac se ha detenido por fin a cubierto del río Pampas y, ya en septiembre, averigua que ha interpuesto aun mayor distancia al replegarse detrás del Apurímac, donde el virrey y el propio Valdés podrán acudir en su apoyo. Buscarlo implica una nueva campaña que, en concepto de Bolívar, solamente se podrá emprender hacia comienzos de 1825, superada la estación lluviosa y una vez se reciban las tropas colombianas con que se espera elevar la potencialidad del ejército para igualarlo numéricamente con las fuerzas del rey.

Los *Montoneros* han llegado hasta la ribera izquierda del Apurímac, mientras el grueso conformado por la infantería se ubica en torno al río Challhuanca, sobre el cuadrilátero delineado por las poblaciones de Sanaica, Capaya, Saraya y Pichirhua.

La caballería Colombiana, buscando condiciones para mantener

Mapa N°15



Campo de Ayacucho

adecuadamente sus ganados, cubre la avenida de aproximación hacia Mamara, entre Taparihua y Soraica.

La caballería Peruana, por las mismas razones, se instala sobre la ruta hacia Antabamba, aguas arriba del río Challhuanca[19].

Ante la quietud que la situación abre como un paréntesis de tiempo y circunstancias, el Libertador decide desplazarse a la costa, donde se trasladaría el centro de gravedad de la política peruana, con Lima como centro focal.

Como consecuencia de la derrota en Junín y subsiguiente pérdida de territorio que había sido de su pleno dominio, el mando realista hubo de evacuar la capital, no sin haber infligido antes fuerte derrota al coronel Luis Urdaneta quien la ocupó con algunos efectivos ligeros. El 5 de diciembre, después de recoger los dispersos de las fuerzas de Urdaneta y agrupar rezagados de las columnas llegadas de Colombia, que se habían unido al ejército con anterioridad al combate de Junín, el Libertador entró a Lima para establecer definitivamente la República.

Cuatro días después, el 9 de diciembre, el ejército al mando del general Sucre libraba sobre la pampa de Ayacucho, al pie de las moles enhiestas del Condorcunca y el Andrejasta, la batalla decisiva de la independencia americana. Recobraba la plena libertad operativa que el Libertador habíale restringido hasta entonces, Sucre condujo brillantemente la maniobra que precedió al choque hasta plantearlo y dirigirlo con admirable habilidad. Fue el duelo librado bajo el "Nido de Cóndores", que Condorcunca significa en el idioma aborigen, uno de los más notables episodios de armas de toda la guerra.

Tuvo a la vez carácter decisivo para ambos bandos, en medida superior a la de las demás batallas de la contienda por la emancipación. Cualquiera de los dos ejércitos que resultara vencido, sería aniquilado irremisiblemente. El patriota porque, rodeado de pueblos hostiles cuyo realismo reverdeció con la presencia de las fuerzas españolas al norte del Apurímac, y a distancias enormes de cualquier punto de apoyo, habría sido víctima de la acción

19 De la Barra, ob. Cit., pág. 167.

simultánea de los belicosos pobladores y del enemigo. El español porque, delante de las masas orográficas que encierran el campo, su retirada en caso de revés se haría imposible.

Ambos comandantes lo comprendieron así al plantear la batalla. Sucre, en la angostura del terreno enmarcada por bruscos descensos a ambos costados de su dispositivo, y el quiebre de barranco a la espalda, buscó neutralizar su inferioridad numérica en el apoyo de sus flancos, de manera que forzaba el ataque frontal del adversario, pero al mismo tiempo se comprometía a muerte en la acción. La Serna, tanto por los accidentes a su retaguardia como por el plan mismo de la batalla, no tenía retorno en la ruta elegida: presión de su ala derecha (general Jerónimo Valdés) sobre la más débil de las divisiones republicanas (general La Mar con la Legión y batallones peruanos), seguida de embestida frontal con la más numerosa de sus divisiones (Monet) y la caballería. Villalobos por la izquierda, con la más débil de las divisiones, debería hostigar con un solo batallón, dejando dos de reserva general.

A más del talento militar con que Sucre planteó la batalla y el aplomo con que supo conducirla, brilla con luz propia sobre la pampa de Ayacucho la carga formidable del joven general colombiano José María Córdoba, al frente de la Segunda División. Cuatro batallones en columna, Bogotá, Pichincha, Voltígeros y Caracas, avanzando, armas a discreción, bajo el súbito aliento de una desconocida voz de mando. Un comandante divisionario de 25 años que echa pie a tierra para atacar como infante después de emitir un grito heroico. El ímpetu de tres mil hombres electrizados por el ejemplo de su iluminado general. El son de un bambuco que remplaza en los bronces de la banda militar el himno patrio aún no escrito ni compuesto, conforman epílogo de terrible belleza a la trayectoria guerrera del Libertador.

Han caído muchos años sobre la pampa solitaria, donde otro sangriento episodio de armas, librado por los incas siglos atrás, le mereció el sonoro nombre que en lengua quechua significa *Rincón de los Muertos*. Pero aún parece que la voz vibrante de Córdoba alzara su grito sobre un silencio de viento yd e disparos, cerrando para la posteridad la última batalla de la emancipación, que recoge en rública victoriosa toda la gloria de Simón Bolívar.

X. ASI FUE EL GUERRERO

Vórtice de angustia y desafío

El veloz recorrido efectuado por el denso itinerario bélico de Simón Bolívar, rubrica las palabras liminares de este estudio, en el sentido como su inmensa obra humana emerge de la guerra donde tiene su génesis doloroso y sangriento. El campo de batalla es así para el libertador de cinco naciones lo que el laboratorio para el científico, el sereno ambiente de la biblioteca para el letrado o la alta torre abierta a la infinitiud del firmamento para el observador de las galaxias.

Ese campo de batalla es, nada menos, que la franja tropical de América. En su compleja vastedad concurren los elementos de la naturaleza para conformar uno de los ambientes telúricos más hostiles al hombre. Cubrir ese conglomerado de montañas, abismos y llanuras, en el que la geografía exhibe su máxima adustez, a la cabeza de ejércitos surgidos milagrosamente de montoneras elementales, constituye empresa de características únicas. Para realizarla se requirió la combinación de condiciones que configuraron la personalidad, excepcional también, de Simón Bolívar.

Tamaña aventura supone, antes que nada, vibrante vocación guerrera. El choque armado, donde quiera tenga ocurrencia, implica

fuerzas de tremenda capacidad destructora. Es combinación y contraste donde gravitan el odio y la generosidad, la vida y la muerte, la cobardía y el heroísmo, lo sublime y lo prosaíco, la victoria alucinante o la derrota sobrecogedora. Ubicado allí, sobre ese fondo tempestuoso de nubarrones y relámpagos, Simón Bolívar emerge en su poderosa contextura de luchador nato, atraído poderosamente por el vórtice de angustia y desafío.

Por ello, y porque tres lustros de una existencia breve e intensa transitan por ese formidfable teatro de lucha, quien hubo de vivirlos avocado a comandar ejércitos desde sus primeros pasos por el híspido sendero de triunfos y desastres, merece el calificativo primario de guerrero. Subyuga en Simón Bolívar esa disposición natural para el mando, que le permite llenar su título vacío de Coronel hereditario sin proceso alguno de aprendizaje metódico o formación profesional. Muchos otros, como el, se hicieron generales a fuerza de bregar en la contienda. Algunos desaparecieron cuando la derrota los consumió en su avalancha. Otros surgieron al lado del héroe, iluminada su ruta por los reflejos de aquél. Otros fueron sus émulos circunstanciales y sus subalternos, a medida que el genio los reducía a la penumbra.

Bolívar hubo de realizar un periplo saturado de arrecifes, aguas traicioneras, bajos invisibles, espacios torrentosos de poder aniquilante. Pero había nacido para la lucha y cada uno de aquellos obstáculos interpuestos en su camino, convertiáse para él en una razón más para alcanzar su meta. Se impuso a cuantos adversarios halló al paso. A la naturaleza dura e inclemente. A sus enemigos, caudillos surgidos como él de una de las más sangrientas y enconadas refriegas, en la historia salpicada de crueles episodios que constituyen la existencia del pueblo español. Enemigos que no alinearon tan sólo en el bando opuesto sino en el propio, en choque soterrado o abierto de voluntades, ambición, egoísmo, autosuficiencia, orgullo, aspiraciones de mando, de gloria y de grandeza.

La violencia sanguinaria que toda guerra trae consigo, alcanzó en Venezuela índices aterradores. A su llamado respondió Bolívar con idéntica dureza, pero, como todo lo suyo, en forma abierta y frontal, con un terrible acto de gobierno. El decreto de Trujillo no

fue otra cosa que la respuesta al reto que el enemigo le lanzaba, enmascarado en el usufructo de una autoridad real que se creía investida de poderes incontrolables para manejar la vida y la muerte. A la providencia del Libertador habían precedido crueldades sin cuento, sevicia inútil y bárbara, que él jamás auspició en sus propias filas. Recurrir a tan drástico expediente fue a la vez una amarga necesidad del momento, pero más que todo, un camino para abrirle a su revolución cauces definidos por los cuales pudiese conducir multitudes a la victoria.

La distancia entre el luchador que emerge de su propia juventud intrascendente para emprender la jornada de proporciones sobrehumanas, y el militar estructurado en los dominios del arte bélico, tiende un abismo que él ha de llenar acumulando experiencias tan duras como aniquilantes, hasta sobreponer a su naturaleza guerrera el intelecto necesario para delinear campañas enteras y concluirlas con el manejo cerebral de la batalla decisiva. No es fácil precisar dentro de esa mutación gradual las condiciones que mejor capacitaron a Simón Bolívar para colmar semejante vacío, en medio de dificultades y desastres que difícilmente hallan paralelo en la historia.

En América, tan sólo José de San Martín se atrevió a columbrar una hazaña de magnitud comparable, que dejó inconclusa cuando su recorrido libertario se cruzó con el de Bolívar. Hernán Cortés, Francisco Pizarro, Gonzalo Jiménez de Quesada, Pedro de Alvarado, los exploradores y conquistadores del continente salvaje descubierto por la aventura de las tres carabelas, escribieron hazañosas historias de prodigio. Se enfrentaron a lo desconocido a la cabeza de grupos minúsculos de soldados de fortuna, pero la misma brevedad de sus campañas contra naciones enteras indican la forma como ellas se derrumbaron virtualmente sin lucha, ante la combinación de caballos, armaduras y pólvora, frente a la superstición, el temor reverencial hacia los advenedizos, aun las profecías misteriosas que en el Imperio Azteca el más guerrero de todos se habían hecho sobre la llegada de aquellos hombres blancos en sus naves extrañas. El desequilibrio de poder en tales circunstancias, así como la magnitud de los espacios geográficos abarcados por los conquistadores, no admiten comparación con la gesta libertadora. Washington en el Norte no debió enfrentar el

salvaje escenario tropical ni la orografía enloquecida que sirvieron de marco a la epopeya bolivariana. Y nadie cubrió extensiones tan amplias ni de características tan violentas como las que Bolívar desafió en su tempestuosa trayectoria.

Resulta fascinante seguir esa trayectoria. No se sale del asombro. Por fuerza ha de caerse en paralelismos con los grandes conductores militares de la historia, más afortunados sin duda en el conjunto avasallador de sus victorias cuya secuencia deslumbradora termina muchas veces en una sola derrota. La última, a la vez la primera. O no la sufrieron jamás, con lo cual no hay posibilidad de medir la capacidad excepcional de resurgir del hundimiento, que hace de Simón Bolívar un caso de prodigio. Quizá de esa característica del guerrero por excelencia, para quien la lucha sólo termina con la muerte, deba partirse como base de análisis sobre la psiquis de fuego que pudo servir de forja a semejante fenómeno humano.

La esencia del guerrero

El *poder de la voluntad* emerge sobre todo el súmmum de cualidades y defectos sin términos medios que en Bolívar resultarían imposibles de cuyo conjunto surge el genio. El juramento en el Aventino definió una vida. El propósito indomable de alcanzar la meta trazada en ese instante de delirio, hizo posible la obra monumental. Salvador de Madarriaga no puede menos de elogiar esa dura arista del luchador cuando, al referirse a la imprecación del futuro Libertador en el atrio de la catedral de Caracas, despedazado por el terremoto, señala:

"Bolívar expresó aquel día, con las palabras que ofendían a su acérrimo enemigo por su impiedad y extravagancia, aquella su fuerza de voluntad, aquella su tensión diabólica de Prometeo americano que fue el verdadero secreto de su grandeza"[1].

Este reconocimiento del biógrafo implacable del Libertador es el mejor homenaje a la condición máxima de su alma gigantesca. Examinando el conjunto demoledor de sus derrotas y fracasos se advierte cómo en los abismos es donde el temple acerado de un

1 Madariaga, ob. Cit., pág. 340.

espíritu superior halla sus mejores momentos. Allí se aprecia cuanto Bolívar odia extraer de su lumbre interior en la inflexibilidad de una determinación. Es quizá lo más admirable en un hombre que reunió en su existencia tantos aspectos dignos de admirarse, para concluir con Madariaga que allí reside el génesis de su grandeza.

Fue su voluntad la que acabó por prevalecer sobre el arriscado conjunto de caudillos que se disputaron la jefatura revolucionaria. No fueron pocos. En cada uno de ellos ardía el mismo fuego. Guerreros de alma y cuerpo. Hombres de talla hercúlea. Voluntades poderosas. Ambiciosos por impulso natural y por pasión de gloria embriagante. Cuando la perspectiva del tiempo ha dado a cada hombre su lugar en la historia, no es difícil hallar la estatura de quienes en determinado momento se enfrentaron por la primacía en cualquier aspecto de la competencia humana. Pero en un conjunto de rivales, fuerte todos e inspirados en razones equivalentes, no suele darse el caso de que se reconozcan prioridades ni se acepte la verdad del ser superior. Lo que terminó elevando a Bolívar muchos codos por encima de todos sus competidores, fue esa voluntad formidable que lo hacía sobreponerse a los descalabros, con fuerza y brevedad desconcertantes, mientras ante tropiezos comparativamente menores los demás se sumían en largas pausas de oscuridad o desaparecían para siempre.

De esa voluntad de hierro se deriva la energía irradiante que acompaña todas las empresas del Libertador. Ese extraer recursos de la nada, ese improvisar ejércitos en medio del desaliento, ese insuflar ánimo cuando la desintegración comenzaba a derrumbarlo todo como castillo de arena al embate del viento, no es otra cosa que el trasunto de la voluntad transformada en energía. Así se advierte en el derrotado de Puerto Cabello cuando se lanza a la aventura gigantesca de reconquistar a Caracas, a la cabeza de doscientos hombres que difícilmente podrían llamarse soldados. Luego en el cerco de hierro que se tiende a su alrededor el año 14, cuando las victorias efímeras se disuelven en humareda de derrota. Y así a lo largo de la ruta sangrienta, en el éxito o en el fracaso, en la victoria duramente disputada o en la derrota que abruma y hace sucumbir al hombre corriente.

Es una energía dinámica, similar a la de las descargas eléctricas.

Nada puede encadenarla. Invisible como éstas, reviste manifestaciones soberbias cuando se libera tras larga acumulación. Es entonces cuando prueba su formidable poder. En la metamorfosis ascensional que lleva a Simón Bolívar de los inciertos predios del guerrero a los luminosos del general triunfante, se produce la sublimación progresiva de todas sus condiciones innatas de gran conductor. El proceso incluye la racionalización de esa energía desbordante que lo hacía impetuoso en demasía y lo llevó a situaciones entre comprometidas y desastrosas. Es así como, en la preparación de la campaña que culmina con la victoria de Junín, se remonta del abismo de Pativilca para cumplir uno de los más acabados trabajos de forja militar, con la creación del instrumento que habría de hacer posible tan brillante culminación.

Tenacidad y persistencia son parte de la manifestación externa de esa recia voluntad. Tan fuerte son en el Libertador, que a veces adquieren formas obsesivas. Así, cuando embiste empecinadamente sobre Caracas en una serie de intentos frustrados, que lo obnubilan hasta el extremo de recortar el vuelo de su imaginación, tan fértil cuando avizora posibilidades sin sujeción a propósitos predeterminados. La Campaña Admirable del año 13 tuvo a Caracas como objetivo final y su defensa, una vez conquistada, consumió todas las fuerzas que pudo arrancar de la extenuada provincia con esa su energía desatada. Las dos expediciones de Los Cayos buscaron afanosamente la capital de Venezuela y solamente al no poder alcanzarla se decidió por la Guayana. Aunque como simple cimentación de su estrategia ligada a la ciudad natal, sobre la cual vuelve el año 18, que es el de su gran obsesión caraqueña, prolongada hasta los primeros meses del 19.

¿Por qué esa obsesión por Caracas? Sin duda había un subfondo pasional. Bolívar amó profundamente su ciudad. Lo dijo en palabras emocionadas y lo demostró en hechos repetidos:

"Mil leguas ocuparon mis brazos, pero mi corazón se hallará siempre en Caracas; allí recibí la vida, allí debo rendirla; y mis caraqueños serán siempre mis primeros compatriotas. Este sentimiento no me abandonará sino después de la muerte".

Además de ese afecto profundo o quizá bajo su inspiración, Bolívar consideró siempre que la posesión de la ciudad jugaría papel

definitivo en la conducción de la guerra. Aun después del cerco perimétrico a que fue sometido el año 14, se negó a reconocer que la ciudad y el territorio que desde allí podría dominarse representaba poco en el sostenimiento del esfuerzo bélico. No había allí contenido humano ni de recursos en proporción equivalente al esfuerzo que implicaba sostener su posesión, bajo el asedio que podría montarse desde las provincias realistas a su alrededor. Pero más allá de la importancia militar y política que pudo asignar a la capital de Venezuela, lo devoraba el impulso de un propósito impuesto por su formidable voluntad y acrecido por cada frustración.

Es obvio que los factores políticos jugaban papel considerable en esa búsqueda ansiosa de la capital. En la mente de Bolívar, el guerrero nato y el político visionario anduvieron siempre superpuestos en forma que lo uno resultase fundamento de lo otro. Pero ante las demás capitales no demostró jamás el mismo empecinamiento. Si Bogotá hubiese sido Caracas, no habría esperado calmosamente entre los muros de Tunja a que Barreiro volase a recuperar la ruta de cierre, sino que, presumiblemente, se hubiese lanzado sin perder un instante sobre la codiciada presa. Tampoco por el dominio de Lima demostró apuro alguno. Perdida la ciudad por la defección de las guarniciones del Callao, se trasladó al norte, organizó el ejército y acometió la campaña libertadora del Perú sobre La Sierra, para dejar que Lima cayese por su propio peso, en un claro ejemplo de su madurez militar que quizás ante Caracas habría tenido diferente desarrollo.

La *voluntad*, como condición básica de un carácter, ejerce influencia predominante en la conducta militar de Bolívar. Es lo que, en primer término, produce el guerrero por encima y más allá de cualquier aprendizaje. La obra libertaria que el genio se trazó a sí mismo, implicaba inevitablemente la guerra. Para hacerla, Simón Bolívar no tuvo tiempo ni calma de prepararse metódicamente. Era coronel de milicias, lo que le daba acceso al mando superior en momentos en que la inspiración del líder constituía el camino para llenar el vacío de autoridad militar, en una lucha civil que apenas se configuraba confusamente entre la dirigencia criolla. Era un camino abierto al caudillismo puro, no a la ortodoxia militar que no podría tener cabida en aquella contienda elemental. Miranda bregó por disciplinar a la europea la hueste amorfa que surgió de

la Primera República. Y perdió la guerra. Bolívar la condujo luego en juego deslumbrante de temeridad, audacia, improvisación, aprovechamiento de oportunidades, y la ganó al cabo de un aprendizaje terriblemente duro.

Fue el aprendizaje del guerrero que pugnaba por convertirse en militar:

"Un vasto campo se presenta delante de nosotros, que nos convida a ocuparnos de nuestros intereses; y bien que nuestros primeros pasos hayan sido tan trémulos como los de un infante, la rigurosa escuela de los trágicos sucesos ha afirmado nuestra marcha habiendo aprendido con las caídas dónde están los abismos; y con los naufragios dónde están los escollos".

Así fue la realidad de su lucha. Mientras se enfrentó a otros improvisadores de la contienda, su ser guerrero se impuso hasta que la superioridad adversaria llegó a ser tan abrumadora, que bastó la derrota decisiva en la segunda Batalla de la Puerta, para hacer de su rauda campaña por Caracas uno de sus más grandes desastres.

Empero, ante militares estructurados como Morillo y La Torre, el guerrero hubo de transformarse. Ya no bastaba avanzar a saltos, en un inverosímil juego de audacias, para destruir y triunfar. En el choque de voluntades que es la batalla, intervienen otros factores que el soldado profesional sabe poner en juego y el guerrero debe aprender si no quiere ser arrollado. Allí es donde se inicia, precisamente, la evolución militar de Bolívar. Su poderosa inteligencia le permitió recibir y asimilar velozmente las lecciones de maestros bien versados en el arte, transformado por Napoleón en forma que desquició los patrones prusianos del orden oblicuo, y así el guerrero se adentró avasalladoramente en los ámbitos de la ciencia militar de su época.

En el juego de condiciones que dieron a Simón Bolívar sus primeras victorias y el renombre necesario para seguir brillando en el firmamento caudillista del trópico, a despecho de sus derrotas apabullantes, predomina la esencia misma del guerrero. La Campaña de 1813 no es otra cosa que un empleo magistral de la audacia inherente a quien ha decidido batirse en un campo desconocido y suple su falta de conocimientos con esa mezcla de

temeridad, improvisación y aprovechamiento de oportunidades que atrás destacábamos como esencia de sus primeras victorias. Tan amplio como recursivo empleo de cualidades guerreras le permitieron, inclusive, atropellar principios y desconocer mandatos de la experiencia acumulada en la historia de la guerra.

Así, cuando relata a Perú de La Croix en Bucaramanga lo más saliente de la Campaña Admirable, no vacila en decir que el pequeño número de sus tropas no le permitió hacer perseguir sobre sus flancos las partidas enemigas y que, una vez conquistada Caracas, pensaba aumentar sus ejércitos y oponer fuertes divisiones a los enemigos que durante la marcha se hubiesen rehecho. Es decir: el desconocimiento del principio de *seguridad* en la forma más grave, o sea exponiendo ambos flancos a un ataque, que, si no se produjo, fue porque el enemigo no estuvo a la altura mental de las posibilidades que él explotaba temerariamente.

Resulta de todo esto una cualidad indefinible que caracteriza a los grandes capitanes de la historia: la *intuición*. Aquí se entra al terreno de lo imponderable en su forma más sutil. La exposición, arriesgada hasta el extremo, de retaguardia y flancos que haría estremecerse a cualquier tratadista ortodoxo de la guerra, es el producto de ese adivinar lo que el enemigo habrá de hacer o de omitir en su comportamiento. Al ocultar su verdadera fuerza por medio de movilidad, rapidez y fragmentación de su minúsculo ejército, paraliza al adversario en orden a contrariar la ortodoxia, con lo cual el guerrero se perfila con prístina nitidez.

A las anteriores condiciones, fuerza es agregar la *combatividad* que Bolívar mostró en toda ocasión. Diríase que para él la lucha fue necesidad vital. Habiendo hecho de la guerra un camino sin retorno, halló en ella realización plena de su ser. Aun en periodos de relativa calma, como el del año 20, cuando la situación española, unida a la necesidad de preparar los medios requeridos por la campaña decisiva sobre Venezuela, impuso una pausa obligada, Bolívar no se dio reposo a sí mismo. Ha podido entonces colocarse al frente del gobierno recién establecido en Bogotá, a fin de dar dirección personal al manejo de la cosa pública. No lo hizo porque su natural guerrero le hacía preferir el ajetreo de los campamentos dispersos, a la calma de la ciudad.

Esta ansiedad de lucha se exterioriza tanto en el amplio campo de la guerra como en el más reducido del choque táctico. Como Presidente prefirió la conducción personal de los ejércitos con todos sus riesgos, vicisitudes, oscilaciones, a la del gobierno, lo cual manifiesta una vez más la prevalencia que en su temperamento en perpetua inquietud tuvo el choque de las armas sobre el manejo sedentario de la política. Caracas, Angostura, la Villa del Rosario, Bogotá, Quito, Lima, fueron tal sólo etapas de su peregrinaje guerrero. Momentos de reposo en el combate, jamás ataduras de alguna permanencia en su andar trashumante.

Si esta inquietud invencible se justifica a lo largo de la lucha por la independencia, comienza a perder algo de sentido después de Carabobo. Existía ya en el ejército republicano una pléyade de jefes capaces, formados en la dura escuela de la guerra, que habrían podido proseguir su obra libertaria. Si en aquel instante el político hubiera prevalecido sobre el militar, la lógica del gran papel de creador de naciones lo hubiese atado a la silla presidencial, desde donde habría podido manejar la guerra a distancia y realizar la consolidación de la gran República diseñada en Angostura. Prefirió la vida de campaña aun a sabiendas de que su organismo se resentía del esfuerzo prolongado bajo condiciones de extrema dureza, y afrontó el desafío que muchas veces pareció nublar su gloria ya adquirida, con las perspectivas de la derrota inminente.

Es claro que en este comportamiento no obraba tan sólo el sentido de primacía que tuvo para Bolívar el ejercicio de las armas sobre la práctica de la política. Quiso ser el único dentro de la gran dimensión del Continente. Su egocentrismo invencible no admitió rivales. Tampoco quiso tenerlos en la captura de la gloria, si bien es cierto que una vez dueño absoluto de ella la compartió generosamente con sus lugartenientes. Daba con gusto y prodigalidad, pero jamás hubiese permitido que se le arrebatase un solo fragmento de lo que se empeñó en conquistar a trueque de sacrificios enormes y de ingentes esfuerzos.

Esta preferencia por la vida terriblemente dura de la campaña militar sobre el Ande y la llanura, contrasta con sus aficiones por todo lo bueno que la vida podía depararle como hombre afortunado y general victorioso. Su gusto por el baile, su temperamento alegre,

la pasión amorosa que entremezcló nombres y rostros de mujer a su arduo camino guerrero, habrían podido anclarlo en las ciudades que se le entregaban cuando la gloria, convencida de la inutilidad de serle esquiva, cedió a su voluntad de posesión. Gozó lo indecible en aquellos breves momentos que le concedió la lucha y que él se permitió a sí mismo. Pero se arrancó de la seducción definitiva. No desvanecido del ambiente el tétrico atentado del 28 de septiembre, enfermo de cuerpo y alma por la conspiración que estuvo a punto de costarle la vida. El Libertador emprendió el camino del sur para conducir la guerra que el Perú había desatado bajo la ambición insana del mariscal La Mar.

Una vez más el guerrero vestía la armadura que comenzaba a enmohecer. La campaña se hallaba en manos seguras bajo el comando del mariscal de Ayacucho. La retaguardia, en cambio, aún podía peligrar en ausencia del jefe del Estado, bajo la férrea pero desacertada conducción de Urdaneta. Entre una y otra opción, Bolívar prefirió asumir el mando de un ejército que podía triunfar sin él como en efecto ocurrió , a permanecer frente a un gobierno que con él había estado próximo al derrumbe.

La combatividad, trasladada al campo táctico, lo indujo a luchar sin reposo, a dar batalla sin detenerse a medir posibilidades, a enfrentarse a cualquier adversario aun en condiciones inciertas. Movido por su espíritu de lucha llegó a cometer errores que a veces le costaron descalabros de consideración, otras culminaron en éxitos providenciales. El Pantano de Vargas y el Quebradón de Cariaco ilustran este aserto. La acometida prematura, el combate erróneamente calculado, el comprometimiento irreflexivo colocaron a Bolívar al borde mismo del desastre que quizás hubiese sido irreparable. Pero también signaron su obra total con uno de los éxitos más clamorosos que hombre alguno pueda exhibir.

La imagen napoleónica

Bolívar irrumpe en el escenario bélico de la humanidad en momentos en que se cumple una de las más grandes transformaciones que la guerra hubiese sufrido hasta entonces. La impuso Napoleón Bonaparte en Europa, pero sus efectos llegaron tardíamente a

América, y en forma fragmentaria, pese a lo cual permitieron la victoria fulminante de las armas españolas en 1815 y 1816, a la vez que forzaron el cambio sustancial en las formas de lucha casi instintiva que caracterizaron las primeras etapas de la Guerra de Independencia, en Nueva Granada y Venezuela.

¿Hasta dónde el genio militar de Napoleón pudo influir en Bolívar? Es de pensar que tal influjo, sin duda poderoso, se ejerció más en el orden sicológico que en el de una posible formación castrense. Bonaparte era la gloria en todo su esplendor cuando Bolívar abría los ojos a un porvenir diferente del que sus años mozos presagiaban, en medio de la intrascendencia en que se desarrolló su vida de adolescencia y juventud hasta el despertar del Monte Sacro.

El seguimiento de la trayectoria de Simón Bolívar permite asegurar que, al emprender la Campaña de 1813, el improvisado coronel no había estudiado las guerras napoleónicas, entre otras razones, porque apenas comenzaban a conocerse a través de obras de algún alcance militar. Existe sin embargo cierto paralelismo entre la Primera Campaña de Italia librada por el joven general de la Revolución Francesa, y aquella que la historia ha denominado Admirable. Celeridad, ofensiva incesante, desplazamientos veloces, sentido de la sorpresa, maniobrabilidad. Ambos conductores superan mentalmente a sus oponentes, más experimentados en teoría pero inferiores cuando la realidad los enfrenta a la lucidez intuitiva del genio.

No parece, sin embargo, que Bolívar hubiese sido un imitador militar de Napoleón. Ni los medios a su disposición, ni las circunstancias que rodearon a uno y otro de los dos generales, ni el escenario geográfico, ni la naturaleza de sus adversarios, da a este paralelismo un carácter intencional, Más podría decirse que fue efecto de la similitud intelectual de los dos hombres frente a la realidad de la guerra. Las verdaderas lecciones en la doctrina napoleónica habría de recibirlas Bolívar más tarde y no de ningún libro, sino de la confrontación brutal contra un buen discípulo del gran Corso en el campo opuesto: Pablo Morillo.

Bolívar, lector voraz pero disperso, se adentró primero

en los ámbitos de la filosofía llevado de la mano del más influyente de sus maestros, don Simón Rodríguez. Cuando ambos deambulaban por los caminos de Europa, dialogando incansablemente sobre los enciclopedistas franceses, ya Napoleón era una realidad triunfante que ambos presenciaron en el acto de coronación y en el gran desfile militar del Chiaro. Despectivo y sardónico el filósofo y preceptor. Deslumbrado e incrédulo el discípulo, a quien aquellas imágenes habrían de acompañar para siempre. Era el año de 1805, plenitud de la gloria napoleónica. Bolívar, uno más entre la muchedumbre asombrada por tanto esplendor, seguiría rodando caminos hasta despertar a la realidad revolucionaria que lo empujó por las vertientes de la guerra.

Habiéndose iniciado en esta nueva existencia con el bagaje único y formidable de su temple, Bolívar llega en realidad a adentrarse en las comarcas de la ciencia arte que se ha obligado a sí mismo a transitar, no solamente con base en la praxis derivada de la contienda misma sino en lecturas de considerable alcance. Lo que resulta imposible de determinar, es la relatividad de épocas en que tales influencias pudieran haberse ejercido.

En el volumen VII de las *Cartas del Libertador* de Vicente Lecuna, aparece una relación de obras completas de propiedad de Bolívar, conducidas por el capitán Emigdio Briceño, por remisión que hiciera el coronel Tomás Cipriano de Mosquera desde Quito, posiblemente al término de la guerra contra el Perú. Hay allí de todo. Filosofía, códigos y leyes, Política, Historia. Literatura de acento épico entre la cual no faltan la *Ilíada* y la *Odise*a de Homero y la *Eneida* de Virgilio. Y obras militares que ilustran sobre lo que el Libertador pudo conocer en su tiempo. ¿Pero cuándo? ¿En qué momento de su azarosa vida guerrera? ¿Qué influencia pudieron tener en su transformación a general?

Abunda allí lo napoleónico en mayor medida que ningún otro tópico aislado, señal elocuente de la influencia que Bonaparte ejerció en Bolívar. Bien vale la pena extractar los títulos de las obras militares, por cuanto ello permite colegir, aunque dentro de

la ya señalada imprecisión de épocas, lo que pudo atraer la atención penetrante del Libertador.

-Arrien: Expedition d' Alexandre
-Comentarios de César
-Jugement Impartial sur Napoleón
-Ordenanza naval.
-Mémories de Napoleón
-Principes de stratégie
-Tratado de Castrametación
-Victories completes des Francais.
-Reflexiones militares
-Montholon: Mémoires de Napoleon
-Principios de fortificación
-Campagnes d'Italie
-Oeuvres du roi de Prusse
-Guerres de la Revolution
-Mémoires de Géneral Rapp

Para determinar siquiera aproximadamente la correlación cronológica entre la posible lectura de estas obras y el tránsito guerrero del Libertador, sería deseable al menos conocer la fecha de edición de las mismas, ya que no su llegada a manos del propietario. No hay tampoco citas o referencias conocidas de Bolívar a tales libros, lo que hace imposible establecer qué pudo significarle su lectura o estudio, si es que llegó a tener oportunidad de penetrar en todos ellos.

El guerrero a la luz del arte militar

Resulta interesante el examen que puede hacerse hoy de la trayectoria militar de Simón Bolívar a la luz de los llamados Principios de Guerra, o sea aquellos fundamentos de la lucha armada, decantados por el tiempo en forma que les comunica vigencia para todas las épocas, así varíe su importancia relativa o la aceptación doctrinaria que algunos de ellos reciban por parte de las diferentes escuelas del pensamiento militar. Los de aceptación más común se han enunciado así: *Objetivo* (definición de un propósito o meta del esfuerzo); *Ofensiva* (sostenimiento de la iniciativa para imponer la propia voluntad al adversario); *Masa* (concentración de la fuerza adecuada al propósito en el lugar y el tiempo oportunos); *Movilidad* (maniobra, movimiento, en desarrollo de una intención definida); *Unidad de mando, Cooperación* (también definible como coordinación superior entre organismos distintos); *Seguridad, Sorpresa y Sencillez*.

También se ha aceptado recientemente como principio algo que en rigor es elemento o condición de la victoria: *la moral*.

El estudio de las diversas campañas conducidas por el Libertador, realizado a través de estas páginas, indica la utilización prioritaria del Objetivo, Ofensiva, Masa, Movilidad, Unidad de Mando, Sorpresa y Sencillez, con detrimento de Seguridad y Cooperación, sin que por ello pueda señalarse abandono de estos dos últimos.

En cuanto al factor o elemento moral, puede afirmarse que fue este el punto fuerte de la conducción militar y guerrera del Libertador. Allí es donde mejor se refleja el don de mando como fuerza transmisible y cualidad del verdadero comandante. La moral tanto del jefe como del cuerpo que dirige, es un estado de mente y de espíritu. Con él, como afirmó el general Marshall, todo es posible. Cuando falta, todo lo demás: planeamiento, preparación, material, no cuenta para nada. Y Napoleón, al cuantificar el peso de la moral, le dio valor de tres a uno con respecto a lo tangible.

Se han hecho referencias ocasionales en estas páginas al pensamiento militar de Sun Tzu, el filósofo y tratadista chino del siglo IV antes de Cristo, lo cual sirve para indicar la perennidad de lo intelectual que gobierna la guerra, a despecho de las transformaciones materiales y la evolución doctrinaria inherentes al paso del tiempo. Algo de la sabiduría del más antiguo analista de la guerra resulta sorprendentemente revivido por el Libertador, sin posibilidad de que lo hubiese conocido en su época.

Dice Sun Tzu:

"La guerra toda está basada en el engaño. Así, cuando nos sintamos en capacidad de atacar, debemos aparentar que no lo somos; cuando vayamos a emplear nuestra fuerza, deberemos aparecer inactivos; cuando estemos cerca, hagamos creer al enemigo que estamos distantes; cuando lejos, hagámosle sentir nuestra proximidad. Tendamos cebos para atraer al adversario. Finjamos desorden y aplastémoslo ordenadamente".

"Apareced en lugares que el enemigo se vea precipitado a defender. Marchad entonces con rapidez al lugar donde no se os espere".

"Se puede avanzar en forma irresistible sobre los puntos débiles del enemigo y ponerse a cubierto de cualquier persecución con movimientos más rápidos que los de aquél".

"Quien conquista es aquél que llega a dominar el artificio del desvío de la dirección esperada. Tal es el arte de la maniobra".

"La rapidez es la esencia de la guerra; tomad ventaja de la impreparación del enemigo, moveos por rutas inesperadas y atacad los puntos desprotegidos o vulnerables"[2].

Cada una de las máximas citadas hayan aplicación constante en las campañas de Bolívar. Desde 1813, el artificio, el engaño, la maniobra, el movimiento por la dirección inesperada, la finta oportuna, el acto imprevisto, salpican los episodios que van conformando la brillantez de sus éxitos. Son sentencias tan antiguas como la lucha de los pueblos por la conquista, la supervivencia o la libertad, que hallan nuevos intérpretes en los conductores afortunados.

El gran ámbito de la estrategia

En el sentido más amplio, la estrategia es la conducción superior de la guerra y de las campañas en que ésta se descompone. Implica una combinación hábil, inteligente y flexible de realismo para obrar, según posibilidades, e imaginación para explotarlas de acuerdo con cada circunstancia, hasta producir la batalla, que es su acto de choque, en las mejores circunstancias para asegurar la victoria.

Es aquí donde Bolívar luce en su mejor forma militar, tanto en sus etapas iniciales de guerrero como en la culminante de sus grandes victorias, cuando el combatiente intuitivo se ha transformado en maestro del arte que llega a dominar plenamente, sin perder sus características guerreras que son lo mejor de sí mismo.

2 Sun- Tzu, *Art of War*, traducción del autor de este libro.

Cuando a orillas del río Magdalena concibe la reconquista de Caracas, la imaginación –esencia del gran estratega– parece desbordar las posibilidades. Siempre habrá algo incierto en la concepción de una campaña. Pero allí, frente a la suma de territorio por cubrir, ejércitos por enfrentar y medios a disposición del adversario, los factores en contra adquieren tales proporciones que parecen descartar toda esperanza de éxito. La serie impresionante de victorias que culminan con el logro del objetivo propuesto, señala a quien domina por instinto ese ámbito poblado de incertidumbres e intuye donde otros calculan. La combinación de principios que allí se realiza es de una brillantez excepcional, con el sólo menosprecio de la seguridad, compensada por la sorpresa repetida y paralizante.

Luego a medida que de ese guerrero va surgiendo el general, la concepción estratégica se perfecciona e incluye los elementos sustanciales de planeación en gran escala de la maniobra, que hasta las embestidas del año 18 sobre Caracas se reducían a los medios bajo su control inmediato, aunque para entonces ya le hubiese sido posible inducir a sus díscolos subalternos rivales a aplicar conjuntamente el principio de *Cooperación*.

La constante del pensamiento estratégico del Libertador es su imaginación, tendida sobre el inmenso teatro de guerra con claro sentido de lo posible, dentro de las tremendas dificultades propias del espacio y de la geografía encerrada en sus límites. Así, por ejemplo, la maniobra sobre la Nueva Granada, que la desobediencia de Páez ha podido llevar a un desastre de graves implicaciones, al dejar abierta la retaguardia de la operación principal a una ofensiva triturante desde Venezuela. Así, la cuádruple maniobra que culmina en Carabobo, quizá la más espectacular de las concepciones estratégicas del Libertador. Así, la doble ofensiva sobre Quito desde direcciones opuestas, afrontando el riesgo descomunal de ser batido separadamente, a distancia en la cual el apoyo mutuo de la gran mandíbula, destinada a devorar las fuerzas del rey, lo hacía impracticable. Así, por último, la Campaña Libertadora del Perú y la sorpresa estratégica de Junín.

La táctica. Luces y penumbras

Al descender de la gran concepción estratégica al campo del combate, la luminosidad de aquel cede el paso a un juego alterno de fortuna cambiante. Bolívar no alcanza en la fase de choque las mismas dimensiones que en la del movimiento destinado a producirlo. Es quizá porque el sentido de la ofensiva adquiere tal vigor en su ánimo, que lo lanza a la batalla sin análisis suficiente para librarla en las mejores condiciones. Su imaginación no tuvo allí vuelo comparable al del estratega, lo que tiende a reafirmar el aserto tantas veces razonado en estas páginas de que el guerrero predominó sobre el militar en la personalidad inmensa del Libertador.

El contraste entre acciones de habilidad admirable como Carabobo y errores dramáticos como los de Calabozo, Vargas y Bomboná, traza un juego rembranesco de luces y penumbras sobre lo que Bolívar representó como táctico, en el arte de plantear, conducir, definir la batalla. Predomina la luz indudablemente. Pero no pocas veces se debe al guerrero, no al militar. Al luchador que se agiganta en medio de la brega en proporción a la inmensidad de las dificultades.

Abunda en las batallas dirigidas por Bolívar el choque frontal, como si en esta forma el duelo de voluntades pudiese definirse en razón de la tremenda fortaleza de la suya. En muchas de ellas no hay la sutileza que podría esperarse del estratega imaginativo, tantas veces dominado por el ardor de una pelea directa, en la que explota esa acometividad consustancial al temperamento ardiente e impulsivo del guerrero.

No siempre hizo uso Bolívar de las ventajas que el terreno podría brindarle para el mejor empleo de sus fuerzas, en lo que Sucre sí llegó a demostrar acabada maestría. Parecería en ocasiones como si la presencia del enemigo se convirtiese en reto inmediato, aceptado sin segunda reflexión, allí mismo, en la arena abierta del duelo donde el más fuerte ha de prevalecer.

En cambio, en el ámbito operativo, que puede separar las fronteras difusas de la estrategia y la táctica, Bolívar demostró

habilidad extraordinaria, de la cual la marcha nocturna sobre Tunja constituye el más brillante ejemplo.

Lo prosaico de la logística

"Los ejércitos se mueven sobre el estómago", había dicho Napoleón en su consabido pragmatismo. Es allí donde impera la logística, sector penumbroso del arte bélico, donde el cálculo de necesidades y la forma de satisfacerlas se margina de lo visible y decorativo para moverse sobre cifras sin alma.

Aquí, como en los demás aspectos de la evolución boliviana hacia el gran general, el proceso es visible. Sus primeras campañas fueron movimiento y acción de intrepidez que descartaba todo cálculo. Quizá fue el Páramo de Pisba, con sus desfiladeros de hielo y el duro lenguaje de sus vientos, lo que enseñó al guerrero a pensar que no siempre un ejército puede arrancar de la tierra por donde transita lo indispensable para luchar y subsistir.

Aun para formaciones ciertamente elementales y parcas en necesidades, como lo fueron las que tallaron a golpes de heroísmo la imagen de la libertad americana, la logística señala límites infranqueables a la estrategia y ahoga en su prosa la versatilidad de la táctica. No se puede luchar sin municiones, ni marchar sin un mínimo de provisión de boca, ni subsistir en las cumbres heladas sin abrigo. Bolívar no fue del todo consciente de este factor un tanto fastidioso de la guerra, sino cuando la carencia de medios indispensables puso freno a sus empeños o gravitó pesadamente sobre el ejército en horas de desesperanza.

En Boyacá –después de Pisba– luchó por última vez ese ejército en desnudez y andrajos. En adelante, uniformes, morrales, fornituras, correajes, equipamiento, provisiones y armas, le darían brillantez. Pero, en uno y otro caso, sería el mismo ejército. El Suyo. El que su llameante personalidad de gran capitán llevaría a la victoria por sobre todos los sacrificios, todos los obstáculos, todas las tragedias que la guerra puede deparar.

Proyección histórica del guerrero

Hay algo consustancial a Simón Bolívar y es su sentido inmanente del poder cuya esencia está en las armas. Fruto él mismo de la guerra, su pensamiento oscila en torno de lo que ésta puede significar como camino y ofrecer como amenaza. De allí esa comprensión de la necesidad de conseguir el poder suficiente para dar respetabilidad a las naciones en proceso de hacerse libres y su afanosa búsqueda de unidad política para los tres fragmentos más afines del desmembrado imperio español, el Virreinato de la Nueva Granada y las capitanías generales de Venezuela y Quito.

También su empeño grandioso por integrar de alguna manera la herencia hispánica obedeció al mismo sentido del poder militar como base de equilibrio. Tuvo el pensamiento de Bolívar acentos de clarividencia excepcional que ninguno de sus contemporáneos en las antiguas colonias comprendió suficientemente, o llegó a compartir en la medida necesaria para realizar una unión, que la propia España hizo imposible al partir en segmentos profundamente diferenciados su gran posesión ultramarina.

La idea fuerza de la unidad hispanoamericana nace con el guerrero y se perfecciona simultáneamente con la metamorfosis de éste en general de ejércitos. Alborea en el *Manifiesto de Cartagena* y culmina con el llamamiento al Congreso Anfictiónico de Panamá, cumplido en la cúspide de su gloria. Hay allí sentido del poder como emanación del espacio y efecto de los recursos que un inmenso territorio podría proporcionar, frente a las amenazas que Bolívar anticipó y que para sus contemporáneos pasaron inadvertidas: Europa como alianza de monarquías empeñadas en reconstruir su poderío colonial; Estados Unidos, coloso en crecimiento de desarrollo alarmante; el imperio del Brasil, cuya fuerza expansiva habíase generado con los bandeirantes portugueses, en marcha silenciosa a través del inmenso vacío del corazón suramericano.

La única manera de neutralizar aquel juego de potencias adverso al porvenir de Hispanoamérica era crear un poder equivalente,

sustentado en el espacio geográfico y en la suma de sus fuerzas de otra manera dislocadas e impotentes.

Con el pensamiento anfictiónico culmina la obra monumental que tuvo su origen en el guerrero predestinado. De ese guerrero que en el abismo de la desolación, abrumado por suma inclemente de desastres y derruido en su aliento físico por la enfermedad que hundía sus garras en el desastrado organismo, supo pronunciar una palabra, síntesis espléndida de su existencia de luchas y combates:

¡TRIUNFAR!

Bogotá, Julio 24 de 1977

Esta edición especial,
de 10.000 ejemplares,
se terminó de imprimir
en el mes de julio de 2010,
años bicentenario del grito de independencia,
en los talleres gráficos del bloque Martin Caballero
de las FARC-EP.

